Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara

Alí Gómez García



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial
el perro y la rana

Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara

1ª edición digital, 2017
3ª edición, 2014
2ª edición, 2012
1ª edición, 2006

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21,
El Silencio, Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212.768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
comunicaciones@fepr.gob.ve
editorialelperroylarana@fepr.gob.ve

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Diseño de portada
David Herrera

Ilustraciones
© Daniel Duque

Edición
Lenin Brea

Corrección
Yessica La Cruz

Diagramación
Jairo Noriega

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002765
ISBN: 978-980-14-4044-4

Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara

Alí Gómez García

Nota editorial

La presente edición de *Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara* –la séptima en español, la sexta en Venezuela y la tercera de esta casa editorial– es de carácter masivo y está dirigida al público en general y en particular a las juventudes.

Hay tres razones que justifican la decisión de volver a editar la obra de Gómez García. La primera es que se trata del testimonio escrito por un muchacho –quizás en el umbral de su juventud– animado por el deseo de comunicar en un lenguaje popular y cotidiano la propia experiencia de lucha y compromiso político con la revolución tanto nacional, como continental e internacional. En tal sentido es parte de lo que podríamos llamar *nuestra* tradición de lucha. En segundo lugar porque la obra y vida de Alí, orgulloso miembro de la *pobrecía* internacional revolucionaria, implica una elección de vida o, si se quiere, la decisión de luchar colectivamente por un futuro de justicia y libertad. Esta decisión se opone a la que está inspirada en el "sálvase quien pueda y a costa de lo que sea". En tercer lugar, vida y obra expresan el vínculo que hay entre compromiso revolucionario y alegría.

En cuanto al contenido de la presente edición hemos decidido aligerarlo con respecto a la anterior (2012). En esta el lector encontrará un posfacio breve que intenta plantear de forma próxima a las multitudes juveniles algunas reflexiones imprescindibles sobre la actualidad de la obra. De la última edición hemos mantenido la carta con que Alí envía su trabajo ante el jurado de Casa de las Américas, la presentación escrita por quien fue su compañera de lucha y vida, Raquel Cartaya, y la cronología de la vida del autor que, al igual que su obra, aún es poco conocida. El glosario que se encuentra al final de la obra lo publicamos tal como apareció en la primera edición revisada por el autor. Por último, para añadirle un valor estético y comunicacional a la obra hemos agregado viñetas en estilo de caricaturas además de una nueva propuesta visual y de diagramación.

Por otra parte hemos respetado letra a letra el estilo y la forma de la escritura de Alí. Tal escritura no es en lo absoluto ingenua ni descuidada. Obedece, como ya hemos dicho, a la voluntad de comunicarse amplia y fraternamente con las clases populares a quienes va dirigido este libro. Esperamos que el lector lo lea como un ejercicio alejado de la vana transgresión, ejercicio que busca valorizar las formas de expresión cotidianas en toda su potencia creativa.

Para nosotros lo ideal sería que más que un libro de biblioteca e incluso de cabecera el presente se transforme en uno para leer en los carritos, en el metro, en el parque, rincón, monte o callejón; que en todos estos espacios sea chispa que incendie la pradera del deseo de lucha por una patria y un mundo justos.

Presentación

Me gustaría relatarles la historia de cómo nace el libro *Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara*. El relato comienza cuando Alí, en algún momento de nuestra revolucionaria empresa, me hizo el comentario de que quería hacer un libro, que al mismo tiempo le sirviera de resumen curricular, puesto que en Nicaragua, en cada lugar donde debía cumplir alguna nueva actividad o desempeñarse en una nueva tarea, tenía que entregar su resumen de vida una y otra vez. A lo que en esa oportunidad me manifestó: "Cuando me pidan un currículo les entrego el libro, para que así se enteren de lo que he hecho en la vida".

Es así como en el año 1983, cuando nace nuestra hija Fania, quien completa los tres hijos de nuestro matrimonio, Alí me acompañó durante algunos días, como siempre hacía cada vez que nacía uno de nuestros hijos. En esa ocasión Alí, muy contento, me dice: "¡Ahora sí, flaca, este es el momento de comenzar el libro, estoy feliz e inspirado!".

Algunos días después, una mañana, me entrega cuatro hojas de papel carta donde estaban escritos los primeros apuntes, los cuales me causaron una risa tremenda por la manera picaresca como se iba desarrollando el relato. Risas, que por mi condición de parturienta, en recuperación de una cesárea, me generaron al mismo tiempo mucho dolor, ya que al reírme me molestaba la herida, por lo que le pedí encarecidamente que por favor no me diera a leer más. Alí, de manera muy jocosa pero a la vez irónica, me dijo que entonces para leerlo iba a tener que comprar un ejemplar, porque ese libro iba a ser un éxito. Quién diría que así iba a ser. Eso ocurrió en una ciudad llamada Matagalpa al norte del país.

A los pocos meses, Alí es trasladado a Managua, a la Escuela Militar Carlos Agüero y allí continúa escribiendo su "resumen de vida" durante los días de guardia. Escritura que a todas estas va siendo revisada, capítulo tras capítulo (capítulo terminado, capítulo

leído) por mí y por nuestro hijo mayor, quien en ese momento contaba con diez añitos. Juntos nos convertimos en verdaderos críticos literarios, con todo el rigor que merecía, pero también disfrutándolo muchísimo, de alguna u otra manera éramos parte de la historia, además de que a mí me encantaba el estilo y al hijo le gustaban las ocurrencias que su padre escribía.

Pasó el tiempo y el libro pasó por las manos de muchos amigos lectores, quienes brindaron sus opiniones, sugerencias, entre otros comentarios. Logrando siempre tener un alto grado de aceptación.

Un cierto día, Alí me participa que quiere mandar el libro al concurso literario de Casa de las Américas en Cuba, preguntándome ya concienzudamente qué opinaba, a lo que le respondí que me parecía muy buena idea, que el libro era muy bueno que, además, su estilo era divertido, que por lo menos a los venezolanos les gustaría y tal vez correría con suerte de tener alguno de jurado. Ante tal interés, le entregó una copia del libro a Julissa Balzán –hija de nuestros hermanos, también venezolanos, Freddy y Rosalía Balzán–, para que lo llevara a Cuba y lo inscribiera en tan reconocido certamen, ya que ella estudiaba allá.

Pasaron algunos meses y no habíamos recibido ningún tipo de noticias sobre el libro. Yo trataba de no ilusionarlo, llegándole a decir incluso que seguro a la compañerita Julissa, caracterizada además por ser un poco despistada, quizás se le pudo haber extraviado y no haberlo inscrito en el concurso. Posibilidad que descartó de inmediato. Siempre en las noches cuando ya estábamos dispuestos a descansar y yo creyendo que estaba dormido, de repente me decía: "Flaca, ¿qué será del libro?". Así pasaron los meses.

Una mañana, estando en mi trabajo, en el Ministerio del Interior, me llama por teléfono y me pregunta: "Flaca, ¿te acuerdas del libro?", y en ese momento me digo, "Ahora sí que la puse, ¿qué libro le habré botado?", porque ¡ah hombre para celoso y cuidadoso con los libros!, y yo sin saber qué decir, le pregunto: "¿Cuál libro?"; "Chica el de Casa", me contesta. "¿Cuál casa?", le digo nuevamente, ya que por mi cabeza no pasaba nada que me diera alguna pista. A lo que me

contesta: "¡Coño! ¡El de Casa de las Américas, el que llevó Julissa!". En ese momento dije "¡Mierda!, ya se enteró de que el libro no llegó, que se perdió…"; no sé qué pasó por mi cabeza y le digo: "Sí, ¿pero qué pasó?". Me manifestó muy emocionado: "¡Pues, flaquita, ganó, ganó!"; "¿Cómo?, ¿quién te dijo?, ¿cómo lo supiste?", le digo, además de preguntarle qué estaba haciendo en ese momento. Me responde: "Me llamó Freddy, a él le avisaron"; y yo insistía nuevamente: "¿Qué estás haciendo?"; "Estoy caminando como un loco, fumando igual, me provoca salir corriendo", me respondió. Indicándome además que no hallaba con quién compartir su emoción, pues me comentaba: "Le digo a los chavalos aquí en la Base y ellos me responden: 'Qué bueno, jefe, lo felicito', sin la más mínima idea del significado que para mí tiene".

Esa noche nos reunimos en nuestra casita en Managua, cercana a Camas Vida, junto a Freddy y Rosalía y al escritor venezolano Orlando Araujo, quien estaba de visita, además de Wilfredo Figueroa, un combatiente sandinista de las Tropas Pablo Ubeda, compañero y hermano de lucha de Alí. Ese día fue un 13 de febrero, fecha en que nuestro niño Toribio cumplía once añitos, en esa oportunidad le manifestó a Alí: "¡Papá, este es el mejor regalo que he recibido en mi vida!".

Eso ocurrió en el mes de febrero de 1985. En el mes de abril Alí viaja a Cuba, a la revisión y corrección del libro en Casa de las Américas. En esa ocasión, la editora encargada comienza por indicarle que el libro tiene errores de redacción, algunas palabras mal escritas que rompen con todos los esquemas literarios y que debe modificarlos para que todo quede bien.

Allí comienza el problema para Alí, exponiendo ante la editora: que cómo que así, que qué es lo que va a cambiar, que ese libro es así y que hay que respetar la decisión de un jurado que dio un premio a la obra. También le explicó que parte de su encanto es el estilo y que, si la cosa es así, el libro no se edita y que se lo devuelva, que se lo lleva de vuelta a Managua, que a los escritores se les respetan sus obras y, sobre todo, si son noveles.

En ese momento es cuando la compañera cae en cuenta de que el libro es escrito de esa manera intencionalmente, pues es una forma de hablar de un pueblo y no falta de erudición del escritor. Además de una manera muy particular de concebir una historia, contada, leída y vivida al lado de un pueblo. Al final los dos, la editora y Alí, disfrutaron la "corrección", puesto que cada episodio le fue contado y narrado a la editora por el autor de una manera muy picaresca, como eran todas las cosas de Alí.

Un mes después, Alí no tuvo el placer de recibir su premio, ni de ver editada la obra que tantas angustias y alegrías le trajo. Pues Alí cae en el cumplimiento del deber revolucionario un 8 de mayo de 1985.

No quisiera pasar por alto un gesto de Alí, quien le consultó a su hijo mayor acerca de lo siguiente: "Hijo, ¿qué opinas tú si donamos el premio Casa (3.000 $) a la Revolución Sandinista?", a lo que el pequeño le respondió: "Papi, nosotros nunca hemos tenido dinero y siempre hemos sido muy felices".

Raquel Cartaya
Octubre de 2012

Cronología de Alí Gómez García (comandante Nicanor), combatiente guerrillero internacionalista

Nació en Caracas el 13 de noviembre de 1951. Su madre, Matilde García de Gómez, maestra. Su padre, Alí Gómez Gómez, oficinista. A la edad de tres años se traslada junto a su familia a la parroquia La Vega, donde pasa el resto de su infancia y parte de su juventud viviendo en la calle Real.

Cursó estudios de primaria y secundaria en el colegio San Agustín, de El Paraíso. Además estudió Medicina en la UCV.

En 1965 llega a La Vega Francisco Wuytack, sacerdote jesuita oriundo de Bélgica, quien ejerce gran influencia en la comunidad. Alí se une al grupo de jóvenes que trabaja junto al cura e inspirados en la Teología de la Liberación realizan trabajos comunitarios con la población más necesitada y la acompañan en la lucha por sus reivindicaciones sociales. Esto le permitió identificarse con la causa de los desposeídos, además de encontrar en la protesta el arma de los despojados.

En 1967 se incorpora al Movimiento Izquierda Cristiana, llegando a dirigir el trabajo del mismo en La Vega y además logra ser parte de la Dirección Regional de Caracas.

En 1968 se separa del Movimiento Izquierda Cristiana y se incorpora a la Base Urbana del FLN-FALN, haciendo trabajo de masas y logística para dicha organización.

En septiembre de 1969, a los 17 años, comienza a formar parte de las guerrillas rurales de las FALN en Yaracuy, perteneciendo al destacamento Lucas Navas del Frente Guerrillero José Leonardo Chirino.

En diciembre de 1972 es comisionado a la Dirección Regional del FALN en Caracas, como responsable militar.

A mediados de 1973 las FALN pasan a denominarse PRV-FALN (Partido de la Revolución Venezolana-Fuerzas Armadas de

Liberación Nacional), y Alí continúa militando activamente en esta organización como guerrillero urbano e instructor explosivista.

A comienzos de 1975, posterior a la fuga de guerrilleros del Cuartel San Carlos, la Dirección del PRV-FALN lo envía a la Costa Oriental del Lago (estado Zulia) a cumplir tareas en el destacamento político militar Capracio Medina.

En 1978 parte hacia Centroamérica con la misión de prestar apoyo en entrenamiento militar a los guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional que se entrenaban en Honduras, así como preparar el terreno para la creación de una columna guerrillera internacionalista venezolana que participaría en la lucha contra la dictadura de Anastasio Somoza.

Al llegar a Honduras crea una escuela guerrillera donde participan combatientes panameños, colombianos, nicaragüenses, hondureños, entre otros.

Por instrucciones de la Dirección del PRV-FALN regresa a Venezuela en abril de 1979 donde recibe la noticia de la división del mismo y en consecuencia de la imposibilidad de cumplir con lo planificado. Respetando las premisas del internacionalismo proletario parte de nuevo a Nicaragua, entra por Costa Rica y hace contacto con los compañeros del Frente Sandinista. Participa, entre otras actividades, en la preparación de bombas artesanales para ser lanzadas desde aviones particulares, preparados para esta tarea. De esta manera nace la Fuerza Aérea Sandinista.

A partir del triunfo de la Revolución en julio de 1979 participa en la fundación de la Policía Sandinista, en el puesto fronterizo de Peñas Blancas. Posteriormente pasa a formar parte de la Dirección General de Seguridad de Estado, luego del Ejército Popular Sandinista y posteriormente a las Tropas Especiales Pablo Úbeda del Ministerio del Interior.

Realizó Curso de Formación de Oficiales y Formación de Tropas Generales en el Centro de Enseñanza Militar Carlos Agüero Echeverría.

En julio de 1983 es nombrado director del Centro Sandinista de Enseñanza Militar Facundo Picado y posteriormente director del Centro Sandinista de Enseñanza Militar en Buenos Aires, Condega, departamento de Estelí.

Cae en cumplimiento de su deber revolucionario el 8 de mayo de 1985, enfrentando a la contrarrevolución nicaragüense, un ejército paramilitar entrenado y financiado por Estados Unidos.

Fue estudioso de la vida y obra del Libertador Simón Bolívar y del Precursor de la Independencia Francisco de Miranda. Personajes sobre los cuales escribió numerosos artículos, algunos publicados en periódicos y revistas nicaragüenses.

Un gran número de cartas y poemas son parte de su corta pero prolífica carrera literaria, complementada con sus obras: *Francisco de Miranda: Peregrino de la Libertad* y *Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara*. Este último contiene el testimonio de la vida en las montañas, los sufrimientos, alegrías e ideologías de quienes hicieron de la lucha armada su praxis revolucionaria, de quienes prefirieron colocar sus vidas en segundo plano para buscar una salida a las imposiciones del imperio norteamericano.

Un relato que describe, en 29 capítulos de manera jocosa y a veces nostálgica, la vida y pensamiento de Alí Gómez García. Una narración que puede parecer fantasiosa a primera vista, pero que va tomando seriedad cuando el autor le imprime detalles irrefutables que quedarán en el ánimo del lector cuales hechos verídicos y verificables; así, una voz que resurge para decirnos que está prohibido olvidar, que somos uno, que la patria de Bolívar, la patria nuestra americana renace.

Carta a Casa de las Américas

CASA DE LAS AMERICAS
LA HABANA. CUBA

Queridos compañeros. Estimados hermanos:

Es para mi motivo de una gran alegría y emocion,el poderme dirigir a ustedes.los de la Casa de Las Américas, la Casa Grande, la Casa Nuestra.

Por medio de ésta,presento a vuestra consideracion el libro "FALSAS, MALICIOSAS Y ESCANDALOSAS REFLEXIONES DE UN ÑANGARA" que terminé en enero de este año, y con el cual quiero participar en el Concurso.

Me llamo Alí Gómez García, soy venezolano, nacido el 13 de noviembre de 1951, en el seno de una familia pequeñoburguesa, mas arruinada que otra cosa. Luego de estudiar la primaria y el bachillerato me hice militante revolucionario, por la vía del cristianismo honesto.

En los años 66 y 67 participé en el movimiento reivindicativo fundado por el padre Francisco Wuytack en el Barrio La Vega, parroquia foránea de Caracas. Este cura belga fue compañero de estudios del gran Camilo Torres en Lovaina. Un grupo de camaradas nos radicalizamos un poco mas y nos inscribimos en el partido "Izquierda Cristiana", inspirado en las enseñanzas y el ejemplo del padre Camilo.

Luego, también en mi barrio, en 1968, contacté con compañeros del movimiento FLN-FALN (Frente de Liberación Nacional- Fuerzas Armadas de Liberación Nacional) dirigido por Douglas Bravo. A través del trabajo común,me fui incorporando a ésta organización guerrillera, hasta que lo hice de lleno , dejando los estudios del primer año de Medicina, en la Universidad Central de Venezuela.

En septiembre de 1969, pasé a la guerrilla del Yaracuy, destacamento del Frente Guerrillero José Leonardo Chirino, dirigido por Elégido Sibada, el Comandante "Magoya". En la montaña,participé en varias acciones militares, hasta mi translado a Caracas, a principios del año 73, donde pasé a formar parte del Comité de Dirección Distrital "Cornelio José Alvarado", como responsable político militar de los barrios del este de la capital.

Posteriormente, en 1975 , fuí transladado al Zulia, donde trabajé como responsable del Distrito "Capracio Medina", y en concreto, de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo o Zona Petrolera. En 1978, a raíz de la Insurrección de Septiembre en Nicaragua paso a realizar tareas de solidaridad y entrenamiento militar para con los compañeros sandinistas, en Honduras y Costa Rica.

En mayo de 1979, la organización, que a éstas alturas se llama PRV-FALN (Partido de la Revolución Venezolana- Fuerzas Armadas de Liberación Nacional) se divide en dos grupos, ambos con el común denominador de la profundización de la lucha legal y el desmantelamiento del aparato armado. Mi posición al respecto era la de que antes de echar por la borda toda la sangre derramada y la experiencia acumulada en el plàno militar, nuestros guerrilleros fuesen transladados a Nicaragua y puestos a la orden del FSLN.

Esto no se hizo ya que no se tenía confianza en la Dirección Sandinista, quedando yo en Costa Rica realizando tareas de elaboración de explosivos para el bombardeo de las posiciones somocistas. Esto hasta el triunfo del 19 de Julio.

Está por demás decir de que no pertenezco a ninguna de éstas organizaciones venezolanas. Actualmente soy miembro de las Fuerzas Especiales del Ministerio del Interior de Nicaragua, las Tropas "Pablo Ubeda", asumiendo de hecho la nacionalidad nicaragüense. Las razones estan inscritas dentro del concepto de la Patria Grande de Bolívar, Martí y Sandino.

Vivo en Managua, de la Central Sandinista de Trabajadores, 1 cuadra abajo, cuadra y media al sur, al costado de Camas Vida, junto con mi esposa venezolana y mis tres hijos,venezolano el mayor, y nicas los dos últimos. Mayores referencias pueden darlas los compañeros Comandante Omar Cabezas, y Fredy Balzán, Secretario General del Tribunal Antimperialista de Nuestra América.

En cuanto a mi obra escrita, no pasa de ser cartas, informes, manuales militares, algunos poemas. Actualmente preparo un trabajo biográfico sobre Francisco de Miranda, nuestro Precursor.

Las Reflexiones del Ñángara, término utilizado por nuestro pueblo para designar a los comunistas un tanto empíricos y voluntariosos, vienen a ser una versión de la lucha de clases en la Venezuela de los años 60, bajo la óptica de un jovenzuelo de un barrio pobre de Caracas. Es la versión emocionada y feliz de un militante de las bases, a diferencia de interpretaciones amargas , pesimistas y nada autocríticas, como son las de muchos de los que nos dirigieron en aquéllos tiempos. Es un testimonio de lo que se vivió, escuchó,entendió y soñó, relatado con un humor que no tiene nada que ver con la intención de divertirse o divertir.

Se trata- este humor- de un recurso sicológico elemental de rebeldía por parte del oprimido , frente al enemigo capitalista que lo quiere explotado, además de triste y sumiso.(Sin la sonrisa y el brillo en la mirada que produce el conspirar por un Mundo mejor.) Se trata de euforia y hasta carcajadas , cuando en el combate se aniquila al enemigo y se le hace correr como sabandija. Es morirse con la satisfaccion del deber cumplido y la certeza pícara de no haber sido vencido.

Como dicen los nicas: "A esta alegría, el enemigo le teme" . En síntesis, en mi escrito quiero reivindicar a ése grupo de hombres y mujeres que,en la difícil situación que atraviesa la izquierda venezolana en el plano político, ideologico y moral, el enemigo no ha podido arrebatarles la sonrisa, la esperanza,y las ganas, pues, de luchar. De allí que el testimonio me haya salido un poco diferente

Camaradas cubanos, entrégoles por escrito parte de mi vida. De la misma manera, para ustedes y la causa internacional del proletariado, o sea el Comunismo, estarán a la orden el resto de mis días.

Fraterno.
Alí Gómez García
10 Octubre 1984.

Dios tarda pero no olvida.

Solo en los libros se hacen las revoluciones en línea recta y en cómodas autopistas.
General Omar Torrijos

Capítulo 1

Yo nací en una ribera del Arauca vibrador. Y nos criamos en el barrio La Vega que antiguamente era un pueblecito que quedaba largo de la capital, porque mi tía Hilda se quedó acostumbrada a decir que “iba para Caracas” cuando iba a comprar algo al centro de la ciudad, que es bien chévere y la atraviesa un arroyo jediondo que dicen los viejos antiguos que una vez se llamó el río Guaire, o sea que yo más bien nací y me percaté de la vida en una ribera del Guaire.

Me cuenta Matilde, mi mamá, que Papapedro y Mamajuana vinieron del África, o sea, de las Islas Canarias y que se la mantenían sembrando por los lados de Las Culebrillas, que son unas lomas que están como al suroeste de La Vega, y como su nombre lo indica, eran muy apropiadas para que proliferaran los ofidios de pequeño calibre. Por ahí queda una comarca que llaman Los Paraparos, que eran unos árboles producidores de unas pepas o bolitas negras que servían para que los chavalos pobres jugaran a las metras y que estaban cubiertas de unas cáscaras amarillas que soltaban espuma con el agua de la quebrada de Los Mangos, y que servían de jabón para que las mamás les lavaran la ropa a sus hijos, los chavalos pobres, después que jugaran a las metras y nos ganaran a los pequeñoburguesillos, por más que las metras de nosotros no eran de palo, sino más modernas, de vidrio que se quiebra y se parecían a los ojos de las gringas.

A Papapedro lo picó una susodicha culebra sapamanare, que yo las he visto en la guerrilla y les he echado una entrevista de garrotazos, que son verdes tirando a negro, y que no matan al momento del piquete sino que a la gente le va dando gangrena y pudrición, y se le va cayendo la carne en cómodas cuotas, como al Papapedro, que lo picó en el dedo gordo del pie por la punta de las alpargatas. Le cortaron el dedo y le siguieron hasta la pierna para que no le subiera la venenosidad para arriba, pero le metieron la pierna en unos yelos que no estaban tan fríos, y como no le cicatrizaba tampoco, mi

Papapedro se murió. Mamajuana era una viejita más chiquita que Papapedro, pero él la quería bastante porque se la trajo del África a La Vega pudiéndola haber dejado botada en las costas de Marruecos.

Ella sabía de oraciones y las brujas le tenían bastante pavor. Una vez una, convertida en zamuro zopilote, inclusive quiso perjudicar a mi abuelo o a mi tío Ricardo cuando ellos estaban tiernos, pero Mamajuana la salmodió y la espantó.

Las brujas se desnudaban en bola y se echaban manteca de gente que le sacaban a los muertos la misma noche que los enterraban, y se untaban el sebo del cliente en los sobacos y entonces decían: "¡Vuelo sin Dios, sin ley y sin santamaría!", porque eran unos vejestorios muy malos e infieles, y salían disparadas pa'l cielo en forma de avechucho aficionado a la carroña. Pero Mamajuana les decía cuatro vainas en latín y en venezolano y caían derrotadas arriba de los techos como fulminadas por un bazucazo. Que al día siguiente salían las perjudiciales ancianas todas golpiadas y doliosas, echándose salmuera, yodex y pintarrajiadas de árnica, metileno y violeta de genciana y se parecían más bien a la momia del pájaro Guarandol.

A Pedro, mi abuelo, después de que su mamá lo salvó de que se lo llevaran las brujas guindao por el ombligo, y lo puso bien gordote con gofio canario y miel, le empezaron a gustar los autobuses, y choferiaba junto con tío Ricardo y Toribio, que era el novio de mi tía Carmenmaría, y también Chachito Hernández, que después se casó con Hilda, que viene siendo la hija de mi Tiaclemencia. El antiguo bus de Toribio, que era de madera, nosotros no alcanzamos a verlo caminar, sino verlo podrirse en el corral de su casa y jugar a papá y mamá con mi primita Raquel, cuando nos dejaban los espiritistas, que ahí era que les gustaba hacer sus reuniones con murciélagos y todo.

Cuando a Mamajuana la enterraron junto con Papapedro, fue como si le tiraran una granada a la familia, porque cada quien cogió por su lado, dándole lugar a otras tribus para que vivieran en La Vega, menos mi mamá porque abuelo Pedro le regaló la casa de la calle Real para que viviera allí bien feliz con mi padre. Ya no había demasiadas brujetas porque entre la luz eléctrica y Mamajuana las

habían aplacado y otras se murieron de viejas y de malditas, dejándoles el lugar a las chismosas y escuchadoras de novela.

Mi mamá y sus primas las que estudiaron se hicieron maestras, pero mi papá no dejó que trabajara de sus aprendimientos, hasta el día en que los gringos lo hicieron renunciar y se quedó arrecho y desempleado de su trabajo de vendedor de ferretería. Los gringos le decían cosas y él les tuvo que contestar los insultos en inglés para que entendieran mejor la gran cantidad de groserías que les dijo, porque él lo había estudiado para superarse bastante, no como sus hermanos, que vivían inventando, como mi abuelo Ángel que era fotógrafo ambulante de cajoncito y después hacía unas químicas para que se las compraran. Nosotros lo mirábamos haciendo unos menjurjes pegostosos que funcionaban para lustrar los zapatos siempre y cuando no les pegara el sol porque al cuero le salían burbujas y se agrietaban así estuvieran nuevos como los de mi primera comunión.

Y medicinas muy buenas que él decía, pero nadie se las compraba a excepción de mi papá. Pero este viejito sabía de hacer negocio y con los riales compraba cañablanca y anís que se los bebía y las botellas las echaba debajo de la cama para que no se perdieran. Entonces inventaba las ciencias y las echaba en las botellitas y les ponía las etiquetas de los “Productos Gómez”, que iban a parar todos a mi casa porque mi papá era bien amigo de su antecesor y le compraba todas las existencias del sanafulmán salutífero con hemoglobina, para que el pobre viejo no anduviera llevando sol en la calva o lo encanara el ministerio de sanidá. Además, mis tíos tuvieron que inventar mucho en la vida porque se criaron pobres, persiguiendo a mi abuelo que andaba del timbo al tambo con sus fotos ambulantes.

Mi abuelo fue hasta capaz de hacer bolívares de oro. O sea que agarraba uno de los normales y lo metía en un frasco con un líquido que daba ganas de estornudar y papelitos dorados desos que traen los chocolates.

Y además metía dos cables conectados a una batería de carro, y entonces uno veía cuando comenzaba la química y el agua comenzaba

a echar burbujitas así como alkaserser, y la moneda a ponerse dorada. Entonces, después la sacaba y se la vendía a los incautos que creían que era de oro de verdad, hasta que la manosiaban bastante, quedándole los dedos pintaos de amarillo como quien agarra por las alas a una mariposa repollera. Pero a estas alturas ya mi abuelo Ángel estaba lejos del lugar con mi abuela y toda su tribu de chavalos trasumiantes, y por eso es que cada uno de mis tíos nacieron en estados y provincias diferentes del país, hasta que llegó a la frontera con Guyana, y entonces ya se vino para Caracas a hacer sus patentados medicinales y demás "Productos Gómez", mientras la abuela se dedicaba a hacer cachapas y hallaquitas de maíz jojoto para vender. A nosotros nos gustaba ir al bloque de Propatria donde ella vivía para ayudarla a desojar las mazorcas y sacarle los gusanos para llevarlos en un frasco para La Vega y divertirnos con los grandes gritos de mi Tiaclemencia cuando los veía retorciéndose y echando una baba verde.

Y abuela Luisa tenía loros y periquitos que hablaban, y pájaros de todas las marcas. Y era bien bueno ir a visitarla, y jurungarle los inventos a mi abuelo, y ver las botellitas debajo de la cama, y darme de besos con mi tía Lilián porque yo estaba grandecito y miraba en las novelas, y ver los cuadros que pintaba mi tío Gustavo antes de volverse loco, y asomarme por el balcón del edificio y ver hasta los güecos de las balas de cuando la guardia nacional disparó contra unos comunistas y toda la gente que allí vivía tirándoles vainas para abajo entre las que se destacaban las bombas molotov y las bolsas plásticas llenas de orine.

Mi tío Armando era como filósofo y leía bastante, y también inventaba, y me regaló cantidad de libros de las islas misteriosas adonde uno puede llegar si naufraga en los mares del Pacífico y tiene la suerte de que no lo agarren los piratas malayos y los malandros de Borneo. Y me daba educación por su cuenta y riesgo, después de que murió mi papá. Mi tío Jesús era el más viejo, y los policías le mataron un hijo, y otros le quedaron vivos que yo no los pude conocer a todos.

El 1.º de enero de 1958, anduvo un avión vampiro revolotiando y ametrallando el Palacio Presidencial, aprovechando los

naturales de Tierra Firme para darnos cuenta de que los choferes de los vampiros se habían alzado contra el gobierno, así como los de los tanques, que del cuartel Urdaneta se fueron a tomar la neblinosa ciudad de Los Teques, pero que las tropas de Pérez Jiménez los neutralizaron, por querer hacer todo ellos solos.

A su vez, el día 9 se alzaron los de los barcos, luego de leer los manifiestos que la Junta Patriótica Revolucionaria les hizo llegar a través de unos alcatraces y pájaros pelícanos. El procedimiento consistió en agarrar las aves marinas y llenarles la bolsa del pico con papeles de propaganda subversiva y echarlos a volar desde el Ávila, en dirección de las Antillas, conociéndose de antemano que todos los seres vivos, cuando emprenden un viaje largo, les da somnoliencia y ganas de bostezar.

Esta Junta fue la que dirigió todos los bochinches contra el dictador, agitando el ánimo del público con hojas y pasquines. Esta peligrosa sociedad la inventó el propio Simón Antonio y sus amigos en 1809, y es lo único que ha funcionado para erradicar a las dictaduras, bien sea la española o la de Pérez Jiménez.

Por otro lado, la chusma empezó a hacer de las suyas al ver las grandes contradicciones entre el mismo gobierno, pero siempre daba miedo cuando venían los tanques, porque por fuera no se sabía si procedían en nombre de la democracia o de la tiranía, y era como bien extraño eso de militares de academia apoyando a los negros y a Fabricio Ojeda, el que se hizo cargo de la Junta Patriótica ya que hacía rato que Simón Antonio se había muerto a través de una tuberculosis que la CIA le recetó.

Lo más chévere comenzó el 21 cuando Fabricio llama a la Huelga General Insurreccional, que todo el mundo se dio cuenta porque los choferes de los taxis, que eran más confiables que los de los aviones, comenzaron a tocar sus bocinas y cornetas, y el bajo clero a hacer lo mismo con sus campanas de sus iglesias, y los evangélicos a gritar aleluyas, porque las de ellos no tienen.

Cuando tumbaron al general, yo tenía siete años, y de la política no le habían hablado más antes a los chamos, no fuera uno a andar

diciendo que el Presidente es un coñoemadre y le da las nalgas a los gringos, contimás el petrolio y el yerro, y que mi tío Alejandro no andaba de viaje, sino que estaba preso en Guasina, en los propios pantanos del delta del Orinoco, tipo Papillón.

Los polizontes no se atrevían ni a subir a los cerros, y los pocos jalabolas que lo hacían fallecían por medio de flechas, piedra, perdigón o agua hirviendo. Era igual que cuando la Guerra de Independencia y la Federal que la gente cantaba "Las tropas de Zamora, al toque del clarín, derrotan las brigadas del godo malandrín". Que si la chusma hubiera tenido por lo menos una ametralladora antiaérea no hubiera dejado ir al avión del dictador hacia Santo Domingo, donde su carnal Chapa Trujillo, y también hubiera servido para ponerla terrestre y terminar de higienizar al país.

El propio 23 todo el mundo se levantó temprano, por su gusto, porque no había necesidad de ir al trabajo ni a la escuela, por lo de la Huelga. Lo que había era unos gritando contentos sus palabras enardecidas y consignas contra la tiranía, montaos arriba de los carros y meniando pa' todos lados las banderas que Miranda había traído de contrabando en 1806. Y además cantaban a su antojo el Glorialbravopueblo y el que hacía temblar a los oligarcas. Había gente que se dedicó, con mucha compostura, a colgar a los espías del gobierno y a pintar las paredes con unos letreros rojos que decían que "Todo el Poder a la Junta Patriótica" y hacían, pues, lo mismo que cuando el 19 de abril de 1810, que los caraqueños exportaron al capitán general español, y de ahí les ha venido quedando la mala costumbre y sus crónicos apegos por la Libertá.

Y a todos los presos la chusma los dejó escapar saliendo también otros que llamaban los adecos con sus panas los ladrones.

Todo el mundo sacó las palmas benditas como cuando Chuíto entró con su burra a Jerusalén, y las meniaba junto con las banderas y retratos de Simón Antonio, y los aviones vampiros pasaban bien bajitos mirando pa'bajo y los chamos les decíamos adiós con la mano. Había gente que estaba asustada que se conocía porque no meniaban las palmas y decían que era un peligro que los negros de

los cerros hubieran agarrado armas, y que los aborígenes hubieran desenguaracado unos chopos viejos y sarrosos que no los ocupaban desde las guerras de Zamora. Pero nosotros no nos preocupábamos por eso, porque la chusma era amiga de mi papá junto con los borrachitos del bar Grillo Negro y unos mecánicos del taller de al lado de la casa que se cogían a las sirvientas.

Y en la televisión salió la Junta Patriótica, que era la que había dirigido toda la Revolución. La gente creyó que los señores esos estaban presos porque salieron con unos militares que como tenían las manos en los bolsillos se decía que ahí era que tenían las fucas y los estaban encañonando escondíos para que no saliera eso por la tele, y la chusma no le terminara de pegar fuego al país.

Pero resultó que no, que los de la Junta Patriótica fueron muy bolsas porque le entregaron los poderes que le habían costado tanto a otra junta de viejos que no habían luchado nada, y de militares del antiguo régimen, y que por lo mismo mandaron a desarmar a los negros y a meter a los ladrones otra vez pa' la cárcel, dejando a los adecos en la calle, entre ellos, a mi tío Alejandro.

Entonces la chusma de La Vega se aplacó junto con otros que eran de la plebe que vivían por La Charneca y El Guarataro porque miraron eso de que los jefes de ellos se abrazaban por la tele con Eugenio Mendoza, Rafael Caldera y otras gentes de riales que les iban a dar a los pobres, pero que después no les dieron un coño; y los altos militares esos que la gente decía que eran buenos, y otros malos, que estaban agazapados haciéndose los pendejos.

Cuando recogieron los rifles, que los cambiaba el gobierno por kolitas dumbo y pan con mortadela, asigún el calibre, las banderas se destiñieron y las palmas se secaron, la gente quedó como triste, así como antes. Pero se volvió a poner alegre cuando vino el Richar Nixon ese, que no pudo irle a poner flores ni profanar la tumba de Simón Antonio, porque la plebe y los pobres se tiraron a las calles a caerle a piedras y a insultarlo, que si no se meten los guardias lo hubieran guindado de las cholas y culeado a las hijas.

Los gringos se arrecharon con nosotros y mandaron una cantidad de guardias de los de ellos en barcos, y estuvieron dando sus vueltines por el Caribe tipo capitán Garfio y sus bucaneros. Entonces le mandaron a decir a Castro León que era el nuevo ministro de la defensa, que se alzara y tumbara la junta pendeja esa que ni con sus mañas y rutinas de gabinete podían someter a la chusma. Que a los negros había que darles duro.

Eso fue lo que hicieron, y fue más peor porque se formaron las grandes turbamultas y bochinchonones, que de haber habido dirigentes más astutos o preclaros eso se hubiera profundizado, y a lo mejor Venezuela hubiera sido el primer país democrático de América y no Cuba, y Fidel no estuviera padeciendo tanto por petrolio, porque nosotros tenemos por coñazo y se lo hubiéramos cambiado por bastantes discos de salsa y guaguancó. Porque se está hablando de mediados de 1958, siendo que a Batista lo echaron en el 59 no valiéndole que el día 1.° de enero los santorales cristianos celebran el día de Sanfulgencio.

Ya los gringos se convencieron de que jamás en Tierra Firme podían implantar una dictadura como las de antes, bien fuere la de Toño Páez, Juan Gómez o el general Jiménez, que para ello tendrían que recoger todas las estatuas de Simón y poner las de quién sabe quién coño, llamar a los riales de otra forma y no bolívares y arrancarles todas las páginas de en medio a los libros de Historia de 5.° grado, que por lo demás hasta ahí es que llegan los pobres cuando pueden estudiar. Tendrían que demostrar que a Chuíto lo crucificaron los rusos y no los judíos taimados usureros y compinches de los gringos en sus negocios y a la hora de joder a los arabitos.

De todas maneras, y como los yanquis, sabiendo que en aquel tiempo los pobres éramos unos incautos, y otros brutos, mandaron a hacerle creer a los papás de uno que era necesario hacer unas elecciones para decidir cívicamente a quién le iba a pertenecer la silla y los demás corotos presidenciales, y uno ya viejo se pregunta cómo coño se les olvidó a nuestros ancestros que el Poder le pertenecía legalmente a Fabricio Ojeda y a los patriotas, o sea al Pueblo, pues.

Lo que puede haber pasado es que mientras los de la CIA y el Departamento de Estado de los yanquis se desvelaban inventando sus fórmulas de cómo seguirnos jodiendo, por lo menos yo me acuerdo de que mi papá se acostaba tarde jugando dominó y echándose sus polarcitas con Chachito Hernández, Pedrizá y Pedro Mora.

Y hasta a los comunistas les hicieron creer que las elecciones de ahora pa'lante eran las parteras de la Historia, y salieron a estar apoyando a Wuorfang Larrazábal como candidato, antiguo jefe de la marina militar, y como perdió, después los jodieron y quedaron escuchando *Radio Habana* escondíos.

Pero no es bueno adelantarse, hay que recordar que había que portarse cívicamente y meter en los cajoncitos que puso la junta balurda, bastantes tarjetas amarillas o las rojas del gallo, de forma secreta y detrás de una cortina de baño, para que los adecos y los copeyanos socialcristianos no se dieran cuenta y aplicaran su vengatismo, por ejemplo con mi tío Chachito, que metió las dos rojas del comunismo de un solo carajazo y nos regaló las blancas, las verdes y las amarillas para que jugáramos.

Ahí fue que ganaron los adecos, o sea Rómulo Betancour. Por tramposería, que los gringos tienen capacidá de hacer eso y más, o por la cantidad de gente bruta que no se había dado cuenta de que Pérez Jiménez solamente se había dedicado a matar a todos los adecos buenos, así como Ruiz Pineda y Antonio Pinto Salinas, y que los que querían mandar eran unos que habían venido muy forondos y ufanos de Costa Rica y Nuevayor, como por ejemplo Rómulo, que el 23 de enero ha debido haber estado en brazos de su marido y se vino apareciendo como quince días después.

Y a la gente incauta también le dio lástima los adecos que habían estado presos, que eran de los pendejos como mi tío Alejandro que después se arrepintieron.

También porque los párrocos de alto rango andaban diciendo que los comunistas eran los representantes de don Sata en la tierra, que eran piores que la dictadura, que iban a degradar a la Virgen de Coromoto a la cual Pérez Jiménez le había puesto charreteras

de general de división. Que los comunistas todavía no se confesaban de todos los esbirros de la Seguridad Nacional que habían matado. Que serían excomulgados los que se dejaran crecer la chiva así como Fidel Castro, que un cubano que vivía más arribita de la casa de Matilde salió corriendo en calzoncillos por la calle Real en la madrugada que jodieron a Batista. Y ese don Luis fue el que comenzó la moda en La Vega de poner retratos de Fidel detrás de las puertas, junto con el tradicional ramo de sábila, y fotos de un santo espadachín que le clavó unos cuchillos al diablo pero que no lo remató bien, porque después seguía saliendo por la carretera vieja de Los Teques y se la descobró con Sansebastián bendito zampándole unas flechas por los costaos. Y otro retrato de San Gregorio Hernández, que sí es un santo venezolano, que aparece enfluzado curando al *men* que vendió al crédito, que yo lo vi todo hecho verga y con el escritorio lleno de ratones en otra foto que se tomó y que estaba pegada en la caja registradora de la bodega de mi primo Juan Camacho.

Influiría de la manera más determinante el hecho cierto de que los rojos estaban aliados con Jóvito, que era un viejo cabeza pelá y muy pendejísimo, que había ganado unas votaciones en el 52, y Pérez Jiménez lo echó pa' Nuevayor, en vez de no dejarse agarrar y esconderse en los cerros y llamar al pueblo a formar el verguero y el bochinche, que es lo que a uno le gusta.

Por otra parte, había gente que le tenía guillo, o sea, desconfianza, a los militares y que no iba a votar por el jefe de los choferes de los barcos del dictador. Mejor dicho, o sea, que los comunistas, por no confiar bien en la fuerza y los poderes creadores de la chusma, mordieron el señuelo de las elecciones dejando los dientes en la tajada. Y además se empataron con gente muy balurda. Y los perjudicados fueron ellos.

O sería que en realidá toda la gente bruta votó por Rómulo, porque los que en ese tiempo sabían leer y escribir eran más poquitos. Y allí se descubrió que los comunistas eran tan nobles y capaces de dirigir a la chusma para que tomara el poder, como

pendejos para conducirla a que lo perdiera con asuntos de la cívica y de convivencias pacíficas, que es lo que inventa la burguesía cuando se ve jodía.



Capítulo 2

Mi papá metió las tarjetas amarillas que era para que la gente que no era comunista votara por los comunistas y no le quedaran cargos de conciencia, pero de nada le valió, por lo de las trampas y la gente bruta, que según las computadoras eran más del sesenta por ciento de mis compatriotas que se anotaron en esa rifa, que como todas las rifas y loterías, jamás le salen a los pobres, mucho menos a los negros, que yo creo que ni siquiera se dignaron a votar, sino que se quedaron bailando el merecumbé por detrás de los bloques.

Lo único que ganaron los comunistas fue andar tranquilos por la calle diciéndole a la gente que lo más cívico y civilizado era aceptar la derrota. El gobierno hasta les dejó pintar unas casas de rojo y se metían adentro dellas a convencer a los pobres de que eso era lo más propio que se debía hacer, siendo que los marxistas jamás ni nunca han escrito que la gente se deje quitar el poder así de una manera tan gafa. Mucho menos los leninistas.

Y Rómulo los dejó también meter en el congreso, que fue lo que les dio a cambio de las pocas tarjetas rojas que les echó la gente y las camionadas de rifles que entregó la chusma, porque ellos así lo dijeron y orientaron hasta por la televisión.

Así más o menos fue que se terminó la Revolución de los choferes.

Pero la tranquilidá duró poco, por culpa de los obreros que comenzaron a pedir lo que Rómulo les había prometido y que después les decía que no, y hasta les echó la guardia, que era la misma de antes, matando a varios en una manifestación en El Silencio, que era el mejor lugar para pedir reivindicación y después agarrar escarmiento de haber votado por los adecos. Entonces también los choferes de los taxis entraron en acción, sobre todo en San Cristóbal, que hicieron una huelga bien arrecha. Pero se sabe que así no más no iban a poder contra los de los tanques, barcos, aviones y jaulas policiales.

No sería muy científico y edificante que las nuevas generaciones me crean todas estas cosas, porque yo no las vi muy bien, porque en ese tiempo estábamos chamos y nos preocupábamos más de los próximos e interesantes capítulos del *Santo contra las jevas coyote*, que eran los únicos clientes que el Médico Asesino atendía según el juramento hipocrático, cuando el Enmascarado de Plata las envainaba, en vez de cogérselas.

Además, uno estaba muy ocupado aprendiendo a multiplicar en el colegio Sanagustín, que los profesores eran párrocos fracasados en España, y estudiaban los hijos de los grandes y de los pequeños burgueses. Algunos sacerdotes eran de los malos y daban coscorrones, le pegaban a uno con la correa, lo arrodillaban con las manos en cruz y un bulto en cada mano, le daban palmeta con una regla de palo, tiraban tizas y borradores cuando uno iba a pedir un sacapunta prestado a algún amigo de uno, lo ponían en el patio a llevar sol, lo echaban en un sótano donde lo que tenían era una granja avícola de ratas y cucarachas conchúas, y lo ponían a hacer planas por coñazo. Ya lo único que les faltó era clavar a los muchachitos en una cruz de palo y ponerle una cachucha de espinas. Y uno veía que Simón Antonio tenía bastante razón de querer acabar con todos ellos.

Uno no se podía desquitar porque darle una pedrada a un cura era ganarse la excomunión o lo que es lo mismo que los papás de uno perdieran los riales del paltocito, la vela y el lazo con los cuales uno se enfrenta con Jesucristo la primera vez. O que los reverendos le embadurnen de ceros la boleta así uno estudiara bastante, que eso era peor que entregarle el alma al diablo que tenía la paciencia de esperar a que uno se muriese, a lo cual mis progenitores sí me iban a echar un regaño inmediatamente y decirme si no me conduelo de los sacrificios que ellos hacen para reunir las munas de pagar la escuela, que en las del gobierno nunca dan clases porque los comunistas no dejan con sus huelgas.

Con quien uno se podía desquitar era con los burguesitos del Paraíso y Vista Alegre, que les entrábamos a palo y les caíamos a piedra y los zampábamos de cabeza en el Guaire, trayendo

pandillas de La Vega. Y estudiando bastante y sacando buenas notas en Biología, menos en conducta y asuntos de religión, que quién coño va a estar creyendo lo que dicen esos verdugos. Había unos que eran buenos, pero eran cómplices de los malos, porque no les decían nada.

Por no botarlo, entonces vendí ese libro, con toda esa gran cantidad de misterios, por la módica suma de un rial, siendo que mi cliente salió ganando porque las novelas de miedo valen más y traen menos.

Mi papá era poco para la política y nunca estuvo con el gobierno. Cuando se murió ya tuve que comportarme como si fuera hombre mayor para que mi mamá no llorara tanto y darle fuercita para seguir adelante, siendo que yo tenía trece años, mi hermano siete y mi hermanita todavía no había cumplido los dos.

De las cosas buenas que me dejó, y sus buenos procederes, encontré debajo de su cama unas cajas secretas con unos libros de sexualidad que me ayudaron mucho para no estar preguntando, y de unas filosofías como las de mi tío Armando. Él nunca me había hablado de eso, porque a lo mejor estaba esperando que me hiciera más grandecito.

Yo una vez quise ser cura misionero de andar con una gran barba y beneficiando a los indios. Cuando salí del sexto grado me metí en el seminario, queriendo ser cura de los buenos y ayudar, pero el latín era una vaina muy telarañosa y dificilísima, y había unos que tenían modito así como de maricones, a pesar de que Chuíto era un hombre bien arrecho que se entrevistaba con María Magdalena, y bebía ron y todo. Que está comprobado que el primer milagro que hizo fue convertir el agua en vino para que no se terminaran tan rápido las fiestas de Canán y siguiera el guateque.

Mi papá se contentó mucho cuando me salí de esa ridiculez, así como Toribio que desde ese momento le agarró por iniciarme en la ciencia del espiritismo magnético. Toribio estaba viejo y nadie de los chamos de la familia, ni sus mismos nietos, le hacían caso de eso que hablaba, que no es así nomás de conferenciar con los muertos, sino que no es relajencia y tiene sus reglamentos.

Yo primero me asustaba de que por eso mi tío, cuando se muriera, se iba a ir para el infierno junto a los luteranos y los comunistas, porque así decían de los que no le hacían caso al papa, y peor que me estuviera implicando en eso, pero lo escuchaba porque veía que él no hacía negocio con eso, sino que más bien esa ciencia lo arruinaba más, regalándole todo a los "hermanos" y no cobrándole a los pobres en su autobús nuevo. Además, las viejas rezanderas preferían irse a pie de Cagua a Turmero, antes que montarse en el morrocoy infernal, que además estaba pintado de rojo y echaba una humalera por el escape.

A nosotros nos gustaba cuando decía que Dios sí existía, que él tarda pero no olvida, que se llamaba Eloy, y que es muy tranquilo e inclusive para los pobres. Y que el Diablo sí era pura invención de los párrocos, y lo que sí era legal era que había una catajarra de espíritus atrasados mentales y de tiniebla, pero que los buenos eran más. Que los santos existieron y actualmente son espíritus de luz que andan con Guacaypuro, Negro Primero, José Leonardo, Simón Bolívar y Ezequiel Zamora. Hasta me llevó a la más búfala de las escuelas dellos, que quedaba ahí por la esquina de Santa Teresa y yo queriendo ver cómo platicaban con los difuntos y hacían flotar las cosas por el aire con la pura fuerza de los sesos, pero para ver eso había que estudiar bastante y poderse codear con confianza con los muertos, que había unos que no se les entendía un coño, y eso era cuando se manifestaban los de Egipto, Mesopotamia y los del Valle del Indo, y además no se les escuchaba bien por ser momias enrolladísimas en trapos viejos.

Los albañiles también eran muy amigos de Toribio, porque él los llamaba para reparar los pisos de su casa, ya que en la frecuencia de la mente dél, a veces se metían los espíritus burlones y le transmitían dónde era que estaban los tesoros y doblones que los españoles enterraban cuando venía Simón Antonio volando cabezas. A lo cual Carmenmaría vivía arrecha con Toribio porque le tenía la casa vuelta una escombrera y juracos por donde quiera, y nunca conseguía un coño, sino nidos de escorpiones, culebras ciegas, poncheras

y bacenillas oxidás. Y después gastaba los riales en los albañiles y no le daba nada a ella para pagarle a los arabitos vendedores de manteles.

De los comunistas nunca había visto uno en persona porque cuando eso ya se habían dado cuenta de las malas tretas de Rómulo, y se fueron para los montes, porque el gobierno los echó de las casas coloradas y del congreso nacional. Eso fue después de unas grandes guerras en Puerto Cabello y Carúpano que los marinos se alzaron y Rómulo hizo con ellos un gran genocidio. Eso lo pasaban por la televisión, y andaban unos de noche volando tiros por los cerros de La Vega y los bloques, y a uno no lo dejaban asomar, y porque le daba miedo, pues.

Una vez quemaron un bus frente a la casa, pero yo no los miré, sino hasta que mataron a dos hijos de una señora vecina, y los vi en las urnas y la gente lloraba mucho porque eran estudiosos y buenos con su mamá.

Después aparecían unas banderas de la Revolución en el cerro de San Miguel, y el que queda por detrás de los bloques. Entonces ya se dudaba de que los comunistas tuviesen negocios con el diablo, porque en ese cerro hay una cruz grandota de cemento, y don Sata no hubiera aguantado ni acercársele. Entonces ya no se le llamaba cerro de la Cruz, sino de la Ascensión, porque cuando los polizontes llegaban a quitarlas, les reventaba una bomba que tenían conectada, y subían en cuerpo y alma a los cielos.

Yo tampoco puedo decir que conozco mucho de esta otra guerra que comenzó en el año 62 contra Rómulo y todo el que se atraviese, porque todavía estaba chamo. Lo que sí miré fue que extraditaron a Pérez Jiménez y la chusma creía que se lo iban a entregar para ahorcarlo, y lo que hicieron los adecos fue imponerle seis añitos de prisión, con aire acondicionado, tele y teléfono privado y las putas más elegantes del hotel Tamanaco. Siendo que a los comunistas cuando los agarraban les metían hasta treinta años en las cárceles más crueles, mohosas y pudrimentarias, o los volaban desde un helicóptero al

Salto Ángel, y esos son los tales huesos de restos de civilizaciones perdidas que viven encontrando los arquiólogos sin oficio.

Una vez llegó un cura musiú y todo extraño a Los Paraparos que empezó a reunir la gente para reparar las rancherías y las escalinatas y pedir reivindicación. Y al padre González no le gustaba mucho porque no llevaba el balandrán reglamentario y andaba en una moto todo sucio y flaco. Y le impartía sus sacramentos a las gentes sin cobrar y sin necesidá de ir a la iglesia de la plaza, porque decía que Dios estaba en todas partes y hasta encaramado en el cerro de La Luz, El Combate, El Petrolio y Las Culebrillas, buscando que lo pique una susodicha. Entonces el cura Francisco trabajaba en sus bautismos, casamientos y sepelios de manera gratuita y sin estar amenazando, y allí fue que se cristianizaron más indios que los cuatro siglos de la colonia. Y no daba hostias que saben a papel y uno tiene que despegarlas del cielo del paladar con las uñas sucias, metiéndose en grandes problemas con Chuíto. Porque Francisco impartía pedacitos de concha de arepa, y a los viejitos les daba la masa de adentro.

A las viejas chismosas primero les gustó que hubiera venido, para que el papa tuviera más control sobre La Vega, pero después decían que era comunista y que se quería con unas negritas del cerro. En realidad nosotros no le veíamos cara de comunista, ni mi mamá tampoco, porque más bien le gustaba que andara con él ayudando a esa pobre gente y no encerrao leyendo los libros de las profecías de la gran pirámide y de cuando los marcianos naufragaron en la costa yucateca y de allí es de donde se desprende la civilización maya. Y el tercer ojo que tienen los anacoretas del Tíbet, que no es extraño que lo tengan en el culo como cualquier gente.

Y el cura organizaba teatros y exposiciones de pintura donde llegaban las carajitas y una llamada Nely Duque bien aseadita y que era de por la Carretera Negra y le daban permiso para que fuera a agarrar algo de cultura de la de nosotros.

Ella siempre llegaba porque también se daban clases gratuitas de reparación a los que habían colgado en los exámenes finales,

así como a ella, y a las demás que no se lo prestan a los profesores. Pero entonces no ponía cuidao a las clases de afanípteros y licopodios que le podían aparecer en los exámenes, y en el transcurso de la vida, pues. Sino que se me quedaba mirando, y yo le preguntaba, y la iban a volver a colgar y no iba a prosperar si no se iba a tener que meter a taquillera del cine o a mesonera del bar Fortuna donde vivían los borrachos más peliones. Porque no me contestaba ni verga cuando la interrogaba de los microbios, y más se me quedaba viendo como si me los fuera a observar así nomás en el mugre del cuello sin utilizar microscopio. Hasta que un día que todos los demás alumnos estaban ocupados buscando amibas en una perola de agua sucia, que yo les puse esa tarea imposible para aprovechar y darle unos besos que tampoco decía nada y quedaba así como manatizada y después le fueron gustando todas las fechorías que había aprendido en los libros aquellos, menos desvirgarla porque después nadie se iba a querer casar con ella. Y hoy en día todo le perdono a la Nely, menos que sea adeca o copeyana. No confundir con Nely La Cruz aficionada a que se la cojan los diguepoles.

Más antes, cuando uno creía que todos éramos iguales, yo le tenía hambre a una pequeñoburguesita del Teresiano llamada Mariaugenia Cabrujas, que jamás ni nunca se me olvidará ese nombre porque fue la primera jevita que yo me atreví a solicitárselo, pero me cortó las patas y me desahució por un chiquito plástico llamado Manolo, pelo largo y de bluyines apretaítos y tenía moto y riales para llevarla a comer helados a la Crema Paraíso. Y yo no, pues.

Entonces le cogí más bronca a esa clase de gente que se orinan hasta en la ternura de uno, y además uno está chamo.

Una vez aprovechamos que hubo una fiesta de toros coleaos cuando el Cuatricentenario de Caracas que hubo un terremoto. Y un riquito desos quiso joder a un negrito limpiabota, y lo agarramos a piedra y cadenazos, y el Fantasma les robó una moto, y la indiada mató los toros de la fiesta y se llevó los bisteces para el cerro, y agarrarle las nalgas a las reinas, y nos metimos a la urbanización La Paz a quebrar vidrios y parabrisas y no seguimos la revolución

porque la naturaleza se opuso y vino el terremoto del 67 que salimos despavoríos para nuestra aldea natal con lo que dimos tiempo a que los pavitos se reorganizaran y llamaran por teléfono a los polizontes, que en vez de ir a ayudar a los damnificados se pusieron a perseguirnos y a allanar las casas, y ¡ay del que le encontraran debajo de las camas carne o güesos de toro coleado!


DIARIO DEL CHE EN BOLIVIA
CARL MARX
LA BIBLIA

Capítulo 3

Cuando comenzó la tal democracia que los incautos y los turistas creen que existe en Venezuela, y los antepasados empezaron a darse cuenta de que habían metido las patas con eso de desarmar a los negros y despojar a la Junta Patriótica de los poderes, y entregárselos otra vez a la burguesía, entonces todo el mundo comenzó por autocriticarse echándole las culpas a su vecino de semejante desafuero y ridiculez, y de eso de firmar treguas y capitulaciones con los ricos, en vez de terminarlos de joder, y de estar ensayando unas tales "fórmulas de convivencia pacífica dentro de un clima de tolerancia recíproca". Cuestiones que solo se las creyeron y cumplieron los comunistas, mientras los aristócratas y mantuanos se recuperaban de sus dolencias para asaltar de nuevo el poder, por la vía de Castro León y demás militarotes de vieja estofa o por las flamantes elecciones que el Tiosam se sacó de las mangas de su flux azul y rojo con estrellitas.

"Clemencia criminal, que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente construido".

Entonces, los ancestros se empezaron a echar la culpa entre ellos y jamás al imperialismo y a lo brutos que fueron. Y no parecen hijos de Simón Antonio, que cada vez que lo envainaban, todas las culpas se las echaba Él mismo, y jamás a sus generales, y mucho menos a sus tropas, y ni se puso a estar inventando partidos para estar debilitando el de la Libertá, que ese siempre existe en el sentir de los pueblos, y el que se quiera meter se mete, y el que no, que no esté jodiendo.

Los adecos se dividieron, los que estaban mandando y los pendejos, que a su vez se escisionaron en los del MIR, que eran unos chavalos de los que se fueron a los montes a acompañar a los guerrilleros. Y en los del PRIN, que como eran viejos ancianos, tenían vergüenza de haber sido adecos, pero no tenían fuerza ni bolas de meterse a llevar vainas por los montes, sino que inventaron su

tarjeta para tumbar al gobierno en las próximas elecciones, que nunca pudieron los guerrilleros con las escopetas, mucho menos ellos con papeles.

Y en los del MEP, que se salieron de último y no les había dado lástima más antes todos los obreros, estudiantes y campesinos que Rómulo, Raúl Leoni y Carlos Andrés Pérez habían matado, y que este último era el ministro del Interior o sea el jefe de los polizontes y de los sicarios que torturaron al profesor Lovera, y lo echaron al mar envuelto en unas piedras y unas cadenas, hasta que lo asesinaron, y el mar ya no aguantaba más sangre ni cadáveres y por eso lo echó para afuera en las playas de Lecherías. Un día yo miré al Flaco Prada haciendo cuentas de eso de los crímenes, y eran más de dos mil gentes asesinadas. Que Carlos Andrés eso lo debe.

Pero los del MIR, los del PRIN y los del MEP se dividieron otra vez en unos viejos prostitutos que se regresaron otra vez pa'onde los adecos, y los otros que se quedaron en esos partidos y le siguieron echando bolas honestamente. A Jóvito, que tenía su partido URD, algunos se le fueron para la montaña como el comandante Fabricio Ojeda, jefe de la Junta Patriótica, el único diputado que renunció al congreso parlamentario que inventaron los adecos y a los riales que allí le daban y se fue con los guerrilleros del Frente Simón Bolívar, y no al revés como hacen muchos. Además lo echaron preso por medio de traiciones, y lo ahorcó la Digepol, y eso los adecos también lo deben.

Por otras cosas, Wuorfang Larrazábal se pelió con Jóvito, y unificó más al pueblo con otro partido que quedaba por la calle Real de Los Paraparos, para que toda la gente se saliera de los otros partidos y los guerrilleros de los montes, y se metieran en el partido dél para tomar su poder, que él se lo había quitado a Fabricio Ojeda y a su vez este se lo dejó quitar por Rómulo, y su destino ha sido siempre andar como un mismo güevonote, que ni la burguesía lo quiere, y eso que la ayudó tanto a engañar a la chusma.

Jóvito tenía su sucursal por ahí por la Plaza de La Vega, al lado de la junta comunal, donde se la mantenían unos viejos negros que

se habían vuelto pendejos y que tenían una hijita dellos que querían que se casara conmigo estando yo chamo, para que la rescatara de la mafafa y la mariguana que le daba el Ciempiés por los lados de los bloques, y yo me arreché con ella, porque cuando yo se lo procuraba, ella decía que no se lo proporcionaba a ñángaras. Que eso era lo que la gente decía porque no fumábamos marroña y andábamos pa'rriba y pa'bajo con el padre Francisco Güitack.

A mí me gustaba mucho la Maritza porque se parecía a esas negritas gringas que inclusive acompañan a Arita Franklin cuando salía por la televisión y cantan amontonaditas y que son flaquitas y muy manuables para afincárselas. Lo que muchísimo después se logró con Mariaelena, una afrocaribeña que pelaba los dientes y le daba por hablar watusi cuando nos estábamos entrevistando. Y a mí primero me daba miedo.

De Caldera, que era el propio apoderado de los curas maliantes no debería ni hablar, sino porque del partido dél, o sea, el de los copeyanos socialsatánicos, se dividió uno que lo llamaron los astronautas pero la gente entendió más cuando le pusieron Izquierda Cristiana, que sí agarraron el catecismo por donde era y fue el día que se descubrió que la Biblia no era un libro tan balurdo, sino que echaba cuentos que defendían a los pobres y de Sansón deteriorando a los malandros filisteos, y de David volándole piedras a los imperialismos de antes, de unas magias que tenía Moisés para ahogar a los polizontes del rey faraón cuando lo perseguían, y así, pues, cuestiones que los párrocos no le contaban a uno.

Y en la Izquierda Cristiana daban otros libros del padre Camilo Torres que había unido a su pueblo de la hermana república y caído en la montaña echando plomo sin haberle dado tiempo de convertirse al materialismo ateo, que es el que le da miedo a la gente. Contimás que Francisco nos tenía bien alineaos con eso de ayudarles a hacer sus casas a los vagos y enseñarles a leer a los hijos de los pillos. Y eran buena vaina porque buscaban cómo andar junto con los del MIR que fueron los que les enseñaron a hacer la bomba molotov en frascos como los que guardaba mi abuelo, y fueron los

que les prestaron los libros del Che y del marxismo leninismo en general, que los viejos de antes no sabían muy bien qué era eso, y no le decían así sino marcelinismo, y comentaban que un hombre así como Marcelino era el que hacía falta para mandar en Venezuela y mantener a raya a los usureros.

Por otro lado quedaron los comunistas, que buscaron cómo desunirse para que la Revolución avanzara más. Los propios del gallo rojo no se sabía dónde estaban, porque lo que apareció fue un partido que llamaban el UPA, que lo fundaron en la bajada que va de la iglesia del Carmen para Los Paraparos, y que el jefe era un tipo que parecía gafo y no asemejaba ser de los que quemaban carros y secuestraban, mucho menos haber bajado de la montaña, y que yo lo vi como a los diez años en el Cada de Las Delicias en Maracaibo y ni me saludó, y por eso es que uno se confundía y no les paraba bolas.

Y uno se daba cuenta de que tenía que haber otras clases de ñángaras, de donde salían los que estaban presos, los que ponían banderas compuestas en los cerros, los que vivían por San Miguel, los que se llevaban los aviones y los barcos y se los regalaban a Fidel, pero él los devolvía porque él tiene bastantes y mejores. Y se llevaban los riales de los bancos, y hasta tenían amigos entre los marinos de Carúpano y Puerto Cabello, que el general Marcos Moro fue de los adecos que los masacró y yo me maldigo cuando no me había dado cuenta de que había sido él y se la mantenía borracho por los lados del Parque Juan Cuchara, de civil, y bien tranquilo para secuestrarlo y dárselo a alguien que se viera con los comunistas, que ellos los cambian, o los ajustician provisionalmente, y se robaban hasta unos cuadros del Museo de Bellasartes y después los devolvían, pudiendo habérselos regalado a los pobres para que adornaran sus ranchitos por dentro.

Y quemaron negocios de los gringos y el humo se veía desde La Vega, y la gente se ponía suéteres creyendo que era neblina, y volaban puentes con unas marusas llenas de pólvora; y acabaron con un bastante por ciento de policías, y los soldados estaban cagaos y llamaron a sus amigos los "cazadores" que eran los más

sanguinarios y coñosdemadre, rángeres entrenados en la Yunai y la zona del Canal.

Entonces los ñángaras secuestraron al futbolista Di Estéfano, y luego al propio jefe de la misión militar norteamericana, que se lo cambiaban a Rómulo por Nguyen Van Troi, que estaba preso allá en Viet Nam y lo iban a fusilar los yanquis, pero salió en el periódico que habían aceptado de embuste, para que los ñángaras soltaran al general, que fue exactamente lo que hicieron los incautos, y los gringos fusilaron a Van Troi, que allá en Saigón gritó antes de morir:

—¡Abajo los yanquis! ¡Viva Ho Chi Minh! ¡Viva Viet Nam! ¡Viva Viet Nam!

Entonces aparecían militares muertos en las calles, y olioductos reventados, y campesinos alzándose junto al comandante Argimiro Gabaldón y sus guerrilleros que enseñaban a leer y a poner inyecciones, y emboscadas, y dando ánimo para robar ganado y de recuperar las tierras que Simón Bolívar había nacionalizado. Que cuando se murió, para solaz y esparcimiento de los gringos, los terratenientes volvieron a la carga dirigidos por Páez, Santander, La Mar y Obando, apelativos también de sendos perros que tenía Manolita allá en Paita, luego de enviudar del Libertador y que la corrieran de Colombia y el Ecuador. Y allí se murió toda botada, y ni aún en Venezuela nadie se ha priocupado de buscar sus restos y colocar sus sagrados huesitos en el Panteón Nacional ahí pegadita a Simón Antonio, como a él le gustaba.

Así fue que nosotros nos dimos cuenta de que los comunistas se dividieron, entre unos que son cívicos, y otros que echaban vaina y les gustaba la Libertá que eran los de las FALN, y sus amigos del MIR, que esos eran los tales subversivos jacobinos sin camisa, que uno sentimentalmente se preocupaba por ellos, que qué comerían, que cómo hacían cuando estaba lloviendo o se acordaran de su mamá, y para que no los picaran las culebras, y para mandarles cualquier cosa o coroto, que a lo mejor ellos necesitaban y uno los echaba en el aseo urbano.

Y una vez el Negro Choropo me contó que era verdá que habían venido en el 66 unos cubanos de los buenos, a colaborar en lo que pudieran, entonces los adecos los agarraron a balazos en las playas de Machurucuto y a otro lo echaron preso, y después los mismos adecos canallas lo ahorcaron en el SIFA, y después hasta bombas atómicas pidieron que le echaran a Fidel por haber prestado unos fusiles, y como en ese tiempo todavía estábamos chamos, vivíamos cagados del miedo con lo de las bombas porque Cuba está bien cerquita, y es una realidá.

La otra gente también la agarró por dividirse, por ejemplo, aparecieron unos negros nuevos que se llamaban los Trinitarios, que hablaban inglés sin necesidá de ser catires y estudiar de eso en el bachillerato, y que yo conocí uno que vendía parrilla frente a la librería Sandokan, con una camisa floriá y con estampados de culebras, que los 24 de diciembre ponía a todos los limpiabotas y carajitos pidemedio en una fila, y les daba carne asada gratis y la que sobraba se la regalaba a los ciegos y los recogebotellas, que después le pagaban con botellas para el negro echar su salsa de tomate y su mayonesa que la rendía con agua, y después no le cabía en los frascos originales. Otros negros, por ejemplo, se pusieron a jugar béisbol por la televisión, y otros a boxear y a caerse a coñazo entre ellos mismos, que es lo que da tristeza porque no es por deporte sino por hambre. Y así por el estilo.

Los italianos se dividieron en los del restaurán de al lado de mi casa, que eran buena vaina con nosotros y nos daban comida de la de ellos cuando mi mamá en veces se tardaba de llegar de la escuela donde daba clase, aunque más antes mi papá los agarró a hielazos, porque en mi casa no había piedras y además no lo dejaban dormir por estar bailando sus tarantelas, sabiendo que al día siguiente la gente tiene que trabajar. Entonces los napolitanos se pusieron mansitos desde esa noche, y nos regalaban toletes de pasticho y enseñaron a enrollar los espaguetes en el tenedor y no comerlos chupados; así como los pollos cuando ingieren lombriz.

Había otros que vivían antes de bajar para los bloques y que sí eran de los mafiosos y delincuentes porque fueron los que trajeron los billares a La Vega y unas máquinas que hacían café desempleando a unas señoras que antes lo hacían ellas. Además, traficaban con marroña, opio y heroína, que cuentan que las mandaba Daniel Santos por desquitársela de una vez que lo echó preso el general Medina, porque le cogió una novia que él tenía. Y en la Modelo fue que sacó la canción de *preso estoy cumpliendo mi condena,* y las viejas bonchonas, que en ese tiempo estaban jóvenes, le llevaban jalea de mango y majarete.

Y otros se dividieron en que no, que la mariguana la habían traído los colombianos, que aprovecharon de que los guardias descuidaron la frontera por estar persiguiendo a los guerrilleros. Aunque personalmente soy de la opinión de que quien la trajo fue Javier Solís.

Además había otros italianos que fueron los que hicieron la parte de arriba de mi casa y que no se sabía qué hacían con los riales porque solo comían pan con mortadela, que se descubrió que otros paisanos enemigos dellos se la hacían con carne de los burros que compraban que eran para dárselos a los tigres del zoológico.

Por último había unos que amolaban cuchillos a domicilio, y avisaban de eso con una flautica y cantando: *amolatore... amolatore*. Había otro que estaba estudiando conmigo en el colegio de los curas, que se las daba de luchador y tiraba patadas voladoras, tijeretas y todo mate, pero se dejó de esas estupidencias un día que le metí un batazo porque así lo tuve que hacer por lo de las patadas. Que en casa no se veía bien el canal 4 donde salía la lucha libre, y el Dark Búfalo enloquecido de dolor cuando el Dragón Chino le puyaba los ojos y le echaba sustancia.

Las putas, que habían luchado juntas contra Pérez Jiménez, se dividieron. O sea que apareció el partido de las sacaqueso que andaban con los pelos pintaos, las tetas de fuera y montadas en moto robada con los malandros de La Hoyada, y el de las quiebragüevo que se instalaron en los ascensores del bloque 2 y por eso es que no

funcionaban y le echaban la culpa al gobierno. Entonces el Ciempiés y los malandros de Los Cujicitos, metían a los viejos junto con las zorras en los ascensores, y después los sacaban, que no podían salir hasta que no habían pagado adentro, y se los llevaban por detrás del bloque y los atracaban con unos punzones y le quitaban el resto de los riales y además la cédula y el comprobante electoral, que se los vendían a los colombianos por cuatrocientos bolívares, y los presuntos las componían y se las vendían a los clandestinos, que así podían bajar de la montaña y evolucionar, y quitarse el óxido de los cumbiones.

Las otras, que eran las del mal vivir, y las propias meretrices del lumpen, se aliaron con los adecos y pusieron su negocio por Catia-lamar con riales de unos que Fidel echó, y entonces tenían en el cuarto dos suichecitos que estaban conectados a unos bombillitos afuera, que uno era para pedir ron y otro para llamar a la policía militar cuando los ciudadanos no querían pagar o tenían cara de sospechosos del San Carlos o de Tocuyito. En ese lugar andaban bastantes putanas y, cuando era hora de cerrar la institución, el chochoteniente las arriaba así como cabras en las sabanas de Falcón. Allí fue que batieron contralsuelo y mataron a Pancho López, que era un enano que salía por la televisión y era payaso. Lo mismo que el Abuelito Cantarín que tenía su programa para los niños, y descubrieron que era sádico y estafador, que son los oficios que no les dejan trabajar en Cuba.

Lo más triste de todo es que uno siendo chamo y que necesita de divertirse, desconfiaba ahora hasta de los payasos.

Y hasta mi familia se dividió en unos que no se sabe de dónde sacaron los riales, por parte de mamá, y que no voy a hablar mal dellos porque familia es familia y ellos ayudan a mi mamá, que se los agradezco porque yo nunca le he dado nada sino decepciones.

La pandilla de la Plaza fue la única que no se dividió para nada. En realidá no tenía jefe fijo, sino al que se le ocurría la mejor forma y procedimiento para echar vaina y deteriorar el orden público, entonces lo llevaba a la práctica con el resto, por ejemplo, meternos a

la iglesia y tocar las campanas sin que hubiera misa y ver a las viejas rezanderas echarle insultos a los relojes, ya que era más probable que estuviesen malos, y que no se equivocaran de hora las campanas. Que eso no había pasado nunca en cuatrocientos años, hasta que llegamos nosotros.

También jugábamos pelota y le rompíamos los vidrios a las del telégrafo. Pero un día se les ocurrió meterse con una estatua de las de la iglesia, que no era de santo, sino de un monaguillo sacristán catirito que pedía rial en un cajoncito, que no era humano pues, sino de yeso y pintura de aceite. Más antes le habíamos sacado los cobres para comprar medios de cigarro e ir pa'l cine o ajuntar para ir donde la Flotilda que era la que se encargaba de nosotros los chamos.

Pero, coño, desde ese día tuvimos más de un mes sin poder ir a la Plaza, porque secuestraron al chamo de yeso ese, y lo bajaron por el barranco donde los Muertoparaos buscando cómo esconderlo en los montarrascales de la Hacienda, que ahora hay quintas de ricos y se llama Montalbán; con la finalidad de pedirle rescate al cura por medio de una carta notificadora. Pero el plan se descachimbó porque mucha gente los miró cruzando la autopista, porque era un domingo al mediodía que no teníamos qué hacer.

Entonces ahí lo dejaron en medio de la calle y nos montamos al cerro a ver los carros y los autobuses frenando porque creían que era fiscal de tránsito y los podía multar. Hasta que llegaron Santo y Chivo Eléctrico, que eran unos esclavos que tenía el cura González, a rescatar al pordiosero de yeso que después se le miraban los raspones. Otra cosa era meterse con el viejo Felicio que hacía sus fiestecitas, no me acuerdo si de urredecos o de adecos, y hasta no nos invitaba y después cerraba su puerta para que no se le colearan y mucho menos le pellizcaran las nalgas a las hijas.

Uno aguantaba hasta las once de la noche que sonara el pito de la fábrica. Entonces se le mandaba un ultimátum al viejo para que abriera la puerta y nosotros participar de la cumbiamba, que si no lo hacía que se atuviera a las consecuencias de que le íbamos a cortar la luz y echarle guarataras arriba del techo, y por último se le prendía

fuego a la puerta con cartones, periódicos viejos y querosén, que los viejos borrachos no podían salir ni por las ventanas y clamaban al gran poder de Dios.

Dicen que la hazaña más grande fue que agarraron un carro de un viejo que era sapo, y se lo echaron por las escalinatas de Las Barracas, hasta que se fue rodando y se desguañangó contra una puerta de yerro que había abajo. Una vez un policía me halló con una vieja por ahí por esas escalinatas y me llevó preso a la Jefatura, y hasta mi mamá se dio cuenta y regañó después a la pobre vieja.

En ese tiempo aparecieron las películas prohibidas para uno en el cine La Vega, pero no importaba porque como yo era el más alto me tocaba comprar las entradas para poder mirar a las italianas en pelota y echando chola. Hasta el día que escarmentamos porque los polizontes, en vez de averiguar el caso del padre Biaggi, se emboscaron en la puerta para agarrar a todo el que fuera saliendo y se los llevaban a punta de esmitwilson a servirle al ejército, así obligao, porque se suponía que todos éramos mayores de dieciocho años, que esa es la edad de presentarse voluntario al cuartel y nadie lo hace, ni siquiera los hijos de los ricos, que son los interesados.

Y era que nos querían llevar también a nosotros, y les enseñábamos la cédula donde constaba que teníamos solo catorce años, y que éramos chamos todavía, y estudiantes, y únicos-hijos, y que teníamos los pies planos, que no servíamos pa'l ejército y cosas así. Pero nos perdonaron, llevándonos presos por ver películas prohibidas, además que adentro del cine había un policía que les tiraba el rolo en la cabeza a los que estaban fumando.

Las grandes peregrinaciones por toda La Vega eran los sábados por la noche a ver en qué fiesta nos podíamos colear, que alguno era conocido del dueño del rancho o del aparato de sonido o habíamos hecho juntos la primera comunión, y al suavetón iba metiendo a todos los demás, cada uno con su limón en el bolsillo derecho del pantalón, que no servía un toronto porque se derretían.

Después que las jevas quedaban impresionadas con nuestro garbo y velocidá para desarrollar la rumba, porque eso le viene a

uno de sus ancestros del África, y empezaban a poner los boleros de Daniel y Carmen Delia, entonces uno abrazaba a la carajita y le iba rastrillando el limón, pero como se las daban de decentes, se corrían pa'l lado izquierdo que era donde uno se había dejado su bejuco... y ahí era que las afanaba. En el caso de que no le huyeran al limón, entonces uno se resignaba a esperar que terminara la pieza y se metía al baño a botar el limón y cambiarse, pues, la mondá legítima para ese lado.


F. OJEDA
A.GABALDÓN

Capítulo 4

Todos los viejos se habían dividido por vainas de política aunque no así sus hijos que lo hacíamos solo por conveniencias tácticas y de mejor aprovechamiento del terreno. Contimás que ni queriendo nos íbamos a peliar, porque los polizontes nos perseguían por igual porque lo que buscan es que los asciendan a costillas de uno.

A todos nos gustaba el programa de la hora de la salsa, que era a las doce del mediodía por radiodifusora, y a esa hora era que llevaban a cabo sus ofensivas y redadas para ver si lo agarraban a uno distraído escuchando a Pacheco o a Pupi y su Charanga. Por lo demás, el polvo de la fábrica de cemento nos caía a todos por igual, y no nos querían ni ver por el Paraíso y Vista Alegre, que solo buscan al pobre para empujar carros, donar sangre, cargar muertos o en las elecciones. Además, nadie se ponía a estar celando a la Flotilda, que lo prestaba parejo:

1. A los mariguaneros delincuentes o malandros propiamente dichos, que vivían en las partes más altas de los cerros para escaparse más fácilmente, porque desde arriba se mira mejor la azuleadera de los policías cuando vienen y uno no va a ser tan pendejo para esperarlos.
2. A los hijos de la vieja Angulo no se los proporcionaba porque eran rezanderos.
3. A los ñángaras comunistas que se sospechaba eran de las FALN, que pintaban en las paredes “Viva Duglas Bravo” y habitaban por San Miguel, que eran las partes más oscuras que a los policías les da culillo.
4. Otros que se la daban de comunistas y no eran nada, preocupando a sus mamás sin razón, y peliándose con las abuelitas por vainas de religión.
5. Los propios que andaban con Güitack, el cura.

6. A nosotros los de la Plaza, con sucursales en las calles del Rosario y del Cementerio. Los hijos de Ricarda en Los Paraparos, Pulguita y sus hermanos los Muertoparaos.

Después Güitack nos aceptó al Fantasma y a mí para completar sus apóstoles. El Fantasma, más que nada para bacanalearle la moto y prestármela para que me rompiera la pierna.

El único problema que tuvimos con la gente de Los Paraparos es que cuando construimos la capilla por la Primero de Mayo, que servía también para guardar motos y meter las novias de noche, este cura que era medio artista, le hizo la puerta en forma como de triángulo y bajita, que nunca sirvió para meter y sacar los santos en el hombro para las procesiones, sino acostaos como heridos del Periférico de Catia, y esto era lo que no le gustaba a la gente. El único santo que sí era inclusive para esa iglesia es el Santoentierro, que va tranquilo acostaíto en su catafalco, y nadie le echa limosna porque nada va a hacer con riales así difunto.

Ahí también se organizó una escuelita, así construida por el mismo público de ahí, y no era obligao ir a las misas quel padre daba y no había pila bautismal porque es malo tener agua empozada que se llena de clavitos de sanófele y la gente después se va a estar dejando picar por los zancudos porque y que vienen del agua bendita.

A mí, Güitack me puso a dar clases en otra escuelita, así inventada, que se hizo por donde era la última parada de los buses azules, y los domingos me llevaba a todos los chamos para los cerros a conocer la Naturaleza y La Vega desde arriba, y los caballos despezuñándose en el hipódromo que está del otro lado. Y además se aprovechaba para estudiar la anatomía de los aparatos que la gente tiene por dentro, pero a través de un lagartijo muerto.

Y unos chamos llevaban comidita y otros no, pero en el cerro se les repartía a todos por igual y aceptaban.

Después, al regreso, había juego de fútbol pero no así como el de los españoles que es de un equipo contra otro, sino así todo regüelto porque no había cómo diferenciar los equipos contrincantes así con franelitas rojas y azules, porque los chamos no tenían ningún

tipo de camisa. Entonces unos más inteligentes inventaron hacer unas con bolsa de cemento. Un equipo con las letras de la bolsa en el pecho y otro sin las letras que dicen Cementos La Vega, pero no sirvió porque ahí mismitico las desguañangaron.

Otros dijeron que se hiciera la partida de negritos contra los blancos, lo cual era menos correcto todavía porque se sabía que los nichitos iban a ganarle a los pobres gochitos y hasta los iban a coñacear cuando les relinchara la sangre africana. Sabiendo que los andinos son indios como cualquieras otros, pero que se fueron destiñiendo con los siglos por no llevar sol en esos frialalales y por la anemia que da el hartar arepa sola con ají picante. Y está comprobado que desde el paleolítico, estos paisanos no muerden proteína, y que el último elefante mamú que quedaba lo vinieron carreriando y persiguiendo desde el nudo de Pamplona hasta la sierra de Perijá, donde cayó en manos de los motilones. Y es por eso que los gochos no se la llevan bien con los maracuchos.

También se recuerda que los andinos comieron carne en 1813 en el inicio de la Campaña Admirable, cuando Simón Antonio le dijo a los colombianos que andaban con Él que les regalaran tortuga y pescao salao del que traían ellos desde el Magdalena.

El fútbol se resolvió estableciéndose que la pelota era la cabeza degollá de Juan Vicente Gómez, para ir preparando el terreno y después decirles que era la de Pérez Jiménez, Rómulo y de ahí en adelante. Entonces había que darle bien duro a la pelota, y ganaban los once primeros que recibieran patadas accidentalmente y salieran llorando.

En la Cota 905 construimos otra escuelita, pero esa sí es verdá que se la cogieron los malandros. Y en San Miguel, otra que la agarraron los copeyanos, porque los ñángaras no se pusieron las baterías.

A todas estas, me metí en la universidad a estudiar Medicina, porque a mí primero me gustaban los animales y quería ser veterinario y tenía el cuarto lleno de vainas disecadas y un murciélago vivo dentro de un frasco que no le bastó la sangre de los grillos y las

chicharras que le daba, sino que me mordió, y se lo regalé a un gato, que primero estuvo mirándolo bien a ver si no era súper ratón y salía volando y lo agarraba por el rabo y lo batía contralsuelo.

Pero andando con Francisco fue que conocí bien todos los recovecos del barrio y las grandes enfermedades de la pobrecía. Entonces, me dije, para qué estudiar para curar a los perros y los gatos, que solo los ricos pagan por curar a esos desgraciaos, siendo que puedo ser el médico de los pobres y los desamparados, como San Gregorio.

Entonces mi mamá, de alegre, me compró una motoneta amarilla para ir a la UCV, y yo bien contento de haber salido de ese colegio de los burguesitos, hasta que me encontré con ellos mismos en la facultad, porque la Universidá es gratis, pero solo los coños esos son los que tienen riales para comprar unos libros bien gordos que uno necesitaba. Y mi mamá que para eso se quitaba el pan de la boca o no le compraba más vainas a mis hermanos.

Ahí mismo se dieron cuenta de que yo era de La Vega, porque por más que uno se meta en la pinta, siempre se le sale lo chusma, sobre todo cuando habla.

Al principio no les paraba mucha bola ni les hacía caso porque me distraía con una brasileña que como era extranjera no sabía diferenciar mucho, por encima, entre los burgueses grandes y los pequeños. Y la cogió por repasar anatomía conmigo porque le daba miedo jurungar los muertos de verdá, que era con los que se debía practicar.

El día que pusieron a los difuntos en las mesas, yo no quería ni entrar, porque es arrecho meterse con un cristiano que debería estar enterrado con su cruz encima como los demás y no ahí dando espectáculo. Yo los miraba de lejos por las ventanas y me provocaba prender mi moto e irme pa'l carajo. Pero entonces se metieron los burguesitos desalmados con sus batas blancas, muy regocijados a estar viendo y travesiando con los pobres cadáveres, y yo decía "estos coños de madre no pueden ser más arrechos que uno", además que me afligió el pensar que La Vega no iba a tener su propio doctor.

Y me amarré las bolas como pude, respiré hondo y me acordé de unos carajitos desnutridos que vivían por la Primero de Mayo, que a lo mejor se morían antes de que yo me graduara, y le saqué todas las tripas y chinchurrias al exhumado, así como el zamurito se las saca al chiriguare en los bailes, y para regresarme me vine como los vaqueros enrollando sus sogas, y así acomodaítas se las volví a echar adentro del carapacho del finado. Y así les fui perdiendo el miedo a estos desahuciados. Y después el profesor siempre me agarraba para seguetiarle la totuma de la cabeza a los hermanos en desgracia y averiguarles el celebro y las cuevas de la mente humana.

Aunque nunca les perdí la lástima, porque a uno le dolía el mango al ver que los difuntos eran unos viejos que se les veía que habían sido pordioseros y otros ladrones que en la morgue nadie los va a reclamar, y que al pobre lo joden hasta después de muerto y ni siquiera uno tiene su descanso eterno.

Uno se fue acostumbrando al olor a formol que tenían y que lo perseguía hasta La Vega, pero ya no iba aguantando desde un día que pedí un sánguche con jamón en el cafetín que lo iba a pagar con un fuerte que me daba mi mamá todos los días junto con la bendición y que cuidao con los carros, y entonces el que los cocinaba los ponía en un mostrador para que después la caraja de ahí se lo llevara a la mesa de uno.

Cuando yo le pegué el mordisco, sentí la carne dura y que se me quemaba la lengua, y ahí fue que me di cuenta de que los hijos de la gran puta compañeros de estudio le habían echado en el trayecto un músculo pectoral que le habían sacado a los muertos, y después se cagaban de la risa cuando me vieron la cara que puse antes de irme para el barrio ya con ganas de pedirle a los comunistas que me prestaran una bomba.

Más antes, el día que yo llegué a la universidad, Pollo Loco, mi primo, que ahí estaba estudiando no me acuerdo qué vaina, les dijo a los otros que yo era nuevo y que me faltaba bautizar. Entonces salieron una jauría de burguesitos y me estuvieron persiguiendo por toda la UCV hasta que me agarraron, me encadenaron y me cortaron

unos bigotes que estaba estrenando porque los curas no me habían dejado en el colegio. Y hasta me cortaron el pelo como indio desos mojicanos que se lo dejan como la cresta de un gallo, y con mercuriocromo me pintaron en la frente una cruz de Jítler, y si no se mete Pollo Loco me hubieran volado en la piscina. Hubo uno a quien los copeyanos le echaron ácido en la cara.

Yo regresé como a los quince días y me fui distrayendo con las tetas y el rabo de la brasileña, que ya me daba confianza para agarrarla también y comprobarle el bollo. Hasta que comenzó otra vez la guerra porque yo iba pasando con la moto por Arquitectura y me gritaron unos insultos desde el edificio hasta que di la vuelta y al rato me metí en el ascensor con todo y moto, y después salí por el cuarto piso atropellando a todos los mariquitos y puticas exóticas que estudian deso y lo que hacen es pintar cuatro rayas en una cartulina y después cobran diez mil veces más que los albañiles que son los que se joden haciendo las vainas.

Cuando bajé, había una gran alharaca y gente arremolinada diciendo que me iban a expulsar, pero no les paré bolas y me escapé por la avenida Victoria y luego por la Cota 905, por si me perseguían, los delincuentes aprovecharían para emboscarlos.

Cualquiera diría que Dios me castigó por primera vez en su vida, porque eso fue lo que yo pensé cuando iba a toda velocidá con mi vespa 90 y siento algo extraterrestre así por el cuello como con ganas de ajorcarme y entonces acelero más buscando la salvación, y ahí es que la mano poderosa termina de asfixiarme y jalarme así pa'trás que quedé aprisionado contra el cajoncito de repartidor que tenía mi moto, y ya se salió de la carretera e íbamos volando así por el éter. Que no me maté porque caímos en la gramita de la plaza Petión y logré zafarme la bata de doctor que tenía abotonada solo en el cuello tipo capa de supermán, y en una de esas la agarró el motor y la enrolló. Y uno se puede volver ateo si no analiza bien las vainas.

A la Universidad volví pero sin la moto, que era de lo que más se acordaban.

Yo me metí en la Izquierda Cristiana buscando distracción con gente que pensara como uno. Ya Güitack me había regalado un libro del Che Guevara donde los pobres de Cuba las ganaban todas, y no como uno que las perdía.

Y ese libro lo tenían prohibido los copeyanos, así como los del propio san Jerónimo que decía que "todo rico es ladrón o hijo de ladrón", que era de la misma cofradía de Cirilo de Alejandría, que quién sabe si se salvó de las parrillas de la inquisición cuando escribió que "ni la naturaleza, ni Dios conocen ninguna diferencia social de las que ha introducido la codicia humana". "Solo la violencia ha podido engendrar la propiedad privada", asigún san Ambrosio. Y el más prosoviético parece haber sido san Basilisio que hizo todo un tratado demostrando que el pecado original que mandó a joder a toda la humanidad no fue que Adán le chupó el mamey a la Jeva, sino que nos desgraciamos cuando apareció la propiedad privada. Y qué culpa ni pecado puede traer un carajito recién nacío de todo lo que robó y explotó Trucutú en el mesolítico.

Entonces me nombraron el jefe de los catecúmenos arrechos de La Vega, a pesar de que no había cuevas para esconderse y las pocas que había las tenían los comunistas acaparadas y los jíbaros, que ahí añejaban la mafafa.

Por la noche, ya no nos íbamos a joder a la plaza y a bailar salsa de Palmieri los sábados indiscriminadamente, sino que nos poníamos a pintar las paredes con consignas de Revolución y del padre Camilo Torres, y hasta los propios comunistas se pusieron a averiguar quiénes les hacían competencia con las paredes. La más preferida era "ser cristiano es ser revolucionario" y todo el vecindario se asombraba porque nunca habían escuchado eso, mucho menos verlo escrito en la fachada de su casa. Y entonces las culpas se las echaban a Güitack, y se lo llevó preso la policía, y ahí lo tuvieron hasta el otro día, que amanecieron más letreros y vieron que no era él.

Los comunistas, como tenían muchos espías, dieron conmigo, y se alegraron de que el hijo de la vieja Matilde, la mejor maestra pedagógica de la Escuela Bermúdez, fuera de los de ellos. Entonces

comenzamos a coordinar con el Negro Emilio, que yo lo había visto como mecánico de los buses azules y nunca me hubiera imaginado que era el mero comandante de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional de La Vega, amigo de los guerrilleros, y con él hasta se le podían mandar saludos al Comandanta Magoya.

Coordinamos el robo del mimeógrafo de la Facultad de Medicina, alborotos con los estudiantes del Razetti, la toma de la junta comunal con toda la gente de los cerros que tenía más de un mes sin agua, que un copeyano cerraba las llaves de paso, para que los adecos no volvieran a ganar las elecciones, y que mi tío Chachito me quería sacar de ese bochinche porque en la calle Real sí había agua y yo no tenía necesidá y que si no me bañaba era por estármelas dando de jipie. El Negro Emilio aprovechó para dar un mitin arriba de los escritorios del cabildo y la policía para estrenar unos máuseres, porque lo que tenían más antes eran unos revólveres, y estaban arrechos porque paramos el tráfico atravesando los portones de la iglesia que se había caído con el terremoto del 67. Y ya unas viejas se envalentonaron y amenazaron que si no llegaba el agua hoy a las once de la noche le iban a pegar fuego a la casa de Copey y de los adecos y de los demás partidos habladores de pendejás.

Luego de esta victoria, nos íbamos poniendo más de acuerdo y en un mapa nos repartíamos las paredes para rayarlas y después no andar peliando porque yo la vi primero. Pero la gran coordinación vino cuando nos atrevimos a tomar los terrenos de la urbanización Montalbán, que estaban en lo plano y valían dos mil bolívares el metro cuadrado, que en ese tiempo era demasiadísima plata.

Uno de los viejos urredecos farsantes de los de la junta comunal un día se metió a comer en el restaurán de los italianos de al lado, y me vio parado en la puerta de mi casa, y se me tiró encima para que yo le zampara una patada y mandarme a echar preso por agresión a la autoridá. Pero le salió una señora más negra y más grande que él y lo voló como un avioncito para el medio de la calle, casi en el preciso momento en que pasaba un camión de los de la fábrica que por poco lo atropella.

Sería que la viejota negra se acordó de que en esa casa llegó a pedir limosna, y le pusieron comida y hasta una cerveza mi papá le regaló.

Un día que teníamos clase de prácticas de Bioquímica se me comenzó a quemar la otra bata de doctor que conseguí, y fue agarrando candela que hasta la camisa se me estaba quemando, y me di cuenta de que era que me habían echado una cola de cigarro prendía dentro del bolsillo de la bata. Yo se lo dije a la doctora y no me hizo caso, y siguió explicando sus fórmulas que parecían el dibujo de la trayectoria de un saltamontes en un espinero. Entonces me metí a detective a estudiar a todos los que se estaban riendo, menos a las mujeres que no son capaces de eso, mucho menos la brasileña.

Una voz de adentro de uno me dijo quién había sido, entonces me hice el pendejo y que me iba a lavar las manos en una batea que había al respecto, y la llené de agua y después margullí todos los libros de los burgueses varones y hembras y los rompí entre el agua como el que va a hacer masa para títeres y nadie me dijo un coño y pusieron cara de terror porque pensaron que ese era el propio día en que los iba a matar, y agarré todas las vainas de vidrio y frascos de hacer experimento, que uno tenía que pagarlos si los quebraba, y les quebré todas las de ellos, y ahí sí fue que a la doctora le dio un ataque y desmayó.

Yo sé que nadie me persiguió porque creían que tenía una pistola, pero era embuste, porque los camaradas todavía no me tenían confianza para prestarme una. Ya por último agarré a piedra a unos camaro y mustang nuevecitico, que les rompí los vidrios en el estacionamiento. Y le pedí perdón a los muertos que había jurungado y me despedí de la Universidá.

Ese día, mientras mi mamá me preguntaba que cómo me iba en las clases, yo juré frente el retrato oval de mis bisabuelos declararle la guerra a estos infieles que no dejaban que La Vega tuviera su propio doctor medicinal.

Los cristianos estaban muy orgullosos de la célula de La Vega, porque creían que Memín, Danilo, Helio y el Búho éramos los que

hacíamos toda la bulla, y felicitaban a Santiago, que era el que nos había reclutado. Pero nosotros andábamos medio arrechos con ellos porque en la campaña electoral del 63 mandaron a votar por el maestro Prieto, el jefe del MEP, que eso era una gran ridiculez emocionarnos con la lucha armada, que el padre Camilo Torres, que san Basilio, que y que se iba a montar un nuevo frente guerrillero en Guayana, y tal, para salir después con eso de que hay que meter la tarjeta grande de la Oreja y la pequeña del caballito del PRIN para que José Vicente quedara de diputado. A lo cual no hicimos nada deso, sino que más bien nos fuimos donde los ñángaras, a ayudarlos a hacer molotovs, aprovechando que abuelo Ángel me dejó de herencia sus grandes cantidades de carteritas de cañablanca vacías. Además, ni queriendo íbamos a ir a votar, porque éramos menores de edad.

Cuando esas votaciones, fue que se aprovechó para saber cuántos borrachos existían en Tierra Firme. Eso se supo porque se presentó como candidato presidencial Alejandro Hernández, el dueño de la fábrica de ron Santa Teresa. Sacó ventiséis mil seiscientos diez votos, que vienen siendo el cómputo de mis paisanos adictos al espíritu de caña y del cocuy de penca, exceptuando por supuesto a los ñángaras, que pensaban tomar el poder por otros procedimientos.

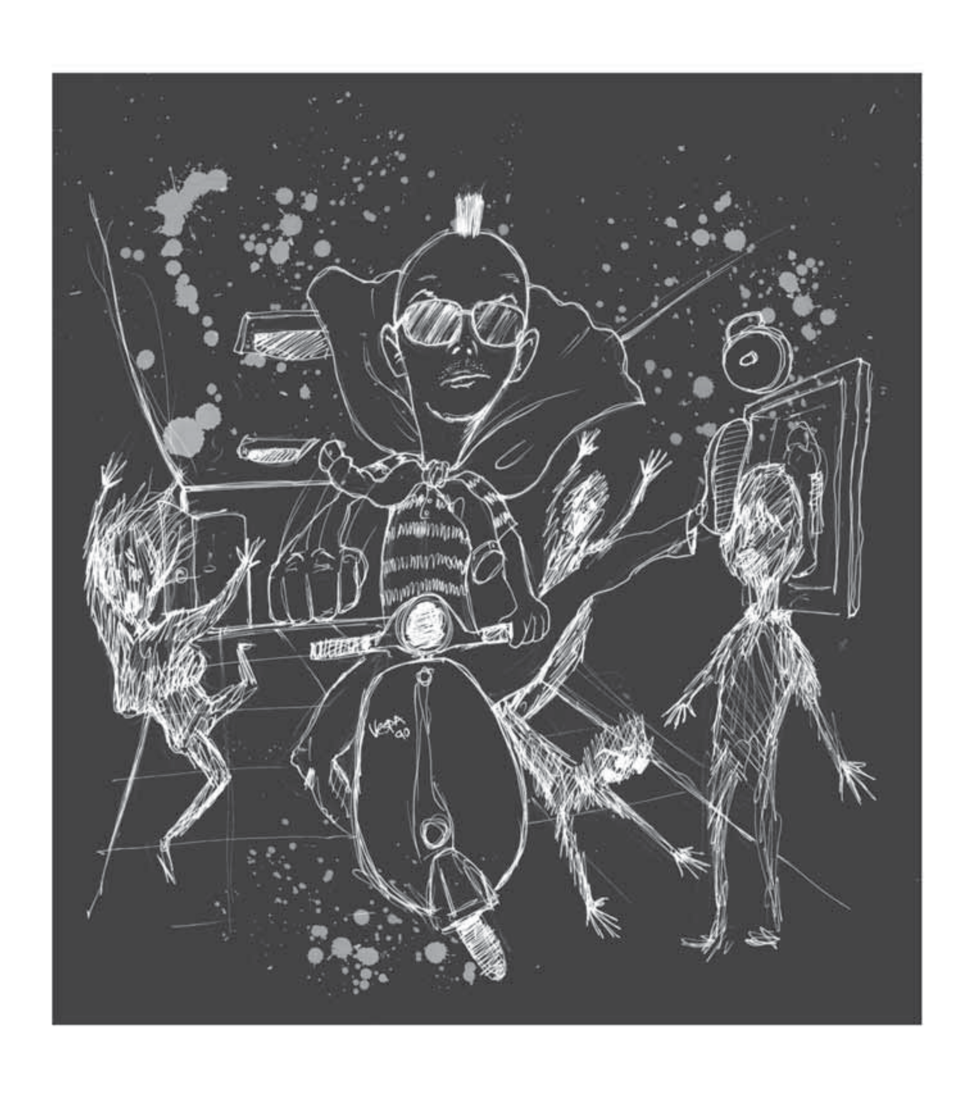
Es de recordar que, en ese mismo año, se le acabaron los tiros al gobierno de tanto matar gente y colombianos y guerrilleros, por lo que tuvieron que inaugurar una fábrica de municiones en Maracay. Las que dicen Cavim en el culote de la vaina.

Y es bueno fijarse que en Venezuela han ido desapareciendo las estatuas de metal de los Libertadores, porque de ahí es que los adecos y los copeyanos vienen agarrando la materia prima para las balas. Por ejemplo, las estatuas de Bolívar, Miranda y el Almirante Padilla que había en los puertos de Altagracia, estado Zulia, se las llevaron y de un día para otro aparecieron unas igualitas, pero de yeso y cartón piedra, pintadas con polvo dorado y esencia de cambur. O sea, pongamos el caso, si usted es pescador de Punt'epalma y se arrecha con el gobierno porque los pescaos le salen revolcaos de petrolio o

jediendo a amoníaco de la petroquímica y forma una manifestación aliado con los obreros de Pequiven, las contrabandistas de Los Jobitos y los criadores de chivo de Quisiro, se está arriesgando a que la guardia le meta su balazo, que bien puede ser una medalla de Simón Antonio, un botón del chaleco de Padilla o el zarcillo del Precursor.

Si de minerales se trata, en el decenio del 52 al 62, se le vendieron a los gringos ciento veintiséis millones de toneladas de hierro, lo cual viene siendo poco más o menos el peso de la Luna. El gobierno recibió a cambio ciento veintiséis millones de lochas, que son como quince millones de bolívares, que son la quinta parte de lo que vale un avión caza gringo F-16. Por deducción, para que el gobierno se compre un avechucho desos, los proletariados de Guayana tienen que sacar cinco puchotes de hierro, cada uno con el peso de la Luna. Si usted mete sus ahorritos al banco, entonces el Firtsbank o el Chasemanjatanbank los invierte allá en los Estados, en aviones y bombas contra los angolanos, palestinos, nicaragüenses y salvadoreños. Si un margariteño se compra una neverita General Electri o Westinjause, se viene a buscar cuchillo para su garganta y cómplice inconsciente de la Rocwell norteamericana, que también fabrica los aviones bronco, que los tiene el gobierno ahí mismito en Barcelona, para irlo a joder cuando pida Libertá y reivindicación. O para estar amenazando a los esequibos, que tanto sufrieron peliando contra Inglaterra.

Si vos te dejáis atropellar, por sebillo, por un ford, en la Limpia o en la curva de Molina, de nada te servirá ser maracucho y estar en tu propia tierra, porque te va a venir pasando lo que a un saharaui, cuando le pase por encima un tanque M-48 de fabricación norteamericana. Y hasta las nalgas le agarran los gringos a nuestras mujeres, a través de la Celanese Corporation, que es la que está agazapada tras de las fábricas de pantaletas y calzones y nada vale que los mandéis a buscar a Colombia de contrabando, porque ahí también las fábricas son de los malditos yanquis.



Capítulo 5

O sea, que se tuvo éxito en la toma de la junta comunal por tres factores; primero y principal, que nosotros habíamos recogido una reivindicación real de las masas que ya estaban más que arrechas y jediondas por la falta de agua. Además, que ningún partido electorero se puso a la cabeza de ese bochinche, porque ellos no andan en eso. Por lo que había un vacío de dirección, que nosotros descubrimos después que lo llenamos. Apareciendo ante nuestros vecinos como una Junta Patriótica, como una vanguardia unida, cosa que en realidad entre los cristianos, los ñángaras de San Miguel, unos que se fueron descubriendo eran del MIR y hasta del UPA, que eran los comunistas del gallo, que lo escondieron para participar en las elecciones.

Es decir, que un fantasma empezó a recorrer las calles del barrio, además del Negro Fantasma, que lo hacía a toda máquina, en la moto de Güitack.

Sin pararle bola a la policía y soslayando la peliadera en que se mantenían las sectas evangélicas y las electoreras. Por otro lado, todos éramos de La Vega y no podían andar diciendo que éramos rusos o cubanos, que además ellos tienen agua hasta para regalar. Lo mejor es que ninguno pedía socialismo, ni mucho menos comunismo, sino que si no ponían el agua a las once de la noche, en lo que suene el pito de la fábrica, los viejos oportunistas llorarían lágrimas de sangre, porque ni agua hay para apagar los incendios de sus madrigueras.

Y como se recordará, vino el agua, y solamente a unas contadas viejas demasiado fanáticas se les ocurrió decir: "¡Gracias a Dios!".

Mejor dicho, nos envalentonamos e inventamos otro plan, que ya la gente de los cerros lo había inventado, pero no tan astuto como el de nosotros.

Como yo era el hijo de la vieja Matilde, había estudiado en el Sanagustín, y vivía en la calle Principal, y me la mantenía todavía

con mi bata de doctor, la gente me hacía mucho caso, por lo que los camaradas me pusieron a explicar a los prójimos que era injusto que no tuvieran terrenos ni casitas decentes para vivir, mientras los ricos vivían tranquilos en los planes de Montalbán.

Que Dios había hecho las tierras y se las había dado a los indios, pero que los españoles vinieron y los echaron para los cerros, hasta que bajaron otra vez cuando Bolívar les devolvió los terrenos planos, y que cuando mataron a Simón Antonio, vino el Páez desgraciao y los volvió a echar pa' los cerros, dándoles las buenas tierras a los Volmer y los Herrera Uslar, a cambio de aguardiente. Y allí fue donde Ezequiel Zamora se arrechó, y al toque del clarín derrotó las brigadas del godo malandrín y empezó a ajorcar a todos los terratenientes.

Que cuando ya los ancestros se estaban empezando a bajar otra vez de los cerros, los ricos asesinaron a Ezequiel por medio de traidores, y los pocos indios que quedaban se tuvieron que regresar pa' los cerros, y otros se fueron a La Guajira, y así hasta nuestros días, que los harapientos las hemos perdido todas.

Que, además, la bisabuela de Edgard tenía los papeles de propiedad de toda la comarca de La Vega, que la heredó de su papá, que era un gran cacique. Lo que pasa es que cuando los indios no había papel, y por eso es que a la viejita no le paraban bolas en la Corte Suprema de Justicia, porque decían que cómo van a ser papeles de propiedad un poco de hojas de hallaca.

Así anduvimos predicando de cerro en cerro. Pero, en los buses y en los botiquines, lo que mandábamos a susurrar, así con misterio pero para que la gente oyera, era que el sábado que viene, Caldera le va a regalar esos terrenos a sus panas rezanderos que votaron por él, pero guillado para que los zarrapastrosos no se dieran cuenta, y que por eso lo iba a hacer a las doce de la noche, y el punto de concentración era en la parte más oscura de Las Barracas.

Se le mandó a avisar también a los ladrones, para que mandaran a sus mujeres y sus hijos, y a las putas para que se disfrazaran de decentes y fueran a agarrar sus terrenitos. De todas maneras, la

acción iba a estar asegurada por todos los ñángaras y sus familiares, los jodedores de la plaza y la feligresía de Güitack.

Yo todavía no me explico cómo se reunieron más de trescientas gentes en Las Barracas, sin que los polizontes se dieran cuenta. Cumpliendo orientaciones, la gente se llevó los hijos, pedazos de tabla, cartón y láminas de zinc, así como los patos y las gallinas, y a mí hasta me afligió la cara de esperanza del pópule meo, la mirada clara de los indios, que después de más de un siglo bajaban otra vez a Montalbán, donde se han encontrado huesos y olletas de barro que datan de mucho antes de que los ricos y los españoles existieran, contimás los gringos.

Nosotros sabíamos que iba a ser difícil que los burgueses aceptaran a estas tribus como vecinos, pero la gente estaba hasta más decidida que nosotros, y ya no nos podíamos echar para atrás, porque hasta banderas nacionales llevó la gente sin que nosotros les dijéramos y era buena la oportunidad de probarnos nosotros mismos, de que no solo sabíamos de rayar las paredes, volar tiros en la noche y preocupar a nuestras mamás.

Hubo que resolver un problema ahí mismo, porque la gente empezó a preguntar que quién era la autoridá encargada de repartir los terrenos para que no hubiera bochinche. Inventamos al instante que el dirigente era el Hombre Mancheta, que era un locutor que salía por *Radio Tiempo* entrevistando a la gente de los barrios, y eso a los indios les dio más confianza, aunque era un gran embuste por si acaso los polizontes infiltrados.

Primero mandamos unos espías a cruzar la avenida intercomunal y percatarse de que los policías no estuvieran emboscados en los montes. A las doce, que ya habían regresado los espías, sin novedad, salimos de la oscurana, y en la luz de la avenida fue que se vio que éramos bastantes. Yo me arrimé a una señora que se fue con sus hijitos, y otros que le prestaron, que a la hora de cualquier aleteo dijera que yo era su esposo, pero que era blanco porque era de los Andes.

Entonces Memín se encaramó en un montón de escombros y clavó la bandera venezolana y, machete en mano, terminó de tomar posesión en nombre del pueblo, disparándose tremendo discurso, sobre todo contra Cristóbal Colón y los copeyanos. Que los pocos que llegaron se olvidaron hasta de Caldera y de las grandes excomuniones a las que se arriesgan los que andan con los ñángaras.

Los de la Izquierda Cristiana salieron corriendo a tomarse el terreno donde y que iba a quedar la presunta casa de esa organización, así como los del UPA, que iban a ser casas legales con el nombre por fuera y todo. Las casas de las FALN y el MIR no iban a ser casas públicas, sino que iban a meter ahí unas viejas para que después se las prestaran para ellos hacer las bombas y las fiestas. Yo no me priocupé de agarrar ninguna tierra para hacer rancho, porque pensaba que después más bien me iba a sobrar quien me alquilara un cuartico.

Toda la gente estuvo marcando sus tierras con guarales y cabuyas, estacas y piedras, y buscando tener buenos vecinos, y lugar para las gallinas. Unos prendieron fuego y hasta café hicieron. De por los lados de Antímano también vino gente, que yo fui a recibirlos para ubicarlos, y esos sí eran arrechos, porque hasta trajeron una cocina de kerosén, cama y escaparate.

Yo venía con la cocina en el lomo cuando de un monte me salió un policía con un treintiocho desenvainado, pero no le paré bolas y, además, detrás de mí venía una gochita con un carajito de meses en los brazos, y el tombo se afligió. Cuestión que aproveché para salir corriendo, y para caerme la cocina encima porque me enredé las patas con las cabuyas que había puesto la gente, para marcar. Ahí fue cuando me cayó una bandada de infames policías, que la esposa mía de embuste los insultó como le dio la gana y me jaló por un brazo, rescatándome de dormir esa noche en el Retén de Catia. Yo me fui donde estaba toda la pelota de gente para escamotearme, y ahí fue que escuché cuando los propios guardias nacionales le estaban preguntando a la gente que quiénes eran los jefes para entenderse con ellos, embuste, porque presos es que íbamos a caer.

Y escuché cuando una abuelita les dijo que el jefe era el Hombre Mancheta, y el guardia que le responde que qué Hombre Mancheta del coño, que eran los comunistas quienes estaban detrás de todo ese bochinche, y la viejita le decía que no, que era uno flaco alto que es doctor, que por ahí andaba. Y me buscaba así con la vista, para poder convencer al guardia, a lo que yo me agaché dentro del tumulto y salí a esconderme en unas matas de tártago, porque la anciana nunca entendió el truco del Hombre Mancheta, que a esas horas debía estar durmiendo en su casa o borracho, porque era sábado.

Entonces la guardia se llevó al gordo Chogüí y a otros, y los polizontes se envalentonaron cuando les vino el refuerzo de guardias, y le entraron a rolo a todo el mundo, y nosotros a caerles a piedra a los polizontes. Que hubiera habido una matazón si no es porque las viejas se les plantaron y los tombos sería que se acordaron de sus abuelas, que de seguro también las tienen en los cerros, tapándose con unos piazos de cartones.

Luego se retiraron de mentira, porque lo que fueron fue a hacer un cerco estratégico, y así fue que nos jodieron porque nosotros mandamos a una cantidad de espías a buscar comida a La Vega y a avisarle a la radio y a José Vicente, y los fueron agarrando y metiéndolos a las perreras.

Al día siguiente, como a las ocho de la mañana, en el campamento había una cantidad de carajitos hambrientos, llorando, y de gente afligida mirando qué les decíamos nosotros. Debajo de unos palos de cují fue que decidimos retirarnos con los indios otra vez para los cerros. Aunque los más quemados tuvieron que escaparse atravesando el Guaire, que como creían que nadie se iba a atrever a chapaliar mierda no cerraron el cerco por ahí.

Salimos a la avenida, de regreso pa'trás y empezamos a subir nuestro cerro, agarrando piedras en el camino, fue la orden que dio el Negro Emilio. Los guardias se quedaron abajo en la avenida esperando que nos fuéramos, pero lo que hicimos fue caerles a piedra, y a los buses y camionetas que tenían, y hasta tiros y molotovs les echamos, y los jodimos. Cuando trataron de matarnos con las

metralletas, ya no pudieron, porque nos hicimos unos alcanfores, y mucho menos a los negros que practicaban atletismo en el Velódromo Teo Capriles.

Y eso lo agradecieron mucho los guerrilleros, que tenían tiempito de no combatir en Falcón y el Yaracuy.

Yo me fui donde una jeva que tenía por Los Mangos a contarle las averías que habíamos hecho, y después me disfracé de estudiante de medicina, todo serio, y les pasaba por el frente de la Jefatura en la moto, y los policías no me hacían nada porque no me identificaban o porque el prefecto, el viejo Juan Miguel, había cargado a mi mamá cuando estaba chiquita, y no quería buscarle priocupación.

Cuando Güitack hacía sus obras de teatro en semana santa, siempre me daba el papel de Judas. El Cristo era un hermano de Salchichón, que era choro, y que ponía cara de santo cuando le ponían las espinas y le clavaban las lanzas. Yo tenía que venderlo a los sionistas y darle un beso, que cuando se lo iba a dar, puso cara de mosca muerta y yo le dije en la oreja: “Hasta marico serás y en tu casa no lo saben”. Y ahí fue donde la cagamos porque se empezó a carcajear, siendo que la gente estaba bien triste sabiendo lo que le pasó a Chuíto en la realidad.

Esto lo vio Oscar Yánez, que lo llevó su hija Rosita, que a mí me gustaba, pero no me imaginaba que uno le podía gustar a las de Vista Alegre, que después me arrepentí de no haberle echado unos buenos apretones, porque del despecho se fue para los Estados Juntos. Y era que padecía de asma y cuando me veía empezaba a resollar y se escapaba de morir, y hasta la llevaban a las clínicas pagas, y entonces por eso casi no iba a su casa, no fuera a morirse, siendo que jamás ni nunca nadie se ha muerto por culpa mía, que lo que he hecho es robar, recuperando lo que Dios y Bolívar le habían dado a los pobres.



Capítulo 6

Después de la quebrazón de frascos y parabrisas, más nunca fui a la Universidad. En esos días le quitamos un terreno a los malandros por los lados de la Carretera Negra, que ellos limpiaban el monte y hacían la terraza para que los ranchos quedaran horizontales, entonces eso se lo vendían a los gochos por trescientos bolívares. Ahí paramos nuestro rancho de tablitas y cartones, donde pudimos planificar mejor las coordinaciones, darle charlas a la juventud desorientada y meter las novias en unos colchones de los que bota la gente en los basureros, porque están podridos del orine.

Yo me fui a vivir ahí como los indios, sin necesidad de irme para el Amazonas, que lo teníamos planiado con Pedro Marroña, que era el que le iba a robar la moto a Güitack, y apertrechados con comida en lata, medicinas y güevonadas, que después se las mandamos a los guerrilleros.

Había otro loco que también se quedaba en el rancho, que le agarró la nota por coleccionar arañas muertas, cucarachas, grillos e insectos, y los clavaba por el lomo con unos alfileres en un pedazo de vaina desa donde vienen los radios japoneses. Y llegaba también Álvaro Jiménez, que está bueno que el Chogüí le haya dado unas puñaladas con un punzón, porque era infiltrado de los disipoles, y que después nos hizo mucho daño, y al pueblo, y hasta me quitó la novia de Los Mangos, que después se puso a trabajar de secretaria en la Disip, que ese es el destino de todas las putas si no se componen.

Es tan malo ese coñoesumadre que hasta a la mamá la mató un día que le disparó a su hermano y la pobre vieja se metió.

Emilio me dio también la misión de conseguirles un rancho, para unas vainas, entonces les compré uno en el cerro del otro lado, a un viejo llanero que lo conocimos en el alboroto de los terrenos, y para más vaina el rancho estaba pintado de rojo y parecía la casa del diablo.

Como a la semana, fuimos a verlo con Emilio, y unos señores que yo nunca había visto porque no eran vegueros y también

eran bastante misteriosos, yo creía que querían el rancho para meter mujeres. Entonces inspeccionaron, se fueron, y me dejaron cuidando, y al día siguiente llegaron con unas bolsas de mercado llenas de frascos y sustancias, y un poco de pedazos de tubería de agua, como que eran plomeros, pero ya yo me estaba imaginando que era alguna bandidencia de las gordas la que tenían en mente los ñángaras.

Ahí sacaron todas esas vainas y me dieron una pistola para que hiciera vigilancia, o sea, que los cuidara, y aunque yo no sabía manejar esa fuca, no les dije nada porque me dio pena.

Se pusieron a hacer unos artefactos y unas bombas, que yo creía más antes que era Fidel el que se las prestaba para desquitársela de los adecos. Después, hasta me enseñaron cómo se hacían esos niples, y todas las químicas que llevaban por dentro, que yo las aprendía facilito porque eso me venía de la sangre, por parte de mi abuelo Ángel. Se dijo también que eran para echárselos al propio Rokefeller, que era el dueño del supermercado Cada, que queda bajando para la redoma de La India, y que por ahí se cruza para la Cota 905, y que además era un yanqui, pana de Rómulo y de los copeyanos también, que eran los que estaban mandando ahora.

Yo tenía que quedarme cuidando el rancho por la noche, ya que los científicos se iban pensando en las bombas, que si uno las voltiaba, o algún gato las tumbaba, explotaban al rato sin necesidad de reloj. Además, a uno le caían del techo las cucarachas, ciempiés y tuqueques, que también caían arriba de las bolsas de papel, y uno se despertaba todo cagado porque creía que eran las bombas que estaban chisporrotiando.

Entonces el plan de los dos ranchos era que cuando los hombres de ciencia iban terminando las bombas, se las llevaban para el rancho mío en unas gaveras de refresco, para que no se voltiaran, y me mandaban para la casa de mi mamá, para que yo no les conociera los carros en que llegaban a buscar los tales artilugios con los que iban a joder al gringo, que después no vino, sino que se quedó en su Nuevayor envainando a los negros.

Esa tarde, que desde esa vez no voy a mi casa, escuché los grandes carajazos que sonaron por los lados de la fábrica y me asomé. Entonces fue cuando vi el techo de mi rancho, que nos había costado tanto, volando por los aires aletiando como un murciélago, y un hongo como el de las bombas atómicas. Ahí fue donde me dediqué a peregrinar en la vida.

Agarré una maletica donde tenía mis libritos, pero no saqué ropa, para que no sospecharan mis hermanos, que estaban viendo una propaganda de Toddy por la televisión, mientras Tarzán agarraba fuerzas para seguir jodiendo a los hombres morrocoyes, y les dije que no iba a llegar a dormir sino que me iba a quedar estudiando en la plaza porque mañana iba a tener examen, y que eso se lo dijeran a mi mamá, para que se lo creyera. Yo quería más bien dejarle una carta, que es lo que se estila en estos casos, y que no se diera cuenta por boca de las viejas chismosas, que además le iban a aumentar, pero en eso escuché los cantos de las sirenas policiales llamándome a entregarme y a hacerme responsable de semejante desastre, que consistió en que otros compañeros inocentes pero ñángaras se metieran al rancho y empezaran a jurungar las cajas de los niples, los cuales les cayeron en las patas, que ahí fue que arrancaron a correr, y se salvaron porque no eran instantáneos sino de tiempo, que fue el que aprovecharon para zafarse y después contarme todo eso, yo les pregunté por Comenunca, y me dijeron que se había salvado porque andaba robando en las cocinas del vecindario. Que esta perra callejera después el pueblo la quería mucho y que se murió de vieja porque la cuidaban bastante por su ideología y todo el mundo se peliaba por tener un cachorro de los de ella, el otro día les mandé a decir, a los de San Miguel, que me guardaran uno de sus descendientes.

Me fui donde los ñángaras del citado cerro para ver qué hacían conmigo porque ahora no iba a valer que era menor de edad y que Juan Miguel Suárez era el padrino de confirmación de mi mamá, porque era público que ese era mi rancho y no otro.

Los camaradas no sabían de un momento a otro qué hacer conmigo y nada que me escondían, y así hasta que Emilio me montó en un autobús, y en otros, y a darme vueltas por toda Caracas, que yo aproveché para conocerla, y me dejaba en un lugar, y se encaramaba en todos los cerros habidos y por haber, y siempre regresaba diciéndome que los escondites estaban llenos, y que además yo era muy blanco para pasar desapercibido dentro la chusma. Coño y, entonces, se iba poniendo de noche y me iba arrechando con Emilio, hasta que me acordé de un militante cristiano que vivía en Catia la Mar, cerca de donde la granja de putas, y le dije al Negro que fuera a conseguirme riales para irme a esconder para allá, que yo lo iba a esperar en el Terminal del Nuevo Circo.

El Negro regresó como a las doce de la noche con los cobres, pero ya yo no estaba ahí, porque al ver que el último bus para Macuto se había ido a las diez, me senté en una acera con ganas como de llorar, cuestión que cuando uno ya tiene bigotes y le está saliendo la barba, es más triste y desolador el espectáculo.

Pero Dios no olvida así tan rápido a sus hijos y me mandó a otro cristiano llamado Hernán, que era pana mío de la Universidad, que no sabía nada del cogenalgas en que yo estaba metido porque me invitó muy tranquilo a comer una arepa de carne esmechá. Me dijo que iba a pasarse las vacaciones donde sus padres, y me preguntó si yo quería ir. Le dije que sí, más rápido que inmediatamente. Lo importante era salir de la sucursal del cielo, porque hasta mi familia me debía andar buscando, y me conocen hasta por el modo de andar.

Luego de ocho horas de viaje haciendo turismo a juro, llegamos a El Tocuyo, famoso por su campo antiguerrillero, el TO-5. En el camino, como él no me preguntaba nada de mis alianzas con las FALN, tampoco le conté nada, y además no se puede hablar de eso en los autobuses.

Llegamos a su casa. Gente muy pobre, decente y culta, que así son todos los barquisimetanos de la clase humilde, y de ahí era mi papá, se crió en otros pueblos y ciudades pero solo el tiempo en que tardaban los bolívares de oro en desteñirse.

Al día siguiente, el camarada cristiano se apareció corriendo con un *Nacional* en la mano y me preguntó que si no sabía de ese gran desastrón que había ocurrido en La Vega. Le dije que no, que me prestara para ver.

¡Coño!, hablaba de terrorismo, de bombas, de los subversivos, los clandestinos. Que me andaban buscando. Que allí se hacían grandes análisis e investigaciones para la curación de la leismaniasis o lepra de guerrilla, y eso lo decían por lo de los grillos puyados con los alfileres, con los que el loco aquel se entretenía porque todavía no era tiempo de hacer lo mismo con los esbirros del gobierno. Y salió fotografiada la inmundicia de colchón y unos instrumentos quirúrgicos que nos habíamos robado de donde el doctor Ibáñez, que vivía más arribita de la casa de mi mamá, y se había corrido la bola de que se había escapado para España, por asuntos de abortos, y eran embustes del Loco Ortega que le agarró el carro y se lo chocó, y que cuando regresó el médico de sus vacaciones, que era el motivo real de su ausencia, le dijo que habíamos sido nosotros. Lo que sí fue verdad que le llevamos fue el instrumental, y un pocote de medicinas, que se las regalamos a los desamparados de los cerros.

Por eso es que es bueno utilizar seudónimo, o sea, nombre cambiado, porque en el periódico decía que la Disip y la Policía Técnica Perjudicial ya estaban tras la pista del profesor Marcos y que caería en manos de la justicia en menos de setentidós horas. Siendo que yo no me llamo así, y han pasado más de catorce años y jamás me han agarrado. Como tampoco sacaron fotos mías, por eso es que no tuve necesidad de decirle la realidad al cristiano.

¡Ay!, yo pensaba en mamá y en los hermanitos, y en las grandes cantidades de tías que tengo y en los pechitos de mi prima Raquel, y sentía un dolor aquí en el mango, porque a pesar de que a uno le gustaba la aventura de tanto leer los libros de Julio Verne, no era así no más de no poder ver a los seres queridos. De Toribio no me preocupaba, porque los espíritus lo mantenían informado de mis buenas acciones y procederes. Eran los días en que los gringos invadieron la Luna, y eso lo pasaban por la televisión de un vecino, que

yo me escondía cuando venían las otras noticias, no fueran a salir las mías.

En El Tocuyo se veía un ambiente muy arrecho de represión, por toda la cantidad de cazadores, guardias y polizontes que Caldera tenía reconcentrados en ese pueblo y la cantidad de cosas que les hacían a los prisioneros políticos: que los fusilaban, que los echaban para el mar desde los helicópteros, que les sacaban las uñas con alicates, que les pegaban cigarros prendíos y bandejas al rojo vivo por la espalda, que los ahogaban, que les metían corriente, que les pegaban el forro de las bolas en unas sillas con una engrapadora, que los guindaban de un palo como res en carnicería, que les pegaban en el "reloj" para que "murieran de infarto", que los ajorcaban para decir después que se habían suicidado con sus mismas correas o corbatas, que los amarraban arriba de los hormigueros.

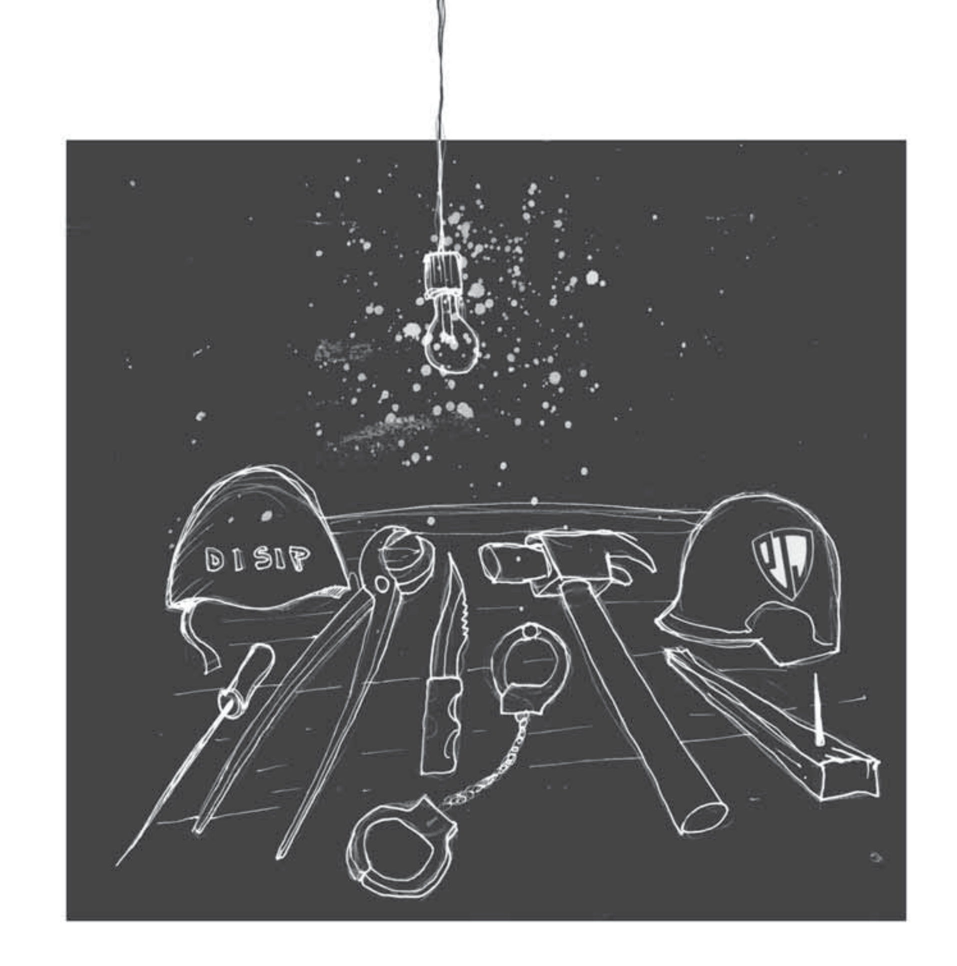
Que mandaban a todo un pelotón a violarlos. Que violaban a sus esposas delante dellos amarrados, que les sacaban los tiernos a las mujeres embarazadas. Que con un machete afilado les iban cortando los dedos, así como las cocineras a los ajos porros, que les sacaban los dientes a coñazos, que les metían la cabeza en las pocetas llenas de mierda, que les echaban agua perennemente en los calabozos para que ni en el suelo pudieran dormir, que les ponían capuchas llenas de cal viva, que les daban comida con gusanos, y así hasta que tenían que seguirlos torturando hasta que los asesinaban ya de viaje, porque era que había gente patriótica y democrática de verdad, que no hablaba, y otros que nada decían porque era verdad que no sabían nada y, ya muertos, los echaban en los hornos de las fundiciones, o en las bases de las construcciones del Parque Central, y les vaciaban concreto encima, o los mandaban sin cabeza a la Facultad de Medicina, o los disolvían en ácido sulfúrico o los trituraban con afrecho y melaza, y hacer los alimentos concentrados para los animales, o simplemente aparecían muertos en las calles y decían los periódicos que era por hampones, y así otros muchos crímenes y variantes de ellos, que fue la misión militar norteamericana la que enseñó a los verdugos que todavía nos gobiernan.

Y esto lo sabe todo el mundo en Venezuela, y hasta los políticos, y lo decía José Vicente en el congreso, y hasta libros hicieron de eso, y lo denunciaban en el exterior, y ni a los de la OEA se les ablandó el corazón, porque el gobierno y las altas yucas de la burguesía venezolana se lo tienen untado de petrolio.

Y todo esto era no más en el TO-5, además de los otros campos antiguerrilleros de Yumare y Cocollar, y todas las sucursales de la Disip, el SIFA, de la PTJ, de la Guardia, y hasta de los policías, que también daban sus rolazos. Y se descubrió que casi todos los tales deportistas de la lucha libre que pasaban en la televisión también eran sapos y torturadores, y eran los que le echaban las peores llaves y coñazos a los reos políticos, y por eso es que luchaban enmascarados por la tele, para que no los conocieran, y ya ni en el Enmascarado de Plata se podía confiar, porque allá en México se la da de una vaina y de protector de los pobres y las viejas señoritas contra el médico asesino y las momias de Guanajuato y, en Venezuela, se especializó en malmatar a los agricultores de Yumare y a los campesinos de San Luis.

Yo andaba algo cagado por lo de La Vega. Y es que está bien cerquita del pueblo el campo de concentración ese, que cuando buscaba cómo distraerme y no pensar en eso, entonces la bulla de los helicópteros me hacía volver a la realidad. Menos un día que nos fuimos para una fiesta, donde bailamos los discos de los Corraleros, con unas capochas que hasta echaban humo por los sobacos, que ya me fui acostumbrando a esa música de los colombianos, y que cada vez que escucho la de la Flaca Vitola me acuerdo del sudor de esas mujeres, y viceversa.

A todas estas, nadie sabía en La Vega de mi paradero, porque como se sabe, Emilio llegó muy tarde con los riales, y yo no le pude decir adónde iba. Después, estuve llamando por teléfono al de la colección de arañas y la mamá me dijo que se había ido a hacer un postgrado al Ecuador, pero sería de mentiroso, porque lo que estaba era escondío en Casalta.


DISIP

Capítulo 7

Los atardeceres vistos desde territorio larense son muy hermosos y gozan de fama internacional, teniendo Barquisimeto por sobrenombre "ciudad de los crepúsculos". A esa hora, al forastero se le conoce por estar mirando pa'l cielo como un pendejo.

De los árboles de la plaza, y del campanario de la iglesia de El Tocuyo, salían los grandes cardúmenes de murciélagos a dar sus vueltines por el cielo. A su vez, yo me acordaba de que cuando estudiábamos segundo año, descubrimos que el aluminio y el ácido clorhídrico producían hidrógeno, y que este era un gas que era más liviano que el aire, y descubrimos además que los tubitos de las antenas de televisión son de ese metal, y el ácido lo vendían en la farmacia de la vieja Ana para limpiar pocetas y urinarios.

Entonces reunimos unos dineros para comprar el ácido y los globos de cumpleaños que solo a los hijos de los ricos le subían pa'l cielo, y los sostenían con una cabuyita en el parque Los Caobos. Y los de uno, por más que le echara muchísimo aire, se iban pa'l suelo, o cuando más, se los llevaba el viento y los espichaban los carros.

Cuando nos vieron echando los aluminios y el ácido en una botella de persicola, y que empezaba a echar humo como los frascos del laboratorio de Drácula, toda la gente se arremolinó en torno al invento, aunque después se corrieron cuando aumentó la humalera. Entonces, colocábamos la boca de los globos en el pico de la botella, y se inflaban con el hidrógeno que salía, y las íbamos amarrando y sosteniendo con pabilos.

Después los soltábamos todos juntos, y a semejanza de los murciélagos, se iban toditos, y cada una por su cuenta, para los cielos, a lo cual podrían aprovechar los clientes del Purgatorio, para terminar de llegar.

Esto fue un gran acontecimiento y prodigio que nunca en La Vega había hecho nadie nada que volara con autonomía, sino solamente

papagayos, cometas y picúas. Y los polizontes, cuando les explotaban las banderas.

Y uno de los más científicos y simpatizantes de la aeronáutica era Antonio Mastrolinardo, el hermano de Carmelo, que la cogió por irse a estudiar a la marina, que solo duró una semana, porque lo pusieron a correr por la meseta de Mamo, con todo y equipo, a pleno sol, y lo jodían si descansaba, hasta que Antonio, italiano de los buenos, se murió del corazón por culpa de los guardias de agua, que solo una vez hubo unos que eran patriotas como el capitán Manuel Ponte Rodríguez, que Rómulo lo dejó morir en la cárcel, sin medicina.

El machismo es el que a veces lo hace joder a uno.

Resulta que al cristiano le llegan unas propagandas de la IC para pegarlas en las paredes de El Tocuyo, y donde salían retratados unos policías cayéndole a rolo a unos que se habían tomado la Catedral de Caracas, denunciando la represión por parte del gobierno copeyano. Entonces me dice que las vamos a pegar a medianoche en el pueblo, disfrazaos de borrachitos con unas carteritas de cocuy carmelita en el bolsillo.

Le digo que no, que fuera él solo, que yo no puedo, pensando en que podía caer preso y me cobraran la explosión del rancho. Me dice que dónde estaba mi ideología y que soy un gran cobarde. Y ahí seguimos discutiendo, y yo que no le doy razones de peso, y él que me sigue diciendo maricón. De arrecho, le digo:

—¡Bueno, sí, vamos a pegar las vergas esas, pues!

Dicho y hecho. ¡Coño! Nos agarran los sherifes al estilo americano cuando estábamos empapelando los muros de una escuela de monjas que hay por ahí. Y nos llevan a la jefatura, y nos dicen que somos comunistas, que ahora sí que nos jodimos, que dónde dejamos los fusiles y las radios para platicar con Fidel Castro, y que nos iban a entregar al TO-5.

En lo único que yo estaba de acuerdo con ellos era en que ahora sí que nos jodimos.

Nos metieron en unas prisiones, de donde sacaron unos cochinos, que los recogen por realengos y callejeros, pero es para comérselos antes de que los dueños vengan a pagar la multa.

Mi hermano cristiano estaba más bien tranquilo. Yo no le decía nada porque estaba arrecho conmigo mismo, hasta que le conté la realidá de todo lo de La Vega, y lo único que me responde es que ahora sí que nos jodimos.

Ahí pasamos toda la noche pensando en las torturas y los grandes crímenes que iban a hacer con nosotros. Y pensar que era la primera y la última vez que íbamos a montar en helicóptero.

Al día siguiente, nos sacan de las rejas y nos meten en un cuartico todo tenebroso que los policías le alquilan a los de la Disip, con paredes todas llenas de fotos de gente armada y barbuda.

Entonces, un gordo coñoesumadre nos interrogaba y otro mamagüevo iba transcribiendo en una máquina, que allí deben estar archivados esos papeles con todas las mentiras que les dijimos: que somos estudiantes socialcristianísimos, o sea, copeyanos, preocupados por los excesos de la policía que lo que hace es desprestigiar al doctor Caldera, y que por eso pegamos los cartones, y que yo era de Propatria, y que estaba pasando mis bien merecidas vacaciones en El Tocuyo.

Me salvó que a lo mejor no llegan tan rápido las requisitorias a todas las sucursales o porque era domingo y no había nadie que buscara en los archivos de Barquisimeto, adonde estuvo preguntando por teléfono. Después, lo estuvimos carretiando y embolatando bien, hasta que nos dice que tenemos que ir a despegar los carteles y presentarnos todos los días a las ocho de la mañana, y nosotros, que sí, que cómo no, que sí señor, que perdone la molestia, que Dios se lo pague y etcétera.

¡No joda!, salir del comando y montarnos en el bus que iba para Caracas fue la misma vaina.

Entonces vamos bien mosca y, cuando estamos saliendo del pueblo, vemos que en la alcabala de El Ingenio está la guardia y los alguaciles bajando a los muchachos de los carros y los autobuses para

llevárselos reclutaos pa'l cuartel, y lo más arrecho era que eran los mismos que nos habían agarrado en la noche, nos podían reconocer y hasta darse cuenta de que veníamos escapándonos.

Como había cola de vehículos, aprovechamos y nos bajamos, zafándonos para el monte, tipo pantera rosa. Bordeamos el retén por unos cañaverales que hay por el lado del río.

Más adelante nos pusimos a pedir raid, en el cual un español en un volvaguen, que vendía unas enciclopedias balurdas, nos llevó hasta Barquisimeto, y ahí agarramos el tren para no pasar por los retenes que hay en la carretera para Caracas, y yo pensando dónde carajo me voy a esconder ahora, si más bien en la capital es que más me conocen. Pero el cristiano ya me había prometido ponerme donde las manos misericordiosas, y conectarme con mis panas, los ñángaras.

Llegamos al Palito, donde se acaba el tren, y de ahí, a Valencia y a Caracas, en autobús, y todos cagados. Nos bajamos en la avenida Victoria, y en el Tejar compré una arepa con jamón y bastante lechuga, para irme tapando la cara, haciendo que me la comía, y así llegar a la universidad donde iban a estar los que me iban a salvar.

Pasamos la noche en la biblioteca, que se la habían tomado los cristianos, y al amanecer caímos en el centro de estudiantes de ciencias, donde le conté de mis peregrinaciones y padecimientos al catire Morales, que lo que me dijo era que nada tenía que ver con las FALN, y que además no me conocía, sino por cristiano y tirapiedras en las manifestaciones.

Yo me arreché y me metí a la brava, porque sabía que ahí era hervidero de ñángaras, y que podían buscarme a Emilio, para meterme a la subversión con fundamento.

Cuando apareció María Lionza, ya venía embarazada, montada en una danta o tapir, y acompañada también de un cachicamo o armadillo, de un paují volador, un mono karatista, y un culebro saruro, que hablaban.

Entonces parió dos morochos que se llamaban Guaycaypuro y Tamanaco, que fueron los primeros que poblaron la tierra venezolana, o sea, los Progenitores.

Ya grandes, y andando de cacería junto con la danta y el culebro, escucharon música de tambores, guaruras y furrucos del otro lado de la sierra de Perijá, límite natural entre Venezuela y la Nueva Granada, aunque no de la Gran Colombia que soñaran Miranda, Girardot y Bolívar.

Vaya, y se fueron a averiguar qué cosa era, no sin antes dejarle a María Lionza bastantes mazorcas, carne de chigüire salada, auyamas, bananos y cambures, y el conuco limpio para que Tío Cachicamo lo are, el paují lo siembre, y el mono lo cuide con sus artes marciales.

Se subieron al cerro más alto, llamado el Manatará, porque cae maná del cielo, que no es cagada de zamuro, sino algo así como algodón de azúcar, que es de lo que se alimentan los motilones bravos, y por eso es que los gobiernos nunca los han acabado, ni los acabarán.

Del otro lado del cerro divisaron a un enjambre de indios bailando y haciendo relajo, en lo que históricamente fue el segundo o tercer Festival de Guararé. Ahí los dejaron participar a cambio del culebro, y fue la primera vez que fumaron, bebieron caña, o sea chirrinche, y les dio hambre de mujer, ya que había muchas hembras de rechupete y tilín, con cintas en la cabeza, pero desnudas en bola y con el gancho adornado como con barbitas de maíz.

Escogieron a las peladas más hermosas de esa hermana república. Yolanda, que después quedó electa como Reina de la Cumbiamba, y Josefa Matías, jevas respectivas con las cuales bailaron sus porros y chichimayas, por un lapso de cuarenta días y cuarenta noches, mientras ocurría el Diluvio en el resto del mundo. Después, como no lo querían aflojar, las invitaron a las orillas del río Badillo a comerse unos aguacates, que los habían traído en una busaca, y en Guararé no los conocían. Pero lo que hicieron fue robárselas y venirse los cuatro encima de la danta, que corría resoplando y pitando como ferrocarril.

María Lionza recibió a sus nueras con mucho cariño y consideración, y las amarró con unos bejucos y les daba fresquitos de guanábana para que se fueran acostumbrando a las montañas de Yaracuy, y ayudándola a hacer las arepas y freír los bachacos culones con que las rellenaban, y el cachicamo era el que los conseguía cuando andaba surcando la tierra.

Los indios hermanos las querían demasiadamente, y hasta se las prestaban el uno con el otro, por lo que agarraron bastante cría, que se desarrollaba en medio de grandes armonías, poblando la montaña entera.

Al cachicamo lo querían bastante y lo cuidaban, porque era de los poquiticos que quedaban en el planeta, dado a su extinción por el diluvio y las correrías de los indios del Alto Perú, que eran vagos y no eran capaces de hacer guitarras de palo, sino de la carrocería de los cachicamos. Que a esas guitarritas los bolivianos las llaman charango y su música es bien triste, debido a que el cachicamo aprovecha para quejarse.

De vez en cuando los indios venezolanos hacían sus incursiones al Guararé, aprovechando el Festival e ir con alguna artimaña para robarse a las mujeres y, de paso, saber del Tío Culebro, que todavía existe en Colombia y lo tiene el paisa Jaime, que es vendedor de remedios contra las lombrices intestinales, que la gente le compra al ver el tamaño que pueden llegar si no se les combate a tiempo.

Y así nacieron Paramaconi, Terepaima, Guarapo, Guaicamacuto, Tiuna, Manaure, Tibisay, Maragüey, Pariaguán, Murachí, Petare, Naiguatá, Sorocayma, Chaima, Cayaurima, Arichuna, Mara, Apacuama y el Cacique Salsipuedes, que salieron luego con sus familias a domiciliarse en los bosques y llanuras, y a anidarse en las orillas del mar y los cursos de agua, dedicándose al cultivo del maíz, el plátano verde, la yuca y las caraotas negras, que las trajo Quetzalcoalt desde México, pero no dejó la receta para que se ablandaran rápido. El resto del tiempo lo utilizaban en la caza, la pesca, la recolección de animales pendejos y al baile del pájaro Guarandol, que es la versión criolla del ave fénix.

Salsipuedes viene siendo el ancestro de la abuelita de Edgard, y cacique de la comarca de Los Paraparos, que en la antigüedad se extendía hasta Bella Vista, Quinta Crespo, Prado de María, La Rinconada y Carapita. En recuerdo de esa civilización perdida queda la familia de Edgard, las indiadas de Los Mangos, la escultura totémica de la india del Paraíso que la habían construido en el medio de la plaza de La Vega, y los españoles después la quitaron para poner la iglesia, y unas pinturas rupestres que había por Los Cujicitos, de donde les quedó la costumbre a los ñángaras de rayar las paredes.

Emilio me mandó para donde el cristiano de Macuto, que le metió el cuento a su papá de que yo iba a pasar ahí grandes vacaciones. Era gente muy arruinada, y por eso el viejo dijo que sí, pero que lo ayudara a trabajar en el Balneario.

Yo tuve que aceptar, para que el señor que era copeyano de los bobos, que también los hay, no se diera cuenta de que yo era un gran ñángara, que me buscaba la plaga verde y el moho azul para achacarme la explosión del rancho que, además, si fuera verdad, a ellos no les interesa, porque yo fui el que lo construí y tengo todo el derecho.



Capítulo 8

El gran trabajo que me dio don Enesterio era alquilar trajes de baño y esconderme de mi tía Teresa, que vivía como a tres cuadras vendiendo contrabando de Curazao, porque los tombos me tenían sin cuidado porque nunca se iban a imaginar que el profesor Marcos, el Hombre Mancheta o el Loco Alicate, como me decían mis primos, iba a andar a pleno sol, alquilando los trajes, a tres fuertes los de mujer y gratis los de las putas, y a cinco bolívares los de hombres, haciéndoles firmar un recibo de que la casa no se responsabilizaba en caso de hongo, roya del café, enfermedad venérea o escalerilla en flor. También vendía jaboncitos palmolive de a rial, y un "Producto Gómez" en forma de champú drene, que nadie podía diferenciar del verdadero, del que yo hacía con guarapo de conchas de paraparo que los espías me traían de La Vega.

Ya Enesterio me fue agarrando confianza, que me la merezco, y me dejaba el negocio solo, pero yo era incapaz de hacerle algún hurto. En las noches era que me regalaba una cajetilla de cigarros Lido.

El negocio se cerraba a las cinco de la tarde ya que a esa hora venían los tiburones, no fueran a comerse a los clientes y a rompernos los trajebaños. Entonces, del hambre, me iba con un guaral y anzuelo, a sacar entre las piedras unos pescaos hijueputas que son puras espinas.

Yo más antes había hecho negocios en esa playa para ayudar a la Izquierda Cristiana, que andaba arruinada, vendiendo empanadas con Ernesto Herrera, que la gente se las compraba por lástima, de ver a un blanco vendiéndolas, y no a los negritos de siempre. Y es que Ernesto era tan blanco que parecía rata de experimento, desas que tienen los ojos rojos y son pendejonas como los gringos cuando están chamos, pero después el fascismo los pone coñoemadres y joden e invaden.

Un día llego tarde a la ridiculez esa de alquilar trajebaños, y un hijo del viejo me dice que llegaron preguntando por el profesor

Marcos, y me señala dos individuos extraños que están en el rompeolas.

¡Coño!

Yo quería volverme pescao y escaparme por el agua, o salir volando con los alcatraces, o salir corriendo y confundirme con los que hacen lo mismo cuando la arena está caliente y se queman las patas, que era lo que iba a hacer cuando los carajos se dan la vuelta y veo que son Emilio y Francisco Pérez. Ahí fue que el Titopuente del miedo dejó de tocar los timbales de mi corazón.

Me preguntan que qué voy a hacer, y les digo que qué coño quieren que haga si no es andar como mono latío ‘e perro, o el del programa del fugitivo, y más mosca que mulo del Tucumán. Me dicen que para la guerrilla no podría ir porque soy muy chamo y pequeñoburguesito, que lo que voy es a estorbar. Yo nada les dije, sino que me puse a leer una carta de mi primita Raquel, donde me amaba tiernamente, con más profundidad que cuando en el bus de Toribio, del cual me contó que había desaparecido por completo, que tía Carmenmaría le mandó a botar a la laguna de Taiguayguay, porque ya no aguantaba los desaguisados de los espiritistas.

A Emilio le regalé unos toldos de lona para que los guerrilleros hicieran mochilas, que se los robaba a un italiano que los alquilaba en esa playa, esa por donde fue que apareció el primer pirata bucanero que fue Cristóbal Colón, acompañado de toda la mafiosidad y malandraje de España, que la reina quería deshacerse dellos y los mandó rumbo al barranco donde se creía que se acababa el mundo.

Con ellos venía la única mujer de la tripulación que era una ramera desprestigiada, llena de chancro y escorbuto llamada María Castaña, consuelo de los desalmados, patrona de los corsarios y madre antecesora de los españoletes pata jedionda que nos dominaron durante más de trescientos años, después que mataron a la gran mayoría de indios arrechos, que no se reducían ni con fuego, ni espadazos ni con los embustes de los curas, ni con tiros de arcabuz, como Guaycaypuro.

A Tamanaco le echaron como doscientos perros pastores alemanes occidentales, que él no tenía fuerzas para joder a tantos, por más que les echó coñazos sin compasión. Que en el lugar donde lo martirizaron, los españoles pusieron un hotel, que todavía existe, y se la pasan los turistas gringos zapatiando el rocanrol arriba de sus cenizas.

De allí es que comienzan nuestros justos resentimientos contra los inicuos explotadores extranjeros, y nuestro fanatismo porque no se ofenda impunemente a los hijos de la América meridional.

A María Lionza sí es verdad que nunca la han podido ver ni agarrar presa, y por eso dicen que es diosa. Vive todavía en las montañas de Sorte, y hasta el Willy Colón le hizo una canción.

Cuando supo del asesinato de sus primogénitos les dijo a la danta, al cachicamo, al mono y al paují:

—Creced y multiplicaos para que sirváis de alimento a los que quedan alzaos en el monte.

Y desde entonces estos han sido los platos fuertes de la dieta de los guerrilleros, pero de los de Falcón, Lara, Yaracuy y Portuguesa, porque los de Oriente comen pescaos por coñazo, y los del Llano no comen vainas raras habiendo tanto ganado.

Y dirigiéndose a su prole, les enseña una arepa grandota de maíz pelao con ceniza de los huesos de Guaycaypuro:

—Venezolanos. Tomad y comed que este es mi cuerpo. Coman arepa en memoria mía. Maten invasores sin que se les agüe el ojo. Solo así podréis aspirar al Reino del Dorado, que viene siendo el Comunismo, y no un país con casas de oro como creen los españoles.

Me llevaron para Caracas a la casa de Chivo Ronco, que había vivido más antes en La Vega, y se la daba de gran materialista ateo. Ahí fue que aproveché para estudiar bien los libros de la subversión y pasar hambre, no por culpa de la mujer de Chivo Ronco, sino que no es lo mismo andar por la calle tranquilo, que andar huyéndole a la ley y encerrao acordándose de las cachapas de mi abuela y las hallacas de Matilde, mi mamá. Además, uno tenía que estar pendiente cuando tocaran la puerta y salir corriendo y meterse en

un cuarto donde meten peroles viejos, porque a cada rato llegaban de La Vega los compinches de Chivo Ronco, que me conocían ampliamente, y después iban a estar diciendo.

Un día que conseguí un bolívar me aventuré a salir al mercado de Catia a ver qué podía comprar que fuera bastante, y en el camino iba pensando como la Cucaracha Martínez cuando se encontró la puya, doscientos años atrás.

En el mercado vi un letrero que decía: “Cinco huevos por un bolívar”, que en otras partes daban cuatro o tres. Entonces, adentro, voy de puesto en puesto y nadie me quiere dar los cinco por el bolívar, sino cuatro, y les pregunto que por qué carajo escriben que son cinco por bolívar y después no quieren. Entonces me dicen que ese es el precio de al por mayor, y yo que me arrecho de que lo estén engañando a uno, que lo que tiene es hambre y sed de justicia.

Menos mal que ese era el último día que los portugueses vendieron un rial de queso blanco y otro de cambures, que yo aproveché esa ganga, que fue en septiembre del 69.

En esos días, también había otra ganga, que si uno era rebelde de los pesados, mientras más barbudo y bigotudo mejor, te presentabas arrepentío a Caldera, y te perdonaba sin condiciones, para que te salieras de esos montes y pudieras seguir estudiando en la Universidá, llevar a tu novia a las discotecas o a tus hijos al Parque del Este o a los caballitos, y hasta derecho a hacer otro partido con tarjeta y todo.

Si eras algún loquito, o sea, de las bases, y habías quemado bastantes carros, puesto bombas o averiado algunos policías y cazadores, entonces te daban pacificación y te resolvían tu problema a cambio de entregar las armas y todo el instrumental del oficio, meterte a sapo delator, y perseguir a tus mismos compañeros.

Los que quedaron fuera de la ganga eran los caídos, que ya no podían –ni hubieran querido– aceptar eso, así el partido se los ordenara y, además, es preferible que a uno lo maten luchando por la Libertá y no que lo atropelle un carro libre en la avenida San Martín, le peguen una puñalada los malandros o te ahogues en Mare Abajo.

Bueno, yo me voy comiendo mi queso y los cambures por la plaza Pérez Bonalde, cuando se baja un tipo de civil de una camioneta y, con una walther P-38 en la mano, me dice:

—¡Párate ahí!

Por supuesto que no me paro, y voy buscando la tradicional curva o esquina para después arrancar a correr, y el carajo me sigue gritando, y sigo caminando con cara de mongólico, y botando las conchas de los bananos a ver si el sapo resbalaba. Hasta que el sapo se arrecha, corre, se para delante de mí y me encañona:

—¡Cédula, piojo!

Le doy la única verdadera que he usado en mi vida, sabiendo que ahí está mi nombre propio, y que ahora sí que se jodió Coro, La Vela y parte de Paraguaná. La mira bien y me dice:

—¡Te salvaste, piazo ‘e pendejo!

(Seguro que a este carajo le dio clases Matilde y por eso es que me dice “te salvaste” y no me va a matar ahorita, sino después).

—Con ese tamañote yo creía que tenías dieciocho años, y lo que ando buscando es gente para el cuartel… –y me dijo que me perdiera si no quería que me llevara por gafo.

Yo le dije que sí, que no se preocupe, que yo me voy a presentar solito a las fuerzas armadas. Solo que no le expliqué a cuáles.



Capítulo 9

En 1528, la reina Juana le alquila Venezuela con todo y gente a los alemanes, para de ahí sacar riales para pagarle a los chulos. Pero no duraron muchote, porque los indios los emboscaban. En el arrase que hicieron con la columna expedicionaria de Ambrosio Alfínger, le recuperaron un acordión, que se lo mandaron a Juancho Valencia allá en la Nueva Granada, que se encontraba muy afligidísimo por la muerte de su esposa. Debe quedar claro, pues, cuál fue el origen del primer acordión de los vallenatos, que no es asunto de hijos de ballena, sino de los naturales de Valledupar.

En esos días trajeron a los niches, amarrados, de Angola y El Congo, junto con Mamá Inés, que fue la única mujer que pudieron agarrar la primera vez, porque era muy gorda y no podía correr bien por dentro de la selva.

La primera hija que tuvo en Tierra Firme fue la Negra Celina, cuya primera acción subversiva fue enseñarle a los indios el baile del barlovento, ya que como estaban presos no podían bailar el joropo con cadenas en las patas, ya que exige de mucho chancleteo y aspaviento, y además las cadenas sonaban y los espadachines del rey se iban a dar cuenta de que no estaban trabajando en las minas sino jaraneando. Y es que en el barlovento casi no se mueven los pies, sino los brazos y el culandril.

Tiempo después, cuando ya los indios no estaban encadenados a una bola de yerro, sino a la religión católica, un aborigen colombiano sacó a bailar a una makiritare en las fiestas de la Virgen del Sombrerito. Entonces la joven comenzó a bailar de una manera extraña, por la falta de hábito de tener las patas libres. A lo que los entendidos señalan que por eso en Venezuela quedó la costumbre de bailar el porro de una manera muy singular. Se da un paso para'lante y se da un paso para'tras, porque el otro pie se quedó acostumbrado a quedarse quieto encadenao a la bola de yerro.

Mamá Inés después trajo al mundo a san Benito y Martín de Porres, que tenían poderes para hacer milagros: ciegos que recobraron la vista, cojos botando las muletas, cadáveres que se echaron a caminar, rufianas que se volvieron señoritas y cosas desas, pero entonces los agarró la inquisición porque y que los santos ya estaban completos, y los hicieron en parrilla, y ese es el olor a carne asada que todavía se siente en Cartagena, cuando cesa el de cangrejo podrío.

Benito y Martín lograron engendrar una cantidad de hijos en compañía de las negritas Cumbacumbá, que eran unas fugitivas que venían escapadas de Haití. O sea que fueron los progenitores de toda la afrovenezolanidad, entre ellos:

Negro Miguel, rey legítimo de Barquisimeto, que murió asesinado por el Diego de Lozada, victimario también de Guaycaypuro, y español muy maldito que los adecos hasta le hicieron una plaza en Caracas. Si siguen así, poco les falta hacerle una estatua a Obando, el que mató al Mariscal Sucre, y a los digepoles que ahorcaron a Fabricio Ojeda.

Negro Castellanos, presidente de los cimarrones de Maicao y Paraguachón y patrono del contrabando.

Andresote, que mantuvo en consternación a los godos durante más de tres años, por los lados de Aroa.

Negro Guillermo, aliado a los indios de La Dolorita y Filas de Mariches y gran forajido contra los terratenientes.

Mandinga, que se dedicó a cazar a todos los que tuvieran buena letra, y a ese, los curas y los funcionarios que quedaron, lo agarraron de Satanás, para meterle miedo a los chamos, junto con la Mano Pelúa, la Llorona, la Cabra Infernal, el Comunismo y Juan Caralú, que este último es un demonio muy útil cuando se va la electricidad de las casas y uno está mirando algo bueno en la televisión, para lo cual tiene que invocarlo diciendo:

—¡Juan Caralú, Juan Caralú, abre la puerta y enciende la luz!

Los de La Vega se dieron cuenta de que yo estaba escondido donde Chivo Ronco, y Emilio me tuvo que mudar donde doña María,

porque era mucha la cantidad de gente que peregrinaba para irme a ver, en vez de ir a Isnotú, a la casa donde nació san Gregorio.

Esta señora era muy buena, y también ofrendaba sus hijos a la Patria, y me daba comida y ánimo de ver a gente mayor acuerpando a los ñángaras. Lo mismo era con la abuelita de Chivo Ronco, que me dijo que no me preocupara, que ella había cargado al comandante Argimiro cuando estaba chiquito, una vez que me consiguió una bolsa con unos uniformes militares y unos libros de Marx y Lenin, que uno tiene que leer de todo en la vida, para darse cuenta y no andar preguntando.

Fue por esos días que reaparecieron los del gallo, y andaban bien contentos, y hasta se dividieron y todo, formándose un nuevo partido llamado el MAS, dirigido por el hermano de Luben Picón, que así lo llamaban los campesinos de Yaracuy cuando andaba enguerrillado.

Los hijos de los negros que pudieron escaparse de la esclavitú y de las matancingas se fueron pa' donde los indios bravos, a fundar caseríos rebeldes y palenques, en el corazón de la montaña, y a organizar nuevos levantamientos, motines, revueltas, bochinches, venganzas, sublevaciones, incursiones, protestas, sediciones, alborotos, alzamientos, trampas, conspiraciones, asonadas, confabulaciones, conjuras y demás formas de lucha, legal e ilegal.

Los niches eran buena vaina e internacionalistas, que no les importaba un coño morirse lejos de las playas del África, siempre que se luchara por la Libertá, dando cumplimiento a la profecía de que algún día todos los negros tomarían café, como podemos ver que ocurre en Cuba, Etiopía, Angola y Mozambique, y los que estudian en la Unión Soviética.

De ese tiempo también data una oración que tenían los indios, para ayudarse:

—Santa María, mándanos tus tigres, el cunaguaro y el león barretiao, desata tus ventarrones; suelta tus cóndores y gavilanes, afila los colmillos de las culebras y mapanares para aniquilar de dolores a los blancos... danos de comer tu carne del odio al invasor.

Las culebras como son tan brutas y desaforás cometieron algunas sus errores, porque no habían contemplado que había negros que habían nacido albinos, y a lo mejor también creyeron que Papapedro era algún español, y por eso fue que lo picaron, no sabiendo que era un indio guanche, que nada tenía que ver con la inmunda estirpe de María Castaña, ni de ninguna majestad católica y casquilucia.



Capítulo 10

El que es chusma, no viene siendo negro ni cobrizo, sino pardos de colores que van del marrón al acanelado, pasando por el color de los zorros en semana santa. Esta fue la raza que se formó entre los castellanos, indios y niches, dando lugar a los zambos, mulatos, etcétera, sin meter a los "salto atrás", que es asunto de mutación.

Y ese es el gran secreto de la Bandera de Venezuela, que es un misterio que son tres, y a la vez es una sola, y que hay que saberlo comprender.

Cuando el general Miranda la inventó buscando cómo simbolizar a la chusma, que en ese tiempo ya era la mayoría de los venezuelanos, tomó en cuenta el asunto de las razas y las sangres: amarilla, la de los indios anémicos; azul, la sangre real de los lumpen de Hispania; y roja, la de los angolanos.

Entonces el General, Príncipe de los Conspiradores, Veterano de la toma de la Florida contra los ingleses, jefe de la División del Norte cuando la Revolución Francesa, y ya dispuesto a desembarcar en la Vela de Coro, dice: "Si ligo estos tres colores me va a salir morada esta bandera, y entonces va a quedar fea, y la pueden estar agarrando para vestirse de nazarenos los miércoles santos. Entonces –reflexionó El Precursor– mejor la dejo así con los tres colores por separado".

Que el paisa Jaime dice que no es así, sino por una novia que tenía Miranda en Inglaterra, que tenía el pelo amarillo, los ojos azules y los labios rojos. Que eso no es cierto, sino otra artimaña y gatuperio de los antioqueños.

Y no es tampoco como decían los españolitos que estudiaban conmigo, que amarillo azul y rojo, la bandera de los piojos, ni mucho menos lo que decían los frailes graves del Sanagustín, que es toda una zambumbia y regüeltijo que enredan el oro y las riquezas, el mar que nos separa de la Madre España, y entonces, para medio disimular la vaina dicen que el rojo es la sangre de los Libertadores,

como si ella no fue derramada por no aceptar de que España fuera Madre de un coño, o sea, de nada. Que ni siquiera fue madre del abuelo de Simón Bolívar, que era vasco, o sea, de un país diferente que se llama Euskadi. Ni de los de Miranda, que eran de Tenerife, que ni siquiera está pegado a Europa, sino en el mar, frente al África.

Si no, pues que la pongan toda roja completa, por toda la sangre libertadora que todavía hay que derramar.

Que uno ya no sirve para estarle aguantando engaños a todos los coñosdesumadre yanquis y altas burguesías, ni para rendirse ahora y acompañarlos en sus güevonadas de congreso y marramucias de elecciones, porque uno ya está viejo y es padre de familia, y tiene mucho odio por dentro, demasiado amor por la gente de La Vega, y mucho respeto por los que luchan honradamente por la democracia, la liberación nacional y la salvación del cerro del Ávila y el lago de Maracaibo.

Que cuando tomemos el poder vamos a hacer una gran fiesta de seis meses seguidos. Eso es lo que vamos a hacer todos los venezuelanos decentes el día que derrotemos a los enemigos después de habernos unido y no andar peliando entre nosotros por cuestiones de partidos. Que para el día de la Unidad Revolucionaria los colegas del M-19 nos tienen prometido darnos la espada de Simón Antonio para que combatamos mejor, que ellos la recuperaron en un museo, utilizando el ladronismo para cosas útiles y patrióticas. Y dice el porro:

La espada de Simón Bolívar
se oxidaba en un museo
y dicen que un viejo bien feo,
la cuidaba en la vitrina.

Y la tiene el pueblo mismo
los cachorros de Simón
degüellan al imperialismo
y hacen la Revolución.

Lloraban los policías
toda la noche del jueves
la espada de Simonantonio
se la llevó el M-19.



Capítulo 11

Guerrillero puede ser cualquiera. La burguesía es la que hace de esto algo así como un misterio o mito inalcanzable, para que nadie se crea capaz de defender tranquilamente a su Patria, y lo estén viendo a uno como al Hombre Araña.

Si usted se decide, los de las FALN lo tienen todo listo.

Le tapan los ojos y lo meten en una casa secreta, que se le llama concha en honor a los animales que tienen cáscara como el cachicamo o el morrocoy. A veces, en esas casas especiales, falta la comida y el gas –a propósito– para que uno se vea precisado a robar racimos en los camburales vecinos, y a cocinarlos con la madera de los muebles, que eso es una prueba para ver si usté tiene iniciativa creadora y capacidad para autocriticarse después ante tales desmanes.

La obligación de cocinar es para que uno aprenda a valorar más a las mujeres. Pero esto debe ser en secreto, porque si se dan cuenta los vecinos que usté hace arepas y barre la casa, después en el barrio van a andar diciendo que en esa casa se mudaron unos tipos raros que parecen maricas, y que la camarada dueña tiene que ser puta, obligatoriamente. Sería pues fallar a las medidas de seguridad.

Después, en la noche más oscura, lluviosa y fría, llegan los espías de los guerrilleros y te vuelven a tapar los ojos con unas lentes que en vez de vidrio, tienen cristales de suela de alpargata, y te montan en una camioneta destartalada en la que va un enjambre de carajitos jodiendo, llorando y pidiendo bajarse para orinar, y unas viejitas regañándolos, y un perro latiendo, y parece que vas para la playa o para El Junquito a comer golfiaos o hallaquitas con chicharrón, y no al palenque del propio comandante Magoya y sus belicosos subordinados.

Por lo general, el señor que maneja va cantando: "Soy un pobre chofer que te ha querido, con toda la extensión de mi cariño, y hoy me encuentro llorando como un niño, en mitad del camino accidentado...".

A la salida de Valencia, o en el empalme de Chivacoa te puede agarrar una alcabala o retén de "origen y destino", que son las que ponen los cazadores para ver si eres pendejo, y decís la verdad.

Inmediatamente, el camarada chofer les dice que era que regresábamos de un matrimonio de una hija de Charallave, y que yo era familiar del novio que mañana tenía clase en el Tecnológico de Barquisimeto. Como los cazadores no están buscando prójimos con caras características, nos dejaban pasar y hasta adiós les decían a las abuelitas insurrectas, con la mano que les quedaba libre de agarrar el fal por la manigueta que traen, y que yo más antes creía que era como para darles cuerda.

Ya de ahí, no me pusieron más los antiojos de embuste, y el papá de la novia de Charallave sigue cantando aquello de que: "Si algún día llego a desbarrancarme porque me falten las luces de tus ojos, recoge la cachucha y los antiojos, para que así no puedas olvidarmeeeeee".

Y entonces, de repente y tal, la perola vieja se detiene ante un zorrillo o mapurite amaestrado que tienen los guerrilleros para sacarlo a manera de señal, en el momento y en el lugar escogido por ellos para hacer contacto con los carros amigos, que si por casualidad es otro vehículo desconocido el que se detiene, el mapurite se pea con las consecuencias ya conocidas.

Y ahí es que el chofer les da permiso a las viejitas para que hagan sus necesidades, y para que los chamos caguen y orinen, y que no agarre el animalito, que no es ardilla sino zorro mión.

Luego, el conductor se mete al monte, y te llama después que ha descubierto la otra señal de que todo está en orden, y ahí es donde las ancianitas te dicen adiós, y te bendicen con la mano y de palabra, y que Dios me lo ampare y me lo favorezca, y que si encuentro yagrumo les mande, que eso es bueno para la diabetes, etcétera.

Seguimos caminando por una quebrada seca, por donde debe estar cerca el Maligno porque, como dice *Cantaclaro*, tiene que beber arena el que no bebe agua nunca... entonces, de repente y tal, te sale, no el Diablo, sino unos guardias militares todos sucios y remendados.

—¡Quieto t'uel mundo! ¡Arriba las manos!

Y te comienzan a registrar buscando los cigarros, los chocolates y las cartas que les habían mandado las novias de Caracas. Luego, ya se calman, te saludan y te dicen camarada, y que estás bueno para cargar un quintal de caraotas, y ya algo hablan de política, y a uno le parece un sueño estar con los propios guerrilleros y Libertadores de América.

Uno comienza a subir bien contento, con sus maletas, como que va para el segundo piso de un hotel. Pero después ya va sudando, y cansándose, y el pecho a sonarle como un gurrufío, y a estar pidiendo agua cada rato y a caerse, y a resfalarse, y a ver que las luces de Barquisimeto comienzan a convertirse en una constelación lejana, y a pensar en cuántos estarán ahorita bailando, comiéndose un pabellón o templando con su jeva.

Y esa era la hora en que cuando estaba chamo, Matilde me hacía repetir el ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares, ni de noche ni de día.

Seguimos y seguimos subiendo como el que va para el cielo viniendo del Purgatorio, que es cuando es más costoso, y los guerrilleros adelante de nosotros, alegres y felices, saltando como cabritos por sobre las piedras afiladas. Más atrás venía un campesino con una carabina M-1 al hombro, y borrando las huellas que podíamos dejar nosotros y poniendo las dél, que eran conocidas por ser de ese lugar. Y es que las huellas del calzado se conocen porque son contados los que las tienen. Después las dejó quietas porque empezó a llover, y se borraban solas con el agua, menos las del Cuñao Polo, que son de bota número cuarenticinco y forman laguna.

Después uno se moja y se parece mosca cuando se la saca de un vaso de cerveza, o si uno ya está jumo, la masca creyendo que es alcaparra. ¡Ah, mundo!, entonces usté comienza a afligirse cuando comienza a resfalarse más, y a pegar la cabeza contra los palos, y las espinillas contra las piedras, y los guerrilleros a decir que de dónde sacarían a estos inútiles. Y uno se dice que quién lo manda a ser tan travieso o inventor.

Más arriba, el bosque yaracuyano es de unas palmas que llaman albaricos, que la madera es bien dura y los indios la utilizaban para hacer arcos y flechas y para joder a los hispañoles. Entonces uno no veía las espinas que tienen, sino unas palmitas muy inclusives para agarrarse de ellas, y no caerse, y ahí era que se clavaban los grandes aguijones. Y además uno no podía quejarse ni gritar maldito sea'l coñoelamadre, porque los guerrilleros lo regañaban y le hacían que se callara, y mucho menos podía prender linterna ni fósforo para ver dónde estaban los barrancos, las piedras y los obstáculos que Dios le pone a uno en el camino para probar su fortaleza de espíritu o sea su fanatismo. Aunque a mí ya me temblaban las piernas como esos carajos que se hacen mucho la paja o los viejitos cuando bajan las escalinatas de El Calvario.

En esos casos, yo recomiendo pensar mucho en el Che, y recordar sus palabras cuando explicaba que siempre habrá de dónde sacar el próximo paso, y uno tiene que escudriñarse bien las cuevas del cerebro y ver si es patriota sincero o aventurero que lo que le gusta es andar jodiendo.

Y uno piensa que qué bonitas eran las guerras de antes que eran a caballo y en lo plano, pero lo feo era los machetazos que se daban.

Con el alba y la lengua de corbata, llegamos al campamento, que ha sido al amanecer más hermoso que yo he visto en mi apacible vida. Y frente a nosotros, apareció parte de ese increíble grupo de rebeldes que tuvieron los cojones y el patriotismo de desafiar a más de cincuenta mil soldados y otros judas de uniforme.

Había unos viejitos con la cabeza mora, unos negritos esdientaos y pelúos, unos indios, que me abrazaron alegres, y yo a ellos, como si fuera el día del Felizaño. Ese día me dejaron dormir un rato, y descansé por primera vez desde el día de la desintegración del rancho, y pensé que me iban a dar un fal bien arrecho. Embuste, que lo que me dieron fue una pistola browning nueve milímetros, como si uno lo que va es a atracar al portugués de la esquina, y no a enfrentarse con los rángeres.

Una madzen le dieron a Memo. A Víctor la Cochina le prestaron un M-1 y a Güilian una metralleta zeteká bien fea, que tenía el pico como escape de moto suzuki.

El señor cabeza blanca era el cacique de todos ahí, y se le echaba de ver por lo anciano, y por un arma peligrosísima que andaba, que era un aka culata esplegá, con unos cargadores grandísimos y torcíos como los frutos del guamo.

Este no tenía cara de cubano, sino más bien bajito y cabezón como mi abuelo Ángel. Entonces se presentó con el nombre de Camarita, veterano en amotinamientos y presidios, que había sido más antes sargento amansador de caballos de la guardia nacional, y que lo que hacía era malograrlos, porque cuando se desertó, los caballos de los que lo persiguieron estaban todos rencos, aventados y con fiebre.

El Camarita reunió después a todos los nuevos, una vez que estábamos uniformados y armados, y nos da un gran mitin y recibimiento y saludos de los comandantes grandes, que por lo visto no era ninguno de los que había en este nido.

Luego nos pone unos padrinos, que eran veteranos que nos iban a dar educación y no hacer tantas cagadas: dejar quemar la comida, dejar el arroz masaclotudo, hacer humo en la cocina, volarle tiros por la libre a los paujices, escuchar salsa por Radio Tiempo a todo volumen, fumar en la guardia, colgar mal la hamaca y caerle al de abajo, amarrar mal el toldo de plástico, y mojarse y mojar las mochilas y los fusiles. Robarse el azúcar para hacer guarapitos clandestinos, fumarse todos los cigarros y después andar pordiosiando, bañarse en la quebrada sin centinela y haciendo bochinche, perderse regresando del cagadero, prender de noche las linternas y alumbrar a los monos en los árboles, hacer bulla con el machete cuando se corta leña y además traer unas palos podríos y ensopados de agua que lo que hacen es humo por cañazo, y salir corriendo esmachetaos cada vez que pasa un helicóptero o avión que, primero y principal, nada ven esos hijueputas desde arriba, si uno se queda quietecito.

Mi padrino se llamaba Tenorio, campesino falconiano, humilde pero belicoso comandante y hombre muy sensato a la política. A la Cochina le tocó Gonzalo La Pava, labrador del Yaracuy e incansable mascador de chimó, que no le gustaba dormir en la hamaca, sino en un rebusque de hojas de plátano y helechos, y además se robaba todos los periódicos, y todo lo que fuera de papel para acondicionar su madriguera.

Tenorio se dio cuenta ahí mismo que yo era un balurdo y que no sabía hacer nada, salvo estudiar y volar piedras en las manifestaciones, pero me tuvo mucha paciencia y me hizo hombre muy útil y honorable.

Yo creo que más bien Gonzalo se indisciplinó con la Cochina, que era de los jodedores del bloque 6 de Propatria, y se la mantenía bacilándolo. Esa vez, nosotros llevamos una revista *Élite*, y como Gonzalo se robaba todos los papeles, y era perezoso para leer, entonces la Cochina lo engañaba con las fotos que salían:

—Gonzalo, este es Pérez Jiménez.

Y le enseñaba cualquier hombre gordo y con lentes.

—Pava, coño, este es el papa.

Mostrándole cualquier fraile que saliera. Hasta que Gonzalo se arrechó y lo persiguió porque Víctor le escupió la revista diciendo que un viejo de la foto era Betancourt.

—¡Es Rómulo!

Y le tiró un gargajo de verde trémulo.

Entre los otros inquilinos de ese agreste, bejucoso e improvisado pedazo de *Patria Libre*, estaban el Gato, muchacho que como su nombre lo indica era muy astuto, flexible y montaraz; Medina, campesino y lleno de cargadores de fal y granadas guindadas, que más bien parecía árbol de Navidad; Manuel, de la ciudad, y destacado por su industriosidad en asaltar bancos y hacer correr a los policías.

De Magoya nos dijeron que estaba con el grueso del Frente Guerrillero José Leonardo Chirino.

Ya nosotros nos empezamos a encaligüevar o sea, a amorriñar, al ver tan poquita gente revolucionaria, en comparación con la cantidad de picos-extensos y habladores de pendejadas en la universidad. Completaban nuestro destacamento Lucas Navas: Tito, estudiante y especie de político del grupo; Rolando; y luego se enguerrillarían otros más.

Para más sorpresa y tristeza nuestra ya no estaban los cubanos en la montaña, que en alarde de americanismo y valentía habían venido en el 66 a ayudar en lo que pudieran, como quiso hacer Simón Antonio con ellos luego de la Batalla de Ayacucho.

Cuando el Congreso de Panamá, uno de los puntos importantes de la agenda era la liberación de Cuba y Puerto Rico, cuestión que los yanquis se encargaron de sabotiar. Todavía en 1827 Bolívar escribía a uno de sus generales: “Parece llegado el momento de que hagamos la deseada expedición a La Habana y Puerto Rico”, y ahí fue que los gringos no aguantaron e inventaron sus doctrinas de Monroes contra supuestas invasiones extracontinentales, cosa que es un gran cuento porque está comprobado que en ese momento ninguna potencia europea estaba en condiciones de invadir nada. O sea que inventaron eso más bien contra la chusma bolivariana, que sí tenía armas, prestigio y patriotismo por coñazo.

Y hasta se pusieron a aniquilar al Libertador, para después agarrarse ellos Cuba y hacer sus pillajes, hasta mucho después, que llegó el comandante y mandó a parar.

Lo que pasa es que Bolívar, a su vez, estaba muy agradecido de un coronel y otros dos oficiales cubanos que lo ayudaron.

Aparte del cachimbazo de gente de sus tropas que no se sabía ni de dónde eran, solo unos poquitos oficiales estaban identificados: cincuentiún franceses, que a su vez estaban en deuda con Francisco Miranda cuando los ayudó a defender la Revolución francesa echando a los bandidos hasta por los lados de Amberes; ciento once ingleses, ventiún alemanes, doce irlandeses, diez escoceses, siete italianos, un sueco, un ucraniano llamado Miguelito Skibitski, seis haitianos, nueve curazoleños, un mexicano y un puertorro.

Aparte de los colombianos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, argentinos, chilenos, uruguayos, paraguayos y brasileños que no se sabe bien cuántos eran porque no se les consideraba extranjeros bajo ningún aspecto, y nadie se ponía a estar sacando cuentas de eso. Y hasta veinte españoles y un gringo de los buenos, ayudaron a Simón, mucho antes de que apareciera la tal mano del comunismo internacional, porque, por ejemplo, cuando la Batalla de Junín, en 1824, Carlos Marx apenas tenía seis años de nacido y a lo mejor no sabía ni leer, sobre todo el alemán que es tan arrecho.

El internacionalismo proletario más bien lo inventó Sanpedro, que de Palestina se fue a estar haciéndole huelgas a los romanos y a predicar redención, y ahí fue donde lo pegaron de una cruz con la cabeza así pa'bajo.

El colmo de todas las vainas es que uno de los firmantes del *Acta de la Independencia* de Venezuela fue Francisco Javier Yánez, nacido en el propio Camagüey, y también hay que fijarse que el papá de Antonio Maceo, de los grandes Libertadores de Cuba, era venezolano y se llamaba Marcos, que también cayó combatiendo contra los españoles. Quince de los Maceo murieron también por la liberación de la isla, y hasta el propio José Martí dijo de Marcos, nuestro paisano y de su esposa Mariana, cubana, que "fueron seres superiores". Estas cosas no se conocen –ni se conocerán– mientras las adecos y los copeyanos sigan siendo los que hacen los libros de Historia y la Biblia, que pintan a Jesucristo como que era gafo o pendejo, siendo que en la realidá era bien arrecho y se entraba a coñazos con los fariseos y los buhoneros del templo.

O sea, que cómo coño no vamos a ser internacionalistas los revolucionarios venezolanos y a aspirar que lo sigan siendo con nosotros. Contimás que nuestro héroe y paisano y coronel Carlos Aponte murió combatiendo también por la libertad de Cuba junto con el gran Antonio Guiteras, en Matanzas, y después de haber estado hasta con Sandino en Nicaragua, lo mismo que Gustavo Machado.

Lo arrecho es que hay unos desgraciaos que llamaron a Antonio el Cubano y su gente, que estuvieron un rato con nosotros en las

montañas de Falcón, Yaracuy, Portuguesa y Trujillo, y a Briones Montoto, héroe también de la liberación venezolana, "invasores y agentes del terrorismo internacional". Deben ser los mismos que llamaron al general Simón "estadista teórico de propósitos flotantes e indigestos", además de "loco, usurpador e individuo arrogante". O como el cura de Popayán, que lo excomulgó en 1825, y el de Sopo, que ofreció quinientos pesos por su cabeza (el muy hijo de la gran puta).

Como a los tres días, nos encaminamos a buscarle pleito a los cazadores, hacia los lados de Lara, pasando por Plaza Roja, que era un lugar plano y amplio en lo alto de una loma, muy estratégica y estupendoso para hacer reuniones y haberse disgustado con los del gallo, que no lo quisieron dejar en la selva, sino que se lo llevaron para que no pasara tanta hambre, o pudiera picarlo un rabo frito. Más adelante estaban unos barrancas y farallones de siniestra arquitectura, muy dificilísimos para escalarlos, que cuando –por fin– llegamos arriba, descansamos mientras el Camarita nos contaba que cuando él había sido guardia, una vez estaba persiguiendo a unos cuatreros por unas montañas muy altas y barrancúas, y que eran tan altos los abismos que un cabo que se resfaló y se cayó, tardó como tres días en escucharse el golpe del cuerpo contra el fondo. Pero después se comprobó que no falleció de la caída, sino del hambre y la sed que había pasado en el aire.

Luego pasamos la tarde en un caserío, donde tomamos chicha y nos lo tomamos a él, así públicamente, dando mitin y predicación, y recolectando ayuda, sobre todo sentimental, porque nada tenían esas pobres gentes y por eso es que se les miraba el interés de tumbar al gobierno. Pero sí nos vendieron un cabro cimarrón, alzado y mañoso, que más antes nadie lo había podido agarrar, hasta esa tarde aciaga para él, que pegó un brinco y se trompezó en el aire con una trazadora disparada por el fal de Medina. Ahí mismo salió la Cochina pegando alaridos como esos indios que asaltan las carretas en el Oeste, a descuartizarlo, ya que ese había sido su oficio en la vida civil, que cuando uno iba a esa carnicería en Propatria, al rico que pedía lomito le daban chocozuela, que eso está bueno, pero no que al pobre que rompe

su alcancía para comprar chocozuela, le vendían eran pellejos. Que si no es por la Revolución, la Cochina fuera ahorita un gran delincuente chupador de opio o bucanero del mar de las Filipinas.

La Pava, su padrino, preparó un gran sancocho o sopa, que es lo más apropiado que tiene que hacerse cuando la carne es inversamente proporcional a la cantidad de invitados.

Gonzalo, como era, o es, un indio tan taimado y astucioso, siempre tenía a la mano una totuma llena de agua para rendir el hervido si es que iba llegando mucha gente con curiosidad de ver cómo cocinan los guerrilleros. Lo que yo nunca pude averiguar eran unas oraciones que tenía para aliñar y darle gusto a la comida, y otras para ablandar la carne dura, y era así como un egoísmo que tenía para que solo a él lo felicitaran en formación por haber cocinado bien.

A la medianoche bajamos por unos piedreros al pueblito de Guayguayure, que por más que tratábamos de no hacer bulla, había tantas lajas y piedras sueltas, que sonaban como burro mascando maíz, y por eso fue que se desenvolvió una latición de perros, y de gente azuzándolos, que tuvimos que arrancar a correr como manada de búfalos, para que no nos descubrieran unos sapos que vivían por ahí, y pudieran echarle la culpa a los duendes, y más que la Cochina se perdió porque no cruzó el río por donde era, sino que siguió por él pa'bajo y lo encontró Tenorio sentado arriba de una piedra, mojado y pegando berríos y llorando como cuando estaba chamo y Amanda le pegaba.

Por esos lados, llegamos a una chocita a conseguir con nuestro pueblo algo que comer. Entonces uno debe llegar todo serio, luego de haber escondío en el monte a los que andan más remendaos, pelúos y zarrapastrosos, diciendo que nosotros somos tropa del gobierno o sea ejército burgués, que es para ver cómo reacciona la gente que no lo han visto a uno más antes. Si el campesino se asusta y empieza a tartamudear, o si sale a estar hablando demasiado mal de los guerrilleros o que los va a denunciar ahí mismitico que lo vea, o que nos diga que fulano colabora con ellos y hay que echarlo preso.

En el primero de los casos, que es que al campesino se le nota algún temor o que le dan ganas de orinar cada rato, luego uno no lo hace sufrir más porque eso es malo, sino que el Camarita le dice que es embuste, que no somos los cazadores, sino humildes y decentes guerrilleros que hemos venido anunciando las buenas nuevas de la redención de los harapientos y haciendo obedecer las tablas de la ley del hombre, ya que a las de la ley de dios nadie les para bolas, ni mucho menos les hace caso, y que si puede vendernos unas arepitas, ya que nosotros no somos la guardia que viene es a cometer tropelías y atrocidá a su placer y antojo. Que nosotros somos pobres pero agradecidos, y nuestra lucha es de tenaz repudio al poderoso como lo hicieron los Padres de la Patria, y los Agüelos del Socialismo.

A estas horas, ya uno está bebiendo su taturito de café y mirando cómo se le van dorando las carnes a las arepas, que si a uno le queda imaginación, piensa en las espaldas de las italianitas que uno las veía llevando sol sobre la arena, desde el cerco de la playa Lido, que si uno quería meterse de gratis, coleándose por el mar, salía un luchador insultándolo, a uno, en siciliano, y a la Virgen Madona y al Santocristo. Y nos agarraba y nos echaba cuatro llaves, y uno le decía que mejor nos zumbara otra vez en el mar y no contra las piedras puyúas, que eran sus intenciones, porque ahí fue que desembarcó Colón y por eso es que esos desgraciados se creen con derecho.

La compañera del ranchito nos dio una arepa grandota de maíz pelao a cada uno, y acampamos detrás unos mogotes. Entonces dice el Camarita:

—Bueno, cámaras, saquen los quesitos pa' que coman con arepa –nosotros nos mirábamos los unos a los otros sabiendo que nos los habíamos jartado el mismo día que nos los dieron. Que la Cochina era tan tragón y lambucio, que se comía de un solo un paquete de galleta maría con el papel y todo. El Viejito se da cuenta y empieza a estarnos descargando:

—Mis hijos, eso es lo que le pasa al que no guarda para el futuro y tiene después que comerse la arepa sola... yo sí tengo mi quesito, y me lo voy a comer, cámara...

Cuando lo saca de la mochila, entonces sale un perro güesúo del monte y se emplaza por detrás de él, siguiendo los pasos y aspavientos que daba con su jediondez de queso.

—Sí, cámaras…, por qué se ríen, que lo que les debiera dar es vergüenza…

Ahí fue que terminamos de cagarnos de la risa y revolcarnos, cuando el perro flaco pega un gran salto y le arrebata el queso de la mano, y sale el camarita con su aka en ráfaga, y se desprende en maldiciones impropias para su edad. Yo creo que no le disparó por lo cerca que estaba el terreno que se había escogido para nuestro bautismo de fuego, que para eso teníamos padrinos y no para estarle pidiendo medio a cada rato.

Después, encontramos en un conuco a un joven campesino, que parecía estar mal de la cabeza y tenía la camisa abotonada en la espalda, o sea al revés. Este compañero fue y nos compró comida en Duaca, muy contento de ayudar al ejército de los pobres y los desamparados, y después hasta nos sirvió de guía baquiano para salir de los muchos rastrojos, espineros y ñaragatos y jalapa'trás donde navegábamos, bajo el sol de Lara a las tres de la tarde, que es cuando Sanpedro le da mantenimiento y le pone baterías nuevas.



Capítulo 12

Cuando todavía estaban los hermanos cubanos en el Yaracuy, un labrador, Mano Piña, miró al Camarada Mochila bañándose en una quebrada, desnudo, y con su portentosa barba que le llegaba a las bolas, por los lados del Junco, al norte de Urachiche. Entonces, Piña salió corriendo y despavorido para donde su compadre Barragán:

—¡El diablo, compa! ¡El diablo!

Después que su compadre lo calmó con unos tragos de lavagallo, y le sacó las espinas de los pies, porque hasta las alpargatas las había perdío en el sofoco, se pusieron a discutir y a planiar qué podía ser lo más correcto y apropiado para espantar al príncipe de las tinieblas, muy presunto culpable de la sequía que estaba asolando la zona.

El sábado siguiente bajaron al pueblo a contarle al cura padre sacerdote lo de la aparición. Este los recibió alarmado y los estuvo escuchando hasta que se incorporó de la hamaca y sacó un libro gordo, telarañoso y feo de una biblioteca polvorienta, y lo abrió con facilidad en toda la página donde estaba una cucaracha conchúa aplastada.

Estuvo un rato leyendo en voz alta, pero los compadres no iban entendiendo un carajo de nada porque era en latín antiguo, hasta que les habló en madrileño:

—Hijoz mioz... ez nezezario y menezter auyentar al Maligño. Ezperadme mañana en el camino de Cocuaima, con toda la feligresía que podaiz convocar para ezta peligroza pero indizpenzable mizión.

Al día siguiente, allí estaban los compadres con sus sendos trajes de nazarenos, como con cincuenta gentes, más las que llevó el cura sacerdote, enarbolando cruces de palo, ristras de ajo, ramas de sábila, palmas benditas y retratos de Sanmiguel, y todo con collares de pepa de zamuro pulía y limones partíos por la mitad.

Adelante iban los compadres con los machetes en alto, y en la otra mano, sus velas de primera comunión prendías, y todos

temblorosos. Más atrás venía el padre en un mulo, aventando incienso con su artefacto. A los lados, dos de sus esclavos volando agua bendita que sacaban de un barril que llevaba una burra. Y atrás, todas las viejas chismosas y sin oficio. Todos cantando y rezando lo que podían para darse valor, que de lejos se escudaban como monos araguatos bramando. Cerrando columna, iban en la retaguardia un viejo gordo con una motosierra. Por si acaso.

De vez en cuando, el párroco vociferaba:

—¡Detente, animal feroz!

Y las viejas contestaban:

—¡Primero nació Dios que vos!

Los compadres iban como el rey de espadas, con sus machetes desenvainados, y los ojos como el dos de oro, y desorbitaos como cogedor de burra. Primero estuvieron gritando:

—¡Alejaos de mí, hacedor de la maldá!

Y luego, como no se sabían de otra, inventaron una su oración: "Virgen del Montecarmelo, por tu escapulario santo... embojótalo con tu manto y bátelo contralsuelo...".

Ya como a las tres de la tarde llegaron al caserío del Junco, que viene quedando al norte de Santalucía y Urachiche, donde se incorporaron otros peregrinos que iban mascando chimó y escupitiniando pa' todos lados como esas regadoras de grama que tienen los jardines de los ricos, que vuela agua así en redondo.

Entonces, agarrando el caminito para la quebrada del tal demonio, el fraile se puso más frenético y sajumiaba todo con el incienso, y los sacristanes a volar agua sin compasión, y las viejas a rezar de toda cosa, y los compadres a zumbar machetazos, como que estaban entrando a Constantinopla y entrevistándose con los turcos sarracenos.

Cuando llegó la cruzada al lugar de la aparición del infernal, nada encontraron sino unas huellas de danta que ahí mismitico el padre se las achacó al enemigo malo, o sea, a Mefistofle. Así pues, la feligresía quedó muy convencida de la efectividá y esperencia del fraile para deportar al maligno. Y así se retiraron a sus casas a hacer

sus pecados con tranquilidad, cantando himnos de gloria, que unos se sabían nada más aquel que se canta en las escuelas cuando el día del árbol.

La emboscada se realizó sin novedad, porque nada hubo, porque los cazadores no pasaron, ni siquiera los polizontes que se las dan de arrechos con los borrachitos y las guajiras del mercado de Maracaibo.

Estuvimos ahí acechando, sin dormir, sin fumar, sin hacer bulla, sin escuchar salsa ni novela de Martínvaliente el ahijado de la muerte, casi sin comer y sin estar moviéndonos adentro de los pozos de tirador que el cámara nos mandó a hacer, engañados de que esos güecos iban a ser para el que lo tostaran, ahí mismo quedaba, y solo había que echarle la tierra y no quedar ahí tirado con bachacos en la boca y dando espectáculo en la última página de los periódicos, peor el *2001* que es en colores.

De tanto miar adentro de los pozos, por eso es que al segundo día pasó un perro por la carretera y estuvo olfateando un rato el berrenchín de nosotros y el almizcle, hasta que nos miró o fue que escuchó la tamborera de los corazones de nosotros, menos el de Pedro, que había pedido la baja, y el loco de la camisa al revés lo tuvo que sacar a Barquisimeto. Y a quién se le ocurre mandar a estos inútiles para la guerrilla. Tenorio tampoco participó porque le ordenaron quedarse en la loma, cuidando las mochilas y en previsión de una contraemboscada.

Entonces el perro nos empieza a ladrar y a estar brincando y delatando el lugar, hasta que Manuel le cayó a piedras, salió aullando como cuando Piña miró a Lucifer. Todos los días venía el perro a estar mirando y ladrando, buscando que le rastrillara la madzen de Pedro, que me la asignaron por mis buenos procederes y elevados principios.

Ya al cuarto día nuestra posición güelía a urinario de cantina y se escucha que viene un camión grande, entonces el cámara empieza a hacer más señas que un cátcher de béisbol, y cada uno se arrellana bien en su cueva, y el que está miando tiene que cortar y hasta se puede trillar el cuero de las cholas con el cierre de la portañuela. Y uno tiene que esperar que Medina le apunte a la quijada del chofer,

para que el tiro venga pegando en la parapara del ojo, y se lo saque de un balazo y no vea más, y tenga que frenar, para nosotros aprovechar y echar a perder a los guardias que vienen en el cajón de atrás, que se la van a querer desquitar con Medina y uno tiene que defenderlo.

Uno pensaba que ahora sí iban a saber lo que para del ojo y se lo saque de un balazo, y no vea que nunca con la fonda le pude pegar ni siquiera a un origüelo que son unos pájaros grandes y negros, que se la mantenían en las matas de tártago de la hacienda de Montalbán, pero que ahora sí iba a tener la oportunidad de joder con la metralleta a unos varios esbirros, porque se puede volar ráfagas y se puede rociar pa' un lado y pa'l otro. Y no es bueno que vengan guardias gordos porque se agarran todos los impactos para ellos y no le dejan nada a sus compañeros. En realidad, después de una emboscada de esas que hacían las FALN, en las carreteras o en los caminos quedaban los soldados acostaos y agujeriados, que de haber estado pintados de blanco, de lejos se hubieran confundío con una partida de dominó.

Solo se escuchó el quitar del seguro del aka del viejo, y el tintiniar de las botellas del camión de la persicola, que era lo que venía levantando polvo y espantando las gallinas, por ese recodo de la carretera hacia Licua, y que lo dejamos pasar tranquilo, porque Dios es muy grande, y no lo asaltamos porque la persicola caliente es muy maluca, contimás la bidú que sabe a remedio.

Varios meses después, los compadres se estuvieron percatando de que en El Junco ya no había zancudos, ni arañas, ni moscas, ni plagas en el maíz, la caraota o el café, ni garrapatas en los burros, ni pulgas en los perros, ni alacranes dentro de los baúles de ropa vieja, ni piojos en la cabeza dellos. Por otro lado, comprobaron que por todo el camino donde había transitado la cofradía de los espantadores del diablo, habían crecido las plantas y estaban más verdecitas y lozanas, sobre todo un maizal que tenía Valentín detrás de su choza. Entonces estuvieron pensando y entresijándose el cerebro para conocer la causa del prodigio o maravilla, hasta que después de varios días de escutriñamiento mental y que el cerebelo les quedó

espichao como tubo de pasta dental vacío, se dieron cuenta de que las plagas se habían muerto y espantado por lo del incienso y sajumerio del sacerdote, que hizo las veces de insecticida y el agua bendita era la que había reverdecío los siembros.

Ahí vieron cómo sacarle provecho a todo el trabajalal y esjuerzo que hicieron cuando la exportación del infernal, y todas las gallinas, pavos, guanajos y chompipes que se llevó el cura de regreso.

Casa por casa se fueron los compadres, a decir que el demonio había vuelto, pero con bastantes amigos dél, o sea, grandes cantidades de diablos para desquitarse y que ahora sí que nos jodimos porque son muchos más que las páginas de los libros del cura, y vienen por el camino de cerro Negro, en grupos abigarrados revolcándose como una gusanera y maldiciendo, y diciendo que la Virgen no es señorita y cosas desas, y llevándose a las solteras y mamándoles las tetas y el bollo a las casadas, comiéndose a los niños y a los viejitos no, porque son muy duros y pellejosos, y mejor los ajorcan y zanganadas.

Por las noches, los compadres salían a estar tirando piedras arriba de los techos y pegar berríos como la cabra infernal, y carcajadas como las de Javier Solís cuando canta "soy un triste payaso", y a estar poniendo güellas en los caminos con un casco de danta muerta, y quemando azufre y otras ardides y bandidencias para darle realidad al cuento de lo de la invasión de los inquilinos del infierno.

Ante las múltiples y graves denuncias y la alarmante situación el padre pegó el gran brinco. Cerró la iglesia y se puso también a jurungarse el sentido, ya que si lograba vencer podían ascenderlo a obispo.

El domingo siguiente explicó las desgracias que se avecinaban a todos los clientes de la capilla, e hizo una gran recolecta en una bolsa plástica desas de petroquímica, entre todas las viejas chismosas, pleitistas, las dueñas de burdel y las lengualarga, que eran las más cagadas por lo más pecadoras que eran y no las otras pobres gentes honestas que también asisten a las misas. Y hasta donaciones le hicieron los portugueses dueños de los bar-restaurantmotel que hay

en las orillas de la autopista que va para Valencia, con la finalidad de realizar un exorcismo ya más técnico y acorde con las tácticas de los diablos modernos, cosas que no pudo prever el fraile antiguo que había escrito el libro gordo, telarañoso y feo.

Como el cura habla sido piloto en España en la aviación de Franco, alquiló una avioneta de las de fumigar los arrozales y le llenó los tanques con incienso y sajumerio regüelto con demasiada agua bendita, que tuvo que bendecir de una sola vez el embalse de Chivacoa, para no estar sacando agua cada rato de la pila y entonces montó en el avión a los compadres, para que le indicaran los lugares más críticos de la ofensiva de los malévolos. Las mañosos, entonces, le iban señalando los conucos dellos, los frijolares del papá de Milagros y de todos sus familiares, y los sembradíos y cafetales de los pobladores de Cocuayma, La Virgen, Camunare, El Junco, La Cañada, La Laguna y Campo Elías, que hasta el suegro del camarita se benefició, porque tenía un cafetal manchado de mabita que es lo mismo que le cae en la cabeza del machete de los guerrilleros cuando no se bañan.

Y de esta manera se favorecieron todas las agronomías de por esas lomas, y hasta la selva se hizo más tupida y frondosa, y los bejucos más largos y perennifolios, y los insectos dañinos se perdieron por bastante tiempo, que los cubanos no ganaron de esta felicidad, de hacer guerrilla sin que lo estén picando los anófeles o le estén dentrando las arañas monas dentro de las botas cuando uno se las quita para dormir, porque se fueron unos diitas antes de la sagrada fumigación. Y fuimos nosotros los que aprovecharnos. Que después el compadre Barragán recibió su castigo del cielo por ser tan pícaro, porque una vez que nos estaba metiendo comida para el monte, se resfaló en una piedra lucia y se clavó en una nalga una carterita de aguardiente que llevaba en el bolsillo de atrás del pantalón. Después eran las grandes lamentaciones. Y que si nosotros no teníamos cómo mandarlo pa' Rusia para que le remendaran bien el fundillo.

Luego nos pusimos a estar cazando a un terrateniente a quien secuestrar, o sea, cambiarlo por papel moneda, para mandarle a Magoya, que tenía una tremenda ofensiva encima y además no tenía cómo darle de comer a sus tropas, porque la guardia lo descubrió metío en unos camburales por los lados de Yumare.

Lo correcto era mandarle los billetes gordos y nosotros quedarnos con el menudo, las puyas, lochas y mediecitos para regalárselos a los hermanitos de las novias de nosotros, y que de esta manera los ricos barrigones autofinancien su propia derrota y perdición, que por lo menos colaboren en algo.

Nada que conseguimos al viejo, que los trabajadores de su hacienda nos dijeron que andaba en Margarita comprándose un televisor a color. Menos mal, porque si no después nos iba a regañar el Flaco Prada por andar metiéndonos con los viejos opositores que, además, los Pernalete son panas de Jóvito Villalba y es mejor pasar un poquito de hambre, con las botas rotas y la ropa como Pedro Harapo, que buscarse más enemigos de la cuenta, sobre todo si son de oriente, que son macheteros y escandalosos, aunque no todos, sino algunos.

Lo mejor para retirarnos, pero dejando los anzuelos para agarrar un pez más gordo, para sacarle la manteca, no para vendérsela a las brujas voladoras, sino la manteca de los riales, o sea, las plusvalías. No confundir con la manteca que llaman los malandros, que es lo mismo que marroña, mariguana o mafafa. O sea, que regresamos al campamento del Junco sin delito alguno.

Esa fue la primera expedición en la que nosotros participamos, yo quedé algo maltrecho porque una noche que andábamos sedientos y desesperaos por acampar, comer y descansar, escuché a lo lejos un murmullo de agua, y salí esmachetao a beber del preciado líquido, y lo que sucede es que sí, efectivamente la quebrada estaba cerca, pero el agua estaba en el fondo de un barranco-precipicio, que tardé tiempo en puta en caer de platanazo en el fondo, que hasta un cigarro me he podido fumar en el trayecto para calmarme la priocupación y meditar sobre la inutilidad de tener uno su ángel de la

guarda y haberle rezado durante dieciocho años. No me maté, pero quedé de por vida como esos rines torcíos que no les queda bien ningún caucho o llanta, ya que más nunca me ajustó bien ninguna talla de pantalón, que además la guerrilla no es para andar luciendo ni echando pinta ni andar de pavito, sino para colaborar con el pueblo y restablecer la Gran Colombia y rescatar el santo sepulcro de Simón Bolívar que en la actualidá está en manos de los propios sarracenos coños de madre burgueses y que lo tienen todo botado ahí en el Panteón, y le tienen dos policías en la puerta para que el pobre que no tiene flux no pueda ir a verlo ni para que Simón Antonio salga a enguerrillarse con nosotros que somos sus hijos legítimos de sus entrevistas con Manuela Sáenz.

De esta manera fue que Eloy se la desquitó conmigo, porque un día nos pusimos a tirar gatos pa'bajo desde el piso 13 del bloque 2 de La Vega, con unos paracaídas de bolsa plástica de tintorería, pero que unos cayeron bien, y otro empezó a estar echando sus zarpazos en el aire, como cuando los compadres en el asunto de la cacería de don Sata, y entonces el gato cortó las cabuyas del paracaídas, y cayó paradito como caen ellos, dio tres pasos, hizo ñaaaaaaau, y se puso a dormir tranquilo su sueño eterno, para regocijo de las ratas del basurero y para gran nostalgia de nosotros por los veinticinco años de mala suerte que ese crimen nos iba a acarrear, que a mí no se me han terminado todavía.

Y peor era abuelo Ángel, que agarraba un cable de electricidad, lo enchufaba en la corriente y cerca de los dos alambritos pelados le ponía un pedazo de pellejo arriba de un platico, y llamaba al gato: "Misu, misu, misu", y le señalaba el platico. Y cuando el gato pendejo venía a lambuciar y pegaba el mordisco, lo agarraban los grandes voltajes y quedaba meniándose como los contorsionistas del Circo Maracaná, que había una tan arrecha, que se agachaba, metía la cabeza por debajo de las piernas, y la subía por la espalda y era capaz de morderse ella misma el cogote, o sea la nuca. Y el gato quedaba tieso y todo chamuscao.

El que podía salvarse de esta sana distracción de mi abuelo más nunca lo iban a ver robando carne ni jurungando las ollas y los platos, sino cazando cucarachas y desas mariposas polvorientas que le nacen a la ropa negra. Y quedan amnésicos y no se acuerdan otra vez de maullar, sino que hacen como los radios cuando se acaba la programación.

Y más pior fue el Fantasma, que por los lados del Guaire le echó humo de marroña a un caballo de los que tienen los isleños para pasiar a los hijos de los ricos en un carretoncito. Que el caballo después se puso a estar bailando como unos que tiene Tony Aguilar que bailan ranchera, pero que es a garrotazos que los han educado, y no como el de nosotros que bailaba el “se va el caimán, se va el caimán”, resoplando y pelando los dientes, y relinchando más que el del Llanerosolitario.



Capítulo 13

Ese diciembre lo pasamos ahí en esas montañas, pero sin estar yendo a las fiestas en casa de los campesinos, porque son días que el enemigo nos anda acechando muy especialmente a ver si logra sorprendernos bailando el porro con Catalina y demás camaradas.

Entonces los guerrilleros debemos escondernos lo más posible en las selvas más tropófitas e intrincadas y llevarnos a las novias para el monte, sobre todo la noche del 24 y la del Felizaño, que lo que se puede hacer es probar las armas a las doce, aprovechando que no se dan cuenta en los pueblos porque la gente anda tirando cohetes, triquitraques, silbadores y saltapericos, y a esa hora hasta los guardianes del orden público andan borrachos y volando tiro.

Como a las siete de la noche del 24, estábamos un poco amorriñados, que es natural porque uno se acuerda de sus hallacas, los bailes en Los Paraparos y los regalos que traía el Niñojesús. Pero al Camarita se le ocurrió hacer la tradicional cena con un chivo que tenía el prelado de Urachiche en su corral, junto con una vaca.

Entonces el Gato, la Cochina, Gonzalo y Güiliam capturan al macho cabrío, y le pegan unos bayonetazos, y el cabro comienza a quejarse, que la gente no le hizo caso porque creía que era algún borrachito que se había malmatado en un zanjón. A la medianoche, íbamos comiendo chivo en coco pero sin coco, porque en la sierra de Aroa no hay palmeras, y además esos carajos son muy pesaos para cargarlos en el morral, que ya teníamos el lomo todo escarapelao y dolioso de cargar tantas balas y asuntos para tumbar al gobierno.

Con nosotros estaba de visita la mamá de Manuel y su novia, que parece que tenía el mico de oro y el culo de perlas y rubíes, porque después Manuel se fue pa'l carajo detrás della, y a luego andar renegando de nosotros sus hermanos, que hasta le hacíamos guardia para que estuviera jincando con ella en el nido de Gonzalo.

Al día siguiente fueron los grandes problemas y documentarios, porque en la misa el cura se puso a andar diciendo que se le

habían robado el caprino, y que a los únicos que se les podía haber ocurrido esa fechoría, desmán y bandidencia era a los materialistas ateos y a los comunistas, para los cuales anunciaba castigos espantosos, porque y que eran aves nocturnas comedoras de carroña, generación de taimados, cometedores de tropelías, alevosos y vagos pendencieros, que si se comían el chivo de la iglesia contimás éramos capaces de desayunarnos con muchachitos, y aseguraba que los pioneros en Cuba son los especiales para que se los coma Fidel. Lo cual es embuste, es al revés, son ellos los que se lo comen a él, pero a besos.

Que era preferible una epidemia de vómito negro que la plaga de los ñángaras. Y ahí le siguió viniendo la regla de apostrofar amarga y rencorosamente contra los pobres comunistas, hasta que se cansó y le exigió a la gente que rezaran a Santo Domingo de Arauca y prendieran velas para que volviera el chivato.

Y entonces el cura capellán se puso a buscar fórmulas para prevenir el posible avance del marxismoleninismo en los valles del Yaracuy.

Por esos días se enguerrilló Tabaquito, que era un chamaco campesino como de doce años de edad, que desde que tuvo uso de razón había estado colaborando con la Revolución.

Una noche yo estaba enfermo con una fiebre perjudicial envuelto con la cobija y unas bolsas plásticas, y los dientes me hacían como máquina de escribir, por el frío tan mordaz y antiestético que hace por esos montes, sobre todo en diciembre y enero. Como a las nueve de la noche siento que viene algo quebrando palos por el cerro pa'rriba en dirección a mi hamaca. Entonces me tiro de la misma, agarro el fal y me escondo detrás de un palo de higuerón que estaba delante. Quito el seguro y me quedo quietecito.

La cuestión sigue subiendo, y yo me digo que no puede ser el compa centinela, que quiere que lo releven, porque yo estoy enfermito y no me anotaron en la lista. Cuando se acerca y veo el bultico, creo que es algún duende, que son pequeñitos y andan con unos sombrerotes, son traviesos y castigan arrechamente a los que se

orinan adentro de las quebradas y los ríos, yo había hecho eso y el viejo Aguilar me lo había advertío.

Pero también tengo la duda porque los espíritus no tienen peso ni la necesidad de andar quebrando palos y removiendo las hojas secas, pero a la vez vuelvo a pensar cómo va a mirar el camino una persona humana en una gran escuridá como esa y sin traer foco o linterna, y además veo que es forma de gente, pequeñita y con un sombrerote.

Cuando pasa por el lado del higuerón, asomo el pico del fusil y se lo pego en las costillas y le digo: "¡Racamanblá!", que eso yo lo había escuchado en una película donde un árabe le sacó un cuchillo a un policía, y este levantó las manos todo cagao, y ahí es el momento en que Tabaquito pega un alarido como un mono cuico, y bota un guarapito caliente que traía en una perola y unas pastillas cafenoles que me había mandado la mujer de Valentín para que me curara y no me desmoralizara tan rápido. Entonces Tabaquito se da cuenta de que era yo quien le había sometido a ese mayor susto y me dice:

—El muy hijueputa, le vengo a traer es medicina, y lo que me viene es a poner el jocico del fal en el hígado –y se fue todo arrecho y estrilando.

Cuando se enguerrilló definitivamente, el cámara me lo asignó para enseñarle a leer en un libro de Juancamejo y hablarle bastante de Socialismo, que no es cosa de tenerle bronca a los ricos, así no más, sino que es estudio y leyes científicas para envainarlos más definitivamente, y hasta perdonarlos y ponerlos a trabajar honradamente si es que uno logra convencerlos de que le tengan más amor a la Patria y a su prójimo que a los dineros y a los gringos de las petroleras.

Yo siempre metía lo antiojos dentro de las botas para tenerlos a mano a la hora de una vaina, entonces, una noche, el gordo Zambumbia llama a Tabaquito para que le reciba la guardia.

Al día siguiente, que me voy a poner las parabrisas, veo como que estoy mirando a través del visor de un lanzacohetes, que tiene un montón de rayitas y divisiones para apuntar bien y escoñetar a los blindados del gobierno, y todo lo veía como dibujado en un

cuaderno de matemáticas, y es que me percato de que las antiparras estaban quebradas porque Tabaquito se había puesto mis botas cuando lo llamaron, gracias a Dios no se cortó las patas, pero no le agradezco que haya permitido que me rompiera los lentes y me dejara como el que quiere ver el canal cuatro en la tele de mi casa, o sea, donde Matilde.

No me la descobré con el chamo Tabaquito porque podía haber sido castigo del cielo, por haber quebrado la vidriera del telégrafo de la Plaza a través de un pelotazo, y un cristal de una puerta que había en mi casa, que cuando estábamos niños, le zumbé un flechazo a mi hermanito, con una desas que tiene un chupón de goma en la punta, que hubiera sido preferible pegarle a él, y no al vidrio, porque le hubiera rezado: "Sana-sana-culito 'e rana", y regalado medio para que se comprara un chicle fiesta y no le contara a nuestro papá, que me hubiera salvado de su regaño si hubiera tenido un poquito de lo que con que Jesucristo le pegó la oreja al fariseo que San Pedro se la bajó de un machetazo.

En fin, esa vez pagué todas las oportunidades en las que me vi en la obligación de quebrar vidrios. Pero no hay mal que por bien no venga y pájaro volando que dure cien años, porque como el 31 de diciembre del 69 lo pasamos también zampaos en el monte, como si fuéramos gentes de mal vivir o algunos coyotes, que ni siquiera teníamos una botellita de cacique o cocuy jirajara, la única forma de pasarlo alegre era poniéndose los lentes rotos, estar viendo con ellos un rato, hasta mariarse, como el que se ha echado unos tragos de chirrinche o de tequila.

A las doce, el Cámara echó seis tiros trazadores de aka que se veían bien bonitos en el cielo yaracuyano. Y es que las trazadoras son unas balas especiales que tienen fósforo, y salen prendías como saltapericos o como una luciérnaga perseguida de lechuza, pero no son muy buenas para recetárselas a los enemigos del pueblo, porque hacen la herida y la van cauterizando con la candela, y entonces a los guardias no les da infección, y se curan rápido y después andan muy ufanos enseñándole las cicatrices a las novias. Que nosotros

más bien deberíamos hacer como mi abuelo y ponerles un cable de alta tensión atravesao en la carretera, para cuando ellos vengan muy regocijaos en sus camiones, se electrocuten y los que se salven pierdan la memoria y se les olvide todo lo que les han enseñado los asesores norteamericanos, y se pongan a trabajar con honestidá, y a cuidar al país, no contra nosotros o los indocumentados colombianos, o las buhoneras ecuatorianas, sino contra los gringos, que entran directamente por Maiquetía hechos los mormones, con su camisita y su corbatica así como Jaime Olsen el amigo de Supermán, que ambos son maricones y no le hacen nada a Luisalane, que a cada rato se los pone en la cara.

Y después estos yanquis andan agazapaos espiando sin compasión y controlando nuestra economía y nuestro petrolito, que unos lo llaman excremento del diablo, que eso debe ser cierto, que Satán se cagó en nosotros los venezolanos, porque con los riales del petrolio los adecos y los copeyanos hacen más demagogia que'l carajo, alejando las ideas de la Revolución de la mente de la gente pendeja.

Además, los hijos de Tíosam, que por cierto no saben ni siquiera quién es la mamá dellos, lo agarran para echarle gasolina a sus máquinas, las de los dictadores y las de los israelitas con la intención de eliminar por medio de grandes exterminaciones a los pueblos humildes, que no quiere decir que sean bobos o compatriotas del Gafo Chancleta.

Entonces Tabaquito ya se había hecho amigo mío y su hamaca la colgaba arriba de la mía, en forma de litera. Que no la colgaba abajo por el peligro de que yo no hubiese aprendido a tiempo a amarrarla bien de los palos. Que una vez la amarré tan laboriosa y arrechamente, que al día siguiente tuve que cortar los mecates con el machete para poderla guardar, y el Camarita me echó unos verbos y me trató mal, y me preguntó si era que yo creía que Duglas Bravo tenía una fábrica de mecates en su casa para estarnos dando a cada rato.

Le dije que no sabía porque no lo conocía y yo estaba muy chiquito cuando trabajó en la fábrica de cemento de La Vega, y además ahora anda clandestino, y uno no está al cabo de saber dónde vive,

mucho menos si tiene elaboración de cabuyas en su casa. Entonces el Cámara se arrecha más y se le pusieron blancos los únicos pelos negros que le quedaban en la cabeza, y busca un mecate que yo creía que me podía ajorcar, y lo que se pone es a enseñarme bien a hacer el nudo inclusive para no caerse, pero que en caso de evacuación nocturna y violenta del campamento, por culpa de los cazadores, uno pueda zafarlos con facilidá y retirarse con su hamaca dentro de la mochila y después no tenga que estar durmiendo arriba de los charcos como salamandra o tenga que estar peliando con La Pava porque no le quiera dar un laíto en su nidal de periódicos, que era el bueno también para ir a buscar papel a la hora de hacer necesidá y no utilizar hojas, que se rompen y después uno tiene que limpiarse las uñas con un palito.

Pues la Navidad los guerrilleros la celebramos en febrero, que es un ardid y artimaña para despistar a los verdes, y poder hacer los grandes bailes y zapatiaderas, que hasta espuma sueltan las mujeres por los sobacos, y el polvero que se levanta le cae a los invitados hasta que se parecen cucarachas de panadería.

Teníamos guitarras y cuatros, pero que a falta de otros instrumentos, debido a nuestra pobreza, se escoge a un camarada como hombre orquesta, que entonces se pone unas botas desas que son todas de caucho, que le queden grandes, y se le echan adentro unos chorritos de agua o mejor de chicha, para que el hombre acompañe sin tener que dejar de bailar.

Primero arranca la guitarra, y después el de las botas a talonear, llevando el compás: quichis-plós, quichis-plós, quichis-plós, asigún el ritmo y, luego, con el charranganchán del cuatro, el mismo hombre orquesta mete la nariz en medio de las tetas de su pareja, que para los efectos debe ser una señora gorda bien sudá, y la música se saca resoplando con la pituitaria, que eso suena así un poco más do mayor que cuando uno sopla un papelito de cigarro adaptado a un peine. Y la cosa suena más o menos así:

Serían las tres de la tarde
cuando mataron a Lola
(quichis-plós, quichis-plós)
Y dicen los que la vieron
que agonizando decía
umjújujujumjujú (la trompeta).

Además, el combo puede completarse rascando con un clavo una botellita de Fanta y un pito de fiscal de tránsito.

Y esa vez nos criticaron y resancionaron sobre todo a los de los arrabales de la Capital, porque la Dirección de las FALN había bajado una nueva línea político-militar llamada el “viraje táctico”, muy buena y acertada en su esencia, pero en la aplicación se veía que se prestaba a confusión, así como nosotros, la fiesta se acabó cuando ya bien atrabancaos de cocuy clandestino comenzamos a cantar con música de porro:

Eso dijo una viejita
jodiendo bajo un troncón
si así es el viraje táctico
¡viva la Revolución!

Que en realidad no fue nuestra intención hacer burla ni armar el vulgareo, sino que son cosas que a uno le pasan cuando se siente feliz y compenetrado con el camino escogido para la liberación de nuestra América Meridional. Primero y principal, para el pobre es bien alegre hacer la Revolución. Los ricos son los que se ponen tristes y cagaos, y hasta claman al Dios verdadero cuando ven la vaina pelúa.



Capítulo 14

Según la leyenda, cuando nació Simón Antonio, apareció en la casa de los Bolívar Palacios una señora vieja, negra y gorda, con un tabaco prendío en la boca, un pañuelo rojo en la cabeza, y agarrando de la mano a un muchachito como de tres años que se comía un sorbete de moco que le salía de las narices.

—MUY GÜENAS TALDES...

Los Bolívar, los Ponte, los Palacios y los Blanco no le hicieron ningún caso por estar muy regocijados con Simoncito, y las parteras todavía ocupadas con doña Concepción. Toda la casa güelía a cocimiento de yerbas medicinales traídas del Junquito y Galipán.

A pesar de estar la puerta cerrada, allí estaba la niche gorda con el carajito.

Luego de todas las reglas y procedimientos que le hacen a los chamitos cuando nacen se dio el gran problema de que la Concha no podía amamantar al niño. Varias matronas españolas y gallegas hubo que desenvainaron sus pálidas y pecosas tetas para darle el primer alimento a aquel tierno de ojitos penetrantes. Vanos esfuerzos. El niño apretaba los labios como que le estaban ofreciendo aceite de tártago o creolina. La cosa se empezó a poner fea.

La Negra observaba a una distancia prudencial y sonreía. Mientras tanto, aprovechó para contarle a una esclava de la casa que ella venía desde muy lejos, o sea de Curimagua, estado Falcón, ya que la habían corrido diciéndole que ya no servía pa'na.

La esclava más flaca, apenas le escuchaba ya el lío de que el chamo no probaba teta peninsular ni mantuana cobraba mayores dimensiones y no se lo quería perder.

Se buscaron médicos, doctores, curas, monjas y los distintos hombres de ciencia. Tiempo y esfuerzos perdidos, la boca de Simoncito era un candado yale.

En eso, tronó el cielo como cuando sale Hércules por la televisión, rayos y centellas estremecieron la ciudad de los techos rojos. Es

el momento en que la Negra entra en acción, y ante el estupor de los presentes, llega desaforá y sudorosa, bufando, con los brazos extendidos y abanicando rapidito así como libélula y echando magia con los deos, y se sacudía como cuando un tábano se para en las nalgas de un burro, y pone los ojos en blanco, y jala tres veces el tabaco, y zapatea, y agarra al chamito, y le da un empujón a la gallega que lo cargaba que se cayó y pegó la cabeza en la tinaja de un bernegal. Y cual pistolero más rápido de los tiempos del Oeste se saca una teta y se la mete en la boca a Simón… que mama y se sonríe. Y se salva, pues, de morir.

Que si se muere Bolívar así tan chiquito, ahorita fuéramos súbditos vasallos de Felipe González, y nos lo aguantáramos y anduviéramos por ahí encompinchados con los vascos y los saharauíes.

La historia dice que la Negra Matea fue su nodriza o sea que fue la que lo hizo echar pa'lante con la proteína de sus amorosos calabazos. Lo que no cuenta es todo lo anterior, y que su nombre verdadero era Mamá Inés, madre prehistórica de los veneafricanos, que así realizó su más importante y estratégica tarea, que consistió en inyectarle a un blanco la ideología de los negros alzaos, nutriendo a Simón con su leche de Amor y Libertá. O sea, que Mamainés, para poder hacer este gran sabotaje en el seno del mantuanismo tuvo que cambiarse el nombre por el de Matea, con el cual es que aparece en la historia de quinto grado.



Capítulo 15

En marzo llegó el comandante Magoya con otros flacos e hirsutos camaradas a hacerse cargo de la situación y hacer unos planes bien buenos de avería, daño y detrimento contra Caldera, la aristocracia y de paso contra los gringos, que en Venezuela son como los microbios de las enfermedades, que no se ven muchos a simple vista, pero se sabe que están ahí, parasitando, atormentando y jodiendo.

Jefe del Frente Guerrillero José Leonardo Chirino, Magoya o Pedro Jumarera era la personificación de los caciques heroicos, de los indómitos africanos y heredero de la malicia característica de Tío Conejo. No hubo unidad militar del gobierno, en el occidente del país, que no experimentase los lastimosos efectos de su furia nacionalista y de su sabia y temeraria conducción militar.

Su nombre era repetido como un eco y hablábase de su valor como algo legendario. Los ignorantes en las cuestiones de clase y decoro nacional decían hasta que era brujo, hechicero yināetón que podía convertirse en tigre, pero sin rabo, a diferencia de los de verdá y que Renán, uno de sus manos derechas, como era más chiquito, solo alcanzaba a transfigurarse en zorro. Que eso lo inventaba el mismo gobierno para justificar su impotencia de aniquilar algo tan sencillo y natural, consecuencia de nuestra propia historia y geografía, como es la guerrilla.

Del Negro Polo sí se suponía que tenía algo de poderes e iniciado en la doctrina de Mandinga, porque una vez lo picó una culebra bien patrocinada de veneno y no le pasó nada, sino que se puso a bailar el *son Maracaibo*.

Pero cuando Magoya llegó con su destacamento al Junco, uno que no lo conocía, no sabía distinguir quién podía ser el director de esa pandilla de jodedores. Y es ley en la guerrilla que mientras un jefe tiene mayor experiencia y jerarquía, mayor también es su sencillez.

El Flaco Prada sí se distinguía fácil, pero por su aspecto de ermitaño y de predicador del Viejo Oeste, por lo alto y encorvado y por una cruel barba que le llegaba a las taparas, buscando que algún campesino despistado lo viera, y fuera a acusarlo con el cura Federico, diciéndole que había regresado el diablo pero más chupado y jipato. Que como el cura ya tenía sus sospechas de que las irregularidades no eran obra de Lucifer, y en vez de incienso podrían venir a fumigarnos con ametralladoras punto cincuenta y napalm regüelto con TNT.

Con Magoya también llegaron el camarada Falcón, Sixto, Serapio, Guerra, Julio Cueto y otros que venían de haber combatido en Yumare, y bien camuflados de hambre, que una noche fui a relevar al Flaco Prada en la guardia, como a las dos de la madrugada, y tenía seis potes de sardina picante, vacíos, en el suelo, y se estaba comiendo el séptimo junto con un guarapito que hizo de un pote completo de cerelac y otro de tody, así sin arepa ni nada.

Más antes se habían perdido unas bolsas de cuáker, azúcar y unos panes, de la troja o despensa del Camarita, pero se le echaba la culpa a los zorros y a los monos carablanca. La bola que se corrió al día siguiente era que los zorros se habían apoderado de un cuchillo, y hasta rajaban las latas de sardinas y todo, y que los monos habían aprendío a fumar cigarro de tanto observarnos desde los palos, ya que también se habían desaparecido misteriosamente unos paquetes de astor.

Como es natural, ahí los de Caracas hicimos buenas migas con Guerra, que era de Propatria y hermano de Memo, y buscamos cómo colgar las hamacas cerca, para en la noche echar cuentos de motorizado, de atracos y mujeres, sin temor a que nos cayera la policía metropolitana o la judicial. Cuando ya pasábamos a los cuentos de muerto y aparecidos, a la Cochina le daba miedo, y se iba a dormir, con una cobija apestosa que tenía, adonde su mamá Gonzalo. Y el Guerra era un compañero muy querido y respetado, que había sido un tronco de jíbaro expendedor, y era tan arrecho y contumaz, que cuando lo agarraron los tombos hasta el Consejo Venezolano del

Niño intervino, porque no había cumplido ni siquiera los 14 años, y le hicieron la caridad de cambiarle la pena por otra peor, que fue meterlo al cuartel donde la tuvieron hasta los 20, que se desertó y se vino para la guerrilla, porque su hermano Memo lo había concientizao y convencío de que dejara la mafafa o marroña y buscara cómo endrogarse fumándose los ideales de Bolívar, regüeltos con los de Sandino y José Martí. Después, en el monte, le caía a coscorronazos y le templaba las orejas a Memo, que era menor que él, cuando hacía alguna cagada o malacrianza.

En el cuartel, Guerra llegó a ser sargento de cazadores, y luego, hombre muy útil para nosotros a la hora de calcular el comportamiento dellos ante determinada situación bélica o climática. Que la mejor temporada para torearlos es cuando dentran las lluvias, porque a los oficiales les da frío y no les gusta mojarse y el helicóptero ni siquiera se atreve a dar vueltines y a estar buscando lo que no se le ha perdío.

Está de más decir que también estuvimos echando vaina y escuchando las experiencias de los camaradas falconianos y yaracuyanos, y hasta de los gochos andinos, ya que Falco era de Trujillo, y le preguntábamos mucho de Fabricio Ojeda, que él lo había conocido y estado con él en el Frente Simón Bolívar, que los del gallo lo desmantelaron y dejaron a Falco desempleado, que fue que salió corriendo pa' donde Luben Petkof.

Esa vez sí se acabaron las muchachas baldías de la sierra y hasta las jevas de nosotros nos las estaban quitando, porque los de Caracas solo les hablábamos de motos, de salsa y de comunismo, y los de extracción agricultora les hablaban de caballos, joropo y Reforma Agraria, y las hembras entendían mejor.

Magoya sí era verdá que conocía de todo y comprendía a todos sus subordinados, del campo o de la ciudad porque además de ser descendientes de los propios esclavos y campesinos de Falcón, cuna de la gesta de José Leonardo Chirino, lo terminaron de criar unas señoras prostitutas de Cabimas y después se consiguió una moto y vendía pastelitos de carne y queso, y terminales en Maracaibo.

Sixto también era veterano y hermano de Medina. Cuando se dice veterano, no solamente significa anciano, como en el caso del Camarita, sino que para esta fecha había camaradas que tenían entre seis u ocho años de resistir tenazmente en las montañas, y hasta más tiempo los que provenían de las épocas del gallo, que no se puede negar que sí sacó unos pollitos buenos antes de su matrimonio con la gallina de la "democracia" burguesa, que a pesar de los regaños y picotazos de su madrastra, siguieron escarbando para buscar los gusanitos del pan, el techo y el trabajo para todos los venezolanos e indocumentados colombianos.

Que cada quien colabore como quiera y pueda, que a todos no se les va a exigir que se vengan a chapaliar barro con nosotros, lo piquen los zancudos y esté propenso a que lo asesine el gobierno en la pata de un árbol caducifolio. Que lo que se necesita es Unidá, que no es le mismo que unidad así, electorera y circunstancial, y eso se logra con aseo e higiene del corazón. Que unos sirven para leña y otros para hacer carbón. Que tenemos que hacer la Revolución, sabiendo incorporar hasta a los que no sirven, para que hagan bulto.



Capítulo 16

Entonces se dijo que iba a haber grandes reuniones en la montaña, con motivo de intercambiar experiencias y criterios de cómo buscar una mayor inserción en el contexto de lucha de clases nacional e internacional. Para ello se esperaba el destacamento del comandante Renán, y el del Negro Choropo, así como otros miembros de la Dirección Nacional. Y a unos nos pusieron a cargar demasiada comida pa'dentro'el monte, que los campesinos comandados por el Viejo Aguilar nos ponían los sacos en un punto, y nosotros los teníamos que llevar a fuerza de lomo y espinazo para el otro lado de la loma, cruzando el camino que va para Campo Elías.

Esa vez hubo escasez de mortadela en los pueblos, por todos los burros que Aguilar tuvo que capturar y reclutar por las malas, para organizar nuestros trenes de abastecimiento. También hubo carestía de sardinas, mantequilla, carne de buey y otros enlatados con los que nosotros acompañábamos las arepas, los topochos y las yucas, que nuestros panas los agricultores donaban para la celebración de la Convención. Y la gente le echó la culpa al gobierno por la desaparición de estos artículos en el mercado, lo cual no estaba muy alejado de la realidá, ya que en respuesta a su nefasta política era que nosotros andábamos protestando y volándoles tiros.

Al Cuñao Polo no le gustaba la mantequilla porque decía que la de lata no era legítima, sino que la hacían de lagaña de perro, que los italianos tenían una hacienda con bastantes dellos y que todas las mañanas les recolectaban la mantequilla brun de los ojos.

A otros nos pusieron a buscar un lugar amplio, bonito y estratégico para el campamento de la reunión, que no podía ser Plaza Roja, porque estaba muy quemada y apestosa a ñángara.

Años atrás, los guerrilleros de antes pusieron una emisora clandestina, que el que se portara mal lo ponían a estar pedaliando en una bicicleta, que en vez de ruedas tenía un dinamo de corriente para insultar a los adecos y proclamar la Libertá. Que a veces, para

despistar al gobierno y a sus detectives que trataban de ubicarla, se transmitía por otro canal, y en el acostumbrado, los guerrilleros ponían un caset grabado con los ronquidos del Cabito cuando duerme.

Pues a la reunión llegaron numerosos camaradas, empezando por el propio Duglas y otros importantes miembros del Buró Político y Comité Central. También se enguerrillarían unos nuevos, que para gran sorpresa y alegría nuestra eran el Negro Emilio, Francisco Pérez, el Loco Vidal y el hermano de Fosforito, todos ciudadanos de La Vega. Que el Emilio se molestó porque le asignaron unos pantalones de un difunto guardia nacional bien gordote y no le quedaban buenos, que yo le aconsejé que para la próxima se trajera a Silvano, el sastre de la calle El Rosario.

De Propatria llegó el Teófilo de Puerto Cabello, el tal Mochodeo; y del Yaracuy, el Margaritico que parecía indio apache, paro todo flaco y desvencijao. Además llegó un carajo que le decían Sabino, que había sido guardia y se las daba de peligroso con una su metralleta estén. Y después de toda la pantalla, al Sabino balurdo ese le daban ataques de epilepsia de embuste cada vez que se hablaba de combatir. Un día la Cochina lo encontró en un cafetal enamorándole una jeva que él tenía, y le dio su tembladera, y ahí aprovechamos esa ganga para caerle a coñazo.

Una noche, que estábamos acechando y emboscados en el camino, esperando que desembarcara la locomotora de burros con bastante comida, llega Aguilar con la contraseña prevista para identificarnos sin necesidá de pedirnos la cédula mutuamente y nos entrega unos sacos bien pesaotes, pero con un poco de aparatos raros, y nada de pan andino ni juguitos yukerí, y a dos musiúes franceses y a otro que parecía del Cono Sur.

Uno de los franceses era un gordo mollejúo que no podía ni con su alma, mucho menos con los aparatos, que el uruguayo nos dijo que eran cuestiones de cámaras y grabadoras.

El gordo ya venía de a rastras porque ni en los burros lo podían montar porque los doblaba.

Cuando Aguilar se devuelve con su collar de burros, y nos metemos al monte, ponemos a los periodistas en el medio de la columna. Guerra, Zambumbia, Malanga y yo cerramos la retaguardia.

Comenzamos a caminar, y el gordo se tira el primer peo y Guerra le dice: "Tenga cuidao, maestro". El francés mollejúo, que se llamaba Mateo, se voltea y se ríe. Más adelante se enreda en un bejuco y se tira otro que nos puso a toser. Guerra le advierte: "Mire, pariente, déjese deso, que uno trae las manos ocupadas con el fusil y borrando las güellas, y ni se puede tapar la nariz"...

Mateo el gordo se echa unas carcajadas y, al rato, se tira otro que sonó como puerta con las bisagras oxidadas. Ya se arrecha Guerra:

—¡Mira piazo 'e marico, comerás como el presidente Caldera pera cagás como cualquier policía!...

Yo me asusto porque ahora sí nos van a sancionar cruelmente por decirle groserías a este camarada internacional, contimás que se lo va a decir a Duglas, y nos van a encochinar más de las hojas de servicio. Pero el gordo se vuelve a voltear, todo sudoroso, y se ríe con nosotros, que es que nos damos cuenta que no entiende el dialecto venezolano, y por eso fue que nos salvamos.

Por último, subiendo un cerrito, al barrigón se le sale un asombroso peo que duró como treinta segundos, y grita Guerra:

—¡Huyamos, hermanos, que este hombre nos fumiga en mierda!

Y salimos corriendo para el campamento y lo dejamos ahí envuelto en su nube de azufre, y empezó a gritarnos vainas que no entendíamos, y que llegó como a la hora chorriando manteca como los pasteles maracuchos o como los patos güiros, que dice el Camarita que la gente campesina no los mata y viven tranquilos arriba de los árboles, y los pobres llegan como a las tres de la tarde con latas y totumas a recoger la manteca que va chorriando por los palos de lo gordo que son los patos y de lo caliente del sol que hace en las costas del Arauca.

—Sí, camarada, y a veces se caen y se rajan y se abren así como un melón... de los gordos, camarada.

Y Falco lo jodía bastante, y le decía al viejo cámara que todo eso eran embustes. Lo mismo que una vez, que y que se cruzó el río Masparro con una escuadra de compañeros, montaos en una concha de armadillo, y el cámara se retractó después en una reunión que lo criticaron, pero contó que lo que sí era cierto era que en Guasdualito los mecánicos agarraban esas cáscaras para componer las carrocerías de los volvaguen chocados.

Al día siguiente nos toca la cocina a Guerra y a mí. Hacemos el café y ponemos el agua para el arroz. Cuando repartimos el tinto, dejando siempre una reservita para los amigos, viene el uruguayo a estarnos pidiendo más, y nosotros a decirle que no, que ya se tomó el que le tocaba, y que se vaya a hacer sus entrevistas y sensacionales reportajes y que nos deje quietos. Y el hombre insiste, y nosotros también.

Entonces se va, creyendo nosotros que lo convencimos con eso de que en el comunismo somos todos iguales. Pero regresa con una grabadora, pensando nosotros que es que viene a jalarnos bola poniéndonos música de salsa. La enciende y es que vemos que había grabado todas las clases de barbaridades que le habíamos dicho en el camino al camarada francés de los peos, que en la cinta sonaban como guitarra jagüayana. Y entonces nos dice que si no le damos café, le pone la cinta a los jefes para que la escuchen y nos refunden de sanciones.

Así fue que nos estuvo chantajiando este hombre, que en su juventud debe haber sido de los malandros de Montevideo.

El campamento de la reunión era bien grande, con ranchos de palma y todo, que parecía pueblo. Nosotros agarramos unos terrenitos hacia el lado sur, donde nos radicamos todos los de Caracas, y de noche, cuando terminaban las actividades, cada quien traía su botín de cigarros, papelón, leche condensada o chimó, para hacer agasajo y echar cuentos.

Pero el Memo se había conseguido unos pedazos de carne salá a través del mafioso de La Pava, e hizo un fueguito en un hueco y lo ocultó bien, no tanto del enemigo, sino de los jefes superiores.

Pero el gafo ese se duerme y el rancho se le incendia, y coge candela completo, y el Buró Político en pleno se faja a regañarnos y que apaguen esa vaina rápido si no quieren que nos bombardeen esta misma noche. Y se arma el corricorre, y la gritadera y la echadera de agua como en los carnavales, y Guerra llorando: "Mi hermanito, se quema mi hermanito", hasta que apagamos el candelorio y fue que rescatamos a Memo, que ni con el fuego ni con el agua se había despertado, y parecía gato cenizoso.

Yo creo que no nos sancionaron porque a lo mejor el Flaco no quería que saliéramos en las revistas y las películas de los periodistas todo afligidos y apolismaos. Pero despuesito nos desmantelaron el barrio latino y nos dispersaron por todo el campamento, que hasta permiso teníamos que pedir para ir a orinar en unos hoyos especiales que hizo el camarita, para después elaborar pólvora, con el nitrato del miao.

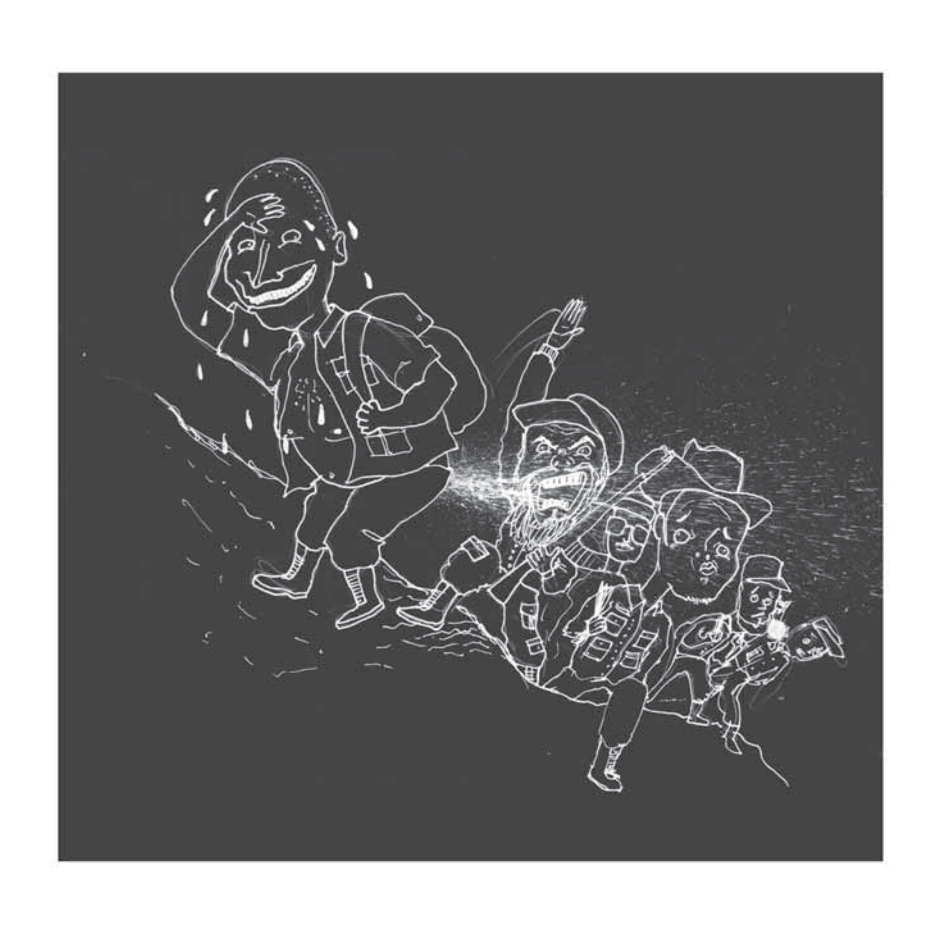
Y la cagada más grande la hizo el Negro Emilio, que una madrugada que estaba de guardia, y lloviendo en la montaña, se va a llamar a Mochodeo para que lo releve. Se mete al rancho de la comandancia, y le da por la cabeza: "Mano, te toca la guardia"... El hombre se revuelve y rezonga, pero no se despierta, Emilio insiste:

—¡Mira, güevonote, que te toca la guardia!

La misma situación. El compa hace "unjuuumm" y no saca la cabeza de la cobija.

—¡Ah, sí!, tan lindo que eres tú, que no quieres mojarte un rato allá afuera como los demás.

Y le pega duro por la cabeza y le jala la cobija y mira que es el propio Duglas, porque Emilio se había equivocado de bulto. Y sale a millón por ese cerro pa'bajo, quebrando palos y llevándose los nailon de los toldos de plástico con el pecho, y del susto no se atrevió a buscar más ningún relevo, y se pasó el resto de la noche mojándose y haciendo guardia.



Capítulo 17

Así como cuando se compra un carro, a los negros los vendían con garantía.

El que vivía al lado de la casa de los Bolívar tuvo que devolver a la agencia a doce esclavos porque de un tiempo para acá estos carajos no quieren hacer caso.

Lo que pasaba era que cuando el chamo Simón se estudiaba y se aprendía bien los libros de Rousseau, Locke, Buffon, Berthot, Condillac, Helvetius y Montesquieu, que el que se los conseguía todos sabemos que era don Simón Rodríguez, que más que maestro, vino a ser como su padre, ya que el propio dél, se le murió. Entonces el chamo le arrancaba las páginas a los libros y se ponía a hacer avioncitos y a tirarlos por el patio.

Muchos de los cuales venían a caer en el solar de al lado, y así Cocolía los iba leyendo y reuniendo, porque miraba que los papeles decían vainas buenas y, además, venían del cielo.

No se puede asegurar, a ciencia cierta, que el libro que fue armando el negro estuviera en orden o fuera del mismo autor, pero con él se fue esclareciendo y adoctrinando a sus hermanos en desgracia. En veces, el dueño dellos los sorprendía hablando de filosofías y vainas, pero como era un gallego bien bruto, pensaba que era que estaban conversando en el idioma propio de ellos.

Lo cierto es que los niches no quisieron dejarse seguir explotando, y hasta en Dios estaban dejando de creer, porque el amo cada rato decía "me cago en dioz", y el susodicho no le dejaba caer un rayo.

Cuando ocurría alguna devolución, el de la agencia les daba mantenimiento metiéndolos en una jaula grandota de yerro que habían hecho en el centro de la Plaza Mayor de Caracas, para que llevaran sol, lluvia y picaduras de plaga, a ver si se componían y dejaban de ser maleantes. Y hasta no les daban comida.

Pasaron los meses, pero las esclavos se mostraban resueltos y alegres, cosa que más le arrechaba al de la agencia y a los polizontes que los cuidaban.

Y entonces los niches se ponían a hacer maromas, muecas y contorsiones, para distraerse y para atraer a los mantuanitos cuando salían de la escuela o los domingos, cuando llegaban a divertirse comiendo cotufas, algodón de azúcar y helados desos que vienen ensartaos en un palito, con los cuales los prisioneros reunieron bastantes y tejieron una cuestión así como cesta.

Con las hilachas de un vestido de una de las negras, y del anillo de metal que otra tenía enganchado en la nariz, hicieron cuerda y anzuelo, respectivamente, con la expresa finalidad de pescar un perro realengo, que como carnada le pusieron un pedazo de cartón donde dibujaron una chuleta ahumada, que para darle algo de olor, le restregaron la sangre de un lagartijo que habían cazado más antes.

Cuando mordió el perro flaco, lo templaron, se le clavó el gancho en el paladar y comenzó a hacer como cuando los pisan los carros. Y con las uñas lo desollaron y botaron la carne, porque era el cuero lo que necesitaban, para curtirlo con sol y orine, y ponérselo a la cosa que era como cesta, para felices poder cantar:

Somos los negritos finos,
finos, finos, pero muy finos,
con mucha ciricutancia
con mucha ciricutancia
como somos de arrogancia,
'tonces nos tratan como cochinos…

Y le daban al tambor de cuero 'e perro "quipuquitipuquipuqui… quipuquitipuquipuqui… quipuquitipuquipuqui" y cantaban recordándose del continente dellos:

El cumaco de Guinea…
túa-túa y se menea

El cumaco ‘e Senegal
túa-tría y sin un real
El currraco de Etiopía
túa-túa y escupía
El cumaco de Angola
negro es como persicola
Y el cumaco de el Congo...

Y así todo el día y toda la santa noche, y ya el de la agencia y los tombos se arrecharon de tanto relajo y los sacaron uno a uno a caerles a latigazos y pedrás, y a echarles sal en las heridas, y los niches, contradictoriamente, a cagarse de la risa y a gozar.

Al día siguiente les llevaron fresco de jabón las llaves, y los prisioneros se lo bebieron tranquilos y gozosos, como que estaban bebiendo chicha andina. Les daban sopa de vidrios molíos, y se relamían como gato comiendo tuqueque. Les daban bisté de chancleta, y los negros hasta pedían más...

Entonces se corrió la fama por toda la ciudad de los techos rojos de que no había tormento que ablandara a los afrovenezolanos. Y las autoridades coloniales, los comerciantes y los terratenientes llegaban por las tardes a proponer y sugerir los castigos más espantosos y sanguinarios.

—¡Arza, coño! ¡Pónganlez inyecciones de agua bendita a ezos demonioz!

—¡NO, NOOOOOOO! –gritaron los doce negros– ¡NO, ESO SÍ QUE NOO! ¡MlSERICORDIA!

—Anjá, conque esas tenemoz –dijo el alguacil general, mientras los ojos le comenzaron a brillar malignamente.

Enseguida mandó a buscar agua desa en la iglesia, pera estaba cerrada. Buscó al cura que la despachaba, pero andaba santoliando a una vieja rica moribunda por los lados de Chacao. Manda, entonces, a uno de los polizontes más jalabolas a comprar agua destilada en la botica, y a otro que prepare un caballo para ir a llevársela al padre sacerdote para que la bendiga. Mientras tanto

los esclavos aullaban como coyotes y clamaban algo de piedá, y le dicen al alguacil general que con eso lo que se van es a morir temblando como mosca cuando le arrancan un ala.

Al ratote llega el tombo con el mandao, y hasta la gorra la botó en el camino, por el Parque Carabobo, en donde ahorita está la judicial, si es que los malandros no le han pegado fuego.

Y el alguacil llama al doctor cirujano que tenía los bigotes largos y así enrrollaos como los de Culiculiambro, para que le inyecte la medicina criminal para los negros, que por lo visto estaban poseídos del maléfico. Sacan uno a uno, como entre veinte y entre sus grandes alaridos le ponen a cada cual unos 20 cc, en el brazo, que es donde duele más. Entonces cada esclavo hace lo mismo: tuerce la boca como Agustín Lara y se deja caer, y los españoles lo tiran pa'dentro 'e la jaula como saco 'e papas.

Ahí estuvieron un rato mirándolos todos desfuerzaos y hechos verga, que hasta quitaron los guardias, y dejaron uno solo para que avisara cuando los endemoniados hicieran cuííííí, y se murieran.

Ya de noche se incorpora Cocolía y arrastrándose, le dice al tombo, con voz agonizante:

—Señol comandante, tenemos una dificurtá.

—¿Cuál?

—Que er diablo nos dio una contraseña para irla cantando y nos vaye abriendo la puelta del infielno...

—Tanto que lez guzta eze infierno. ¡Al zielo ez que deberían ir, para que zufran!

—Por favol, ese es nuestro úrtimo deseo...

—Puez eztá bueno.

Entonces todas se levantan y se agarran de las rejas y comienzan:

Erre can erre cigarro
erre con erre barril
rápido ruedan los carral
cargados de azúcar por ferrocarril.

Y así cantaban y se acompañaban con los serruchitos de inyección, que el médico había botado, y con la canción camuflaban el ruido de los mismos, mientras segueteaban los barrotes de la jaula. Que para eso es que estuvieron haciendo teatro como cuatro meses, que y que ningún castigo les hacía daño, hasta que a algún maldito se le ocurriera lo de las inyecciones.

O sea, que cuando había que pronunciar la erre, le daban a los serruchitos, todos en coro. Y así estuvieron toda la noche, hasta que al polizonte le dan ganas de orinar, se dé la vuelta y busca una ceiba que hay por ahí.

Pero –sorpresa– por el lado opuesto se aparece Mamá Inés. Se acerca a las rejas, y les dice susurrando: "Parecen pendejos", y se saca una teta y le echa al candao un chorrito de su leche de Libertá que el candao se abrió, y eso que era más grande que un corazón de vaca. Y salen los esclavos esmachetaos, y el policía no se dio cuenta, sino al rato, porque Mamainés había llevado una lora amaestrada y la metió dentro de la jaula para que estuviera diciendo:

—Adiós, mundo cruel... adiós, mundo cruel... adiós, mundo cruel.

Y el guardia creyera que eran los negros que se estaban despidiendo de la vida terrena, y no que se habían fugado, y que más o menos por la esquina de Cruz Verde a Velásquez, se montaron en unas dantas narizonas que estaban allí esperando y que Marialionza les había mandado en solidaridá.

Y ahí fue que se escaparon la luz de la luna, que como diría el poeta, estaba tirada como una locha sobre el mostrador del cielo.



Capítulo 18

En esos días tuvimos la mala nueva de que habían agarrado preso al padre Francisco Güitack, allá en Caracas, y hasta lo habían expulsado del país.

Resulta que se llevó a todos los aborígenes de La Vega, Antímano, Carapita y la Cota 905 a hacer una peregrinación hasta la Plaza Bolívar y el edificio del congreso nacional, e hicieron una gran manifestación y muchos reclamos por la falta de empleo, viviendas y contra el aumento de los precios de las caraotas, el papelón, el queso blanco, las arepas, los clavos y las bolsas de cemento. Es decir, contra el gobierno "democratacristiano", la apatía y los arabescos demagógicos de los congresantes opositores.

Como era de esperarse, la juambimbada llevó banderas de Miranda, palmas benditas, retratos de Simón Antonio, del Mártir del Calvario y hasta pancartas con pensamientos dellos y oraciones. De un momento a otro salieron los polizontes en forma de ofensiva, con unos escudos de plástico y a repartir prolijamente garrotazos, insultos y electricidá, a través de unos rolos que tenían una batería por dentro.

La gente le voló algunas pedrás a los de la plaga, pero que con sus escudos se defendían, y sacaron sus escopetas lanzandoras de lacrimógena y echaron bombas por coñazo, que la gente clamaba a la justicia divina, y que dónde coño se meten los guerrilleros que nunca aparecen cuando uno los necesita.

Y unos peregrinos se estaban falleciendo porque habían sacado unas cadenas y unos candaos y se habían esposado ellos mismos a las rejas del Capitolio Nacional, simbolizando así la esclavitú a que se encontraba sometida la pobrecía de La Vega y de Tierra Firme en general, desde los tiempos de las carabelas.

Llegaron los reporteros y otras gentes a estar apoyando y a echarle foto a los esclavos, y los policías a batir cámaras contralsuelo y echarle segueta a los encadenaos, que al primero que soltaron fue

a Güitack, que varios sapos se lo llevaron secuestrado hasta el Aeropuerto de Maiquetía y lo echaron en el primer avión que pasó para Nuevayor, sin reales y sin pasaporte, y allá ningún avión lo quería llevar para Bélgica, donde era la casa de su mamá.

Yo me arreché mucho en solidaridá con mis paisanos de Los Paraparos y con este sacerdote de los buenos que nos enseñó que no se puede amar a Dios, al que no se ve, si uno no ama a su prójimo al que lo está viendo cada rato todo mugre y hambriento. Hasta planes hubo de montar guerrilla entre el barrio El Milagro, Antímano, Coche y Caricuao.

Mientras la mamá de Güitack lo curaba y le ponía salmuera en los moretones, estuvimos haciendo las reuniones en la montaña, y explicándonos bien qué era eso del "viraje táctico", y nosotros entendiendo sagazmente que:

La lucha armada estaba sufriendo un estancamiento debido a que se estaba cayendo en el foquismo, que era algo así como considerar que la Revolución Venezolana la íbamos a hacer los poquitos y flacos guerrilleros que quedábamos, sin una estrecha relación con el pueblo, que hacía sus luchas por su cuenta y sin una acertada dirección o conducidas por el reformismo, preocupado más en el aumento de sus caudales electorales que en una real profundización de la lucha de clases.

Es decir, que los errores ultraizquierdistas habían conducido a las organizaciones en armas a estar librando una guerra, sin mayores conexiones con las masas, que por su parte estaban ayunas de una verdadera dirección científica social capaz de interpretar la situación económica, política y militar que vivía el país, y de proponer e implementar una táctica acertada que apuntare en perspectiva a la toma del poder por parte de las mayorías.

Hubo gente inteligentuda que se había dado cuenta de esto ya desde las años 64-65, pero lo que hicieron fue dar más bien un viraje estratégico, renegar amargamente del camino armado y demás formas ilegales o semilegales de lucha y organización. O sea que plantearon que la ruta para la toma del poder no debía salirse de

la legalidad constituida y por cuenta nunca haría falta la violencia revolucionaria para contrarrestar la violencia y la represión burguesas (sí, comonié.)

Nosotros, que tampoco éramos unos santicos y exentos de dogmatismo, veníamos cometiendo el mismo error, pero al revés, considerar la violencia como única y exclusiva forma de acumular fuerzas para el asalto final, subestimando la otra gran variedad de luchas y alborotos que el pueblo desarrollaba para obtener logros reivindicativos concretos, y que como hemos dicho, eran desviadas por las direcciones conciliadoras hacia otros fines que no tenían nada que ver con la movilización, educación, y organización clasista y antimperialista de nuestro prójimo en desgracia.

En la reunión también se aprovechó para precisar aún más nuestro Programa de Gobierno. Yo ahorita no tengo el anteproyecto que aportamos los de Caracas, pero trataré de reconstruir los aspectos principales para los clientes de este libro:

1. Reconstitución de la Gran Colombia (Panamá, Venezuela, Nueva Granada y Ecuador) y elecciones libres en el Perú y Bolivia a ver si se quieren incorporar.
2. Reactivación del Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua por parte de la Gran Colombia, México, las Provincias Unidas del Centro de América, Chile y Río de La Plata.
3. La Presidencia de esta Confederación será rotativa, tocándole a Cuba el primer período, en razón a su experiencia antimperialista y de darle duro a los yanquis.
4. Invitación a Puerto Rico, Texas, Florida, California, Nuevo México a incorporarse a la Liga.
5. Derogación de cualquier papel viejo en que se diga que la Guayana Esequiba es de Venezuela o Inglaterra y no de los esequibanos.
6. Institución de un solo documento de identidad latinoamericana y del Caribe (pasaporte) cuyo número coincidirá con el de la serie del fusil de cada uno.
7. Para el ingreso a Venezuela por parte de españoles e italianos, será suficiente que se presenten con sus herramientas de trabajo y

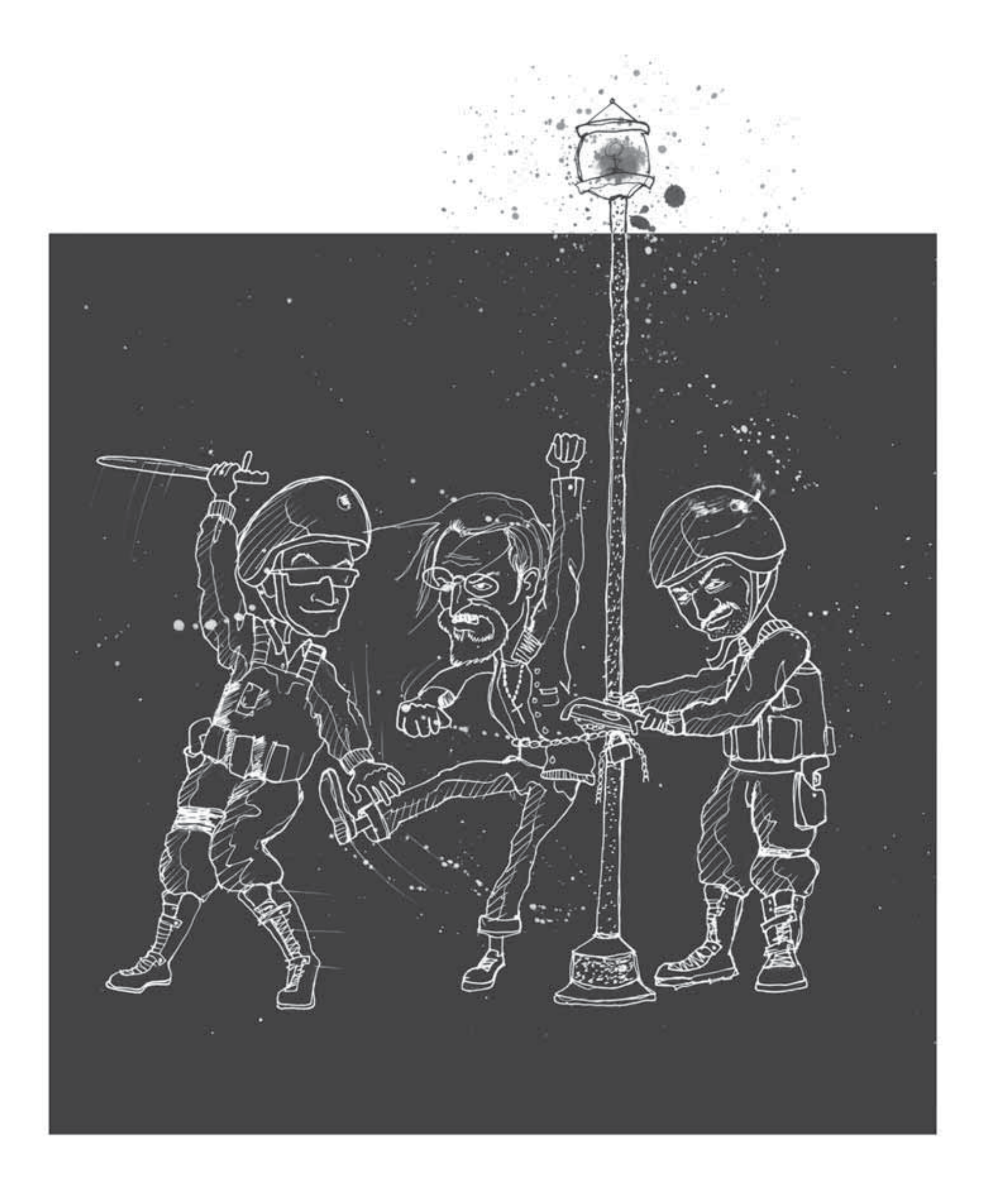
escupir las fotos de Franco y Mussolini, respectivamente, que para tal efecto se colocarán en las oficinas del DIEX en el Aeropuerto de Maiquetía. En el caso de los portugueses, bastará con la carta de antecedentes o récord policial expedido por los revolucionarios angolanos.
8. Devolución sin condiciones de Guantánamo a Cuba, las Malvinas a Argentina y el Canal a Panamá.
9. Localización y devolución, por parte del gobierno español, de los restos del generaI Francisco de Miranda Rodríguez, muerto de pelagra y hambre por estar preso en las Siete Torres del Arsenal de la Carraca, en Cádiz. Las gestiones serán supervisadas por la ETA.
10. Institución de la orden póstuma “Libertadoras del Libertador”. La lista de las beneficiarias estaría encabezada por Manuelita Sáenz y demás novias de Simón Bolívar.
11. Organización de un solo partido de la Revolución, denominado Sociedad Patriótica o Club de los Sin Camisa.
12. Los funcionarios y empleados del Estado tendrán derecho a pasaje de ida y vuelta al Monte Sacro de Roma, para su debida juramentación. El incumplimiento al mismo, será castigado con la pena de muerte.
13. Reimplantación de la ñapa en las pulperías y de los carnavales con carrozas y templetes.
14. Juicio público a Páez y a Santander, para terminar de aclarar unas vainas.
15. Las arabitos tendrán derecho a seguir con sus tiendas, siempre y cuando muestren el recibo de que colaboran con Arafat.
16. Sofía Imber será desterrada a un islote del Caribe para que no sea tan fastidiosa.

En realidad, el objetivo de la nueva línea del “viraje táctico” era ayudar a la reorganización de la vanguardia revolucionaria y reestablecer nuestros vínculos con la chusma, agarrando a la guerrillita tradicional y folclórica, dispersarla por todo el país, y tipo misionero, dedicarnos a la conquista del corazón de todos los patriotas, entablar nexos reales con el resto de la izquierda, y desde el punto

de vista operativo, preparar la guerra para llevarla a las ciudades y zonas suburbanas, donde descubrimos que estaba asentado el grueso del aparato productivo venezolano: fábricas, petrolio, hierro, electricidad, empresas agroindustriales, y por ende, también, el grueso del pueblo trabajador y los desempleados, que es de donde se puede sacar y desarrollar la fuerza necesaria para la derrota de los vende patrias y el imperialismo, y todo aquel que sea codicioso, torcido, que tenga avaricia, apetito y ansia inmoderada de riquezas.

Nosotros comprendimos mejor cuando nos dijeron que de ahora pa'lante nos íbamos a dedicar a forjar, a mediano y largo plazo, al calor de las luchas diarias del pueblo, de todo tipo, un verdadero ejército popular, y aportar cuadros, experiencia y autoridad moral para la reconstrucción de una verdadera vanguardia de la Revolución Venezolana. Está de más decir que dejaríamos gentecita armada en los montes, para desgracia de los monos, cachicamos, paujíes y dantas, con el fin de consolidar aún más nuestras históricas bases de apoyo, en las selvas de Lara, Yaracuy, Falcón, Portuguesa y Trujillo. Y cuando lo ameritase, caerle a plomo a los cazadores, no porque uno es loco (y además se lo merecen), sino en medio de situaciones de enardecimiento de las masas y recrudecimiento de las luchas de clase.

Por lo menos, eso fue lo que yo entendí, para que luego a la hora de declararse la guerra de verdá, porque madurasen bien los mangos del palo de las condiciones objetivas, cosechar los resultados de esa gran resiembra, más que táctica, estratégica, y pasar a acciones militares de magnitud tipo ejército de Bolívar y Ezequiel Zamora.



Capítulo 19

En consecuencia a todos estos planes, se empezaron a echar expediciones. Unos los mandaron hacia los Andes, cosa que mi pana Francisco Pérez aprovechó para casarse con una gocha bien simpática, y a otros los mandaron para Barquisimeto, oriente y el centro del país, con el fin de soliviantar los ánimos de la indiada.

Nosotros quedamos en los montes de Yaracuy, de donde luego salió un destacamento dirigido por el propio Magoya, con la misión de obtener algunas divisas mediante el secuestro del viejo Pernalete, que lo realizaron y después Jóvito se arrechó mucho, y hasta estaban hablando de devolver los riales. Eso fue por los lados de Lara.

Una escuadra de ese destacamento salió a hacer unas acciones de distracción para que el grueso se pudiera salir del recontracerco que montó el gobierno. Entonces, dirigidos por Medina, agarraran a tiros a una casa que servía de puesto de mando a los cazadores.

En la retirada, al día siguiente, los compañeros se encuentran con los soldados, en unos grandes peladeros y espineros, y se entabla el combate infortunado para las fuerzas patriotas ya que a JuIio Cueto lo agarró de lleno una granada de fal, y muere también mi ahijado Tabaquito.

¿Dónde estarán estos huesos, orgullosos de rodar sin cadenas?

En realidá, los caídos deberían resucitar el día de la Victoria, porque los que queden vivos correremos el riesgo de morirnos de alegría o explotar de ternura.

El Negro Emilio, indiscutible dirigente proletariado, herido, cae en manos del gobierno y lo torturan. Agarran preso también al Alfredo, y el Memo, mi pana, con un gran hueco sangrante en la espalda, pudo escaparse para la ciudad.



Capítulo 20

Estuvimos algún tiempo con los jefes ahí en el Junco, mientras regresaba Magoya, y el grupo que andaba con Renán, al cual se le había orientado venirse de las Sierras de Falcón, a reunificarse con nosotros en el Yaracuy.

Esa vez, a Margaritico le echaron una gran vaina, que consistió que entre Zambumbia y la Cochina averiguaron que en la universidad había una camarada que a él le gustaba, que y que tenía las piernas acaneladas, los pechos como nísperos tiernos y las nalgas se le meniaban como dos morrocoyes echando carreras.

Entonces hicieron una carta como si fuera della y se la dieron al viejo Aguilar para que la trajera junto con el correo de Caracas, cuando viniera.

A los tres días llega Aguilar con cartas de la ciudad, que eran verdaderas, junto con la falsa para Margaritico. Este se sorprende, como es natural, y se alegró mucho, ya que nadie le escribía porque era muy feo y tenía la bemba como mono chupando tamarindo y ni las moscas se le arrimaban.

Cuando abre su carta y la lee en público, como era costumbre entre nosotros, se le aguaraparon los ojos con ganas de llorar, porque el escrito decía así más o menos:

Querido amor:

Espero que al recibo de esta, te encuentres bien. La presente es para decirte que no puedo aceptar de ninguna manera tus inmundas pretensiones de amor. Si tu lápiz tiene goma, bórrame de tu libreta, porque eres espantoso y te pareces al monje loco e imagino las noches de terror que pasará la infeliz mujer que se le ocurra casarse contigo. De todas maneras, ahí te mando un cargador de fusil M-1, para que por lo menos puedas defender tu enclencle figura...

Nosotros soltamos las grandes carcajadas cuando abrió el otro paquete, donde habíamos envuelto una cacerina sarrosa y sin resorte que Kalín se había encontrado botada en su conuco.

Margarito, en esa ocasión tan ruda, se atribuló muy amargamente y puso expresión de máscara funeraria helénica, porque creyó que todo eso era verdad, y con los ojos neblinosos dijo que hasta iba a pedir grandes sanciones para esa camarada.

Después de joderlo bastante nos condolimos y le dijimos que eran bromas, para lo cual estuvo arrecho con nosotros como dos horas, que lo contentamos dándole unos cigarros.

A Margarito después lo mandaron a hacer tareas a la ciudad, pero de todas maneras se duda mucho de que esa niña universitaria le pueda haber hecho caso.

En esos días se enguerrillaron otros varios, entre ellos, Pepeíllo, que era un muchacho español, de los buenos, que su papá tenía una venta de arepas donde los de las FALN comían sin pagar, a través de las grandes amenazas de muerte que le hacían. Entonces servía unas de queso rallado que eran las más baratas, que para lograrle las de jamón con tomate y lechuga, ya le fueron hablando de socialismo, y explicarle bien que el Decreto de Guerra a Muerte que lanzó Bolívar, en la actualidad no incluía a los gallegos, y que él debía seguir el ejemplo del general Campo Elías, que en la Independencia se destacó en desguañangar a sus propios paisanos españoles que seguían las ideas del rey, y además el Pepeíllo no iba a tener necesidá deso, porque los enemigos de ahora son los gringos, aunque no todos, mucho menos los negros de Nuevayor y los indios apaches.

En ese tiempo, pasábamos una situación culinaria bastante grave, y nos manteníamos en siderales éxtasis de hambre, sobre todo cuando Pepeíllo nos recordaba los siete sabores de las arepas de su casa.

Aunque el campesinado apoya, son muy pobres, y apenas les alcanza para medio alimentar a su familia, contimás que los guerrilleros, por estatuto, siempre andan como ratón en ferretería.

Tuvimos, pues, que irnos a robar la vaca del cura de Urachiche, que de todas maneras se había quedado sola y melancólica después de la desaparición del chivo. Que cuando cometimos ese nuevo rapto, ya el padre Federico se dejó de mariqueras y telefoneó

directamente al despacho del ministro de la defensa, el general Villasmil, informándole su convicción de que los castrocomunistas andaban por ahí merodeando y cometiendo frenesíes.

Dos noches después pasó un avión espía tomando fotos sin compasión, para detectar cualquier luminosidá en las cerros de Sorte o en la sierra de Aroa, propiamente dicha, donde supuestamente debería estar un insurrecto fumando después de haberse pegado una hartada de vaca. Lo que ellos no calcularon es que por la misma situación no teníamos ni cigarros habiéndose inventado después unos de hoja de yagrumo, que dan sueño porque es lo que comen los perezosos, que los pitillos los enrollábamos en las hojitas de papel de seda que cubre las fotos de los autores desos libros que son de marxismo, y hasta los de Mao, que eran más chiquitos y forraditos en plástico rojo.

O sea, que en las aerofotos de la CIA, lo que salió fueron las luciérnagas y sus maridos los cocuyos, y la cantidad de velas prendías que los promesantes le ponen a Marialionza en las orillas del río Kibayo, en solicitud de milagros, creyendo que es santa espiritual, y no de carne y güeso, y que vive realmente escondía en los cerros de Sorte.

Cuenta el Primo Dámaso, que en su vida civil, una vez cazando venados, allá en las sabanas de Araurima, estado Falcón, sopla la brisa y escucha una voz tenebrosa en dirección a un matorral cercano:

—¡AAAAAY! ¡MA-MÁ INÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉÉS!

Deja de soplar el viento, y oye:

—¡YAAAAA! ¡INÉS MAAAAAAAA!

Luego otra vez:

—¡A-Y MA-MÁ I-NÉS ...Y-A I-NÉS ! ...Y-A I-NÉS MA-MÁ!

Se agazapa el Primo, que era bien estudiado en ciencias ocultas y asuntos sobrenaturales, y comienza a desplazarse de a rastras, como cuando combatió contra los adecos en Puerto Cabello, buscando percatarse del motivo de estas palabras que parecían venir del más allá, que podían ser más bien una jugarreta de los duendes por haber singado

con la vieja Carlota adentro del río de Morón, un jueves santo, que por cierto, *en la población de Plato, se volvió un hombre caimán*.

El Primo sigue avanzando como un iguano por entre las plantas xerófilas, detectiviando pa' todos laos. Se arrastra como una cuadra, y soplando la brisa, escucha de nuevo las extrañas frases, pero por detrás dél. Entonces se pone pálido, mientras pega más gritos que una mona mal tirada, y sale corriendo buscando cómo salvar su alma, y es cuando casi se saca un ojo, porque choca con un pedazo de disco quebrao que alguno botó en ese monte y donde estaba grabada la canción de "ay Mamá Inés", y donde todos los negros toman café. Que el disco había caído ensartao en una ramita de cují y una espina del mismo le servía de aguja. Por eso era que cuando soplaba el aire, el disco se desplazaba y sonaba, aunque no con la velocidá apropiada, y por eso es que se escuchaba como la voz de Drácula, y por supuesto, cuando se acababa la brisa, se escuchaba el pedazo de canción, pero al revés, que es como están las cosas en Venezuela, que al trabajador lo tratan al estricote, al patriota le dicen bandolero, y al rufián: Señor Ministro.


CIA

Capítulo 21

A los picures también les gusta la música, sobre todo si es alegre. Una vez, Tenorio nos lo demostró poniendo un casete de joropos en una grabadora que él tenía, y nos escondimos, pero no por mucho tiempo, porque ahí mismitico salió un picurito y se puso a talonear como el Sabanero Porteño, que nos dio lástima matarlo y cocinarlo por lo folclórico del animal, y además comen güesos de muerto.

Los cachicamos sí son bien sabrosos, sobre todo en semana santa, que se ponen bien gordos porque la gente pendeja no los persigue creyendo que si uno los mata, está matando a Jesucristo, que si uno le pega un chinazo a un pájaro, le está dando por las costillas al mismísimo Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y son los únicos días en el año que las cucarachas andan tranquilas por las salas de las casas con inmunidad.

A los cachicamos solo hay que quitarles los almizcles, que son unas glándulas patrocinadoras de un olor jediondo que tienen en las axilas y en el cuello.

Magoya, Choropo, el Gato y Medina eran los especialistas para capturarlos ya que eran muy hábiles para correr duro, sobre todo cuando tenían a los soldados atrás, gastando así sus vidas en juir de la autoridá. El truco es correr y echarles garra por el rabo y levantarlos del suelo porque tienen bastante velocidá y fuerza, y además, son resbalosos. Otra maña es taparles las bocas de su soterraño, con piedras, y dejarles solo una tapadita con tierra. Entonces se pone un cerquito de palos como de tres cuartas de alto, así alrededor de la boca que solo está tapada con tierrita. El cerquito se amarra arriba como esas chozas de indio pielroja que todo lo arreglan con la lanza y con los gritos. Entonces, cuando les da ganas de salir, van chocando con las piedras que tapan las otras entradas, y así hasta que llegan a la boca especial que tiene solo la tierrita, que como se sabe es donde está la trampa.

Entonces escarban y salen a flor de tierra, pero ellos no se dan cuenta de esta realidá, sino que siguen buceando pa'rriba pero por dentro de la tierra que está dentro del cerquito, y cuando llegan al amarre, se dan cuenta de lo de la trampa y la astucia de los guerrilleros, y quieren devolverse, pero no pueden porque con la tierra del cerquito han vuelto a taponear la cueva, y ellos no pueden escarbar de a pa'trás, y por eso es que al día siguiente uno los encuentra ahí aprisionaos y sin consuelo, porque las hormigas los pican por las partes blandas, desquitándose de todas las que se ha hartado, porque eso es lo que comen.

Los zamuros, los zopilotes y los buitres son muy fáciles de agarrar haciéndose uno el muerto en combate, para así tomarlos de las patas cuando estén encima de uno, pero comer deso ya sería el colmo del foquismo, habiendo tantos campesinos que no quieren al gobierno. Los monos son bien divertíos y nutritivos. Los guerrilleros del ELN colombiano nos dijeron que cuando tomen el poder le van hacer una estatua conmemorativa a los micos, por todos los que se comieron en los tiempos difíciles, que quizás nosotros tengamos que hacerla en forma de sardina en lata, que para esa fecha eran bien baratas y era lo que más hartábamos, que cuando íbamos a algún pueblo a hacer una misión de civil, entonces parecíamos san Francisco de Asís, por la cantidad de gatos y martines pescadores que nos perseguían.

Y a Carvajal ya le estaban saliendo escamas en el cuello, pero era de no bañarse.

En cuanto a las lapas o guardatinajas o guatusas, son tan demasiado sabrosas, que históricamente no existen animales desos en los zoológicos de Venezuela a partir de los años sesenta, porque se las roban los guerrilleros que bajan a curarse a la ciudad. Las loras son muy duras, pero Fausto descubrió que dejándolas muertas guindadas de un palo, tres días, se ablandan como plastilina pero de lo podrías. Una vez comieron culebro saruro o tragavenado, de los que duermen a sus víctimas con el mal aliento, que ese fue el fracaso de Alfredo Sadel. Desde ese día se le pegó una tosecita a Luben Pekof que

no se la ha podido quitar nunca, y se empezaron a caer las pelos de la cabeza de Cabito y empezó a usar una gorrita como la de Rolando Laserie para clandestinizarse la calva.

Marialionza pone a disposición del ermitaño gran variedad de paujíes, dantas, cocodrilos, chiriguares, venados, zorroperros, arpías, tucanes, pavas y gallinas de monte, que como a las cinco de la tarde hacen como el pito de la fábrica de cemento de La Vega, que es cuando uno se acuerda que está ahí en esa selva representando los intereses de la clase obrera. Gonzalo una vez se quiso comer un pájaro origüelo, por pura ociosidad, pero le salió por dentro un archivo de gusanos así como las guayabas.

Que lo mejor es no seguir inventando y gastando tiros de aka en esos pobres animales, y aplicar de una vez el "viraje táctico". No se descarta que haya que seguir secuestrando viejos ricos y después se le revende a los familiares a un precio módico, porque es bien malo estar de noche soñando con comida, en vez de que con su novia o en el triunfo final de la causa de los oprimidos.

El hambre lo pone a uno más lúcido desde el punto de vista ideológico, más fanático y con ganas de volverse comunista, de un solo viaje. Hay lugares donde no hay ni agua, ni animales, contimás campesinos, y uno mira pa'l cielo y se pregunta ¿¡dónde estás Padre Eterno!? Otras veces uno pide poderse entrevistar con la Venus de Milo, pero que se aparezca con los brazos para que le pueda hacer cariño a uno.

Entonces el oficial pelirrojo de la CIA cambió su táctica, que nos la aplicaron en el mes de mayo del 70, luego que llegó el destacamento de Magoya y el grupo de Choropo, que era una avanzadilla del pelotón de Renán Batalla.

Empezaron a poner por las radios, las músicas más tristes referentes a madres solas, abandonadas, mendigas, pobres, desamparadas, con hijos ingratos o muertas, buscando cómo producirnos aflicción sintéticamente, y para darnos ganas de pedir permiso y ropa civil para ir a consolar a Matilde, Amanda, Isabel y otras.

Supuestamente, caeríamos facilito en las emboscadas que el general Villasmil y Remberto Uzcátegui mandaron a colocar frente a las casas de nuestras progenitoras, el día de la madre.

Y ahí fue que jodieron el submarino "El Carite", que no pudieron averiarlo los alemanes cuando la Segunda Guerra Mundial, y eso que Adolfo era bien maldito. Como la mamá del Negro Camejo vive en la orilla del mar, se pusieron a espiar a través del periscopio por encima del agua y no miraron el piedrero que hay por ahí por Mare Abajo.

Nosotros no dejamos de fruncirnos un poquito cuando escuchábamos sobre todo esa de que anduve en la vagancia, lejos de mi madre, con mujeres diferentes me pasié, cansado de la vida y los placeres, con mi pobre viejecita regresé, qué dolor, qué tristeza sentí al mirar la casita cerrada, y la puerta por donde salí, se encontraba de negro pintada...

O sea, que se le había muerto la mamá a Tony Aguilar, y allá él, que la preocupaba con sus parrandas y borracheras, a diferencia de uno, que más bien lo que anda es salvando su derecho, su Patria y su honor. Y que además uno no anda por ahí de vago fumando marroña como Daniel Santos.

A diferencia del resto del mundo, en el Zulia se celebra el día de la madre dos veces: en mayo y en junio.

En mayo, todo es normal, y los hijos, que por lo general son unos maracuchos gordos porque hartan mucho fresco y pastelitos mantecosos, le regalan a la antecesora artículos apropiados para combatir el calor, que los gringos lo aumentaron cortando los árboles para instalar sus torres chupadoras de petrolio, y sus aires acondicionados, que echan frío pa'dentro de la casa dellos pero calor para afuera.

Entonces, los maracuchos sudaos le regalan a la mamá abanicos eléctricos, refrigeradores y hasta aires acondicionados de segunda mano, que los gringos se los dan a los dirigentes sindicales que se venden.

Los más pobres regalan bolsas de yelo desas de ponerse en la cabeza, frascos de loción bayrum, pomos de mentol, pastillas vick,

tubos de penetro, talco y otras cosas que puedan producir fresco artificialmente, y hasta litografías con paisajes del polo norte, con osos, focas y bacalaos brincando. Y un disco que dice, "ay qué frío,ay qué frío, mamita tápame que tengo frío".

Ya cuando se logra refrescar un poco el ambiente, porque además han regado un poco de bolas de naftalina, entonces es que vienen los abrazos y los apechugamientos y los besos a la madre. Y entre todos la cargan en peso, y le dicen "madre, ya que vos nos cargásteis tanto a nosotros, ahora nos toca cargarte a vos", y casi que le pegan la cabeza contra un abanico de techo que está en el medio de la sala.

Pero el Día del Padre, después de las cinco de la tarde, se convierte en otro día de la madre, y por eso es que la pure los quiere bastante así sean contrabandistas y pistoleros.

En la mañana, al viejito flaco, lo despiertan y le regalan unos calcetines cha-cha-cha, y le ponen una corona de cartón que dice "Rey Papá". Ya el anciano se repone del susto porque creyó que era que venían a echarlo de la casa, y se alegra y comienza a sentirse orgulloso de sus hijos, y saca las botellas de güiski que tiene escondías en el escusao de hoyo, para brindar y celebrar la reconciliación con sus polluelos.

Pero en la tarde, bien borrachos y ostinaos por el calor, ya empiezan a insultar al padre, porque se acuerdan de todos los verdaderos o supuestos sufrimientos que les ha causado a la mamá dellos, y los desvelos y la mala vida. Entonces lo empujan y lo aporrean y le quitan los calcetines de los pies y le dicen: "Venga acá los calcetines, viejo 'e la verga, que vos lo que hacéis es darle amarguras y priocupaciones a nuestra mamá". Y sale el viejecito de la casa, descalzo, para encontrarse en la calle con todos los demás padres de Maracaibo.

En la Plaza La República, allí vos los veréis sentados en las bancas, lamentándose, con sus coronas de cartón, pero con los picos caídos como oreja de perro mojado, mientras en sus hogares se da inicio al segundo día de la madre, en el cual los gordos le ponen los calcetines a la mamá y se la llevan a comer chopsui donde los chinos

de Bella Vista, con los riales de la billetera del viejo, que se la sacaron antes de echarlo.

En vista del gran "viraje táctico" que estábamos dando, salió una expedición que fue a trancar al Zulia buscando cómo apoderarse del petrolio, la industria petroquímica y las minas de carbón de Guasare.

Como se observará, los planes eran gordos e implicaban dos cosas:

1. Disponerse a hacer un trabajo político entre los prójimos, tan serio, tan abnegado, y tan a largo plazo, que en el caso del estado Zulia (que tomaremos como ejemplo) comprendiera objetivos como estos:

a) que los venezolanos dejen de decirle ladrones a los colombianos;

b) que los maracuchos se sientan venezolanos y no hagan como cuando el 23 de enero, que cuando en otras partes se peleaba contra Perezjiménez, lo que estaban era mirando un juego de béisbol;

c) que los obreros petroleros sepan que el poquito de riales que les pagan más que a los otros es para tenerlos ahí adormecíos y para separarlos de sus demás hermanos de clase, que aun nacionalizándose el petrolio, los gringos nos tienen agarrados por las bolas con el monopolio de la tecnología y la comercialización.
Convencer al proletariado de Cabimas a Mene Grande, que una huelga petrolera pone de rodillas a cualquier gobierno. O lo tumba de una vez. Para qué estar esperando elecciones cada cinco años;

d) convencer a los maracuchos de que los guajiros no son unos indios raros y vagos, sino hermanos y hasta legítimos propietarios de la tierra que pisáis. Que si en vez de flechas tuvieran metralletas, no hay batallón del gobierno, ni encíclica del papa que los pare;

e) convencer a los traficantes de mafafa que es mejor contrabandear armas y vendérselas a los ñángaras;

f) a los pescadoras de corvina y manamana, y a las contrabandistas de güiski, que si quieren podrían llegarse a convertir en los herederos históricos del almirante Padilla, jefe de la Marina Libertadora en 1823;

g) a los pistoleros, que no se anden matando entre sí;

h) demostrarle al pueblo que la descontaminación del lago de Maracaibo no la puede llevar a cabo ningún gobierno burgués, porque conllevaría a la erradicación de los gringos derramadores de petrolio y cortadores de árboles. Que con esto es hasta posible devolverle la dulzura a las aguas del Lago, cerrando el Canal de Navegación que es el que hace meter el agua salada para dentro. Después se vería cómo sacar el petrolio al mar de otra forma y no por medio de supertanqueros.

Y como dijo Bolívar que "la verdad pura y limpia es el mejor modo de persuadir". EI otro problema a resolver es cómo conducir correctamente a ese pocotón de gentes insurreccionadas creyendo en nosotros. Se trata, pues, de convertirnos de come vacas y roba gallinas en capacitados generales. Que no solo es agitar al pueblo y echarlo pa' la calle, sino conducirlo responsablemente según elementales normas del combate moderno.



Capítulo 22

El 10 de mayo del año en curso, lo que hicimos fue un acto conmemorativo al ciento setenticinco aniversario del Grito de Macanillas. Que fueron unas consignas que tiró José Leonardo Chirino para dar inicio a la Insurrección de los Esclavos, en la sierra de Falcón.

Luego de la ceremonia, y de cantar el himno de las FALN que dice entre otras cosas:

Adelante guerrillero
Viva la Revolución
por montañas y ciudades
y en la Patria el corazón.

Venezuela nos reclama,
esta lucha es a vencer
libertad, ya clama el pueblo
dejemos todo por Él.

Que cada vez que cantábamos ese pedazo era la única oportunidad de mirar al Camarita llorando, que no era muy común, porque era de los que mandaba y además ya era viejo. A nosotros las chamos no nos daba pena llorar, recordando a los caídos, a los sagrados ancestros, a los indómitos, a los que nunca se rindieron: Guaycaypuro y Tamanaco, Negro Miguel, Negro Guillermo y Andresote, Ricauter, Girardot, Sucre y Simón Bolívar, Ezequiel Zamora, Carlos Aponte, Fabricio Ojeda, Livia Gouverneur, profesor Lovera, Felipe Malaver, Andrés Pasquier, Argimiro Gabaldón, Fabricio Aristiguieta, Miguel Noguera, Briones Montoto, Julio, Tabaquito, y tantos otros miles que se lanzaron a la lucha luego de agotadas las posibilidades pacíficas de acceso a la independencia.

Al atardecer, el comandante Magoya preparó él mismo la comida junto con Choropo, y luego llamó: “¡Comida! ¡Comida, los

primeros comerán y los últimos se joderán!" que uno se apura, no vaya a ser la primera vez que se cumpla esta profecía en la guerrilla.

Cada cual fue a recibir su porción de zambumbia, que en la práctica viene siendo un regüeltijo de lo que se encuentre: arroz, yuca, ocumo, ñame, espaguetes, cambur verde, maguey al cual se le echa un pájaro, iguana, culebra o lemelibranquio, para darle sabor, y además, hojitas mágicas de Gonzalo.

O sea, que puede ser un atol, sopa o brebaje de lo que sea, que una vez nos tocó hacer una de cáscara de cambur verde, en lo más crudo del foquismo. Existe otra receta que era de embustes hervidos en el agua de la imaginación, condimentados con el aliño de la ideología mental. A veces no había ni los embustes, ni leña para cocinarlos, entonces lo más recomendable es hacer un fresco con los dos últimos ingredientes, que nunca pueden faltar en la despensa de una guerrilla que se precie.

Luego de la cena, y a la hora que en los pueblos las gallinas comienzan a estar encaramándose a los palos, y los murciélagos a salir del campanario de la iglesia del Tocuyo, le pedimos al comandante Choropo, el más negro y belicoso rebelde de las montañas de occidente, que nos narre la verdadera historia de José Leonardo Chirino.

Como de costumbre, a la hora de dirigirse a nosotros, nos regala su sonrisa dulce como la espuma de las merengadas, y los ojos comienzan a centellearle mientras organiza mentalmente los datos iniciales:

José Leonardo, como ustedes saben, porque eso no sale en ningún libro, es hijo de Mamá Inés. Su nombre verdadero es Kwenha, solo que a don José Tellería, amo de la hacienda El Socorro, no le gustaban esos nombres africanos.

De apellido le pusieron Chirino, por ser su padre un esclavo de don Cristóbal Chirino.

Kwenha era un negrito muy jodedor, así como su hermanito el de los mocos cuando nació Simón Antonio. Mamá Inés le contaba de cuando ella vivía libre y tranquila junto con sus hermanos, cosechando, cazando, comiendo y bailando el guaguancó.

De cuando en cuando se bañaba desnuda en un remanso del río Cunene, allá en Angola, y los pescaítos le pican sus pezones adolescentes. Todo eso le contaba su mamá, y del gran comunismo en que se vivía desde el Sahara, hasta el Cabo de Buena Esperanza. Y le contó de cuando los portugueses piratas y los bucaneros ingleses comenzaron a cazar a la negritud para encadenarlos y venderlos a los malditos españoles.

Le contó de cuando llegó al puerto de La Guaira junto con cincuenta moribundos camaradas, de los seiscientos que habían zampado en el barco galeote. En síntesis, el pequeño Kwenha aprendía, se daba cuenta, pues, de que la esclavitud no era por culpa de la voluntad divina, sino de los capitalistas europeos, y que nada era más precioso que la Independencia y la Libertá por la que habían muerto su padre y sus hermanos.

Entonces se sentía orgulloso de tener el pelo como esponja de alambre y de ser negro como un tizón, y de no tener dientes incisivos, por un coñazo que le dio el amo, que mucho después se lo descobró metiendo pedazos de hojillas yilé adentro de unos mangos verdes, y en consecuencia toda la familia Tellería quedó con los labios partidos como conejos.

Creció, pues, sufriendo las vicisitudes, crímenes y penalidades a que eran sometidos los de su raza.

También miraba las cacerías que le hacían a los indios cimarrones, y en el triste espectáculo que dejaban a los que quedaban vivos.

En esta parte del relato, que Choropo se acordaba de las torturas y la atrocidad que le hacían a sus bisabuelos, sobre todo a los que se escapaban y los polizontes los volvían a agarrar: quitarles una mano o un pie, desollarlos y echarles sal, despedazarlos entre dos caballos, horadarles la lengua con clavo caliente y arrastrarlos por unos piedreros, cambiaba el gesto y se transfiquraba, y los ojos le hacían como saltapericos, y pelaba las colmillos, que ese era el momento que a Pepeillo y a otros camaradas de raza blanca nos daba ganas de salir corriendo.

Pero no, Choropo se tranquilizaba acordándose de que nosotros éramos renegados y blancopobres, y buscaba en las cuevas del guácharo de su cerebro la continuación de la Historia. Era la oportunidad de calentar el café, y convertir los cinco artículos del presidente Mao en cuatro, porque con los papeles del primero fue que enrollamos unos pitos de raspillo de palo podrío.

Resulta que en Curimaqua llegaron noticias de que en las Francias había habido una Revolución y un gran tumulto y donde las cabezas de los reyes y de los aristócratas rodaban como bolas criollas y, en Haití, los ñángaras hicieron lo mismo con la autoridá y los terratenientes.

—¿Por qué no hacer lo mismo en Venezuela?

Preguntó Kwenha a los recién llegados de Caracas.

—Lo mismo piensa Mamá Inés –respondió Cocolía– y te manda a decir que ella se quedó en Jacura coordinando con los indios.

De entre los doce cimarrones, entonces José Leonardo organizó su Estado Mayor y resto de oficialidad, explicándoles luego, minuciosamente, los alcances de su plan.

Entonces inventaron un su baile en la hacienda Macanillas, después de haber ido a la misa de domingo. Como a las siete de la noche comenzaron a sonar los cueros, como cuando le mandan telegramas a Tarzán, las flautas de güeso, guitarras de calabaza con cuerdas de tripa de ratón, trompetas de cacho y de caracol y las campanitas de la iglesia que el Negro Kalabén se las afanó mientras el cura reverendo contaba las pesetas de la limosna.

El hembraje se alborota, se quitan las blusas y se sueltan los pechos para sumergirse en las aguas de la cumbia y del *son de la loma*. Los niches varones salen disparados como maíz frito y se implantan a bailar con sus respectivas jevas, que sacuden y hacen temblar el culandril como motor fuera de borda desos que tienen las lanchas. En realidá, las negras se meniaban como sintiendo los toques de bongó en las nalgas, o como si los músicos, en vez de besar las flautas, tuvieran los labios en los sexos dellas.

Al rato llegan los polizontes alguaciles del gobierno a supervisar y que no vaya a haber peleas, como era lo acostumbrado, y evitar que al día siguiente amanezcan todos doliosos y sin querer trabajar. Pero esta vez no hubo peleas desas.

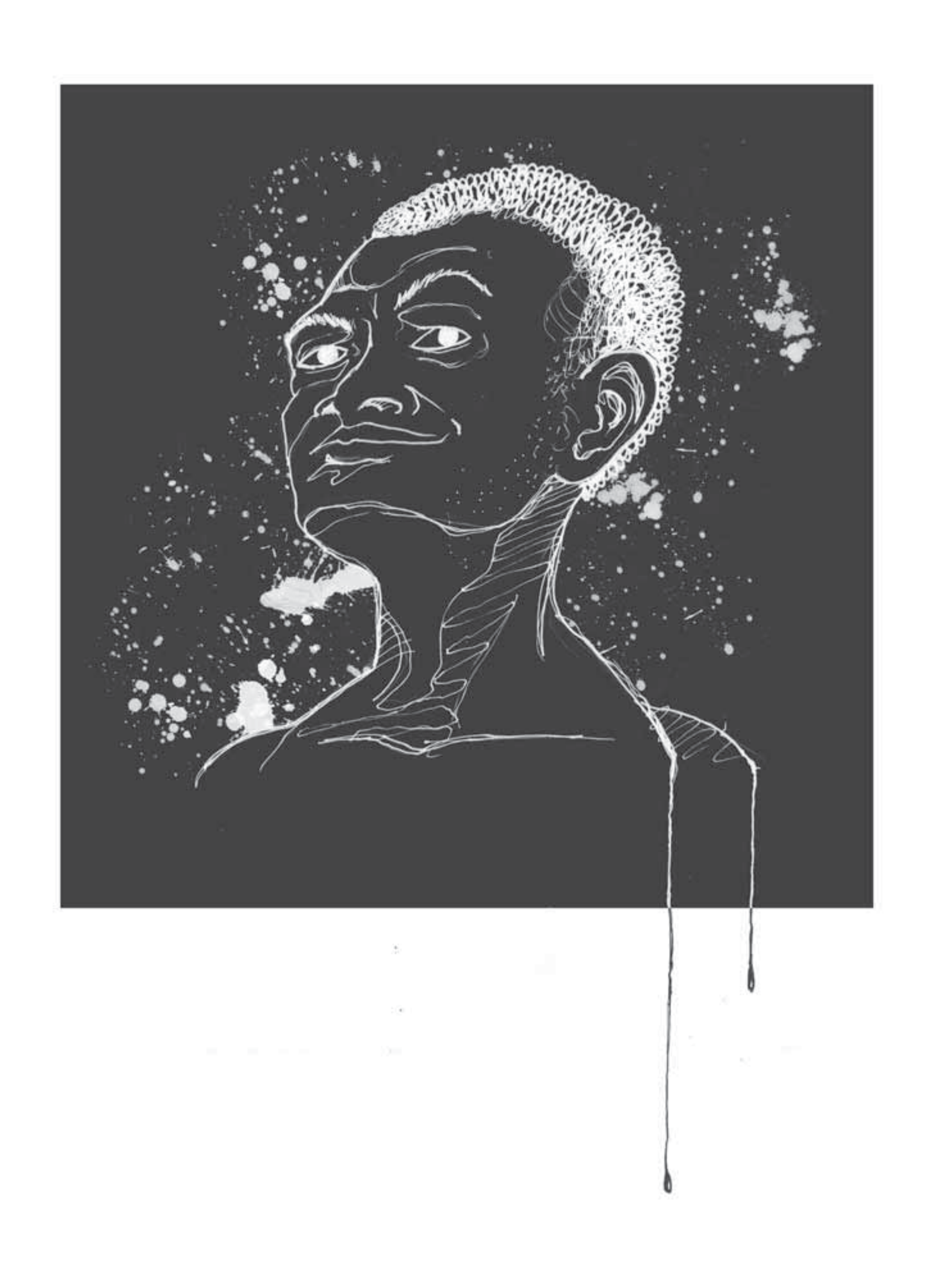
Cocolía, que era el jefe del Estado Mayor, se pone a cantar la cuestión esa del cumaco, para que siguiera el bochinche, y de paso comprobar la presencia de los conjurados cuando estos contestaran.

Mientras los soldados adictos al rey, porque en ese tiempo no existía la mafafa, comenzaban a mariarse por estarse fijando de forma deshonesta en los vaivenes de las tetas de las negras, comenzó a sonar la canción esa de la *Eliminación de los feos*, y adonde cada españolete que tenía clavada su mirada zamurienta en los encantos de las rumberas, a su vez, le fueron clavando una estaca afilada por el lomo, a manera de espada, para poderles recuperar los arcabuces y los riales, y para que sintieran en carne propia lo que sufren los toros en la plaza de Sevilla, cuando los matan por pura ociosidá y narvatismo, para estar gritando: ¡Oooooole!

José Leonardo, que durante el transcurso de los hechos mencionados se la había pasado sentado en un taburete fumándose un tabaco, se levanta y dice:

—También el mucho sufrir suele cansarnos, ¡carajo! –y levantando su cutacha, grita: ¡La Victoria es cierta! ¡La Lucha continúa!

En eso advierte el Cocolía: "Apurémonos, jefe, que 'ta amaneciendo". Pero José Leonardo le dice que no, que todavía 'ta temprano. Que lo que pasa es que una avanzadilla al mando de Bakossó le ha pegado fuego a las casas de las haciendas del Socorro, La Magdalena y Sabana Redonda, y esa era la claridá lejana que se miraba por el Oriente, y las mugidos no eran de las vacas encorraladas, sino de los conejos agonizando y de sus hijas, que temiendo supuestas violaciones, salieron corriendo pa'l monte, y cayeron en las garras del tigre, que cuando las vio venir despavoridas directamente adonde él estaba desde hace siete días esperando que se resfalara un mono y se cayera, lo único que dijo fue "Dios tarda pero no olvida".



Capítulo 23

De Caracas llegó un saco demasiado lleno de guarandingas eléctricas y otro de un polvo blanco muy extraño. Entonces el Flaco Prada nos reúne, y dice que es hora de aplicar el "viraje táctico" desde el punto de vista operacional, y en el cual, para poder ganar la iniciativa era necesario que cada uno de nosotros valiera por muchos soldados del gobierno, no solo en cuanto al patriotismo y la decencia, sino en las acciones bélicas concretas. Y señalando el polvo blanco, nos dice que con eso, cualquiera podía enfrentarse y derrotar fácilmente a cincuenta y más guardias.

A unos les pasó por la mente que el polvo era veneno, y preguntaron que cómo se lo íbamos a echar a los cazadores en la comida. El Flaco dice que no, que no sean brutos, que eso no es veneno, ni los boinasverdes son tan pendejos como los bachacos, que si se lo hartan cuando uno se lo echa en la boca de las cuevas ...y antes de que pudiera seguir explicando bien, Teófilo exclama:

—¡Ya adiviné!, es cocaína. Con lo que hay en ese saco, no digo yo que un guerrillero puede con cincuenta cazadores, sino con una división de la OTAN.

Y el Flaco se arrecha y empieza a blasfemar contra los resabios lumpescos, y después dice que con la Revolución se va a acabar todo eso, así como las meretrices, los proxenetas, la nigromancia, los agiotistas, la venta de terminales y el cinco y seis, y una cantidad de cosas que iba a haber escasez, y nada que nos explica qué vaina es ese polvo.

Al tiempo se adivinó que era sal de clorato de potasio y no de recontracoñato de mercurio, ni de sulfato de guarura. Siendo que yo llevaba la química en la sangre, inclusive por mi abuelo Ángel, me designaron para revolverlo científicamente con parafina derretida, sacada de las velas que la gente le prendía a Marialionza en las orillas de las quebradas, buscando más bien que se desprenda un incendio forestal y tengamos que salir en carrera.

La fórmula vietnamita era agarrar una perola de leche o de pintura, de las grandes, y picarla por todo el centro del medio de la mitad, quedando dos cazuelitas de lata, que de no existir dominio imperialista en Venezuela, pudieran haber servido para ponerle agua a los pollos o sopa de leche con arepa a una lora. Entonces de cada mitad se fabrica una mina que venía quedando como un cartucho de escopeta gigante, que como carga se le echaba la zambumbia de clorato con vela derretía, y de munición se le ponían perdigones, clavos oxidaos, grapas de pegar cerco, plomos de pescar, tornillos, tuercas y hasta pedazos de machete y fragmentos de manigueta de molino.

Pero esta mina no se enterraba como las de nuestros antepasados, que cuando venían los camiones verdinegros de los esbirros, se las explotaban, y con el coñazo, los vehículos pegaban cinco vueltas de carnero, y los fusiles se rompían y quedaban inservibles.

Las de nosotros, entonces, se ponían en las orillas de las carreteras y hasta en las horquetas de los palos y anuncios de vepaco, como si fuera un faro, pero que en vez de echar luz, lo que salía es una ferretería, que según las cuentas alcanzaban a un guardia a ochenta metros de distancia, y peor si era gordo o andaba con otros, porque la nube de metralla abarcaba veinticinco varas de ancho. Es decir, que una mina de estas –bien puesta– era capaz de echar a perder hasta a un pelotón de rángeres muy sentados en su camión, comiendo chicle y planificando sufrimientos a nuestro pueblo. Mejor se le deben poner a los yipes, que es donde vienen los oficiales y lo asesores.

O sea, que lo que el Flaco había querido explicar era que a través del polvo blanco íbamos a fabricar grandes explosivos muy dañinos, para aumentar nuestro poder de fuego, y lo que antes tenían que hacer quince ñángaras con fusiles, ahora lo iban a ejecutar dos, uno detonando la bomba, y otro acompañándolo para que no le dé miedo.

De todas maneras, a esos dos había que reforzarlos con varios más para poder recoger los fusiles, que con este económico método quedaban más sanos, y que era lo que en realidá interesaba, y no

el hacerle daño por gusto a los soldaditos pendejos que se dejan reclutar a la salida de los cines y no salen huyendo pa' los montes, o si quieren se incorporan al Frente Guerrillero José Leonardo Chirino, así como hizo Guerra.

Están advertíos, después no vengan a estarse quejando cuando sientan una tuerca en los pulmones o un pedazo de cabilla de media pulgada en el cogote, o que una cazabobo desas de cabuyita les quiebre las patas y tengan que pasar el resto de sus días pidiendo limosna en las puertas de la iglesia de Santa Teresa.

En el caso de los difuntos, si sus familiares no los recogen rápido de la morgue, les agarran el carapacho los doctores, para diversión y esparcimiento de los riquitos estudiantes, que cuando ya tienen los cadáveres todos desguazaos y deshilachaos vienen y se los echan a los leones del Parque del Este.

Los esbirros, siquiera deberían tener más consideración con sus familiares y arrepentirse con tiempo y salirse deso, porque si no, después que fallezcan de una grapa en el páncreas, entonces los deudos van a estar gastando riales en misas y responsos, y saliva en oraciones, para que vayan pronto a la morada celestial, lo cual va a ser muy en vano, porque allí no tienen santo que por ellos interceda. Así sabrán lo ques presentarse ante Eloy sin el pasaporte en regla.

Dicen que la división del MIR se debió a un trabajo que les hizo Rómulo Betancourt a través de los hechiceros de Guatire. A unos hasta se les olvidó que eran los herederos por línea directa de ese Gran Ejército Libertador de Oriente, sin el cual a Bolívar le hubiera costado mucho recuperar al movimiento, luego que Boves lo sacó en carrera de Caracas, cuando la pérdida de la Segunda República. Otros se plegaron a las toldas de los que afirman con la cara muy seria de que Marx dijo que las elecciones eran las parteras de la Historia. Los más, le siguieron echando bolas con el gran Américo Silva al frente.

A nosotros también se nos había ido una gente, acusándonos de solo estar jartando monos echándonos fotos todos barbúos. Después andaban por ahí vendiendo enciclopedias de puerta en puerta y todos lagañosos.

En todo caso, mano, es preferible acabar con la fauna y no con las esperanzas de redención de nuestro pueblo. El que no quiera que comamos culebra y gavilanes, que nos mande ayuda para entrarle de lleno a las sabandijas burguesas.

Una vez echamos en un caldo a dos iguanos vivos, que en el estertor de la muerte se abrazaron, y con el reborbollear del agua hirviendo, parecía que estaban bailando galerón.

Después de echarnos varias perdidas salimos a la autopista que conduce de San Felipe a Yumare, que como se sabe, en este último pueblo estaba el campo antiguerrillero TO-5, y a cuyos inquilinos era a los que les teníamos más hambre.

Como a los veinte días llegamos al lugar, mejor conocido como Los Caracoles donde conseguimos unos hermosos paisajes de alto valor escenográfico para estrenar las minas vietnamitas y darle su merecido al cuerpo de cazadores, que en esos diitas habían matado a unas estudiantes en los Andes y reprimido fuertemente a una huelga de los obreros de la zona del hierro.

La Cochina traía en su mochila tres minas made in Yaracuy, bien flamantes. Nos apertrechamos de alguna comida a través de un campesino que era de los evangélicos, pero que recordaba palpablemente el asesinato de los hermanos Petit, en manos de los adecos.

A pesar de las bendiciones del santo anciano, en el camino pasamos muchas penurias y calamidades, por ser esta selva muy húmeda y zancudosa. Llegamos a Los Caracoles muy maltrechos del hambre, desnudez y enfermedá. Hubo aflicción cuando el reportero José Campos Suárez, a través de su sección del mediodía *El crimen no paga*, por Radio Rumbos, informó de la muerte de Duglas, acaecida en Francia por medio de un gran cáncer en el güergüero. Parece que la CIA inventó esa mentira para ver si de verdá éramos caudillistas, y no ñángaras científicos de elevados principios.

A falta de correos con nuestra Dirección, no pudimos confirmar en ese crítico momento la veracidad de esa información; pero ya por último no le paramos bola ni le pusimos mente.

A Pepeíllo hubo que sacarlo de civil a la ciudad con unas llagas muy lúgubres en las piernas, que se sospechaba eran de lepra de montaña o leismaniasis. Y eso que tenía las patas bien fuertes de jugar fútbol con los españolitos de Prado de María.

Medina y Guerra serían los que en realidá reventarían las bombas en la emboscada, Choropo y nosotros los esperaríamos en un lugar cercano, garantizándoles la retirada y consiguiendo algunos recursos con los discípulos de Lutero.

Una tarde escuchamos un gran estruendo bien grande hacia el este de nuestra posición, y ahí mismitico vimos una manada de helicópteros volando tiros pa'bajo sin misericordia. El resto del día lo pasamos en gran tensión por no saber de la suerte de nuestros hermanos. Pero al día siguiente se aparecieron todos desguarilaos y desfallecíos pero con la gran sonrisota del deber cumplido y de haberle zampao tres minas a un M-35 de los propios cazadores, y ráfagas de fal al yip de los oficiales, que venía adelante, pero que se devolvió a curiosiar lo que pasaba, porque parecía cosa de magia.

Los sobrevivientes del yip fueron los que le metieron el chisme a los helicópteros, que por lo demás nunca ven nada, y los ruidos de los motores no les dejan oír todos los improperios que uno les grita.

Las minas se detonaban por medio de un cable y un suiche, que se apretaba en el momento que pasaba el objetivo, como el que apaga la televisión cuando no le gusta un programa.

En esta acción la correlación de fuerzas fue de 1 a 15, comprobándose en la práctica las profecías del comandante Flaco, que se las daba de brujo con los guerrilleros nuevos, endulzando el café por medio de oraciones, y un día lo descubrieron, que cuando daba sus pases magnéticos encima de la olla, entonces le soltaba unas pastillitas de sacarina que tenía escondías entre los deos.

Mientras nosotros andábamos en estos avatares, escuchábamos por la radio que, entre Chivacoa y Yaritaqua, una banda de malechores llamada la de Los Amarillos estaba azotando todos los restauranes y gasolineras que había por la carretera. Cuando regresamos al Junco fue que nos contaron todos los detalles de tales

incursiones donde fue aprovechada la gran experiencia lumposa de Piquijuye.

Como nuestros hermanos se habían quedado sin un centavo esperando los riales que iba a mandar el chino Maosetún, que Teófilo dijo que cómo coño nos iban a llegar si nunca nos quedábamos quietos en un mismo campamento.

Entonces se rasuraron las barbas y se restregaron limón y creolina para quitarse ese olor característico que solo exhalan los guerrilleros y los zorros paridos. Eso para que nadie sospechara que eran expropiaciones revolucionarias y hacerse pasar por maliantes ordinarios, para despistar al gobierno y a la CIA, que por lo demás ya andaba pisándonos los talones.

E irrumpían en los establecimientos pegando lecos, encañonando a los portugueses con los fusiles y amedrentándolos con tirarles granadas ofensivas y haciendo brillar los grandes machetones a la luz de los tubos de neón y sacándole los riales y los discos a las rocolas.

A pesar de que los portugueses se tragaban las llaves de las cajas registradoras, es fácil abrirlas batiéndolas contralsuelo, y dejando que los chavalitos limpiabotas y limosneros se lleven todo el sencillo. Además se arrasaba con todos los objetos de valor de los clientes, más bien para despistar, porque después no hallábamos qué hacer con las pulseras, zarcillos y cadenitas, aunque sí nos fueron de utilidad el contenido de las billeteras, las relojes y los sombreros. A culatazos se rompían los mostradores y vidrieras para apoderarse de todas las baratijas, abalorios, chocolates, galletas susy y otras trivialidades alimenticias. Otros venían con bolsas de petroquímica recogiendo pollos de las mesas, bisteces, arepas y ensaladas, sánguches de pernil y bebiéndose todos los rones que estuvieran servidos.

Margaritico era el encargado de reventar el cable de los teléfonos, pero casi se electrocuta, porque lo que le dio fue un machetazo a un cable de la luz y Sixto, el de conseguir la llave del vehículo

último modelo ochocilindros más bonito que estuviese estacionado en el parqueo.

Los clientes infantiles no se asustaban, sino más bien estaban contentos y hasta aplaudían cuando había que echarle unos golpes de kárate y estranguladoras al portugués que se insolentara mucho. Hubo un ciego que recobró la vista, porque era ciego de mentira, y por eso fue que arrancó a correr al ver ese espectáculo, creyendo que le podíamos robar las limosnas.

El nombre de Los Amarillos se lo puso la prensa del mismo color, al ver lo pálidos y jipatos que eran los tales saltiadores esos por causa de estar tanto tiempo zampaos en esos montañones, pasando filo y sin llevar sol. Y que los ladrones profesionales perdonen el que todas estas cosas figuren en los expedientes dellos y no en los de nosotros, por la necesidad de no quemar aún más la región donde se ubicaba nuestra más importante base de apoyo.

Y que perdonen también los clientes, que cuando se triunfe, no solo se les van a devolver sus relojitos y sombreros pelo ‘e guama, sino la Libertá perdida.

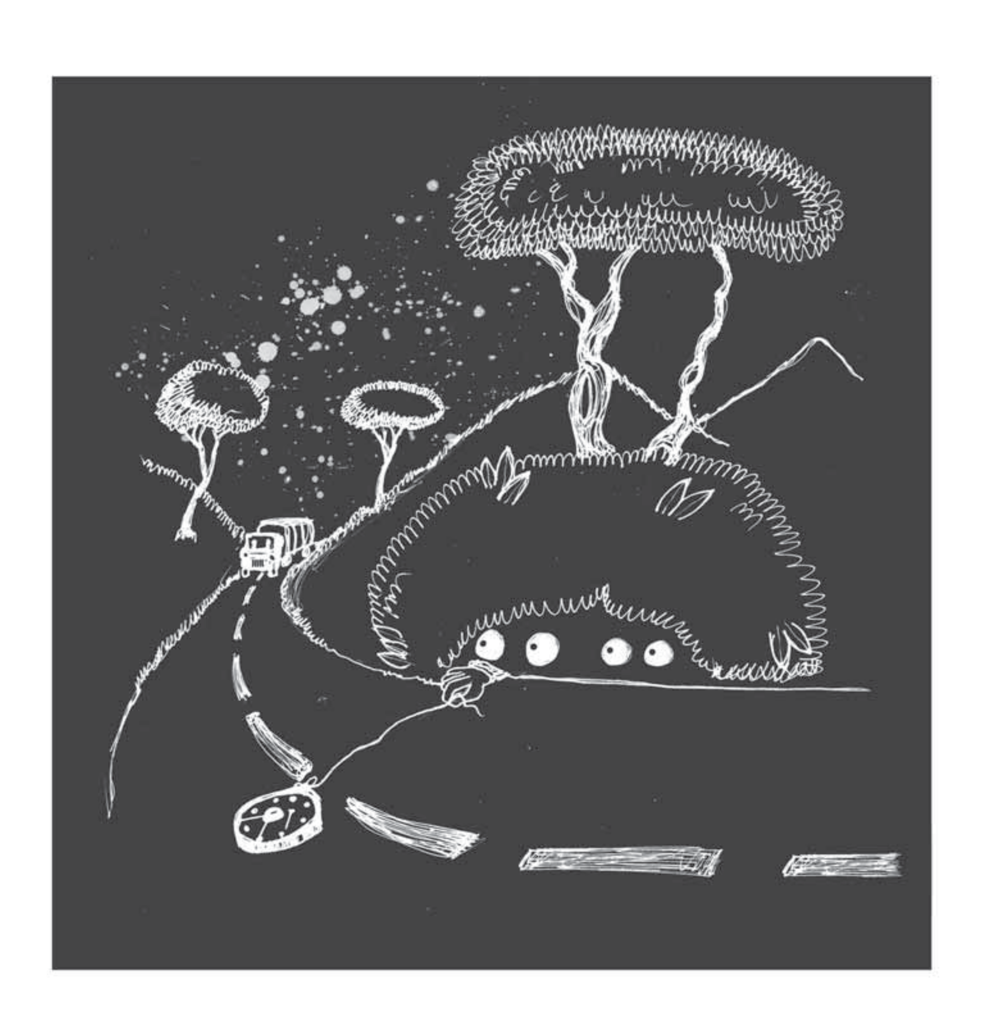
Cuentan que la judicial estuvo husmeando un rato, detectiviando y siguiendo los rastros y el olor a azufre que desprendían Los Amarillos, y hasta dijo por la radio y las televisiones que los tenían totalmente cercados y a puntico de aniquilarlos y matarlos y dejarlos que se los coman los zamuros y los picures, por ahí por Nirgua, lo cual quedaron muy mal y desprestigiados porque Choropo les salió por la carretera hacia Carora desmarimbando restauranes y escalfando.

En uno, que tenía así como discoteca por dentro y los burguesitos estaban travoltiando en una oscurana, Piquijuye entró volando trazadoras con un fal recortado, pero nadie le hacía caso porque como estaban bailando eso de la guerra de las galaxias, creían que se trataba de algún efecto especial que había inventado el lusitano para atraer a la clientela.

Entonces se robaron unas motos y le cayeron a otro donde un gafo quiso sacar un 38 cañón corto, pero lo tranquilizaron de una

ráfaga. Al ver este espectáculo, como veinte polizontes de civil se rindieron y entregaron las armas, y así fue que pudieron controlar el orden público y desvalijar con tranquilidá. Lo que no sabía Choropo era que la cantidad de sapos que allí había se debía a que en una de las mesas estaba el propio gobernador de Lara, borracho y abrazao con unas putas. Que lo han podido haber secuestrado y tramitárselo a Caldera por los presos del Cuartel San Carlos.

Ingenuamente, el Guerra solo se contentó en comérsele unos camarones con mayonesa y aguacate que tenía servidos en la mesa.



Capítulo 24

Por nuestro lado, estuvimos merodeando por los últimos campamentos donde habían estado los mambises, que tuvieron que irse por el gran escándalo internacional que armaron los adecos en la OEA, para que Lyndon Jhonson les diera más dolaretes. A lo cual fue peor para los yanquis, porque del Yaracuy salieron a coronarse de gloria en Angola y Etiopía.

Si de intervencionismo se tratara, cubano fue el teniente coronel José Rafael de las Heras, que liberó Maracaibo en enero de 1821, frente al Batallón Tiradores. Luego, el propio Libertador lo llamó Benemérito Comandante por su participación en la Batalla de Carabobo. Muere en 1822 combatiendo las tropas de Morales, y por decreto del Congreso se le designó como Prócer de la Independencia.

Cubanos fueron Julio Montes, Sabino Sambrano y José Antonio Boloña, que bajo las órdenes de Simón Antonio, combatieron en Junín, y acompañaron a Sucre en ocasión de que catorce generales españoles le pedían perdón, acurrucados en un zanjón de Ayacucho.

Hasta Francisco Javier Yanes acompañó a los llaneros cuando la batalla del Yagual. Además, el papá del Mariscal Sucre era santiaguero. Y el cubano Fructuoso del Castillo era edecán del general Pedro Briceño.

Y está más que comprobado que cuando Simón subió al Monte Chimborazo a presentarse al Altísimo, pensando que ya había cumplido su misión en la Tierra, el Dios de Colombia, al que no veía personalmente desde cuando la promesa del Monte Sacro, le dice:

—Ta güeno, m'ijo, pero todavía le falta Cuba y Puerto Rico.

A lo que Bolívar le contesta:

—Padre, pero ahí sí voy a tener que enfrentarme con el Dios de los riales.

—No, hombre, vaye y reúne a todos los patriotas latinoamericanos ahí en Panamá, y organicen un solo Ejército y verá cómo los

yanquis malparidos se cagan todos y lo dejan tranquilo... ¡Entre a la mar el caballo libertador y eche de Cuba, de una pechada, al déspota!

Y cuenta José Martí que: "... Y ya ponía Bolívar un pie en el estribo cuando un hombre que hablaba inglés y venía del Norte con papeles de gobierno, le asió el caballo de la brida...".

Y pensar que a Henry Clay, ministro del exterior de USA, mano derecha de Monroe y Adams, le tienen una estatua por ahí por El Silencio. ¡Al hombre que desde 1825 se encargó de la desestabilización del gobierno Grancolombiano, de azuzar el chovinismo, el caudillismo, las ambiciones! El hombre que sembró Colombia de iscariotes pelirrojos, que hizo que Páez y Santander empeñaran sus laureles, que azuzaron al Perú para que invadiera a Guayaquil. El hombre de la mano larga que desde su escritorio de Washington disparó en la selva de Berruecos contra el que, precisamente, fue elegido por Bolívar para dirigir la expedición a Cuba.

¡Coñoelamadre! "Han derramado la sangre de Abel", susurró lloroso el Libertador. Dolor made in USA del que nunca se recuperó.

Agarre cualquier carajo un niple y póngaselo en las patas a esa satánica estatua. Verá la cara que pone el embajador gringo al saberse de carne blandita.

Si por alguna casualidad llega este libro a salvarse de las llamas, sepa usted que:

Se hablaría con los pescadores para que hicieran una gran huelga y parquearan todas las embarcaciones en el canal del lago para ver si los gringos van a echarles un supertanquero encima.

Como son muy capaces, los contrabandistas tendrían preparada una lancha rápida full de explosivos perforantes, para zumbársela al barco, con lo cual se taponaría el Canal y los gringos no podrían sacar ni meter más nada. Los explosivos se los robarían los obreros de la petroquímica de El Tablazo, que ahí hay nitrato de amonio por coñazo, y hasta facilidades para preparar trinitrotolueno.

Si los yanquis se ponen pesados y el gobierno a ponerse de parte dellos, se les repartiría explosivos gratuitamente, a los criadores de

chivo de la carretera Falcón-Zulia para echarle mano a puentes y oleoductos.

Por si el puente sobre el lago se jode, pues habría que tener bastantes lanchas preparadas para que las tropas patriotas puedan maniobrar por el agua, según la situación. A estas alturas, los guajiros y los motilones tienen rodeados todos los cuarteles del lado occidental del Lago, y la Federación de Pistoleros de La Rita, encañonados a los guardias de la costa oriental. A los indios se les va a proporcionar todo lo que sea de tumbar aviones. Que son capaces de matar a una lora, que es más chiquita, con un piazo 'e flecha a ochocientos metros de altura.

Falco y sus batallones de andinos estarían apoderados de las fábricas de leche en polvo del Sur del Lago y matando vaca que jode para mandar a los frentes de batalla. Además, estaría garantizando, vía cordillera de los Andes, la conjunción de nuestra lucha con la de los demás pueblos suramericanos, y hasta recibiendo ayuda de los vietnamitas, para lo cual los colombianos tendrían que prestarnos su costa del Pacífico. Es de suponer que el general Falco ha hecho también un gran trabajo político y de soliviantación en el seno de las masas gochas, para poder haber dirigido todas estas maravillas.

Las refinerías no hace falta joderlas, porque no llegándoles petrolio por los oleoductos, el enemigo insistiría, desembarcando una división de la OTAN en Riohacha, con el fin de recuperar Maracaibo. Vanos esfuerzos de los gringos porque ahí estarán emboscados los mafiosos y los saltiadores de camino, de Manaure hasta El Moján.

A estas alturas ya los petroleros están en huelga. En Barquisimeto se formaría la Junta Provisional de Gobierno, presidida por el Maestro Prieto, José Vicente Rangel, Eduardo Machado, Miguel Otero Silva, Américo Martín, Moisés Moleiro, Pompeyo Márquez, y otros todos, menos Jóvito Villalba para que no sea tan pendejo.

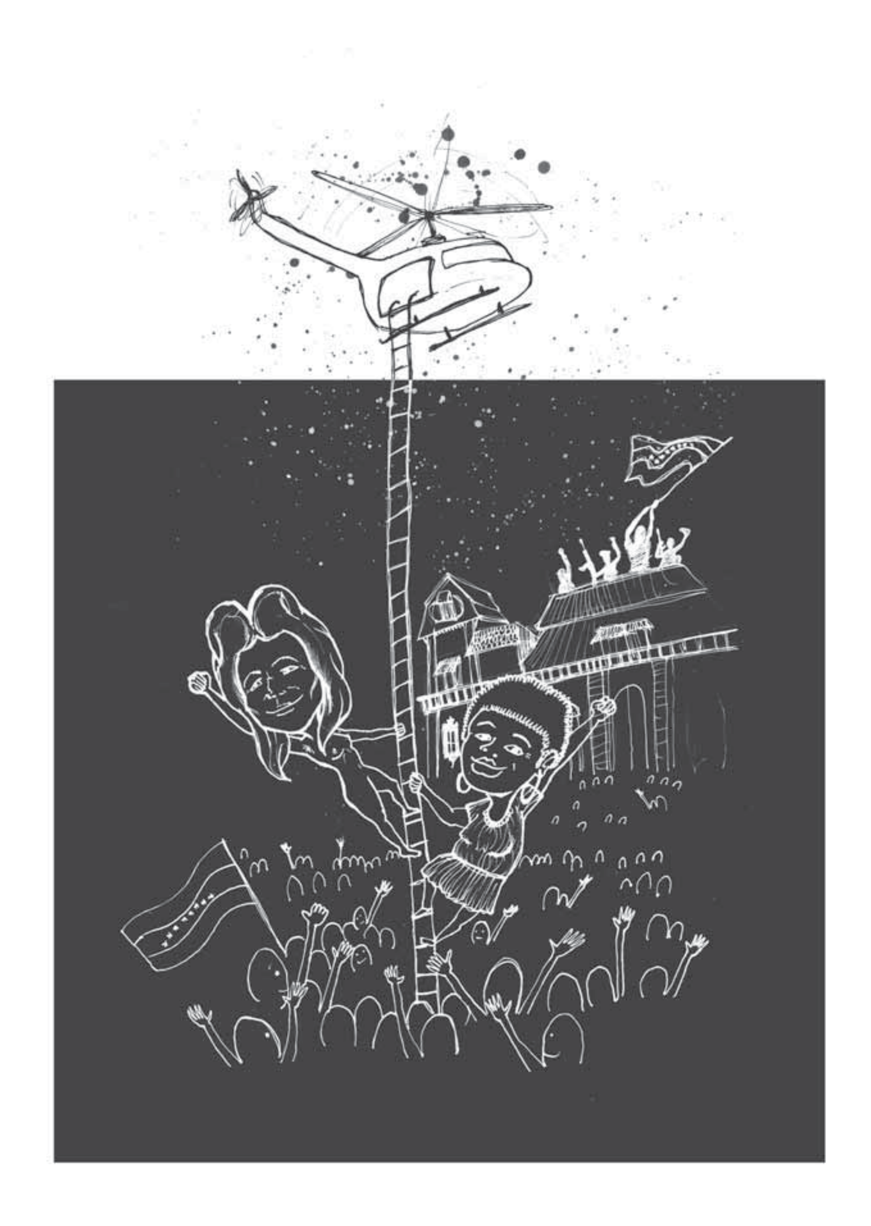
De allí se pediría el reconocimiento de los gobiernos progresistas del mundo, y se avanzaría sobre el centro del país.

Petroquímica y la refinería de Morón se les haría un asalto por sorpresa desde el mar por medio de los guerrilleros del Junco, que se vendrían por el río Yaracuy con los brujos del Kibayo, los obreros del Central Matilde y los negros del Farriar. La base naval de Puerto Cabello sería intimada a rendición por medio de un cohete bien mollejúo.

Además, ya hay Legalidá revolucionaria y los ecobios nos han regalado un submarino con el que podemos meter la ayuda, desde los países amigos, por el delta y repartirla por el Orinoco, el Apure, el Meta y el Arauca, asigún el caso. Se haría un llamamiento a todos los extranjeros residentes para que empuñen las armas en la defensa de la Patria, con lo cual quedarían nacionalizados automáticamente y sin hacer tanta cola y perder el tiempo en Identificación y Extranjería.

El Ejército Libertador de Oriente también marcharía sobre Caracas, porque a través de su gran trabajo de masas llegó a controlar la zona del hierro, la hidroeléctrica del Caroní, el petrolio, las perlas de Margarita, la sal de Araya y el cacao de Barlovento. Los niches de Trinidad también entrarían a ayudar como lo hicieron con Mariño en 1813, y los cumanagotos se encargarían de estar pescando para la comida de la tropa. O más fácil es robarse las sardinas enlatadas de las fábricas. En Caracas, la chusma estaría insolentada desde hace ratote, enarbolando sus retratos y banderas, y retorciéndole el pescuezo a la polizontada y a todo aquel. Además, también andan combatiendo por la Libertá, San Lázaro, los espíritus de los antepasados, los duendes, los espantos, los animales y las plantas.

Ya cuando hayan sido eliminados los más importantes reductos del fascismo, la Junta de Gobierno llegará en procesión, pero no para mandar, sino para que le entreguen el poder a María Lionza y Mamá Inés, que aterrizarían en helicóptero en Miraflores.



Capítulo 25

También nos dedicamos a esperar a Magoya, y al destacamento de Renán Batalla, de quien sabíamos lo habían herido malamente en un brazo, y él mismo quiso terminárselo de cortar de un machetazo, y su cuñao Joel no lo dejó. Lo que hicieron fue salir a la carretera Falcón-Zulia y detener un vehículo para que lo llevaran de urgencia al hospital de Maracaibo, no sin antes retenerle en el monte a la familia del chofer, para garantizar que no lo entregaran al gobierno.

El comandante llegó al hospital vestido de civil y con un sombrerito todo rotico diciendo que era un humilde campesino colombiano que se había tirado él mismo accidentalmente, mediante que estaba cargando su escopeta. Y así fue que los polizontes de guardia lo dejaron pasar, y los doctores lo salvaron para que no perdiera el brazo del todo, y hasta podía seguir apretando el gatillo y tocar guitarra con su primo Tenorio.

Para escaparse del hospital, y no lo remitieran para la hermana república por colombiano indocumentado y sospechoso de cualquier vaina, tuvo que carretiar a una guajira, que lo dejara salir metío debajo de la manta della, así agachaíto.

A pesar de que el Camarita estaba arranchado allá en el Zulia, no se pudo dar cuenta de eso y ayudar a Renán, porque se la mantenía por el Mirador sacando unos pescaos espinosos revolcaos de petrolio, para poder comer.

Regresa Magoya a nuestra base central.

Una mañana nos damos cuenta de que Moscardo y Calderón se han desertado con las armas y todo. Lo que hicieron fue irse directamente para Aroa, entregarse a las autoridades competentes y ofrecerse para servirles de guía a los cazadores de Yumare; para entonces venirnos a joder a nosotros.

A los pocos días llega Renán con su brazo remendao, junto con Polo, Alcides, el Curro, Joel y el Loco Teodorito, y otros. Ese mismo

día daban el extra por *Noti Rumbos*, donde contaban lo de la perversidad de Moscardo y Calderón. Tomamos la medida de mudarnos de campamento.

Una mañana va Magoya con sus edecanes a visitar la casa de Milagros, que era una muchacha campesina bien linda y revolucionaria. Entonces llega una gran jauría de rángeres a rodiar la casa de nuestros principales benefactores. Calderón venía guiando a los esbirros, y eso que el Viejo Aguilar le había matado el hambre durante varios años.

Los nuestros se retiraron evitando una cruel balacera donde sufrirían Milagros y su familia, sobre todo un muchachito impedido que vivía dentro de un cajoncito desos donde vienen las manzanas chilenas. Las bestias empiezan a golpiar a la gente y a interrogarla acerca de nosotros. Y peor, que los soldados salieron y miraron los pocillos de café y paledonias ruñías que los muchachos volaron cuando salieron en carrera. Al campamento llega Magoya enloquecido y llorando de la arrechera, a buscarnos para ir a rescatar a su amada y familia. Renán se lo impide con el brazo bueno, y dice que va a ir él con Sixto y otros, pero se va por todo el camino real y casi que lo matan unos guardias que estaban emboscados en un cambural, antes de llegar a la casa. Pero los revolucionarios reaccionaron rápidamente y a tiro limpio pudieron escaparse y aventarse por unos barrancos, donde Renán se volvió a desquebrajar el brazo chueco y después hubo que entablillárselo con unos palos y bejucos, y darle ron de culebra ciega.

Levantamos el campamento y nos fuimos más arriba, desde donde miramos al helicóptero platiado dando sus nefastos vueltines, como buitres.

Los jefes estuvieron planiando las futuras acciones ante la gran ofensiva que se preveía, con el agravante de que Calderón conocía todos nuestros escondites, nuestras fuerzas reales y la casa de los campesinos que nos apoyaban. Esa noche la pasamos sin dormir, escuchando los motores de los camiones militares, y gritos de la gente que torturaban.

Al amanecer, el helicóptero olfatió que estábamos haciendo café y llegó a estar mirando pa'bajo. El autor estaba de guardia en el borde de un pajonal y no se pudo esconder más rápido porque iba a mover el monte y así lo podían detectar más ligero. Lo que hizo fue agacharse y taparse el brillo de los espejuelos, pero sin dejar de ver al avechucho ese por entre los deos. Cagado porque le miró los cañones de la ametralladora, y le contó cuarentiocho cohetes de setenta milímetros. El helicóptero se fue a chismear verbalmente porque a lo mejor tenía el radio malo, entonces aproveché para esconderme bien y echarme monte encima y rezarle a la Cruz de Caravaca. Volvió a llegar y se quedó tranquilito como caballito 'el diablo. Siendo que yo tenía al hombrecito de adentro bien apuntado con el fal, miré que se volvió a ir, y Magoya manda a decir que la próxima vez que venga le disparemos todos.

Como no vino más, entonces nosotros buscamos cómo salirnos de aquello y recoger una comida que teníamos en un depósito oculto. A las otras caletas le pusimos sendas trampas cazabobo, por si Calderón las quería agarrar.

Arriba, en lo alto de la cordillera, nos emboscamos a la orilla del camino, esperando que subieran a joder al suegro del Camarita, que si se hubieran atrevío les hubiéramos hecho pasar un mal rato con diez fusiles y tres minas vietnamitas, y el Negro Adelmo, como no tenía arma, les iba a caer a puñaladas y con un leño, tipo Trucutú.

Con nosotros también estaba Momo, guerrillero de los antiguos que estuvo cantidad de años preso, y se volvía a reincorporar a la montaña.

En un viejo campamento, a los boinasverdes le dejamos un radio sanyo nuevecito, pero lleno de tetryl, y cuando el sargento de cazadores se lo puso al oído y lo prendió para escuchar la novela de Martinvaliente, cuentan los campesinos que la cabeza le salió por los aires como pelota de volivol. Y a otro guardia lo agarró una trampa de púas de bambú, y una estaca lo atravesó quedando como mariposa de las colecciones, puyado así por el lomo.

Y eso les pasa por andar creyendo que lo van a agarrar a uno como que es que van a recoger algún aguacate que se ha caído de un árbol.

Entonces ya estábamos aburridos de tanto estar cercados sin necesidad, y en aflictiva y tediosa calma chicha. Nos hicimos a la vela tomando rumbo al suroeste y burlamos el anillo valiéndonos de ciertas socaliñas, que omito por razones de brevedad.

Arribamos a una aldea, donde anclamos un par de días, apoyados por unos viejos y buenos amigos de la Revolución, para saber de la suerte de nuestros hermanos campesinos, e idear la mejor forma o procedimiento para proseguir nuestra predilecta ocupación de escabechar a los infieles que ahora asolaban a la sierra de Aroa, a su placer y antojo.

Allí se descubrió que Teodorito, el Curro y yo estábamos infectados de lepra de montaña, cuya curación es dificilísima por medio de más de un centenar de inyecciones de un remedio francés llamado glucantime, que además, el que lo va a comprar, lo entretiene el farmacéutico, mientras llama a la disip para que venga a llevárselo preso y a torturarlo para que diga dónde están los cimarrones, que son los únicos que se enferman deso por andar metidos en esas selvas y maniguas donde habita la polilla portadora.

Resulta que a Teodorito se le puso la bemba como fundillo de mandril, y la andaba cubierta con un pañuelo, que parecía forajido de verdá. Una tarde creímos que estaba agonizando y que la lepra ya se le había ido para el tragadero, porque estaba emitiendo unos sonidos muy guturales. Y salimos corriendo para ayudarlo al bien morir y santoliarlo con aceite tres en uno. En fin, para darle los últimos auxilios espirituales, y que no se estuviera arrepintiendo a última hora de todas sus correrías.

Cuando llegamos, lo encontramos muy ufano acostado en su hamaca tarareando malamente una canción de Sandro, así con los labios podríos.

Y al Curro hasta le salieron gusanos en la llaga que tenía en los pies, y se las sacaba con una espina de albarico, así puyados como

tequeños. A mí me salió una picadita en la pata de la oreja, y uno se rasca, y se echa escupitina de tabaco, kerosén, tuche de café, y se puede echar lo que le dé la gana y rezarle a todos los santos en orden alfabético, que nada puede contra esos gérmenes, que después se envalentonan y se pasan para la sangre, para luego hartárselo por dentro en cómodas cuotas, quedándole al paciente la pura carrocería o maraca de afuera.

Hubo pues que buscar cómo sacar al Negro Adelmo, que se ofreció para conseguirnos la única sustancia mágica en el mundo que podía salvarnos de esta iniquidad y fallecimiento tan pendejo. Aunque era preferible expirar indómitamente en lo más intrincado y lóbrego de las montañas yaracuyanas, bajo las tupidas masas de follaje que las orlan, que ir donde el ministro del Interior y decirle: “Licenciado, vengo a entregarme porque estoy enfermito”.



Capítulo 26

En tierras de Ramonales
(caserío de la sierra de Falcón)
fue que comenzó esta historia,
escúchenla compañeros
y grábenla en la memoria.

Allí mismo comenzó,
su carrera de valiente,
cogió camino rebelde
incorporándose al Frente.

Muy joven se incorporó,
combatiendo con valor,
después de poquito tiempo
Ilegó a sargento mayor.

En Pueblo Nuevo y Cabure,
la tropa no descansaba,
porque sabían que Choropo,
en cualquier curva acechaba.

De María Díaz salieron,
militares en sus carros,
los tirotiaron de muerte
gentes de Hilaria Navarro.

En el tanque de la Coya,
allí les selló el destino,
a la Guardia Nacional,
con los hombres de Chirino.

Por los lados de Sanare,
en las montañas de Lara,
se distinguió en su valor
la "Metralla de Iracara".

Pero tocó mala suerte,
bajó a hacerse curaciones,
pero llegó la noticia,
al Teatro de Operaciones (El Tocuyo).

Fue un veinticinco de mayo
(mes de las flores y la clase obrera)
año del setentaiuno,
le tendieron emboscada
como a un animal montuno.

No pensaron arrestarle,
como a pájaro asustado,
conocían el coraje
que tiene el hombre resteado.

Era una tarde maldita,
el sol al oeste rumbeaba,
gentes de Barquisimeto,
vieron cómo lo mataban.

Como a las tres de la tarde
se oyó un grito en Ramonales,
el Negro besó la tierra
cuando sonaron los fales.

Ya se sabía cómo terminó la Insurrección de 1795. La noble cabeza de Kwenha fue colocada en una jaula de fierro sobre un palo de veinte pies de largo en el camino hacia Coro, y una mano se la pusieron en

una vara frente a la Aduana, y otra, en los propios términos, en la cumbre de Curimagua, para escarmiento. Eso, después que los colonialistas lo ahorcaron, allí donde ahora tienen la estatua de Simón Antonio, para poder profanarlo mejor, así públicamente.

Los indios de Jacura también fueron diezmados, teniendo Mamá Inés que llegar corriendo a Cumarebo, donde Guillermo Cubillo, que la montó en su piragua y la llevó hasta Haití.

Y se oirán en los combates,
en medio 'e gran balacera:
¡QUE VIVA EL NEGRO CHOROPO!
¡QUE MUERA RAFAEL CALDERA!

A José Leonardo lo ahorcaron con los mecates de las campanas de la Catedral, que el padre clérigo las prestó.

Y el párroco de Yumare agarró a los campesinos del Junco, Santa Lucía, Camunare, Cocuayma y La Virgen y los hizo que se confesaran con él, de sus supuestos pecados de ayudarnos a nosotros, que Dios era comprensivo y les mandaba absolución, pero el coño 'e su madre ese tenía una grabadora debajo del balandrán y después se la prestaba al Mongol, Rivero Muñoz y al tal Sanoja, para que malmataran con sus torturas a los pobres agricultores.

Y un día de estos que Eloy se arreche, les va a mandar rayos a todos estos sus falsos ministros, y una epidemia de chancro para que les haga juego con el que tienen en el cerebro, y entonces los materialistas ateos ya no van a poder estar diciendo que no existe.

Después que aprisionaron a los campesinos, los soldados del rey procedieron a perpetuar sus acostumbrados latrocinios y depredaciones, y otros a perseguirnos, pero no siendo sus esperanzas fundadas en la justicia divina, les resultaron fallidas.

Antes bien, un asesor gringo pagó los horrendos crímenes de su perversa vida, porque lo mordió un araguato con mal de rabia, y entonces allá en los Estados Amontonados le dijeron al público televidente que había sido en Vietnam.

Enderezamos hacia el noroeste con la finalidad de llegar hasta Morón, para secuestrar a unos gerentes de la Mobil, que es una refinería, y así poderlos cambiar por la libertad de los campesinos.

Nadie se explicaba por qué Simón Antonio era tan travieso y tan desobediente y se la mantenía jugando trompo, perinola y robapilón con los esclavitos.

Y no le gustaba estudiar el catecismo ni el libro mantilla, sino los tomos extraños que dejó su Maestro Rodríguez cuando tuvo que salir en carrera cuando lo implicaron en lo de Gual y España, que era una conspiración bien arrecha de los masones, que como no habían inventado el comunismo, entonces los patriotas se metían a eso, que era el partido de los albañiles.

Resulta que había unos españoles enemigos del rey, encanados en el Castillo de La Guaira, que establecieron contactos con Manuel Gual y José España, que vivían por ahí por Macuto.

Entonces los masones se escaparon con la ayuda de los macuteños, y fueron a recalar a Trinidad. Dejando a Manuel y a Chema encargados de predicar los derechos del hombre y del ciudadano y la amistad con los negros, así como responsables de quienes se interesaran en esas disciplinas de tumbar reyes y no hacerle caso a los papas.

Pero los descubrieron por medio de traidores, y a unos los ahorcaron y a otros los aprisionaron en sótanos húmedos, fétidos, llenos de rata y murciélago como los del colegio Sanagustín. Gual y España se zafaron para Trinidad. Chema regresó, pero lo agarraron los polizontes y le hicieron ahorcamiento y lo descuartizaron, también ahí en la Plaza Mayor de Caracas.

A Manuel, el rey lo mandó a envenenar en Trinidad. Y de todo esto se dio cuenta el Chamo Simón, que tenía como quince años cuando eso, y quién sabe con qué intenciones se metió a aprender el difícil arte de matar gente, en las milicias de Aragua.

Mientras tanto los negros de Cariaco y de Maracaibo intentaron hacer motín, pero los descubrieron, y de todo eso le estuvieron echando la culpa a los haitianos, que y que exportaban la Revolución.

Es histórico que a Simón Antonio le gustaban los bailes, como a nosotros. Entonces lo mandaron a ampliar sus horizontes a Madrid, y apartarlo de los negros y el relajo que había en Venezuela. Ahí anduvo un rato, pero no le gustaba eso de andarle jalando bolas y cepillando a los reyes, aunque aprovechó para darse cuenta que ese tal Carlos IV, que en América todo el mundo le tenía miedo, era un viejo histérico, y María Luisa, una putaza depravada. Un día se puso a jugar con el príncipe de Asturias, y hasta le arrancó la gorra de un pelotazo, lo cual a Fernando VII le salió sangre de la azotea y Simón miró que no era azul, sino negra como de calamar.

Y allá le gustó una muchacha llamada María Tere, y anduvo con ella muy enternecido por los Bilbaos y las Francias donde miraron a Bonaparte acabando con los últimos rescoldos de la Revolución, que de allí es que dicen que Napolión le echó maldiojo a María Tere y le provino la enfermedá que la mató en Caracas.

Luego de este doloroso suceso, Simón Antonio se fue otra vez para el Viejo Mundo, donde lo expulsaron de España por indocumentado y andar jodiendo mucho con eso de las ideas republicanas. Pasó a Francia con ganas de envainar a Napolión, y entonces ya se hizo pana de los masones, a través de Simón Rodríguez, que allí en París estaba camuflando su actividad subversiva metido a alquímico y haciendo menjurjes de machaca, macuá y agua de babandí.

Los dos suramericanos se fueron para la soleada Italia a curiosear, y hasta se encaramaron en el Monte Sagrado, donde en los tiempos antaños se refugiaron unas chusmas porque los patricios los estaban persiguiendo.

Entonces Simón Antonio se estremeció mucho cuando se le apareció el Dios de Colombia, por ahí tan lejos, y juró por la Libertad de América Latina, ya haciéndose fanático de viaje. Y hasta con el papa se pelió porque no quiso besar la cruz que tiene de adorno en las chinelas, y dijo: “Qué bolas tiene este papa de llevar a Cristo en las chancletas, ensuciándolo y llenándolo de mierda”.



Capítulo 27

La idea que anima este capítulo es la de ofrecer al lector, en forma compacta y cómoda el cómo salimos de la sierra de Aroa en busca de los gringos.

Esperar a que se haga de noche y los marcianos enciendan sus estrellas. Lo correcto es colocar a Medina, Polo o Joel en la vanguardia por ser hombres guapos y artimañosos. Más atrás, vendríamos lo conocido como grueso de la columna, comprendido por una combinación de nuevos intercalados con veteranos y enfermos con sanos. La retaguardia debe comprender camaradas que no le nieguen el plomo a nadie y grandes borrantines de huellas. Los jefes, como Magoya y Renán, van donde les da la gana.

Este orden precombativo se marcha sobre la línea del tren hasta Guama y Cocorote, teniendo el sumo cuidado de no ametrallar a los burros realengos, que de noche, cuando se paran de frente, parecen gente. Algunos querían entrar a la ciudad de San Felipe en dos o tres camionetas F-100 y coger a tiros el cuartel que hay por allí, mientras otros íbamos a visitar el banco, y abrirle la caja fuerte mediante una combinación pero de clorato con parafina. Pero se estuvo analizando que Renán podía estrellarnos contra un poste o semáforo. Entonces lo más sensato es seguir terrestremente, y bordear la ciudad por el este.

Los ladrones profesionales de gallinas se meten calladitos, de noche, a las casitas donde duermen ellas. Entonces se comienza a rascarle un poquito los dedos de las manos con que se aguantan en la percha, y se le va haciendo como cuando se le pide la pata a un loro. Y así, poquito a poquito y aguantando la respiración, la gallina monta una pata, y el caco va levantando así despacito su dedo, hasta que la víctima, solita, sin despertarse, oníricamente, posa sus dos extremidades en el índice del pillo, el cual con la otra mano libre le apaña el pico para ajogarla, de manera que cuando la gallina se despierta, ya está asfixiada y se vuelve a dormir, pero en un sueño más largo.

Como eso se hace así en lo oscuro, y puede hacerse varias veces con tal que las otras compañeras no se despierten y armen aljaraca, cuando llegamos al campamento y abrimos el saco, nos dimos cuenta que no eran gallinas gordas difuntas, sino dos gallos de pelea, que están entrenados y tienen la carne durísima y ponen todo el caldo rojo por el mercurocromo que les untan. A Teodorito le hizo mucho bien esta higiénica y medicinal sopa, por lo de la bemba.

Llegamos a Taria, región de por sí insalubre y cundida de sanófele y mosca del sueño. Ahí estuvimos haciendo unas zambumbias y asando unos plátanos y buscando cómo hacer contacto con la comandancia, desde donde nos mandan a decir que no estemos inventando nada y nos quedemos ahí quietecitos, porque lo que se va a hacer es otra gran reunión con los jefes principales de la FALN. 'Ta bien, que aquí los esperamos jugando dominó, estudiando y haciéndoles cartas a las mamás y las novias, con demostraciones escritas de apego y amor, que las dejamos a medio hacer, porque vino un maldecío UH-Iroquis, mejor conocido en los bajos fondos de la guerrilla como Pancho Paleta, muy exactamente a violar nuestro espacio aéreo y provocar una apagadera de fogones, y escondedera de cantimploras, latas y objetos brillantes, y de guerrilleros en solicitud de escondite. No quisimos dispararle porque siempre queda la recóndita esperanza de que no nos haya visto u olfatiado.

Lo cierto es que se fue a su madriguera sin ningún rasguño, pero sí hartado de maldiciones. Pero este animal no es bobo y se va a buscar a sus amigos de la infantería y la artillería.

Nos movimos a varios kilómetros de nuestra ubicación, y los verdes rastrearon hasta que se cansaron y se retiraron, no sin antes dejar sus espías. Unos de los cuales logró infiltrar nuestra base social de apoyo y después hasta nos compraba comida y chucherías en Morón. Que no acabó con nosotros porque nunca se estila llevar a los campesinos recién conocidos al lugar exacto de nuestro campamento, sino que se le manda a llegar a un sitio algo alejado, donde se realiza la entrevista luego de cerciorarse uno de que no lo están siguiendo o trae malas compañías.

Se hizo un gran pleno de varios días para analizar el cumplimiento del "viraje táctico" y el estado de la guerra a nivel continental. También se aprovechaba para saber de nuestros familiares y amigos, de nuestros compañeros presos.

Nunca falta alguien que también pregunte si ya apareció el que mató a Felipe Pirela, que dicen que era marido dél. O quién sería el que le dijo a Soledad Bravo que le quedaba bien cantar salsa. Que puede que sea lo correcto, porque hay unos cantantes destos de protestas que cantan cosas todas tristes o que solo las entienden los intelectuales pajistas. Que para los pobres el hacer Revolución es alegría, allá los pequeñoburgueses.

Bueno, pues estuvimos ultimando los detalles para nuestro reencuentro con las grandes masas del país.

Al día siguiente que se fueron los jefes, fue que el espía, que siempre son unos lambucios que se venden por cuatro lochas mientras que el oficial de la CIA es el que se llena de buenos dólares sin moverse de la embajada. Lo dejamos conocer el campamento para demostrarle nuestro agradecimiento, regalarle algunos objetos y comida, y que se encargara de terminar de borrar cualquier rastro de guerrilleros y de reunión.

Nos despedimos del amigo de embuste y caminamos unos doscientos metros para buscar mejor lugar donde pernoctar, para seguir nuestra Revolución de Independencia, ya que se debe recordar que todas estas aventuras no son aventuras propiamente dichas, sino vicisitudes aceptadas muy concientemente por elementos consagrados al saneamiento y a la emancipación definitiva de la República.

Cuando a uno le toca la cocina, porque es rotativa y nadie se salva, y se prepara todo la noche anterior.

Su leña, su agua, sus olletas lavadas, sus fósforos y un pedacito de bolsa plástica para encenderlo y chorreárselo a los palos, en la mañana para que prendan rápido. Y no se piense que los guerrilleros hacen los fogones así como en las películas de vaqueros que ponen los palos pegados como perritos mamando, porque desa manera no

les dentra el oxígeno o aire necesario para una combustión perfecta y por eso es que los vaqueros hacen humo, y lo ven los sherifes, y los joden a cada rato.

Los de nosotros son de otra forma, a lo cual se necesitaría una ilustración en este libro para no gastar tanto papel explicando.

En las partes frías, como en el páramo de Chejendé, los cerros de la carretera de Choroní y Ocumare, uno se da cuenta de por qué los antiguos adoraban el fuego, y decía el Primo, que es preferible agarrar el toldo plástico de uno y cubrirlo y uno estar afuera mojándose, con tal que no se apague. Que además el fuego que uno tiene por dentro no se apaga, y si uno se resfría, para eso está el jarabe del tabanuco.

Puede usted escuchar un disparo de escopeta y un silbido en el aire y pensar que es un paují en picada, resultado de la puntería de algún campesino de la zona. Y puede sentir y escuchar un gran coñazo que lo tira patas arribas y le bota las ollas de comida.

Porque no es paují sino granada, ni escopeta casera, sino mortero norteamericano de ochentiún milímetros. Ni es campesino. Son los artilleros del batallón de boinasverdes, que ya el espía les dio la ubicación exacta de nuestra guarida.

Sigue la morteriadera y la botadora de riales, porque no le pegan a nadie sino a los palos. Y en eso es que gastan la plata del petrolio además de la que se roban, en vez de abrir fuentes de trabajo y poner baratos los materiales de construcción para que la gente haga sus casitas y no ande por esos cerros de Caracas, hasta peor que uno el guerrillero que acampa donde le da la gana.

Disparos de trazadora de fal, donde el jefe dellos les está indicando los blancos, pero de embuste porque no ven un coño por la follajosidad del bosque. Rafagueadera de ametralladora calibre treinta pa'rriba y pa'bajo y así en cruz. Más mortero por coñazo y nosotros rezando la oración del chivo por ese cerro pa'rriba, y Pancho Paletas en la cresta de montaña tirando con una cincuenta y volando granadas de mano para asustarnos y que nos dentre el pánico y nos dejemos agarrar como mangos bajitos, porque los

genocidas vienen haciendo el peine por debajo, luego del ablandamiento artillero, que no ablandan ni verga, porque los aficionados al patriotismo y a la democracia no se ablandan, mucho menos después de muertos, como los gallos que se robó Medina.

Es menester que el lector se termine de convencer de que estamos cercados a media falda de una montaña, y llegue hasta preocuparse por nuestra suerte, pero no por mucho tiempo, porque:

Magoya sube hasta el final de la loma a ver si el cerco está completo por arriba, según las reglas del arte poliorcético. No les dio tiempo para hacerlo con las tropas terrestres y por eso es que tienen al zamuro de hojalata ametrallando.

Cruzamos la loma pa'l otro lado. De uno en uno, inmediatamente que el pajarraco pase, y antes que dé la vuelta y ataque de nuevo. Le hicimos más de diez mil puñetas a esos pendejos, que hasta trajeron las cámaras de televisión con la pretensión de enseñarnos ahí todos muertos por Sábado Sensacional.

Eso fue ya tipo cuatro de la tarde que luego nos escondimos en unos pajonales a esperar que se hiciera de noche y bien oscuro, para caminar hacia el sur, hasta el amanecer, hasta la orilla de un río que le mochamos el rabo a un hermético e insidioso cocodrilo, con un machete, para desayunarnos, y no malograr del todo al animal, que se cura, y hasta le sale otro nuevo. No así Barragán que las nalgas le quedaron todas ruñías.

Salimos por los montes frente a Nirgua, de donde también nos sacaron en carrera. O sea, es decir, que desde Semanasanta del 71 tenemos a los guardias pisándonos los talones y ya andábamos algo ostinaos. Entonces ya nos vamos directamente para el Kibayo a llenarnos los bolsillos con todos los riales y prendas que la gente incauta le deja como ofrenda a Marialionza, aconsejadas por unos brujos farsantes, vagos sin oficios, que de eso es que viven y después andan diciendo que es Ella la que viene de noche a pasar raqueta.

Y hubo que pasar la represa de Cumaripa por medio de una balsa de tallos de plátano. Un día amanecimos cerca de Cocuayma e íbamos así por todo el camino, dejándonos ver y saludando a todo

el mundo, que nos viera bien, que no éramos diablos, sino virtuosos ñángaras enemigos de Caldera y de Rómulo, con ganas de ahorcar públicamente al cura de Urachiche y a unos delatores. Ahí estuvimos repartiendo riales a todo el que pasaba, y mandando a las muchachitos a comprar fresco y pan dulce al caserío.

Hasta que el comandante Honorio pudo al fin convercernos de que para corregir nuestra mala fortuna, lo mejor es meternos al monte a exprimirnos bien el cerebro para ver cómo es que vamos a poner nuestras férreas voluntades en función de preparar y organizar una verdadera explosión de las masas.

Subiendo por la quebrada de San Pablo, que fue por la que me enguerrillé cuando estaba chiquito, nos encontramos a un campesino ancianito y le decimos que está preso, que es la tropa del gobierno con la que está hablando y que lo vamos a torturar para que denuncie a los guerrilleros barbutarios.

Entonces el viejito, muy sereno, nos dice:

—Miren, grandes carajos, hagan de mí lo que quieran, que para la vida que llevamos los pobres, todo es ganancia...

Es de imaginarse la emoción y el gran orgullo que sentimos por las valientes palabras de este indio añoso, y Renán que le dice:

—No hombre, viejo, no es cierto, perdónenos, somos de la Revolución.

Y le regalamos cien bolívares, que en ese tiempo eran bastantes cobres.



Capítulo 28

El que haya estudiado el *Manifiesto de Cartagena*, que Simón Antonio escribió con una pluma de pava el 15 de diciembre de 1812, tiene que darse cuenta que nuestro Padre reflejó en él, más o menos lo siguiente:

Colombianos:

Yo soy un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de la crueldad de los imperialistas, quienes recuperaron de nuevo el poder valiéndose de nuestra ingenuidad de creer que podíamos echarlos cívica y pacíficamente por medio del día 19 de abril del año 10, que agarramos por la casaca al capitán general y lo convencimos, y lo encaramamos en un balcón a juro, para que le preguntara a la chusma si querían que siguiera mandando. Y además unos ahí hicieron señas por detrás dél, como cácher pidiendo estray, y los negros, los marrones, unos blancopobres y unos indios taimados vendedores de loras y manteca de culebra contestaron que no, que se fuera pa'l carajo.

Entonces don Vicente Emparan siguió este consejo, no así una cantidad de españoles y polizontes que fueron a refugiarse momentáneamente en Coro, Maracaibo y Guayana, y unos ricos epulones, que se agazaparon a esperar si el nuevo gobierno republicano iba a portarse decente, o si era asunto de negros y comunismo.

Y teniendo la Junta Patriótica y Gobierno de Unidad Popular algunos barcos de guerra, no nos preocupamos de ir a aniquilar a la reacción atrincherada en Coro, y no dejar que cogiera respiro, se reorganizara y fortaleciera. Para lo cual tampoco nos esforzamos en preparar un verdadero ejército revolucionario para perseguir a las dispersas, pero intactas fuerzas militares coloniales.

Además, las nuevas autoridades republicanas se las daban de filántropos, piadosos, legalistas y caritativos, con lo cual, los enemigos sabotiaban, conjuraban y jodían como les daba la gana ante la demencia de nuestros magistrados. "Clemencia criminal que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no

habíamos enteramente concluido" creyendo nosotros que los españoles y mantuanos de vieja estofa iban a renunciar así no más a las riquezas y privilegios acumulados en cuatro siglos de dominación, solo por los gritos, señas y empujones, y unos papeles y cheques sin fondo que firmamos en 1811. "La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor".

Para más vaina vino la anarquía, la división y la peliadera en el seno de la izquierda y la confusión del pueblo por cuestiones de sectarismo. "El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más que lo que las circunstancias hicieron. Nuestra división y no tanto las armas españolas nos tornaron a la esclavitud".

¡Qué bolas!, todavía no habíamos consolidado bien la Revolución, y ya estábamos llamando a elecciones "porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente y los otros tan ambiciosos que todo lo convierten en facción; por lo que jamás se vio en Venezuela una votación libre, y acertada; lo que ponía al gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales".

Es como cuando uno levanta una jeva, si no la tiene bien segura no debe estar exponiéndola mucho por ahí en fiestas y verbenas, a ver si se la quitan.

Y para cerrar con broche de oro cuando el sanguinario Monteverde lanza su ofensiva desde Coro, viene el terremoto y los curas a terminar de joder la vaina asustando a la gente que es castigo de Dios contra la República y la masonería internacional. "La influencia eclesiástica tuvo, después del terremoto, una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y en la introducción de los enemigos en el país". En fin, "el fanatismo religioso hipócritamente manejado por el clero, empeñado en transformar el espíritu público por sus miras de egoísmo e interés de partido, temiendo la pérdida de su preponderancia sobre los pueblos supersticiosos". A pesar de que yo le metí unos planazos a uno y le dije: "No sea tan

pendejo, que 'si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca'".

Como Adelmo, por fin, nos había conseguido la poción contra la lepra, ahí fue que pudimos estarnos inyectando los unos a los otros (porque no había doctor y a mí ya se me había olvidado lo poco que me dejaron aprender los malditos burgueses, y además en la Facultá lo que inyectábamos eran finados que ni se quejaban, ni le hacían ver a uno si se la había puesto bien). Que más bien deberían hacerla en forma de champú o jarabe, y no la hacen así, para que después los guerrilleros no podamos ni sentarnos de tanto agujazo.

Así fue que nos salvamos de debutar en un velorio todo triste ahí en ese monte. A Teodorito no le quedó la bemba tan buena, sino medio carcomida, así como si le hubiera dado un beso a una lijadora eléctrica encendida, lo cual le trajo ciertos inconvenientes de tipo político y disciplinario porque parecía que siempre se estaba riendo –con los dientes pelaos– así se estuviese hablando de cosas serias... Y lo regañaban.

La contraofensiva la iniciamos en octubre de ese año 71, dislocándonos en dos destacamentos: el "Miguel Noguera" al mando de Magoya, y el "Hermanos Petit" hábilmente dirigido por Renán. Entonces nos pusimos a escarbar unas minas de oro abandonadas que había cerca de Aroa, y no conseguimos nada, sino unas cuevas con murciélagos de aterciopelado chaleco, y arañas vendiéndoles a las moscas sus engañosos tejidos.

Y andábamos de mugrientos que el mirarnos daba horror, por lo que cuando le íbamos a decir al terrateniente que nos acompañara para secuestrarlo se asustó como perro que oye truenos y salió corriendo haciendo caso omiso a su gordura, que hubo que perseguirlo y puyarlo con los fusiles y llevárselo pues a la fuerza. Y lo encaramamos en un cerro bien alto adonde llegó resollando y chorriando manteca.

Por medio del primer campesino que pasó para el pueblo, enviamos las condiciones de rescate, y que no le dijeran nada a las tropas del rey, que fue lo que los hijos del viejo hicieron más rápido,

a ver si nosotros lo asfixiábamos, y ellos poder cobrar la herencia y el seguro La Previsora.

Esa noche la pasó lloriquiando y pidiéndonos clemencias por haber explotado tanto a los campesinos y cogerles las hijas por medio de chantajes, y vender la ropa tan mala y tan cara en su almacén, y diciendo que había votado por el MEP en las pasadas elecciones y que se estaba dejando crecer las orejas como el Maestro Prieto, y no haciendo el menor esfuerzo por escaparse debido a que le habíamos quitado los zapatos para que se jincara las patas con guaicas y albaricos si trataba de correr, y además, lo enrrollamos en un chinchorro o hamaca de nailon, pareciéndose aún más a un manatí recién sacado en la desembocadura del Orinoco.

El Curro decía que primera vez que veía en su vida a un rico llorando, a lo que Renán le contaba que cuando Lenin, los opresores lloraron tanto que formaron el mar Negro allá en Rusia.

En la mañanita salen los escandalosos de *Noti Rumbos* a decir que los guerrilleros habían hecho un secuestro y que estábamos completísimamente rodeados y que jamás ni nunca nos íbamos a escapar. No obstante, como estábamos en un cerro bastante alto y con visibilidá, nos pusimos a esperar si era que las tropas del Pacificador iban a asomar la cabeza para agujeriárselas. Estuvimos ahí un rato esperando, mirando con catalejos a la carretera, pero no fildeamos nada de gobierno, a lo cual la sabiduría de Renán llegó a la conclusión de que nos iban a cortar la retirada. O sea, que nos iban a dejar cobrar las plusvalías, para salvar de nuestras garras al viejo tahúr, pero para que cayéramos después en las emboscadas que nos iban a poner hacia la posible dirección de nuestra huida.

Como a las dos de la tarde comenzamos a ver subir el cerro a la terrateniente cacatúa esposa del viejo, que debido a su falta de entrenamiento y vigor juvenil, llegó como a las cinco con una busaca llena de dineros, y algo contenta por la supuesta matada que nos iban a echar más adelante, y la recuperación de sus billetes, para ella poder ir a Mayami a comprar las últimas modas y pagarle a los chulos de Detroit para que le quiten el óxido a sus aparatos de miar.

Le echamos mano a los billetes, y lo que hicimos fue dar al traste con los más elaborados preparativos tácticos del enemigo. Nos quedamos por ahí cerca esperando escondiitos que oscureciera y reaparecieran las estrellas del show celestial, en especial la Osa Polar, que es la que le señala a uno el norte con el rabo. Y en vez de coger hacia la montaña para caer en las trampas como manadas de pacíficos chigüires, nos fuimos para el llano. Luego de seguir por la línea del tren, nos asilamos políticamente en un cañaveral.

Cuando Magoya escuchó por la radio que teníamos más de seis batallones atrás de nosotros, siendo que éramos solo cuatro (tipos), entonces realizó una campaña por los lados de Lara para quitarnos la presión, y nosotros poder salvar el carapacho y los billetes. Esta acción podemos resumirla en décima, que bien podría el lector aprendérsela y cantarla con un cuatrico en Fantástico, si no fuera porque le caerían quince años de cárcel:

Guerra a los explotadores
hicimos con Mogollón
(otro terrateniente)
cuando gentes de Magoya
lo secuestramos por cobres.
Para la guerra del Pobre
toda la suma exigida,
que en las manos se podría
de aquel rico barrigón.
Y un tiro entre ceja y ceja
le ofrecimos con razón.

Que no se le obsequió, por el cariño que demostraron sus familiares y compadres, pagándolo como nuevo, siendo que ya estaba algo usado.

Como si fuera poco, los muchachos capturaron un delator, con muchos crímenes y maliantismos en el buche.

Le echamos mano a Meléndez:
sapo sin misericordia
que sembraba la discordia
en las zonas campesinas.

La Guerrilla relancina
se lo pegó con desprecio.
Y a los sapos como esos:
tras de un Juicio Popular
y en t'ua la tapa 'e los sesos
unas ráfagas de un fal...

Y como Dios tarda pero no olvida, que fue lo que dijo el tigre cuando se comió las conejas. Ya una vez que Magoya agarró riales, le regaló algo a unos campesinos para que le compraran unas tierritas a los mismos feudales que nosotros habíamos secuestrado. Lo cual hicieron, pero así poquito a poquito, tipo crédito, para que no sospecharan de dónde coño habían sacado riales los labradores. O sea que los fiscales de los tribunales no podrán jamás ni nunca acusarnos de que somos choros, hampones o estafadores, porque parte de los billetes llegaron otra vez a sus antiguos dueños, y ellos a su vez devolvieron tierras a quienes en realidad le pertenecen.

El resto del botín se mandó donde la comandancia general, que estaban unos invitados para viajar a China, a conversar con el propio Tung, que decían era más arrecho que los rusos en combatir a los yanquis, y que además de mandar libritos rojos con la cara dél, y que nos iba a regalar unos fusiles, bombas y lanzacohetes por coñazo, y hasta nos iban a entrenar a todos en eso del kung-fu, y tirarle patadas voladoras a los policías en las manifestaciones.

Y uno se ilusionaba bastante.

Porque los rifles de nosotros ya estaban transparentes de tanto limpiarlos, y hasta las moscas le daban vuelas, así, en el pico. Porque cuando no había aceite tresenuno, se les daba mantenimiento con el que traen las sardinas que, en la fábrica, las meten en latas, sin

cabeza, para que no estén pensado cómo salirse, y otros decían que no eran sardinas sino otros pescaos balurdos, que les mochaban la cabeza para que no los identificaran, parecido a lo que hace el gobierno con uno.

Con los centavitos que Magoya dejó para la manutención de su ejército, entonces salieron a la carretera, así a pleno día a comprar cigarros y munición de boca. Y allí la propia y poderosa mano de Eloy condujo un yip de la exploración de los rángeres, a querer comprar en la misma pulpería, y mismo día, y a la misma hora, que es lo más bueno. Los campesinos recogieron esto para la Historia:

Un día en una bodega
el Magoya se surtía,
sus tropas distribuidas
cuidaban todo el sendero.
Y un lejano ronrroneo
de un carro que se acercaba
Compa Sixto lo esperaba
cuando Calderón lo vio
y unos tiros le soltó
con el arma que portaba…

O sea, que en el yip venía Calderón, aquel que se entregó a los guardias y después llegó a victimar a los campesinos del Junco. Y entonces el traidor miró a Sixto, que estaba vigilando en la orilla del camino, pero lo confundió con uno dellos mismos, y detuvo el yip como para preguntarle algo. Calderón lo reconoció y le tiró con una pistola browning nuevecita.

Salió Magoya de la bodega hecha un etcétera volando tiros, y todo el mundo a rafaguiar. Que los tres que acompañaban a Calderón allí quedaron, y este pudo salir corriendo, pero no tanto. Como el gato que lanzamos del bloque 2.

¿Qué es aquello que se ve
–camarada– en aquel cerro?
La cabeza'e Calderón
que la va arrastrando un perro.
Por eso es que todo el Pueblo
a la Guerrilla le pide
que al delator lo castigue
fusilen a los traidores
ajusticien desertores,
así como Juan Galindre.

Que así se llamaba en realidá ese coñoesumadre.

El Destacamento Miguel Noguera siguió realizando sus patrióticas averías. Emboscaron a los cazadores que prefieren morirse por defender a Caldera y a Rómulo, y que sus mamás lloren bastante cuando los vean llegar de vacaciones, pero empacados en una bolsa plástica.

A Bolívar tienen que haberle dado lástima las mamás de los españoles y sus aliados criollos, pero si se hubiera puesto con sentimentalismos más de la cuenta, entonces un coño hubiera libertado.

El fal culata esplegá
orgullo del Occidente,
la Guerrilla con su gente
capturó allá en Las Guabinas.
El Momo con la Cochina
y Serapio rafaguiaban;
Compay Nico rastrillaba
su escopeta sin demora.
Magoya con trazadoras
a la guardia aniquilaba...

Llegando a un caserío, sentimos algo, nocturnamente, jadeante, sudoroso y rompiendo monte en dirección a nosotros. En principio

se pensó en alguna danta incauta con ganas de que la apuñaliáramos, ya que no se podía hacer tiros que delataran nuestra benéfica presencia en los valles del norte de Yaracuy. Entonces vemos que es persona individual que viene zumbada y reventando bejucos con el pecho por el medio desos rastrojos y espineros. Lo cual no dejó de sorprendernos ya que solo nosotros tenemos la vocación y la virtud de andar de noche por los montes. Que uno quisiera andar por la avenida San Martín en una moto 750, haciendo sus subversiones, así tranquilo, a pleno sol, pero es que los polizontes no dejan.

—¡Alto en nombre de la Ley!

Y le ponemos los chopos en los cuatro puntos cardinales de la barriga, a lo cual el tipo dice ¡ay! y se desmaya sobre sus propios orines.

Alarmados, Renán y Medina se van al pueblito, donde había algunos amigos, a averiguar a qué cosa tan terrible le hizo venir huyendo este infeliz. El Curro y yo lo quedamos cuidando, y le echamos agua y le pusimos a güeler vaporú hasta que se despierta y se pone a temblar como cabro tierno. Entonces le damos cigarro y algo de confianza, y ya nos pregunta con voz de motor viejo que quiénes éramos.

Como no nos iba a creer la tradicional mentira de que éramos tropa militar del gobierno, para poderlo despistar, le dijimos que éramos del hampa, que no cabíamos en Caracas y estábamos emigrando hacia el interior del país.

Entonces ya se fue calmando y nos dijo que menos mal que se había encontrado con nosotros porque venía de haber violado a una niña de once años y que la había dejado medio muerta y que le venía juyendo a una bandada de campesinos, que venían persiguiéndolo con machetes bien afilados...

—Sí, hombre, menos mal que se topó con nosotros, ya que nos estaba haciendo falta un especialista en eso. Fíjese que mi profesión es degollar a la gente y el Curro después les saca los riales y los dientes de oro, sin que se den cuenta.

—¿Y los otros dos?

—Despreocúpese, Renán es profanador de tumbas y sacador de manteca de muerto, y Medina, salteador de autobuses.

Entonces regresan dichos compañeros y quedando Medina al cuidado del delincuente, nuestro jefe nos explica lo que nosotros ya sabíamos, y que la gente del caserío se había reunido para hacer un juicio público, quedando las FALN encargadas, como Ejército de los Pobres que es, de ejecutar la sentencia.

Le decimos al tipo que no lo podemos aceptar, así no más en nuestra banda criminal, ya que sus antecedentes eran muy escasos. A lo que nos responde que no, que él había sido sapo de la PTJ en Barquisimeto y mató comunistas que jode cuando lo de Puerto Cabello.

Ahí fue que lo felicitamos, y le dimos bastante de comer, para que no llegara con hambre al más allá.

Nos fuimos unos kilómetros más adelante, escondiéndonos provisionalmente en un bosque de guamo, cerca de un maizal, y una casa, señal de que había agua cerca.

Los chamos nos quedamos en el campamento. Los otros salen a buscar unos bastantes mililitros del preciado líquido para ver si cocinábamos unos espaguetes a la boloña, sin boloña. Y comienza otra vez la guerra porque un soldado cabeza ‘e güevo que estaba montado en el techo de la casa, vigilando el pozo de agua, disparó, y aunque no le pagó a Renán, este siempre chilló como una guacharaca cuando le zampan una pedrá.

Pero Medina lo defendió a tiempo, cayendo el boinaverde del tejado, como bruja precisada por Mamajuana.

Y aparece una compañía de guardias regüeltos con polizontes y demás traidores a la Patria a quererse ensañar con nosotros y nosotros a correr por un cerro pa’rriba hasta las once de la noche, que nos sentamos a esperar que amaneciera. Con la boca abierta, a ver si agarrábamos algo de rocío y lo que caían eran moscas.

A las cinco de la mañana seguimos, pero no en dirección a la montaña, ya que jamás ni nunca ha existido agua por esos lados, mucho menos campesinos.

Por lo que íbamos a media falda, paralelo a la carretera, desde donde acechaban los rángeres, conocedores de nuestra difícil situación hidráulica.

En este capítulo es aconsejable que el lector entienda que nos encontramos en una región desértica, con algunas planticas y un calorón bien arrecho. Que solo los terratenientes dueños de hacienda son los que mandan a hacer unos pozos así anchos con tractores, que se llenan de agua de lluvia a los varios años, y el enigma es de dónde vienen los pescaos que le salen después. Que el Primo decía que, cuando Pérez Jiménez, cayeron guabinas del cielo en Churuguara.

Como a las doce, Medina, recalentado, se va por unos pajonales, tipo caimán, hacia uno de esos pozos, y logra traer dos cantimploras de una agua jedionda, gelatinosa, marrón y salada, por culpa de las vacas que les gusta chapotear y orinarse.

A la una de la tarde, y con la lengua seca como la de los loros y la sensatez algo deshidratada, nos dirigimos a un ranchito, donde a lo lejos se miraban unos barriles. Saliendo del monte y tomando el caminito hacia los... ¡Alto! ¡Alto, carajo! ¡No se mueva nadie!, y nos montan un fusil a nuestras espaldas. Seguimos caminando como pacíficos mapaches, como si no es con nosotros, y dando tiempo a que las neuronas de la astucia tomen el lugar de las del miedo. A lo mejor, si Renán corre, o le dispara, nosotros lo hubiéramos imitado, pero como no lo hizo. Y el cazador vuelve a gritar "Alto, alto" y nos perseguía como a guarandoles. Y Renán se voltea y le dice:

—¿Qué coño es lo que te pasa? ¿No ves que somos nosotros?

—¿¡Quiénes son ustedes!?

—¡Los mismos, hombre, los de Yumare! –y seguimos caminando.

—Pero, ¿de qué pelotón?

Y Renán de nuevo se voltea, pero con cara de oficial arrecho y le ordena al cazador:

—¡No, joda! Aquí adelante de nosotros van unos guerrilleros... Métanse ustedes por la izquierda, para que le salgan al flanco y los jodamos.

Y el cazador pendejo, y otros que llegaron a presenciar nuestra estratagema, obedecieron a Renán, mientras nosotros salíamos despavoridos en dirección a la maleza, pasando por un lado del rancho de los barriles, donde estaban otros soldados que sí se dieron cuenta de la artimaña y los grandes remiendos que teníamos en los pantalones y las alpargatas del Curro, y nos empezaron a disparar.

A lo cual, cuando ya nos metimos al monte, Renán ordenó sacar las vietnamitas, los cables y todo, yo pensé que para botarlas, por lo del peso y agarrar más velocidá. Y entonces no, las instalan, en la orilla del monte, en dirección adonde venían los gachupines.

Y se miró clarito que salieron volando de a pa'tras. Y todos desguañangaos.

Nuestra única baja fue la olleta de cocinar, que nadie la quiso seguir cargando, por el bullarangón que llevábamos en la estampida. Cabe recordar que ese día en realidá no estaba previsto semejante desastrón, sino que andábamos en busca de agua, reivindicativamente, como cualquier habitante de los cerros de La Vega.

Siendo como las tres, en lo alto de una loma pelá, descansando de la carrera que nos pegó un helicóptero, ya nos disponíamos a perecer de la sed, el hambre e intoxicados de tanto pólvora y jumarera de explosivo. No es nuestra intención que las futuras generaciones confíen mucho en cosas sobrenaturales, pero, históricamente, esto, así sucedió:

Con los ojos desorbitaos y la máquina fundida. Medina se arrodilla... y levantando los brazos al firmamento, grita:

—¡Ánimas del Che y Simón Bolívar!... Ustedes que fueron unos guerreros tan arrechos... ¡No dejen morir a estos, sus hijos!...

Y la Muerte, yo la vi cuando se fue toda arrecha, porque una nube negra y gorda (como Mamá Inés) llegó tiernamente a derramarse sobre nosotros.

Entendimos los plásticos en forma de V para recolectar las salvíficas gotas para así llenar nuestros radiadores y cantimploras.



Capítulo 29

Y así nos fuimos hasta que al día siguiente nos agarró otra vez la sequía, y el Curro fue el que se desmayó, porque de güevón se puso a mascar un cubito mayi desos bien salaos. Tocándome ahora ir a buscar agua dentro de una de las represas esas.

Cuando ya estoy llenando las cantimploras viene el Iroquis con sus ocho cohetes aire-superficie, que por lo que se ve, lo tenían merodiando los pozos y no pudiendo yo correr a esconderme sin que me detectara, me quité la ropa verde, junto con el fusil y las municiones y las hundí dentro de la laguna, que no tenía sino como dos cuartas de profundidad y me puse a bañarme tranquilamente, como si no fuera conmigo, pero en realidad, muy pendiente a que me tirara un poco de napalm, fósforo blanco o me ametrallara con la 7,62.

Estuvo estacionado un rato en el aire, y a mí, ni ganas me daba de mirar pa'rriba, sino que seguía chapoteando tipo quelonio. Hasta que se cansó, y se fue a seguir buscando a los guerrilleros reventadores de minas. Porque uno desnudo no se diferencia en mucho de cualquier pobre diablo. Que Medina y Renán tenían ganas de tumbarlo desde hace rato, pero les daba lástima que me cayera encima.

Entonces el Curro no se murió ni mucho menos, sino que seguimos así varios días, bebiendo rocío por la mañana, chupándolo de las hojas y los huecos de las piedras con tubitos de bolígrafo. De allí nos fuimos adonde el campesinado a comernos un ovejo, de donde sacamos fuerzas de irnos para río Tocuyo, Riecito, Agua Linda, escaparse de ahogar en el río Los Remedios y aterrizar en María Díaz, y luego reavivar la subversión por los lados de La Cruz, San Luis, Curimagua, Cabure y Pueblo Nuevo. Y darles sus visitaditas a los fabricantes clandestinos de cocuy, que al vernos de uniforme salen corriendo, pero que después vienen y se alegran cuando ven que no es la guardia, sino los duendes de la Liberación, buscando cómo

echarle un nuevo susto al gobierno, que no lo pudimos hacer porque nos localizó Tenorio acampados, y que matamos un pájaro extraño que cuando lo estábamos asando empezó a inflarse como que quería echársenos encima.

Nos dice que tenemos que irnos a pie hasta Morón, estado Carabobo, que eso lo manda a ordenar la comandancia, a lo cual sacamos un mapa y vimos que eran más de trescientos kilómetros en línea recta, y como ochocientos si se toman en cuenta los zanjones, güecos y quebradas, y las montañas, lomas y serranías, y además el guerrillero nunca camina así recto como una danta, sino que se va desviando a beber cafecito, a comer arepa con ñema, y a predicar sus cuestiones.

Que lo mejor es que nos vayamos en carro, que estamos en el siglo xx, que Molina se clavó una espina de tuna en la rodilla y se le infectó por andar persiguiendo a un chivo. Porque si no vamos a llegar tarde a la ofensiva final, y los de la oposición van a agarrar los mejores puestos y uno va a quedar de policía, y los muchachos le van a estar diciendo "policía caraota fría, guarda los güesos pa'l mediodía...".

Es bueno recurrir a un mapa desos que venden en las gasolineras e imaginar un recorrido automovilístico por Caujarao, Coro, La Vela, Cumarebo, Yaracal, Sanare y Tucacas.

Veníamos muy ufanos en una camioneta ranchera, abrazaos con unas muchachas bien revolucionarias, tranquilas y bonitas. Hasta hermosas de cuerpo se vuelven las que pelean por ver libre a su Patria. Que cuando lográbamos pasar algún retén o alcabala, sin novedad, porque los guardias no andaban pendientes de ñángaras, sino de la llegada de sus relevos, para ellos poder participar en las tradicionales fiestas de fin de año. Entonces besábamos a las muchachas, de la alegría. Y así seguíamos la besuquiadera y la agarradera, y el despelote en esa camioneta, que ya el papá de las jevas la aceleraba y la frenaba a cada rato, de repente, a ver si las soltábamos.

Después se tranquilizó cuando nos cambiaron de vehículo, ya para entrar al pueblo de Morón, en donde compramos algunos regalos y misceláneas y ron y botellas de ponche crema, y un panetón papa ir a celebrar el Felizaño con nuestros hermanos.

Después nos desembarcaron en la orilla de unos cerros frente a la refinería Mobil, desarmados, porque el carro que traía nuestro instrumental de hacer la Libertá había tenido algunos problemas. Sabiendo que en lo alto de la loma estaba Máscara Negra con un pelotón de compañeros, accedimos a subir, y así, y que después nos las mandaran.

Tenorio conservaba un revolvito con tres tiros. Cuando estábamos subiendo comenzó una llovedera, la cual combatimos con un trago de ron cada cien metros, y alegres de felicidá de poder volver a ver y retozar con nuestros antiguos camaradas de armas. De celebrar juntos el año nuevo, y de encontrarnos tan cerca de la capital y de tan importantes centros económicos, políticos y militares.

La Guerra de Independencia cobraría ahora una nueva dimensión. Se trataba de llevarla adonde más le dolía al enemigo, y donde más se concentra la población económicamente arrecha, que era en definitiva la que tenía que insurreccionarse, y dejarnos a nosotros –las fuerzas regulares de las FALN y Bandera Roja– los golpes que ameritasen de más organización, disciplina y técnica.

Resulta que cuando las estudios del “viraje táctico” fue que se descubrió que Venezuela ya no era un país neta y exclusivamente feudal. Que a raíz de la explotación petrolera, fue donde el gobierno y los terratenientes agarraron riales para poner grandes fábricas, comercios y emporios agroindustriales, por lo que el modo de producción capitalista pasó a ser el principal, trasladándose del campo a la ciudad y zonas suburbanas, la actividad productiva fundamental de nuestro país venezolano.

Por lo que, cada vez más, los campesinos y pequeños propietarios emigraban a las ciudades y se proletarizaban o se ponían a vender chicha, parrilla o lotería. Y además, después los fueron echando de los trabajos cuando este desarrollo se estancó por culpa

de la misma dependencia con lo gringos, que jamás ni nunca van a dejar que un país como los de nosotros haga su propio camino en los mercados internacionales, y además no dejan hacer negocio con el Pacto de Varsovia.

Y viene la crisis, y no hay más desarrollo ni nada, y llega el momento de que tampoco el capitalismo puede resolver nada, y que para sobrevivir, entonces profundizan la explotación a los trabajadores, desemplean a una cantidad de gente, que tampoco se pueden regresar al campo por estar abandonado, porque los ricos no van a estar invirtiendo sus riales en sembrar ñame, ocumo, quinchoncho o tapiramo, siendo que es más fácil parasitar del petrolio o mandar a sembrar mariguana en Colombia.

Entonces, en Venezuela, por más que se produzcan cosas manufacturadas, se satura el mercado interno y viene la sobreoferta porque además los pobres que somos los más bastantes, no tenemos riales para comprarlas, y ahí es donde los del gobierno y los ricos, ya están inventando invadir a la hermana República, a Guyana y a las Antillas Menores para venderles a juro las vergas. No sé muy bien cómo es que los economistas explican estos fenómenos, pero que a uno le arrechan.

Volviendo a lo que nos interesa, entonces a estas alturas del desarrollo capitalista, que hasta monopolios hay, nosotros habíamos insistido en propagandizar y hacer la guerra santa en las montañas más ignotas y recónditas, que hablar con cien campesinos, había que pasar tres meses caminado, tres descansando y tres estudiando para no estarles diciendo lo mismo de siempre. Que ya el gobierno nos estaba dejando quietos para que nos fuésemos convirtiendo en coyotes, y nos hartara la leismaniasis, y malmatando soldaditos, por allá de vez en cuando. Estábamos, pues, no tanto, como pez en el agua, sino como pez en las nubes.

Se trataba ahora de cómo apoyar más el esfuerzo revolucionario en la clase obrera y sus hermanos los desempleados, que además de aportar la ideología de todas las revoluciones modernas verdaderas, desde hacía ya rato, iba asumiendo su papel de fuerza motriz

principal. Comprendiendo eso, estábamos, pues, ubicándonos en las llamadas zonas suburbanas, alrededor de las grandes concentraciones citadinas, cerca de las grandes carreteras, gasoductos, oleoductos, líneas eléctricas y de comunicaciones. Y en nuestro caso, en medio del importante triángulo productivo de Morón-Valencia-Caracas, pasando por Maracay.

Tampoco era asunto de meterse así no más a los barrios y a las fábricas, así con los fusiles, barbudos, sucios y remendaos, sino establecernos decentemente en lugares boscosos cercanos, y de allí conectarnos con más facilidá con las organizaciones obreras de los barrios y estudiantes. De civil, bañadito, con su pistolita con silenciador, y regresarse de noche a dormir en el monte, para no estar gastando en pensiones y hoteles de mala muerte, y utilizando la montaña para tener donde entrenarse, públicamente, sin que nadie lo vea, guardar bastantes armas y comida enlatada, fabricar minas, y lo que es más importante, garantizar la continuidad estratégica de la guerra, porque al prepararse pacientemente, y darse las grandes insurrecciones en los centros poblados, lo más probable es que los gringos no aguanten tanto relajo e invadan tipo Santo Domingo. A lo cual hay que prever, que si no podemos pararlos en seco, entonces para eso es que están los montes, para salir esmachetaos organizadamente, pero no los cuatro gatos de siempre, cenizosos y llenos de sectarismo, sino junto con verdaderos batallones populares, con los cuales poder librar la guerra de movimientos, revuelta con guerrillas y sabotajes, y guerra de posiciones, según el caso. Previéndose entonces el gran papel que jugarían los campesinos propiamente dichos, en cuanto a aseguramiento logístico e informativo se refiere, y en experiencia en eso de volar cabezas con machete.

Cerca de las doce llegamos al caserío todos remojados, escuchándose palpablemente las jacarandosas notas de "yo no olvido al año viejo porque me ha dejao cosas muy buenas", y uno con ganas de cumbanchar, con su limón en el bolsillo, y con ganas de llorar, y después de correr, porque detrás de un palo sale un desgraciado a volarnos una cruel ráfaga, que Tenorio se la capeó con unas

volteretas muy apropiadas, y todo el mundo salió juyendo por una bajada botando litros de ron y panetones.

En medio de la escapada siento aquel gran cuerazo en el pecho, me caigo y me toco la sangre saliendo, y que ahora sí que me jodí, y la Muerte corriendo y acercándoseme con los dientes pelaos... y diciéndome.., ¡Felizaño!... ¡Felizaño!... ¡Felizaño!... que casi no le oía por la cantidad de escándalo que hacían los cazadores con sus tiros y granadas.

Pero todavía me siento con fuerzas, sobre todo ideológicamente y el miedo de causarle priocupación a mi mamá. Me incorporo y vuelvo a alzar vuelo, y es que me vuelve a botar patas arriba el cerco de alambres que yo no había visto. A pesar del nuevo coñazo en la quilla, me tranquilizo provisionalmente al darme cuenta que no son mortales las heridas producidas por los grandes jincones de las púas del alambre.

Paso por debajo... y sigo por un zanjón, despavorido, quebrando palos... ay... ay, y en un recodo, por suerte, encuentro a mis hermanitos. Caminamos un ratote, hasta que descansamos todos mojados, y así pegados como si fuéramos cochinitos mamando. Hasta que amaneció, y nos dejamos de pendejeras y salirnos del monte en busca de las grandes masas de Morón, que si uno no confía en eso, pues ya nada le queda en qué confiar. Entonces nos fuimos por la vía del ferrocarril, cantandito, como carajos vagos matadores de lagartijos o cogedores de burra. Luego, botamos las piltrafas de ropa civil que nos quedaban, que la traíamos toda ripiada por los cercos y espineros, y además no era ropa fuerte, sino desa majunche que venden los turcos en Coro.

Nos metimos al río que pasa por el lado del pueblo, para llegar a él, y que la gente creyera que éramos humildes bañistas que regresábamos a casa después de quitarnos el guayabo, y no afligidos guerrilleros.

Como era de esperarse, los obreros petroquímicos nos dieron la mano a través de unos sindicalistas del MEP, que nos transfirieron al campesinado a través del Primo Dámaso, que nos metió en su finquita. Y nos consiguió una escopeta morocha que era del Mugre,

su compadre. Un fusil FN-30 que tenía desde lo de Puerto Cabello, y un machete, que un día le tocaba al Curro y otro a mí. Y se nos incorporó Frijolito, un güerfanito que él había adoptado, y hasta las hijas de la vieja Carlota llegaban a darnos caloría.

Allí nos contaron que a Máscara Negra y a su gente los había delatado un tal Mocho Siliett, y por eso les cayó el gobierno en la mañanita del 31, y casi los matan, y a nosotros, por no haber sabido eso.

Una vez al Primo, que llegó nuevo a un campamento, le dijimos que la Cochina no era de Propatria, sino árabe. Y Magoya, serio, se lo asignó para que le enseñara a hablar y a comportarse en la montaña. A lo cual el Primo estuvo como medio día enseñándole cómo se llamaban las cosas y a contar. Y la Cochina repetía (y nosotros gozando una bola). Entonces lo lleva a comer y la Cochina hacía que se pegaba contra los palos y se enredaba en los bejucos. Pero lo descubrió cuando lanzamos la carcajada general porque el Primo le reclama a Magoya:

—¡Ah no, Primo! Este hombre será muy arrecho allá en el desierto, pero aquí en este monte 'ta jodío.

Pero en aquella ocasión, que el Primo nos recibió tan descalabrados, andaba tan contento ya que por fin había logrado contacto con la Revolución, que lo había perdido desde el 62, que un sábado fue a celebrar eso con los suyos en las cantinas de Morón.

Se metieron como veinte litros de anís, alegres por habernos rescatado de manos de la incertidumbre y del gobierno. Entonces el Mugre, que era un viejito negro como de setenta años, se salió y se montó arriba de un autobús a dar mitin: "¡Pueblo de Morón! ¡Hermanos!". ¡La hora de la salvación ha llegado!, y miraba así para los cerros donde nos tenían escondíos a nosotros, y viendo el Primo que la cosa podía terminar mal, y que la gente se aglomeraba, le brincó encima y lo tumbó, y la policía siempre se los llevó presos, pero por alteración del orden público. Salvándose Frijolito, que fue quien nos avisó, mandando nosotros los riales de la multa para que los sacaran.

Luego, al tiempo, el Primo recuperó nuestros fusiles, e hizo las diligencias en la montaña por las cuales nos pudimos arrejuntar con Máscara Negra, y salimos todos por los montes aledaños al pueblo del Cambur.

Entonces, ya un poco más civilizados y de ver carros y gente, nos dio ánimo de seguir ubicándonos más estratégicamente, y así fuimos a trancar utilizando variados medios de locomoción hasta Choroní. Un destacamento al mando del Primo regresó a Morón y desbarataron una camioneta power con quince guardias adentro, de los mismos que quemaron las casas y se llevaron presos a los campesinos del pueblito amigo, cuando lo del 31 de diciembre. A Tenorio lo agarraron haciendo un contacto, y después lo andaban torturando porque no hablaba nada.

Y otra escuadra, dirigida por el Cuñao Poloño, que se arrechaba cuando le decían Rey Pelé, que ya lo estábamos enseñando a hablar malandreao, a montar moto y a echar carros en las aceparas, y aprenderse las canciones del Sexteto Juventú, y que nadie se diera cuenta de que este hermano tenía más de trece años de no bajar a una ciudad.

Se metió en carro hasta Las Trincheras, en la Autopista Valencia-Puerto Caballo, sabiendo por medio del espionaje, que el propio Presidente iba a pasar por ahí un 11 de noviembre de 1972. Se metieron en el monte, detectándolos la guardia, que estuvo ahí cercando y peinando la zona durante más de diez días sin lograr nada.

Porque lo más correcto es estarse quietecito, porque el Negro Poloño es bien astuto, y saca al Primo de civil a explorar y que se da cuenta por dónde estaba abierto el cerco. Por un zanjoncito que daba a una alcantarilla, que por debajo de la autopista el Primo se salía y nos traía agüita y comida, y nos ponía las canciones preferidas en una rocola de una cantina que quedaba cerca y uno escuchaba a las putas: "¡Ay, Dios! ¡Quiten esa música tan capocha!", porque para avisar que había llegado bien sin problemas entonces puyaba la canción "¡con la pata pelá!.... ¡con la pata pelá!... ¡con la pata pelá !... ¡con la pata pelá !...".

Una noche que salió a hacer la misión más importante, lo agarraron unos guardias saliendo del monte y le preguntan que quién era y de dónde venía. Que andaba cazando cachicamos y un perro se le perdió, que a lo mejor le había pasado lo que a otro que una danta lo acalambró echándole agua fría de una quebrada, que es malo bañarse cuando uno viene sudao, y un mapurite le mió la nariz a otro que quedó sin olfato para toda su vida y era incapaz de diferenciar entre un trozo de carne de un piazo ʻe ladrillo rojo, sino hasta que le rechineaban los colmillos y otro que un araguato le metió una estranguladora, así de pura ociosidá porque nada le estaba haciendo el pobre perro y que una vez un caraqueño le vendió un lechuzo pintado de verde a un gocho que quería un loro que hablara inglés, y el gocho le preguntaba: "¿Moris moquis yú?" y el pájaro lo que hacía era voltear y pelar los ojos, a lo que el gocho se contentó ya que aunque no hablara todavía, por lo menos le prestaba atención y lo comprendía.

Y le preguntaba al guardia que si no le había visto el perro, con la gran casualidá de que cerca, en la cuneta de la autopista, había uno desos callejeros que matan los carros, y se echa a llorar... y el soldado se afligió y lo dejó ir a enterrar, y escaparse a buscarnos cables, latas y clorato.

El cerco lo suspendieron, ya fastidiaos, y entonces montamos la emboscada, calculando que el Presidente pasaría en su carro blindado, que de nada le iba a servir, porque por lo menos, ciego iba a quedar del fogonazo de la explosión. El coñazo fue tan arrecho que en Morón lo escucharon, aprovechando el camión color sapamanare para rodar como cuarenta metros, quedándose después quietecito, como el gato, y la gran jumarera, que no deja ver los cazadores en materia de salud. Y a los que vienen en el resto de la columna se les echa una buena fumigada con fal, y los que se salvaron y se pusieron a perseguirnos, entonces los agarraron las trampas cazabobos.

Porque el Presidente mandó adelante más de seiscientos cazadores, regando una pareja cada cien metros, para que lo cuiden y descubrir cualquier embosqueta y tirotiarnos, viéndonos precisados a contestarles con las minas, a lo cual hubiera sido el mayor

desperdicio del mundo, de clavos, grapas y metralla. Por eso es que se decidió rastrillárselas al primer camión de la caravana antes que se bajara la pareja que pensaba descubrirnos a nosotros. Para que se murieran todos juntos, como buenos compañeros.

Exactamente, en este mismo lugar de Las Trincheras, a finales de 1813, los patriotas le pegaron un tuercazo a Monteverde en la quijada. A nuestro cliente le hubiera pasado lo mismo pero multiplicado por diez mil.

De todas maneras uno debe correr y correr, y salir en la noche a un autocine que está al otro lado del cerro, pasar la cerca por debajo, y montarse en unos carros preparados que están viendo ahí la película, donde unas camaradas te guardan el fusil debajo del asiento, te dan una browning nueve milímetros nuevecita, te proporcionan ropa civil, te quitan la barba y los bigotes con una tijerita y con una maquinita, así con agüita del embalse de Guataparo, y te juegan desodorante sin compasión y loción juan naté. Y hasta es posible que una de las ñángaras, la más linda, sea tu novia, a la que no ves desde hace cuatro años, porque las FALN lo tienen todo preparado.

—Fíjate, maracucho –decía Bolívar–, si se deja a los reaccionarios controlar las costas venezolanas, ahí van a tener mucho pescado que comer y van a poder meter desde España las tropas, armas y municiones que les dé la gana. Por eso es que hay que apurar a estos cartageneros, antes de que la balanza de la correlación de fuerzas a nivel continental e internacional se incline definitivamente en favor de los colonialistas.

—Acordate que todavía no hay estabilidad política en la Metrópoli. Que Napolión los invadió, y que sus tropas todavía están ocupadas en perseguir al pueblo y a los gitanos, por lo cual no pueden reagruparlas y mandarlas para acá a corto plazo. Y el propio Reydespaña, mucho menos, que los franchutes lo tienen preso, y no manda ni a su mujer, contimás, tropas expedicionarias desas que pueden venir a terminarnos de joder.

Por otro lado (según los periódicos de la época) los indios guanajuateños, los de Querétaro y unos de Jalisco, acompañaron al

párroco Miguel Hidalgo, que era sacerdote de los buenos así como Chuíto, a hacerle guerra santa y matazón a los gachupines, que así es que le dicen a los realistas en México.

Entonces hasta las vírgenes entraron en combate y no se sabía quién era la propia mamá del Niñojesús. Porque la de Remedios, los gachupines la nombraron Comandante y Generala dellos, y hasta fusilaban las imágenes de la Virgen de Guadalupe que era la patrona de los Arrastrados.

A pesar de que los revolucionarios y la de Guadalupe sufrieron derrota en 1811, y martirizado el padre Hidalgo. Pero no se afligieron, sino se organizaron guerrilleramente bajo el mando de Chema Morelos, cuyo oficio era también de Pastor de Cristo, y hasta liberaron territorios y fundaron la República de Acapulco.

Y eso Bolívar siempre se los agradeció a los náhuas y a los aztecas, que le tuvieran a esos ocupados ahí, porque esas tropas nunca pudieron venir a ayudar a sus amigotes realistas en Suramérica.

—Fíjate, Rafa, que también los argentinos formaron su bochinche y tienen su Poder Popular ahí en Buenosaires y mandaron al general Belgrano a caerle a carajazos a las godos por allá por los Tucumanes, y los está persiguiendo hasta el Alto Perú, por medio de una gran indiada, desos que cuando dan un chuzazo, dificultoso es que sane.

—Rafa, estos colombianos van a creer que estamos locos o que nos la damos de arrechos y no nos van a querer prestar unas tropitas con sus respectivos machetes, para ir a libertar nuestra tierra natal. ¡Cómo ansío ver de nuevo al cerro del Ávila con su suéter verde y su cuello tortuga de nubes!

—Sí, es verdá, Simón Antonio –respondió el general Rafael–. Hay que convencerlos que así como la rebelión contrarrevolucionaria de la provincia de Coro llevó a la caída de Caracas, la destrucción del Poder Popular en Venezuela puede conducir tal sojuzgamiento de Colombia, y de ahí pa'bajo, porque en el Perú se van a arrejuntar con los compinches dellos, y son capaces de romper el cerco que ahí les tienen, y recuperar la Argentina.

Colombianos:

A pesar, pues, de que vengo con las tablas en la cabeza y todo arruinado, porque les cuento que si me agarra Monteverde me hubiera guindado del pescuezo, por lo que tuve que salir en carrera para Curazao, con la gran suerte de encontrarme con Memo Cubillo que fue el que me trajo para Cartagena, en su famosa piragua, donde me encuentro gozando de las balsámicas brisas del Caribe.

Presento, pues, a los costeños, rolos y cachacos, un Plan para libertar a Caracas, que a ustedes les conviene, no vaya a ser que los pendenciaros españoles se les metan para acá y los acaben a ustedes sin contemplación ninguna, así como los demás reductos de Libertá que quedan en la América Meridional.

Caracas, cuna de la Independencia Colombiana, debe merecer su redención como otra Jerusalén, a otras Cruzadas de fieles republicanos y estos republicanos no pueden ser otros que los caliches.

Lo correcto es que yo me incorpore al ejército de ustedes, junto con mi pana Rafael Urdaneta, para ayudarlos un rato, mientras ustedes estudian el plan, y me avisan.

A la salida del Congreso, entonces, un oficial ahí llamado Francisco Paula, medio pretencioso, con elocuencia tribunicia y sus bigoticos de ratón, le dice que no, que no estuviera inventando, que Colombia es una vaina y Venezuela otra, que para algo están los límites en los mapas, que mejor es no sacar de aquí un solo soldado, para que se queden cuidando a Colombia, porque es mejor tener pájaro en mano que cientos volando.

A lo que mi General le contesta: "¡Hombre, no sea pingo!".

En el campamento de Barranca, a la orilla del río Magdalena adonde fueron destinados Bolívar y Urdaneta, por las noches, conversaban:

—General Bolívar, no se arreche, que en todas partes nunca falta un necio. Deje quieto a ese oficialucho, no vaya a ser que perdamos el chivo y el mecate.

—Sí, mano, tenés razón, importante es que mientras tanto no se nos oxide la imaginación.

—Ni las espadas, que es mejor que se les gaste el yerro descabezando españoles, aunque sea aquí en Colombia, y no que se nos oxiden por falta de uso... General, cambiando el tema, por fin, ¿qué opinión le merece el viejo Miranda después que capituló en 1812, rindiendo nuestras fuerzas a Monteverde?

—Rafa, no se debe ser tan ligero en las vainas, ni estés llamando viejo al Precursor. En 1781, cuando ni tú ni yo habíamos nacido, ya estaba ayudando a los malagradecidos gringos en su lucha contra Inglaterra, en la Florida y las Bahamas.

Después anduvo un rato buscando ayuda internacional para nuestra causa. No hubo país de las Europas que no visitó. Dicen que en Génova miró las reliquias de un trozo de la cola del burro con que Jesucristo entró a Jerusalén. En la Francia revolucionaria no le dieron ayuda inmediata, pero lo dejaron incorporarse humildemente al ejército, para que los ayudara un rato a espantar a los contrarrevolucionarios y le dieron tropas, con las cuales llegó combatiendo hasta Amberes y Holanda.

Pero no pudo conseguir la ayuda prometida, porque los de la Comuna se dividieron en los jacobinos y girondinos, según el caso, y aprovechó Napolión y los reaccionarios para derrotarlos, así como Monteverde a nosotros. Fíjate, Rafa, que el mismo Napoleón opinó de Miranda que "es un Donquijote con la única diferencia de que no está loco".

Entonces tuvo que salir en carrera para Inglaterra a ver si le sacaba algo de ayuda a los pérfidos albiones, que como tú sabes no son revolucionarios ni mucho menos, pero querían aprovecharse dél para sus planes de relevar a España en sus dominaciones coloniales y chantajiarla. No hay que confundir eso con internacionalismo proletario, como el que nos están dando los colombianos.

Allí en la city de Londres aprovechó para esclarecer políticamente a Bernardo O'Higgins, San Martín, Nariño, al cubano Caro, y a mí, y buscar cómo organizarnos aprovechando las estructuras secretas de

la masonería y el espiritismo, porque más nada logra allí donde esos bretaños. Se largó donde los gringos, quienes a su vez quisieron utilizarlo para apoderarse más rápido de México, Centroamérica, Cuba y Puerto Rico, y dicen que aquí mismo en el Sur, tienen desde ya infiltrados sus agentes dentro del mismo Ejército Patriota.

Ahí le alquilan un barco viejo, porque nada le regalaron los yanquis, al que le puso la bandera amarilloazulirroja. Llegando a Haití, Primer Territorio Libre de América, allí sí lo ayudaron de corazón y hasta dos barquitos le regalaron.

Desembarcó cerca de Coro, sabiendo la gran repercusión que había tenido la gesta de José Leonardo.

Rafa, allí, a pesar de derrotar temporalmente a los españoles y clavar la bandera por primera vez en suelo patrio, nadie salió a recibirlo ni a incorporársele, porque casi nadie lo conocía, ni se acordaba de él, ya que tenía treinticinco años de no estar en Venezuela (y eso es lo que yo no quiero que pase con nosotros), y el que lo conocía lo tenía por pirata inglés peor que el Capitán Garfio. Y, además, con tanto tiempo fuera, hasta es posible perder la noción exacta del nivel y volumen de la lucha de clases en un lugar determinado.

—Mira, Simón Antonio, y además era blanco, y los indios y los negros no iban a creer en él, así no más.

—Estás en lo cierto. Cualquier esfuerzo internacionalista que no esté en sintonía con la real actividad política militar del Pueblo en cuestión, y en coordinación estrecha con la vanguardia nacional, no deja de ser un hermoso, heroico, y siempre agradecido gesto. Pero no por mucho madrugar amanece más temprano.

Tampoco hay que caer en el otro extremo de despreciar las experiencias revolucionarias de otros pueblos, y renegar orgullosa y sectariamente de toda ayuda, o simplemente no procurarla con humildad, por creer autosuficientemente que vamos a poder solitos contra el imperialismo español o cualquier otro.

También habrá que comprender a quienes quieran ayudarnos, pero no pueden, por el momento hacerlo al nivel que nosotros lo deseamos. Que no es el caso de ese oficial, que de pichirre y mente

de araña, no solo no quiere arriesgar nada con nosotros, sino que pueden hasta perder su propio territorio, y agarrando los españoles la cordillera andina, será como el que logra coger un cachicamo por el rabo y le da varias batidas contralsuelo.

Para terminar, te diré que después del 19 de abril, que llamamos al general Miranda para que se hiciera cargo de las nacientes tropas republicanas, hizo lo que pudo frente al cruel Monteverde, pero acostumbrado a pensar con lógica europea, donde se respetan los armisticios y las guerras se hacen con decencia y caballerosidad. A lo cual, esta pléyade de coñoemadres no respetaron nada y se lanzaron en ofensiva contra Caracas, y colgaron de los palos a todo el mundo, siendo que nada de eso contemplaba la capitulación que firmó Miranda.

—Yo creo que también él estaba acostumbrado a mandar tropas regulares, desas veteranas que tienen el uniforme igualito y tienen el hábito de obedecer, y hasta con toques de clarín los dirigen. Imagíneselo, tratando de aplicar sus amplios conocimientos y habilidades estratégicas con toda esta caimanera semidesnuda y mal armada, que de tanto pegar berríos, no escuchan las voces de mando. Y las pocas charreteras mantuanas que lo siguieron después lo abandonaron cuando habló de darle la Libertá a los esclavos para que lo ayudaran...

—Bueno, Rafa, ya está bien por esta noche. Dejemos la criticadera. En ese tiempo éramos subalternos y no teníamos tanta culpa. Ahora que pensamos asumir la conducción de las acciones en Venezuela, lo que venga será responsabilidad de nosotros.

—¡'Ta güeno!

El río Magdalena estaba como el Guaire, completamente sucio e infectado, pero de malechores españoles, con lo cual los patrióticos habitantes de la República de Cartagena no podían comunicarse con el interior del país, ni con la República de Tunja, ni mucho menos con la de Cundinamarca. Que esos eran los tres toletes en que se les ocurrió dividirse a los colombianos para que los jodieran mejor los españoles.

Por eso es que tenían a Simón Antonio y Rafa Urdaneta, junto con otros cuidando la posición ribereña de Barranca, para defenderla de la delincuencia ibérica, que ya iba creciendo y agarrando cuerpo, y haciendo lo que le salía del forro.

Por otro lado, Bolívar explicaba a su también pequeño ejército loco de setenta hombres que había que hacer algo porque Santa Marta había vuelto a caer en manos de los imperialistas, que allí se estaban apertrechando marítimamente desde Cuba y Panamá. No podemos quedarnos aquí en este monte y esperar pasivamente que nos vengan a cercar y joder.

Entonces dice un sargento costeño: "Mi general, lo que pasa, vea y le digo, es que no tenemos órdenes de movernos de aquí". A lo que Simón le contesta "Y que cómo coño van a estar llegando órdenes de la comandancia. ¿Quién carajo va a traernos nada con tanto bandido emboscado por esos caminos y en el río?".

—¡Pueblo de Barranca!

¿Qué prefieren, esperar a que vengan a pegarnos fuego los españoles, en el mejor de los casos morirnos de moquillo o lagaña, o convertirnos en los Libertadores de América?

—¡Nos fuiiiiiiiimooоos! –gritaron unos acordioneros ambulantes que ya estaban terminandito una canción, que sirvieron de vanguardia porque la gente pensó y comentó entre ellos: "Vea, hermano, sin música es verdá que no vale la pena de quedarse en este piazo 'e pueblo".

Al día siguiente, el 22 de diciembre de 1812 ya eran más de cuatrocientos los que acompañaban a Simón por el Magdalena aguas arriba, encaramados en lanchas, chalanas, balsas, canoas, curiaras y cayucos.

Por lo que ese año, el Festival de Guararé se tuvo que celebrar en el agua. Cada nave de la flotilla llevaba su propio conjunto vallenato e iban haciendo competencia y tocando tan sabroso que hasta un salamandro le metió un coñazo a una tortuga que no quiso bailar con él adentro 'el agua. El 23, la chusma se tomaba por asalto a Tenerife, de la manera más feliz e impetuosa. Y el 24, en la noche, mi

General daba permiso a tres compañías para que hicieran bailadera y relajo después de lavar el pueblo con creolina y pinesol, por lo de la sangre, y espantar a los zamuros.

Ya, a Mompox, le cayeron más de ochocientos sin camisa, que para poder dirigirlos impartía las voces de mando a través de un pelotón de acordioneros que había organizado para que se pudieran escuchar en medio del humo y las gritoleras, explosiones y el rechinear de los chuzos contra los güesos. De ahí siguieron arrancando la mala yerba hasta Puerto Leal, pasando por Chiriguaná, El Banco y Tamalenque.

Para la toma de la calurosa ciudad de Ocaña entonces el sargento le dice al General:

—Vea, jefe, yo creo que está comenzando a orinar fuera del tiesto, con eso de salirse del río y apoderarse de esa ciudá...

—Bueno, ¿usté es pescao o es que quiere que se lo ingiera el hongo, la mazamorra o el sabañón en las patas?, que es lo único que produce el estar zampao adentro 'el agua. Además, para poder volver a Barranca hay que esperar y tener paciencia que los cocodrilos se masquen a los muchos cadáveres muertos. Mientras tanto, vamos a pasar aquí el Felizaño y aprovechar para limpiar las armas, para que no se sarroseen.

En la toma se utilizó la estratégica táctica de hacer sonar a los acordiones como pito de tren, ¡FUUUU - FUUUUUN! por los cuatro puntos cardinales, para que los gallegos creyeran que la ofensiva era con ferrocarriles, que como en Ocaña no había rieles entonces se iban a llevar todo por delante y pasarles por encima y rematarlos con el machete. Por eso los impíos salieron despavoridos a esconderse en Venezuela, que como sabemos, allí estaba la macolla de la reacción y el imperialismo.

Pero Simón, sabiendo que cierta gente no lo iba a apoyar con eso de meterse a perseguirlos pa' dentro de Venezuela, escribió a sus novias, amistades políticas y amigos de parranda de Cartagena, para que lo ayudaran a conseguir ese permiso. Además, ya no era

general de fantasía, ni tan imaginarias sus tropas. Había más autoridá.

—Rafa, a lo mejor nos van a joder por desobedecer las órdenes y no esperar en Barrancas…

—No, hombre, despriocúpese, que lo que es de la mondá, a la bragueta llega. Es obvia la gran ayuda que hemos prestado limpiando el río y haciendo eliminación. Que si no lo hubiéramos hecho, allí estuviéramos en Barrancas dando espectáculo con los dientes pelaos, sin nariz y un poco de avispas entrando y saliendo por el güeco del occipital, y ya hubiera caído Cartagena si no le hubiéramos abierto esta importante ruta política, militar y logística…

Allí lo que recibe es una carta desesperosa del coronel colombiano Manolo Castillo, pero de los de la República de Tunja. Sin más preámbulos ni protocolos paso a decirle que me venga a ayudar porque no voy a poder defender Pamplona de una gran invasión que está entrando de Venezuela, pero no de turistas sino de mercenarios españoles, que usté nos lo había advertío, vea y se tomaron Cúcuta y ahora somos nosotros los que vamos a salir con las tablas en la cabeza, lo cual puede conducir al total sojuzgamiento de Colombia, y de ahí pa' bajo, porque en el Perú se van arrejuntar con los compinches dellos… y usté sabe.

—¡Ahí 'ta la vaina!

Señor Presidente de Cartagena y Camarones:

Excelencia. Yo sé que usté me quiere estar castigando por eso de mis indisciplinas. Espero algún día explicarle personalmente los resortes de mi aparente y provisional insubordinación, si es que no me matan antes, que nada le voy a poder explicar entonces y, además, cuando se muere por América, sé que la sangre propia es la mejor sustancia autocrítica para lavar cualquier pequeñez o detalle reglamentario, y algunos de los que ahorita piden que me agarre un consejo de guerra, después le van a estar dando pésames a la Carmen, y diciéndole ¡ay! tan bueno que era Simón

Antonio y tan internacionalista que era, pero es para estármela apechugando y agarrando.

De todas maneras ahí le adjunto la solicitú de Manolo Castillo, que a pesar de ser de los tunjeños, también es prójimo colombiano. Esto, para que me dé un permiso de irlo a ayudar, y de ñapa, usté se cuida la retaguardia.

A lo que contesta el presidente de Cartagena:

Señor Simón Antonio:

Después arreglaremos cuentas. Vaya a ayudar a Manolo y al Presidente de Tunja. Nada cuesta probar. Quizás vuestra sangre sea el pegoste que sirva para unir a todos los colombianos, que últimamente yo veo que el invasor no está preguntando si uno es costeño, paisa, rolo o cachaco para despescuezarlo.

Este telegrama no lo habían terminado de escribir cuando ya mi General estaba dando las instrucciones finales para atacar al brigadier Correa, jefe de la invasión.

Y el sargento le decía a sus amigos: "Vamos a ver con qué otro invento nos sale el caraqueño, ahí en Cúcuta, que está limítrofemente cerquita de Venezuela.

Solo los lectores familiarizados con estas regiones, que son los gochos, pueden imaginar las vicisitudes de aquel gran ejército de gentes bullangueras y acostumbradas al calor, llevando frío, mojándose y resfalándose para subir a los altos barrancos andinos, que los acordiones ya estaban redondos de tanto llevar coñazo.

La lucha no fue tan larga ni tan sangrienta, porque ahí mismitico los mercenarios se escaparon para Venezuela, y daban rodeo y buscaban cómo infiltrarse de nuevo, así como los somocistas desde Honduras.

De alegre, el presidente Torres, de la República de Tunja, que era un poco más inteligente que el de Cartagena, agarró a Bolívar, y en pocas palabras, lo hizo ciudadano tunjero, así con papeles y

todo, y lo nombró Brigadier del Ejército, aunque desde Barranca, los magdaleneros ya le decían Mi General, que es el grado inmediatamente superior que ganan los revolucionarios verdaderos: de pendejo, a General. A lo cual Simón Antonio aprovechó la coyuntura para pedirle a este un permisito para entrar un poquitico, así no más en Venezuela, escarmentar a Correa, y regresarse, para no seguir cayendo en indisciplina, y componerse, pues.

Camilo Torres, el viejo, era bien clarividencioso y pana de Bolívar, y le manda a través de un correo bien secreto, que si es posible llegue hasta Caracas, pero que formalmente se le concede el permisito solo para llegar a Trujillo, porque resulta que no estoy exento de tener en mi gabinete unos ciertos mentes de araña, que no me dejan las manos libres, así como...

—Mira, coñoetumadre, no me hagas decir groserías porque eso después va a estar saliendo en la Historia. Ya me tenés arrecho, Francisco Paula. Nadie te está obligando a que me ayudes en Venezuela. Si quieres, quédate atendiendo tu pulpería o bajo las faldas de tu abuela. Pero no andés jodiendo ni insubordinándome la tropa. Con la estrategia sí que no acepto indisciplina, yo sí es verdá que le meto su planazo a cualquiera que esté ahí de mezquino.

Además, no me estés llamando loco, ultraizquierdista, ni nada de esas güevonadas...

Los patriotas entraron rotos, hambrientos, malarmados y peludos por el frío así como los frailejones. Así, en abril de 1813, los colombianos pasaron a Venezuela sin que ningún aborigen de este país les exigiera cédula o pasaporte, ni les estuviera diciendo rateros, indocumentados, o traficantes de marimba, ni nada deso, sino que los abrazaban y los querían, porque venían metiendo un gran contrabando y alijo de Libertá.

Bajo el grito de “¡Viva Bolívar!” y “¡Mueran los chulavitas!”, liberan La Grita, Mérida y Trujillo, desatándose por el camino una robadera de ruanas, ponchos y cobijas, por lo de los costeños friolentos. Lugares donde los mantuanos de vieja estofa y los curas le decían a Simón que no fuera tan maluco con los españoles, y que

además no les diera tantas armas y entrenamiento a la pobretería, porque esa gentuza no sabe diferenciar quién es blanco criollo y quién peninsular, y además se las pueden prestar a los negros, que esos no andan preguntando, sino echando espuma y volando machete.

Sabiendo Simón que esa filantropía, lástima y falsa caridad, escondía el temor a una verdadera revolución, y que por esas mariqueras y conciliaciones y asuntos de la cívica, fue que la contrarrevolución agarró cuerpo y se envalentonó y se les tiró encima en 1812, así como el avechucho extraño cuando se estaba asando y nos hizo correr. En Trujillo dio a conocer de manera oficial su Ley del Odio Implacable, mejor conocida en los libros de 5.° grado como "Decreto de Guerra a Muerte", lo cual es una redundancia del Nectario María. A menos que haya incautos que sepan de alguna revolución sin difuntos.

—¡Hermanos latinoamericanos! La hora de la salvación ha llegado. Un ejército de colombianos ha venido a libertaros.

Primero y principal, esta lucha no es guerra civil ni lucha entre hermanos ni nada deso. Es la lucha de todos las que vivimos del sur del río Bravo pa' bajo, contra una invasión extranjera.

Los imperialistas, desde el primer día que pusieron aquí sus patas e ideas jediondas, fueron los que empezaron la matadera de gente, con demasiadísima ventaja, alevosía y premeditación, porque los indios solo lo que tenían eran flechas, fondas desas de matar origüelos y vainas de pescar.

Por el lado de los blancopobres, María Castaña viene siendo una mala madre, porque ahora viene a mandarnos a matar por la simple güevonada de habernos caído mal el tal Emparan, y ni el armisticio con Miranda respetaron. Habiendo también arrasado con Quito, La Paz. México, Popayán y ajorcando, y cortándole las orejas y sacándole los ojos a todo el mundo.

A mí que no me estén pidiendo perdón así de embuste, que no soy como esos frailes que absuelven con aves marías, sin percatarse del arrepentimiento sincero del cliente. Al que yo agarre de ahora

pa'lante sin intenciones de corregirse, sí lo voy a poner a rezar sus "Me confieso a Dios", a ver si tiene suerte en el más allá.

Se acabó la filantropía y la mariquera. El que a hierro mata no puede morir a sombrerazos, que esto lo dijo el propio Chuíto hace más de mil quinientos años. No debe olvidarse que los gatos no pueden vivir sin hartarse de ratones, a menos que se les aplique un largo y severo tratamiento que los capacite a comer tamarindo o nísperos del japón.

Por lo tanto, en uso de mis atribuciones de humano venezolano y facultades de comandante del Ejército Combinado de Cartagena y Tunja y jefe de la Cruzada contra los sarracenos, ordeno:

"Españoles y Canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la Libertad de América. Americanos, contad con la vida..."

Después no vengan a estar lloriquiando hipócritamente, como los que se ponen a descuartizar cebolla y hacer ensalada.

No se pierda los próximos e interesantes episodios, y averigüe usté mismo de cómo Venezuela se liberó de nuevo, por medio a través de los colombianos y Simón Antonio que lo hicieron en una campaña de cuatro meses y seis días, y atravesando más de mil kilómetros, lo cual está comprobado que fueron más, por lo de las zanjas y las quebradas y las vueltas que hay que dar por el bello y vertiginoso desorden de nuestro paisaje.

La estrategia consiste –explicaba el Libertador, haciendo rayas sobre un mapa– en imaginarse que Venezuela es un pabellón, o sea nuestro principal plato típico, aunque Rafa dice que no, que es el mojito de corvina con plátanos verdes sancochaos y tiesos. Entonces nosotros vamos a avanzar como si fuésemos un tenedor en busca de la carne esmechá, o sea Caracas, que viene siendo lo principal. Luego nos vamos comiendo los alrededores, o sea las tajadas, las caraotas y el arroz, que vienen siendo estas provincias circundantes. Ya que no podemos liberarlo todo de una vez, dado a lo hirsuto de nuestras fuerzas.

Los dientes del trinchete fueron, históricamente, tres divisiones; una dirigida por el gran Atanasio Girardot; otra, la de su tío José Félix Ribas y la de Él mismo. El mango o agarradero, vendrían siendo los encomiables ideales de Libertá, las nobles y saludables doctrinas de eliminar todas las injurias, hacer tabla rasa de pergaminos y privilegios, y la absoluta supresión de los conventos, ajenos a la rabisalsera idiosincrasia de nuestras jevas.

El sargento costeño, que ya no era sargento sino coronel, después de quemar harta bala, cuando entraron a Caracas, entre arcos triunfales, guirnaldas y gallardetes, pisando alfombras de flores, y recibiendo besos de las más hermosas muchachas del pensil caraqueño, le decía a la escuadra de magdaleneros, los únicos que admirablemente habían quedado vivos de la campaña:

—Vean lo que yo les decía, este viejo *man*, con sus tales permisitos, le dieron el dedo y se agarró toda la mano.

Y vieran qué bonito y emocionante sonaba entonces el *Gloria al Bravo Pueblo* con cuatro, maracas y acordión, solo que el general Rafa prohibió incluirle el gritico de ¡nos fuiiiimooos! que siempre le echaban los valleduparanos antes de la última estrofa.

De cómo el general Santiago, junto con el antillano Piar y los Bermúdez habiéndose escapado de modo tangencial y urgente para Trinidad, cuando el descalabro del año 12, reunieron como a cincuenta con mulatos y negros de Guadalupe, Martinica y Grenada, desembarcaron por el oriente y liberaron a Güiria de los empleados de alto coturno y de los sicofantes. En momentos que Simón Antonio estaba todavía en la hermana República, exactamente en Chiriguaná adonde Carmen llegó a reclamarle que por qué le perdió la cadenita.

Y no le pasó a Santiago lo mismo que a Miranda en sus desembarcos, porque ya había más condiciones y el foquismo ya se había superado bastante. De cómo los dos ejércitos Libertadores se juntaron en el puerto de La Guaira, en el mes de noviembre, ya que el general Santiago, para apurarse, mandó la gente en barcos.

Sentándose el primer precedente en nuestra historia de que jamás ni nunca las FALN podrán hacer nada sin sus hermanos ñángaras de oriente, sin los africanos de las antillas, ni sin los esequibos y surinamos. Por el lado de occidente está de más recalcar y subrayar la necesaria complicidad de los panameños, que nunca se deben olvidar que también los libertó Simón, junto con el colombianaje en general. La Nueva Granada es el tránsito obligado para cualquier ayudita que venga de Centroamérica, o Quito.

Es bueno, desde ahorita, buscar cómo ganar para la causa patriota a los portugueses del abasto de la esquina y no estarlos atracando cada rato, para que nos ayuden a entendernos con los brasileños. Lo mismo con los arabitos de las tiendas, para que nos empaten con la musulmanería internacional. Por mi casa había uno llamado Papalmandú que era el que más colaboraba a la hora de comprar cohetes y saltapericos para metérselos en el culo al Judas de trapo que se tradiciona quemar en La Vega los domingos de resurrección.

De cómo Bolívar se arrechaba cuando los de Barinas, y algunos orientales querían inventar sus otros y respectivos países, dividiendo más a la pobre Venezuela que todavía estaba sietemesina y ni siquiera libre del todo, porque los acerbos enemigos todavía esclavizaban a Coro, Maracaibo y Guayana, y andaban gentes desorientadas rateriando por Los Llanos. Así como un poco de prójimos que todavía son capaces de votar por los adecos y copeyanos, sinuosos demagogos con alma de peluquero y truculencias de notario y declarados enemigos del orden público. Y otros piores, que se meten a policías técnicos perjudiciales o cazadores, incapacitados de saber distinguir entre su madre y una bicicleta benoto.

De cómo ¿cómo? la Patria se perdió de nuevo, porque Patria no es así no más el terreno o sea el suelo donde uno se echa a dormir, sino también la Dignidad que debe servirnos de arropijo o ruana ideológica, para que no nos dé frío en los cojones y corramos a fumar mariguana, a sancocharnos los ojos con las luces de las discotecas y a peliarse los unos con los otros por vainas de partido. Se debe

tener cuidado cuando se dice que la Patria se perdió así de viaje, en forma absoluta, y demasiado tajante, a lo cual no es así, sino que es relativísimo y momentáneo, porque ello no sucede jamás ni nunca mientras exista gente que no se rinda y la conserve perfumada en la cartuchera de su corazón, así como los Generales José Martí, Sandino y Farabundo, que a pesar de ser ahorita mismo unos esqueletos, tienen al imperialismo con el culo en dos manos, inventando bombas de neutrones para acabar con los guerrilleros con todo y familia.

El buen ñángara debe profundizar en nuestra propia Historia y Geografía, y no ver tantas novelas por la tele y malgastar sus neuronas sin necesidá cuando la bellísima actriz estelar descubre que es hermana de su propia abuela que es demasiadísimo vieja y arrugá, y desesperada se tira desde un bloque del 23 de Enero, y en el aire un malandro le arrebata la cadena del cuello, que a su vez la tira dentro de una lata de chicha que tiene un supuesto vendedor de la misma, que lo que es cómplice del choro, y allí deja echar todo lo robado para que no aparezca la prueba del delito. Pero entonces el malandro es un agente secreto de la disip y le da un balazo con un 38 cañón corto al chichero, que era hasta compadre dél, en el preciso momento en que la heroína cae adentro de la ponchera de chicha y se salva, y el malandro la lava, la monta en su moto y le compra un vestido en korda modas y se casa con ella en la iglesia de Pagüita. Y allí es cuando las viejas sin oficio se enternecen y se echan a llorar.

O lo que es peor, ponerse de parte de Jim de la Selva, y no de los indios que le tiran flechas. Y salen unos tigres artistas que son viejos y esdientaos que lo que hacen es babosear con las encías al cliente, y uno todo preocupado.

Y Simón Antonio es Bolívar, porque nunca se rindió. Cuando el nuevo descalabro que le dieron en 1814, que dicen que la Patria se perdió y que no se ha perdido según las aclaraciones pedagógicas anteriores. Se fue, pues, que lo volvió a salvar la piragua de Guillermo Cubillo y lo desembarcó en la ya conocida y amurallada Ciudad de Cartagena luego de atravesar las aguas estancadas y

añejas de su bahía y de respirar de nuevo su olor húmedo, descompuesto y salobre. Que se bajó y se puso a buscar sus panas en medio de umbrosos laberintos cruzados por calladas cucarachas.

Que descalabro no es lo mismo que derrota, que lo primero es estar aporriado y malmatado físicamente, y derrotado es así fracasado, cuando el descalabro es también en el orden de los principios, que se van erosionando lentamente a través de periódicos, sucesivos, cíclicos y viciosos guayabos morales o caligüevas. Que cuando va de nalgas ni los troncones los atajan, como dice el Camarita.

Y no hacemos lo que Bolívar, y le decimos Padre, así de puro aire, porque entonces los panas dél le prestaron el pasaje para irse donde el presidente de Tunja, que ahora sí lo iba a regañar por haber dejado perder la vaina y toda la ayuda que se le dio. En el camino se encontró con el general Rafa, que venía juyendo por tierra y salvando unas tropitas venezolanas y Simón las recibió:

—¡Soldados, mientras empuñéis las armas hay esperanzas de Victoria! ¡No os habéis quedado sin Patria! ¡Para nosotros, la Patria es América!

A lo que el coronel costeño, pero ahora al mando de dos margariteños, dos llaneros, dos caraqueños, dos maracuchos y dos gochos, con más caras de náufragos que de Libertadores, se dijo para sí mismo: "Ahora sí que nos jodimos totalmente con eso de que la Patria es América, que si no nos manda a matar Fernando VII de aquí a Bogotá, nos queman vivos los godos y el obispo de la susodicha ciudad, o hacernos morir de hambre en Cartagena, o de la arrechera, discutiendo con los mentes de araña e inteligencia de piojo, o hartados de tiburón en el Caribe, o mejor ajorcados por los piratas ingleses o apuñaliados en Jamaica por los espías, o choquemos con un galeón español o nos pique un cangrejo con tétano en Carúpano. Nos caiga un coco y nos fracture el cranio en Ocumare, o nos ingiera una planta heterótrafa en las selvas de Guayana, o una piraña del Orinoco o electrocutao de temblador, o almorzado de boa o fusilado por mi General si uno le hace indisciplina, o que Páez le dé un coñazo a uno cuando le den sus epilepsias, o que nos envenene un

terrateniente que le queramos soltar los esclavos, o que los zamuros nos lleven en peso por lo sucios y jediondos que andamos...".

Que de todas maneras es asunto de que a quién coño va a estársele ocurriendo pensar y decir que estas muertes son en vano. Porque ante el indetenible avance de la Humanidá hacia el progreso, todos los descalabros que suframos nosotros los pueblos serán tácticos o, mejor dicho, provisionales.

Y allá el que se rinda. Porque nadie le va a estar creyendo sus desolados infolios y explicaciones verbales, convertido de hombre serio a niño llorón, y por lo tanto más digno de babero que de corbata. Y hasta la mujer lo va a dejar por otro menos quejoso. Y de todas maneras se le va a convertir la cabeza en calavera, si es eso a lo que le tiene miedo, y no va a poder impedir que las hormigas le arranquen poco a poco los mechones de carne para hacer sus pabellones y demás platos típicos subterráneos. Y después vienen los bachacos que son más dientones y van astillando los güesos para hacer sus sopas y esas son las luminarias fatuas que se ven de noche en los cementerios, el que se atreva a meterse dentro dellos.

(...O mejor que se quede congelado en el páramo de Pisba, y dentro de la nieve como los elefantes siberianos que son pelúos, y puedan venir después los doctores arquiólogos y mirar y ver que la momia de uno está feliz y sonriente por andar guerreando por la Libertá y la correcta utilización de los dineros públicos. O que le peguen una parapara 'e plomo y caiga muerto y se desmamone desde el Puente de Boyacá... Definitivamente sería hasta bueno que se le atragante en el güergüero una flor desas que tiran las muchachas en Bogotá cuando uno les da Libertá y va entrando así con sus panas así victoriosos montaos en los caballos. O regresarse pa'trás y caerse de un precipicio desos donde les gusta vivir a los gochos, o fallecer desidratao en los médanos de Coro o picado de sapamanare en el Yaracuy o cubierto de demasiada gloria en los campos de Carabobo, o ahogarse en Taiguayguay, bien borracho...)

Y Camilo Torres no los regañó nada, sino que le dijo a su descalabrado y travieso amigo:

—Vuestra Patria no ha muerto mientras exista vuestra espada.

Y le dio más riales, armas y gente.

(...Coño, ahora este sí terminó de embullar al caraqueño). Entonces, como la Patria es América, en episodio un tanto penoso puede darse el caso de que lo maten de sífilis las rameras de Guayaquil, o caerse dentro del fogón de un volcán desos del Ecuador o de cualquier parte, pues. Que el tabardillo se lo masque a uno en Pativilca, lo cual es más fastidioso e inconveniente que lo patee una mula en los oídos, que son mañosas y se aferran mucho al pasado.

Antes que me saque un ojo el cóndor de los Andes, voy a darme mi vueltica donde las peruanas que se las dan de serias pero son amigas del jolgorio. Y tiene sus ventajas eso de morir con el corazón enternecío y sin el tuyuyo así en el cogote que lo va sintiendo y se le va acumulando a la gente estratégica que se preocupa mucho así bastante y siente como si un burro le estuviera mordiendo el cerebelo y las garras de un cunaguaro en los riñones, pero no por eso caer en la tentación de clavarse una mantuana porque esas son las propias gatas de techo y prostitutas encuaresmadas que después lo van a estar queriendo chantajiar y ruñirle, poco apoco, imperceptiblemente los ideales y el fanatismo de uno con el chocho.

Pero llegó una gran invasión desde Hispaña compuesta por marines veteranos de Trafalgar al mando del mero propio mariscal de campo Pablo Morillo, que llegó con su promesa de pacificación.

Se otorgaba amnistía a los oficiales rebeldes bajo la condición de que entregara a sus hombres, facilitara la ocupación de alguna provincia o fortaleza o indicara la existencia de un depósito de armas.

Y allá el que lo hizo, porque se salvaron de Morillo, pero no de Simón Antonio que ganó en 1821. Pero no debemos adelantarnos.

Morillo empezó por perder novecientos hombres cuando tres indios desos buceadores que sacan perlas destruyeron al buque *San Pedro*, el más grande de la armada, prendiéndole fuego con una cajita de fósforos que llevaban dentro de un frasco de mayonesa

vacío, para que no se les mojara. Pacificar a Venezuela siempre ha tenido sus dificultades.

La invasión siguió para Cartagena, y aprovechando la división de las Colombias, el españolaje se metió hasta la propia Bogotá arrasando con todo y Libertá y ajorcando al presidente Torres.

Todo eso facilitado por la traición de los mentes de araña y los alma de congorocho, que ahí mismitico salieron a rendirse, después que se la daban de ultraizquierdistas y de arrechos con Bolívar, echándolo para Jamaica.

En Kingston aprovechó para perder el tiempo solicitando ayudita a los ingleses y norteamericanos. Ahí pulimentó aún más los Sagrados Planes de la Redención Continental, que eso se conoce por escrito como *Carta de Jamaica,* que ya le terminó de caer mal a los gringos y a los pérfidos albiones cuando le habló también de la liberación de Cuba y Puerto Rico, que se pusieron entonces a buscar cómo apuñaliarlo en su hamaca, y al que mataron fue a un pana dél, llamado Amestoy, que le dio por descansar un ratico en el chinchorro del general, cuando este andaba practicando su Gran Amor en la playa con la dominicanita Luisa Crober. Tipo de las que le sublevaban los sentidos, como Carmen y Manolita Sáenz, que lo salvaron similarmente de atentados, en ocasiones, lugares y fechas diferentes. Fuera de las que no lo salvaron del crimen, sino de que se le sancochase del todito la azotea, como Donquijote, y entonces quedar combatiendo contra las plantaciones de cambur.

Que de ahí, su otro pana Brión se lo llevó a Haití, a través de las esmeraldinas y tiburonosas aguas del Caribe. En la Isla de la Libertá llegó Bolívar a autocriticarse directamente con el comandante en jefe de los Negros, Alejandro Petión.

—Tome usté nuestro ejemplo, general Simón, aquí la Independencia y la Fraternité fue conquistada por los esclavos brutos que supimos derrotar a lo más granado de la oficialidad napoleónica, generales de yelmo y morriones de flamante plumajería. El esclavo no entiende nada de Patria teniendo cadenas amarradas en las patas. Libere usté a los negros, así se le arrechen los cerebros de

mosca que usté dice. Con esa condición le armo las expediciones que le dé la gana, y nadie va a saber si los voluntarios que le voy a prestar son haitianos o de Curiepe.

Es bueno saber que las FALN perdieron mucho tiempo y creatividad esperando las tales ayudas de Maosetún, que se murió de viejo incapaz de convencernos de que hiciéramos las paces con el gobierno neocolonial venezolano, y nos hiciéramos amigos del embajador norteamericano, y enemigos de Carlos Puebla, Silvio Rodríguez, La Faramaría y los Guaracheros de Regla.

—SÍ, COMONIÉ.

De Inés, se les puede recordar que fue la más que trabajó en Haití, a la hora de cargar las barcos expedicionarios de Miranda en 1806, y los de Simón Antonio, su hijo.

El otro hijo, el negrito mocoso, se vino también en los barcos, y se le conoce con el nombre de Negro Primero, que ya entonces lo sabemos ubicar en nuestro corazón como caído gloriosamente en las sabanas de Carabobo.

La última vez que se la miró fue en Angola, en 1975, en grandes carcajadas, sudá y volando cohetes con un RPG-7, persiguiendo a una manada de tanques sudafricanos. Que en la Antigüedad más bien ella tenía que correr delante de los rinocerontes, que ni las flechas le entraban.



Posfacio
Soy ñángara: un pueblo como para contarle una vida

¿Dónde estarán estos huesos,
orgullosos de rodar sin cadenas?
Alí Gómez García

I. El discurso del yo. La construcción del sujeto

Lo primero que llama la atención al ver el libro de Alí Gómez García es lo extravagante del título: *Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara*. Alí nos presenta sus reflexiones anteponiéndole tres palabras normalmente negativas o descalificadoras de cualquier discurso. De entrada, plantea una contradicción intrigante y a la vez provocadora, alcanzando así su primer logro: seducir a las lectoras y los lectores para que quieran enterarse del contenido de un libro que ya es polémico antes de abrirlo.

Pero esta frase es también reveladora. Desde el contacto más superficial, el autor nos explica, nos ayuda a interpretar el tenor de lo que encontraremos en las páginas internas. Las afirmaciones que conforman la obra son descritas por su creador de cuatro maneras:

Son *falsas*. Alí nos dice de antemano que sus afirmaciones pueden no ser verdaderas. Les estampa la palabra "falsas" a sus declaraciones. Puede ser que esté confesando que los hechos, historias y sentencias que dirá tienen la separación de la realidad proporcionada por el recuerdo contado, que tiene mucho de interpretación y de construcción narrativa según la sensibilidad individual. Quizás está consciente de que su texto incluye, además del recuerdo de las vivencias, el recuerdo de los procesos mentales y emocionales de esos episodios. La palabra reflejaría la voluntad de adelantarse a cualquier cuestionamiento sobre la veracidad o exactitud de los hechos, aclarando que se trata de su visión personal.

Pero también revela una característica que va a atravesar el texto de principio a fin, su deliberada intención de presentar una reconstrucción de relatos que conforman una historia de vida a través del uso de un lenguaje coloquial, profano a cualquier estilo literario formal, para así desplazar el discurso histórico tradicional en beneficio de un discurso creador de empatía, que aproxima la historia a la vida cotidiana. Se trata de la generación de un constructo literario para la narración de la realidad de forma explicativa, pero rompiendo o, más bien, transgrediendo la frontera de lo explicativo para irrumpir en el espacio de lo testimonial. Así, el primer adjetivo con que el autor cubre sus declaraciones nos conduce directamente al segundo, que nos ayuda aún más a leer su historia.

Son *maliciosas*. Porque son intencionadas y buscan producir la identificación de aquellos a quienes está dirigida la obra. Busca con el tono íntimo y el lenguaje inmediato que el público se vea reflejado en el texto, y así compartir las emociones de una vida que puede ser y es la de cualquier otro joven de las clases populares venezolanas en una época de convulsión y contradicciones sociopolíticas que se proyecta por varias generaciones. Alí es un militante revolucionario, entregado por completo al accionar político en función del levantamiento del pueblo hacia la toma del poder y la construcción del socialismo. Por eso, además, sus historias son decididamente un llamado a la identificación y a la suma de ganas para la causa del oprimido. Comparte su historia, que es la de muchos, para mostrar las condiciones comunes que nos hacen clase y sujeto político.

Y es en este sentido que las maliciosas historias de nuestro héroe protagonista nos hablan constantemente de cómo es la mente, la personalidad del sujeto popular ideal. Ese sujeto que enfrenta la realidad de la vida, que remonta las dificultades al tiempo que sueña sin parar y baña de alegría y pasión el escenario de necesidad en el que emerge. Es capaz de asumir los momentos más crudos sin dejar de recurrir al humor y a la relativización de los valores para llenar de aprendizaje los episodios de la vida. Con esto el relato lleva

las vivencias, con la identificación y la invitación, al plano de la reflexión social.

Son *escandalosas*. Alí sabe de antemano que sus declaraciones generarán sobresalto y reacciones. Revelan los hechos, la historia, en un lenguaje desnudo, claro, liso, libre de arreglos y maquillajes enderezadores, más bien llenos de un aderezo o un adobo que permite despertar mediante el escándalo, la grosería y la imprecación, la admiración por la historia contada.

También son escandalosas porque revelan, como testimonio, sucesos de la historia reciente, episodios, visiones y explicaciones de hechos políticos y sociales, tanto de los gobiernos de turno y las autoridades, como de las fuerzas insurgentes. Así que son polémicas, porque son la visión de un guerrillero raso, un joven militante y combatiente, que fue protagonista en carne de la lucha, pero también espectador del devenir de los acontecimientos conducidos por los liderazgos políticos y militares, y les da un tono crítico: hace referencia a las decisiones de los liderazgos, a la división de los grupos, al comportamiento de las facciones políticas no armadas y de los mandos armados.

Es cuando el testimonio y la declaración se empatan con la opinión y la crítica en la narración, para así revelar la definición final del discurso que se nos presenta. No se trata simplemente de contar la historia, sino de compartir el ir y venir del pensamiento en torno a ella y sus avatares, para entenderla, para darle significado y asirla convertida en algo útil. Es por esto que Alí no llama a su libro historias, ni testimonios, ni declaraciones, ni aún confesiones. Nos dice precisamente que son *reflexiones*.

El matiz de nuestro libro es reflexivo, porque se trata de memorias cargadas de pensamiento en el propio momento de escribir. Es una narración plenamente valorativa de los hechos y las historias. Nos da a conocer la opinión del sujeto en el momento del hecho, pero además siempre acompañada de la opinión del mismo sujeto cuando escribe. Alí recuerda y emite valoraciones, juicios, se

formula preguntas, expresa su emoción y hace las descargas respectivas en cada caso.

La reflexión es el proceso de formulación del discurso del yo, esto es, de la construcción del sujeto. El autor busca con su texto definirse, explicarse a sí mismo qué fue todo eso que pasó en su vida y que lo trajo hasta el momento presente. Es mirarse en un espejo y, precisamente, ir construyendo el reflejo de la persona. Al mismo tiempo, la imagen que se configura es reflejo de un colectivo social que comparte los elementos vitales que se narran y que hacen suya la vivencia a través de los elementos comunes que provee el discurso cercano e íntimo. Así, se construye el reflejo de un tiempo social como espacio de actuación de un sujeto histórico.

La definición de este sujeto viene a ser el elemento central del contenido del libro. Y Alí precisa con la última palabra de su título quién es el personaje que va a ser contado, definido y reflexionado a lo largo del texto que nos ofrece: el *Ñángara*.

¿Por qué escoger la palabra ñángara para definirse en lugar de guerrillero, izquierdista, comunista, luchador social, combatiente, rebelde, patriota u otros etcéteras? El término define un concepto y una posición más amplia, que denota todas las representaciones anteriores pero añade un conjunto de características que lo destacan y lo hacen único. A la convicción y decisión política se le suma el elemento psicológico y psicosocial del joven venezolano que es alocado, es malicioso, es "cabeza caliente", es volado, impetuoso y audaz. También el ñángara es radical en su pensamiento y acción, es fanático de su postura política. Y por todo esto es un tipo serio.

Los rebeldes, patriotas, jóvenes, izquierdistas, guerrilleros, son ñángaras porque no hacen una distinción entre luchar y reír, porque en sus acciones la seriedad está mezclada con el goce y la felicidad de batallar por un mañana mejor, porque en todo lo posible no aguardan por el futuro para realizar sus sueños utópicos de emancipación e igualdad. Podría decirse que llevan en su ser el espíritu de la rebeldía, de la libertad, de la libertad total, de la insolencia, del atrevimiento. Un ñángara es atrevido en todos los sentidos.

Pero además, el mismo Alí da la razón principal por la que utilizó la palabra en la carta que envió para inscribir el libro en el Premio Casa de las Américas, en la que explica que ñángara es el "término utilizado por nuestro pueblo para designar a los comunistas un tanto empíricos y voluntariosos".

Pudiera entonces decirse que el libro tiene como intención sociológica la definición del ñángara como actor sociopolítico particular de la época que le tocó vivir a nuestro autor. Y lo hace a través de la autobiografía, de la autodefinición personal.

Y aquí interviene un elemento que, como dijimos, es una característica transversal del libro que tenemos en las manos. El uso particular que Alí hace del lenguaje como dispositivo estructurador y definidor. Echa mano de la oralidad como estrategia de acercamiento para la identificación y la explicación. El discurso como herramienta, vehículo de la realización de la intención. Este lenguaje es herramienta para conseguir los objetivos del texto, actúa intencionalmente como elemento transmisor, facilitador de la transmisión, para la comprensión, para la construcción de imágenes explicativas, para la definición de conceptos y la interpretación de enunciados históricos y mitológicos reelaborados.

Alí escribe utilizando un lenguaje oral, esto incluye la reproducción de las palabras como suenan en el habla del pueblo y que en muchos casos no corresponde a la grafía normal de esas palabras en un texto escrito. Además el discurso está conformado mediante el uso constante de imágenes, ejemplos y explicaciones, tal como sucede cuando la persona está "echando el cuento" oralmente en una conversación. Esto responde a una doble intención, que tiene que ver con el destinatario al cual está dirigido el contenido del libro. Alí dirige su palabra al pueblo del cual forma parte, a sus compañeros de vida y de clase social. Así que usa el lenguaje cercano, oral y coloquial para comunicarse con ese sujeto que lo comprenderá de inmediato y, a la vez, la misma estrategia lingüística funciona como reflejo de ese sujeto social que pretende describir.

Ahora bien, habiéndonos aproximado a cómo está escrito este libro, sus objetivos y los particulares mecanismos literarios de que echa mano el autor para lograrlos, nos acercamos a la historia que nos presenta.

II. El discurso de la realidad. Decir al pueblo

Dijimos que la narración de Alí Gómez García une la fórmula del relato de la historia acontecida con el testimonio de la historia protagonizada, para así constituirse deliberadamente en una reflexión sobre estos hechos y vivencias. Reflexión como reflejo de una realidad, para dejar fijada la imagen de lo que fue y lo que es la sociedad, esta sociedad. Alí se cuenta a sí mismo para compartir con el mundo su visión sobre la realidad histórica de un país y una época.

Alí es un joven caraqueño criado en la parroquia La Vega. De padre y madre trabajadores, creció en medio de la lucha diaria de una comunidad por superar las necesidades producidas por un sistema social que excluye y explota a las mayorías. Allí aprendió, de la mano del cura Francisco Wuytack, un párroco belga predicador de la Teología de la Liberación que por cosas de Dios aterrizó en Caracas en los años sesenta, que es mentira que la pobreza es el resultado de la voluntad divina, que mucho menos lo es de la desidia de los hombres; que el hecho de pasar tanto trabajo para hacerse de las cosas básicas no es algo normal, sino algo que se puede y debe cambiar; que vale más trabajar por el colectivo al que uno pertenece que hacerlo para sí mismo y a costa de los demás. Así, nuestro ñángara comenzó a dar clases en su comunidad y se unió a la militancia de la izquierda cristiana. No había cumplido aún la mayoría de edad cuando decidió tomar el fusil e irse a pelear por la revolución en los montes de Venezuela.

Como revolucionario, Alí nos muestra en escena, con el contenido de sus andanzas y la forma como son contadas, a un sujeto político en plena configuración. Podemos ver al sujeto activo, encarnado en el militante y el guerrillero, consciente de su situación

política y de clase, y a la vez nos encontramos con el otro lado de ese mismo sujeto, reflejado en ese pueblo, esas masas llenas de una radical potencialidad política que el guerrillero está pendiente de alcanzar con su discurso y su ejemplo para sumarlas a la lucha definitiva. Este encuentro de las dos caras de un mismo elemento se va a reiterar durante toda la historia, siendo a fin de cuentas el hilo conductor de la narración y a la vez el espacio discursivo que propicia la comunicación de quien escribe y quien lee.

Nos encontramos entonces con el sujeto político protagonista de la historia, lo que Alí llama *la pobrecía*: los desheredados, la chusma; los indios, los negros, los blancopobres y la mezcla de todos estos; las y los habitantes de La Vega y de los demás barrios populares; la clase trabajadora, el campesinado, los desempleados, las desempleadas e incluso las gentes de la mala vida; en una palabra, el pueblo.

Partiendo del lenguaje y de los elementos descritos, nos plantea un sujeto político amplio, definido en su variedad y abigarramiento con esta palabra, que vendría a ser una suerte de tipología del pobre venezolano.

Más allá del concepto de clase obrera o proletariado, que las definiciones de la izquierda, el socialismo, y la intelectualidad marxista propusieron durante todo el siglo xx, la realidad histórica del capitalismo marcó la definición de un sujeto social y político diferente, conformado por "los pobres". El desarrollo de las formas y tecnologías de acumulación capitalista, que demostraron ser multiplicadoras de miseria, se encargaron de agudizar las contradicciones sociales para evidenciar cada vez más la separación entre "los que tienen" y "los que no tienen". La importancia cuantitativa de la clase pobre en las sociedades del moderno subdesarrollo permitió la identificación de la carencia y la necesidad como elemento común articulador de las más diversas manifestaciones de pobreza. Así, los pobres, o mejor la Pobrecía, se posicionó con sus luchas como un actor político de relevancia medular.

Alí nos dice en medio de su historia que aun quienes llevaron la lucha armada a las montañas de Venezuela sabían que solo el

levantamiento de todo el pueblo podría constituir la estocada final para la toma del poder. Se reconoce al pueblo mismo, llano, amplio como el sujeto que debía armarse para hacer la revolución, el sujeto que fue mil veces burlado, violado, engañado para la participación en las urnas electorales.

Incluso, el autor pronuncia una crítica a la actuación de la izquierda, que en momentos muerde el anzuelo del sistema de dominación y termina restándole el protagonismo radical que deben tener las masas populares en la realización de su destino histórico. Las palabras de Alí gozan de tanta claridad como actualidad, cuando se refiere al comportamiento de la izquierda luego de derrocar la dictadura de Pérez Jiménez:

> Mejor dicho, o sea, que los comunistas, por no confiar bien en la fuerza y los poderes creadores de la chusma, mordieron el señuelo de las elecciones dejando los dientes en la tajada. Y además se empataron con gente muy balurda. Y los perjudicados fueron ellos.
>
> O sería que en realidá toda la gente bruta votó por Rómulo, porque los que en ese tiempo sabían leer y escribir eran más poquitos. Y allí se descubrió que los comunistas eran tan nobles y capaces de dirigir a la chusma para que tomara el poder, como pendejos para conducirla a que lo perdiera con asuntos de la cívica y de convivencias pacíficas, que es lo que inventa la burguesía cuando se ve jodía.

La pobrecía acciona en el espacio social con los elementos que la constituyen, esto es, la rebeldía innata del pobre frente a la violencia imprimida por las clases explotadoras, que la desprecian, la excluyen, la oprimen, la humillan y la execran del espacio de la sociedad civil. La pobrecía es y ha sido objeto de violencia en múltiples formas y desde varias direcciones. Los ricos la roban, la hambrean, la golpean, la violan, la pisan y a la vez le temen, por eso la persiguen y la encierran a través del Estado que a lo largo de la historia de Venezuela ha servido –con algunas excepciones de la cual quizás la más destacable ha sido la Revolución Bolivariana– como

su aparato administrador. Esta condición cuasi estructural hace que la clase explotada cultive una carga de violencia que se expresa en la cotidianidad de la vida en los sectores populares en forma de crimen, delincuencia, hampa común, vandalismo, etcétera. Los conflictos entre sectores del barrio, que llevan a la cotidiana muerte de jóvenes en luchas de bandas que se pelean precisamente espacios de poder dentro del espacio pobre en el que se desenvuelven, son reflejo de esa exclusión, de esa ausencia de espacios para el ejercicio del poder, de la represión de la potencia política, que termina lamentablemente expresándose en forma de violencia.

Las luchas políticas por la redención de las clases pobres deben necesariamente germinar en el caldo de cultivo del sujeto social popular con todos sus elementos, incluida la violencia. Esto se expresó en esa generación que entendió que la lucha reivindicativa mediante los métodos formales creados y controlados por el explotador no funcionarían para alcanzar la liberación. Entendieron que era necesaria la toma de las armas y el desarrollo de una guerra bajo las banderas del socialismo como fórmula para avanzar hacia la felicidad social. La violencia social se transfigura en acción política.

Sin embargo, el espacio político está naturalmente lleno de contradicciones. Alí hace una fotografía de cómo se vivieron estas contradicciones en el seno del movimiento libertario venezolano de las década de los sesenta y setenta. De cómo quienes optaron por la vía de la violencia tomaron conciencia de que esta no era suficiente para lograr la hegemonía social necesaria para la toma del poder. Las guerrillas llegaron a plantear el "viraje táctico", es decir, la necesaria combinación de la lucha armada con un despliegue de acciones político-ideológicas dentro del espacio civil, mezclándose entre las masas para unir todas las formas de lucha, sin descuidar ninguna. La visión crítica de nuestro autor denota las continuas diferencias que hubo entre los distintos factores que buscaban el cambio político en el país, y que terminaban por dispersar los esfuerzos y las luchas:

> Hubo gente inteligentuda que se había dado cuenta de esto ya desde los años 64-65, pero lo que hicieron fue dar más bien un viraje estratégico, renegar amargamente del camino armado y demás formas ilegales o semilegales de lucha y organización. O sea que plantearon que la ruta para la toma del poder no debía salirse de la legalidad constituida y por cuenta nunca haría falta la violencia revolucionaria para contrarrestar la violencia y la represión burguesas (Sí, comonié).

La historia demostró que fue necesaria una particular combinación de las diferentes alternativas de acción popular para que se pudiera torcer el camino histórico del país. Pero no fue sencillo ni amable, ni dependió completamente de la voluntad de los sectores políticos de izquierda. La explosión social de 1989 fue provocada por la radicalización de los métodos del propio sistema de dominación, que hizo estallar la potencia de violencia de las clases populares, lo que a su vez generó el espacio propicio para el desencadenamiento de una serie de hechos que condujeron a la toma electoral del poder por parte del pueblo encarnado en la figura del Comandante Hugo Chávez en 1998. Un camino que finalmente se encauzó por la vía política formal, pero que no estuvo exento de contradicciones y mucho menos exento de violencia.

La lucha revolucionaria de los sesenta y setenta no fue un episodio aislado de la historia del país. Fue producto y expresión de una larga cadena histórica que se conecta con la propia génesis nacional. Venezuela desde la declaración de la independencia no paró de vivir luchas internas entre los sectores sociales que conformaban la nación, y estas han sido un claro ejemplo de la sentencia marxista que plantea que la lucha de clases es el motor de la historia. La lucha armada ha sido un elemento común a la mayor parte de la historia política venezolana, desde la Guerra de Independencia, pasando por la Guerra Federal, las innumerables guerras civiles, hasta la gesta guerrillera de la segunda mitad del siglo xx. De hecho, las fuerzas guerrilleras se asumían ideológicamente como continuadoras de la gesta independentista. Veían a los libertadores como sus antecesores naturales, así

como la Revolución Bolivariana encuentra sus antecedentes en todas las campañas libertarias y nacionalistas de nuestra historia, incluyendo la lucha armada de los sesenta y setenta.

Y es este el elemento que completa la caracterización del contenido de nuestro libro. Alí combina la reflexión en torno a los hechos por él vividos planteando un relato histórico personal de su época. Pero este relato está intercalado por versiones particulares de los principales eventos de la heroica historia independentista venezolana. Desde la resistencia indígena y la rebelión de José Leonardo Chirino, hasta las campañas de Francisco de Miranda y del Libertador Simón Bolívar. El texto incluye los cuentos y explicaciones del autor sobre estos episodios insertados en capítulos completos y, muchas veces, mezclados entre el relato de los hechos actuales de quien escribe. Así se configura un metarrelato de la historia que intenta mostrar los paralelismos posibles entre los desarrollos históricos de ambas épocas, haciendo ver que se trata de la misma lucha continuada e inacabada por la redención del pueblo.

Pero lo que realmente hace especial esta dimensión del libro de Alí es su tratamiento particular de la mitología histórica y de la nacionalidad. En el mismo tono y mediante el uso de los mecanismos estilísticos ya comentados, el autor plantea una suerte de reapropiación de la historia. Se trata de una reinterpretación de los episodios arcanos que configuran los pilares de la identidad nacional.

Así, Alí explica los avatares de la independencia mediante la recreación de los hechos en conversaciones y expresiones informales de la boca de Simón Antonio, como decide llamar al Libertador para mostrarlo como un hombre de carne y hueso, cercano a todo el que lea. Simón Antonio intercambia opiniones con Rafa, el general Rafael Urdaneta, sobre los momentos y situaciones de las distintas campañas militares de la Guerra de Independencia, presentadas de la forma como, tanto Alí como nosotros y nosotras, podríamos imaginarnos a estos dos personajes hablando en una situación similar en la actualidad. Este es uno de los recursos

utilizados para acercar los valores históricos y refundarlos como fuerza y espíritu del patriotismo presente.

También recurre a la reinterpretación directa de los símbolos de la nacionalidad, como es el caso de la versión que plantea de la creación de la bandera nacional por parte de Miranda, contrastando las versiones que oficial y popularmente circularon entre la población con la que él decide plantear como verdadera.

> Cuando el general Miranda la inventó buscando cómo simbolizar a la chusma, que en ese tiempo ya era la mayoría de los venezuelanos, tomó en cuenta el asunto de las razas y las sangres: amarilla, la de los indios anémicos, azul, la sangre real de los lumpen de Hispania, y roja, la de los angolanos.
>
> Entonces el General, Príncipe de los Conspiradores, Veterano de la toma de la Florida contra los ingleses, jefes de la División del Norte cuando la Revolución Francesa, y ya dispuesto a desembarcar en la Vela de Coro, dice: "Si ligo estos tres colores me va a salir morada esta bandera, y entonces va a quedar fea, y la pueden estar agarrando para vestirse de nazarenos los miércoles santos. Entonces –reflexionó El Precursor– mejor la dejo así con los tres colores por separado".

Se nota así la intención de dar sentido a los valores fundamentales de la nacionalidad en función del fortalecimiento de la identidad de clase.

Asimismo, Alí incorpora en su relato las referencias arquetípicas que forman parte de la identidad venezolana, producto del sincretismo que nos configura como nación a partir de los elementos fundantes de nuestro espíritu cultural. Las imágenes fundamentales de nuestra identidad negra e indígena están presentes a lo largo de toda la obra y entrelazadas con todas las historias y relatos. Mamá Inés es la madre negra que nos ha criado a través de los siglos, siendo mostrada incluso como la amamantadora del niño Simón Antonio cuando este estuvo a punto de morir de inanición, y gracias a la oportuna intervención no solo se salvó sino que adquirió el

espíritu de la redención popular. Así como María Lionza, la diosa de las montañas del Yaracuy y reina de Venezuela, aparece como madre guerrera interviniendo constantemente con el apoyo de sus fuerzas mágicas y naturales a las batallas de las y los combatientes patriotas.

Tenemos, pues, en nuestras manos una obra que presentaría problemas al que quisiera etiquetarla con una categoría o un género. Puede ser llamada autobiografía, testimonio, relato histórico, ensayo o fábula. En todo caso es una propuesta heterodoxa tanto en su forma como en su contenido. Todo escrito es revelador del ser del autor y su voluntad de ser identificado de un modo particular. Este decide construirse mediante la definición del *Ñángara* y de todo lo que existe detrás de él para significarlo, y así marcar su posición en el mapa del tiempo que le tocó vivir. El texto de Alí no solo revela su afirmación personal, sino que es la afirmación de la identidad de un pueblo constituido como sujeto histórico a través de sus propias *Reflexiones*.

Ángel D. González

Caracas, 25 de septiembre de 2014

Glosario ñángara

A

Adeco: miembro de Acción Democrática.
Araguato: mono aullador, habita en las grandes selvas del norte de la América Meridional.
Arranchado: establecerse.
Arrecho: molesto, encolerizado; grande.
Arepa: pan de maíz.
Auyama: calabaza.

B

Bacanalear: gozar, disfrutar.
Bachaco: hormiga de cabeza grande.
Balurda: de mala calidad; también se aplica a las personas.
Bernegal: tinaja de barro que recibe agua de la piedra de filtro.
Bolsa: tonto, bobo.
Bonche: fiesta.

C

Caballito del Diablo: libélula.
Cachapa: torta de maíz tierno.
Caleta: lugar para esconder algo.
Capocha: campesina.
Carajito: niño.
Catajarra: en abundancia.
Catire: rubio.
Cocuy de penca: bebida casera elaborada a partir del maguey.
Cochino: puerco, chancho.
Coñacear: caer a golpes.
Copeyano: miembro del partido socialcristiano Copei.
Corotos: trastos, cachivaches.
Cotufas: rositas de maíz.

Cuerpo de Cazadores: tropas de lucha antiguerrillera.
Cují: arbusto espinoso.
Culear: tener relaciones sexuales.
Culillo: miedo.
Cunaguaro: felino de pequeño tamaño.

CH

Chamo: niño.
Chavalo: muchacho.
Chévere: bueno.
Chigüire: roedor suramericano de gran tamaño.
Chimó: resina de la raíz del tabaco que se utiliza para mascar.
Chirrinche: bebida alcohólica de los indígenas de la península guajira.
Cholas: testículos.

D

Danta: tapir.
Descachimbar: destruir.
Desguañangar: destrozar.
Desenguaracar: sacar un arma escondida.
Desguarilado: deshecho.
Digepol: Dirección General de Policía, órgano de represión política.
Disip: Dirección de Inteligencia y Seguridad Política. Sustituyó a la Digepol.

E

Echar un carro: abandonar un establecimiento comercial sin pagar.
Echar bola: hacer; cumplir una tarea.
Embojotar: hacer un bulto.
Embolatar: confundir.
Encaligüevarse: afligirse.
Encanar: encarcelar.
Estrile: grito o protesta.

F

FALN: Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, movimiento guerrillero venezolano.
Fonda: tirapiedras.
Frailejones: planta típica de los Andes venezolanos cubierta de pelusa.
Fuca: pistola.
Furruco: instrumento musical popular.

G

Gafo: tonto.
Galerón: baile popular en el Oriente y el Llano venezolanos.
Gocho: habitante de los Andes venezolanos.
Guácharo: pájaro de color oscuro que habita en cuevas.
Guanches: primitivos habitantes de las Islas Canarias.
Guaral: cuerda o cabuya.
Guarandinga: objetos varios.
Guaratara: piedra grande.
Guarura: caracol utilizado como instrumento musical de viento.
Gurrufío: juguete confeccionado con un botón o tapa de refresco por cuyo centro se pasa un cordel. Al tirar por ambos extremos produce un sonido ronco.
Gillo: subterfugio.

J

Jalar bola: adular.
Jarabe tabanuco: marca de jarabe contra la tos.
Jíbaro: traficante de drogas.
Jipato: se dice de las personas pálidas.
Juambimbada: de Juan Bimba, personaje que expresa el sentir de las masas populares.
Jumo: borracho.
Juego del 5 y 6: apuesta en las carreras de caballo.
Jurungar: registrar.

L

Lambucio: que siempre tiene hambre.
Lapa: roedor de mediano tamaño.
Lavagallo: bebida alcohólica muy fuerte de fabricación casera.
Leco: grito.
Locha: moneda venezolana equivalente a 1/8 de bolívar.

M

Macuá: pájaro; la creencia popular le atribuye a sus plumas y nidos poderes para la seducción.
Machaca: insecto; la creencia popular le atribuye propiedades afrodisíacas.
Mafafa: marihuana; se conoce además como marroña y manteca.
Majarete: dulce de maíz tierno.
Majunche: de mala calidad.
Malandro: delincuente de extracción humilde.
Manamana: especie de pez de agua dulce.
Maracucho: natural de Maracaibo.
Margullir: sumergir.
Marusa: bolso o saco pequeño.
Marramuncia: argucia; maña.
MAS: Movimiento al Socialismo, partido político venezolano.
Mecate: cuerda gruesa.
MEP: Movimiento Electoral del Pueblo, partido político venezolano.
Metras: bolas para jugar los niños.
MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionario, partido político venezolano.
Morocho: gemelo.
Morrocoy: especie de tortuga terrestre.
Muna: dinero.
Musiú: europeo o norteamericano rubio.

P

Pabellón: plato típico venezolano que incluye arroz, frijol negro, plátano frito y carne.
Paledonia: especie de pan duro y dulce confeccionado con maíz y melado de caña.
Pana: amigo.
Papelón: dulce de melado de caña.
Pasar filo: pasar hambre.
Paují: ave selvática.
Pea: borrachera.
Pendejo: idiota, tonto.
Perola: envase de hojalata.
Peroles: pertenencias de una persona; trastos de cocina.
Petejota: agente de la Policía Técnica Judicial.
Piazo: pedazo.
Picúa: papalote o cometa de forma picuda.
PRIN: Partido Revolucionario de Integración Nacionalista (desaparecido).
Puertorro: puertorriqueño.
Puya: moneda venezolana ya desaparecida equivalente a 1 centavo.

Q

Quinchoncho: especie de frijol.

R

Rabo frito: especie de culebra.
Rancho: vivienda miserable de los barrios marginales.
Refalar: resbalar.
Roba pilón: juego con barajas.

S

Sanófele: mosquito anófeles.
Sí, comonié: expresión burlona que denota desacuerdo o descrédito.
SIFA: Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas.
Suiche: interruptor eléctrico.

T

Tapiramo: especie de frijol.
Tártago: ricino.
Tombo: policía.
Tuco: trozo o pedazo.
Tuqueque: lagarto pequeño e inofensivo.

U

UCV: Universidad Central de Venezuela.
UPA: Unión Para Avanzar, nombre que tomó el Partido Comunista Venezolano para participar en las elecciones de 1968.
URD: Unión Republicana Democrática, partido político venezolano.

Z

Zamuro: zopilote, tiñosa.

Índice

Edición digital
noviembre de 2017
Caracas, Venezuela

Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara

Es "… una versión de la lucha de clases en la Venezuela de los años sesenta, bajo la óptica de un jovenzuelo de un barrio pobre de Caracas. Es la versión emocionada y feliz de un militante de las bases, a diferencia de interpretaciones amargas, pesimistas y nada autocríticas, como son las de muchos de los que nos dirigieron en aquellos tiempos. Es un testimonio de lo que vivió, escuchó, entendió y soñó, relatado con un humor que no tiene nada que ver con la intención de divertirse o divertir.

"Se trata –este humor– de un recurso sicológico elemental de la rebeldía por parte del oprimido, frente al enemigo capitalista que lo quiere explotado, además de triste y sumiso… Como dicen los nicas: 'A esta alegría el enemigo le teme'…" (Alí Gómez García, en carta a Casa de las Américas, 1984).

Alí Gómez García (Venezuela, 1951 - Nicaragua, 1985)

Internacionalista, guerrillero, escritor, poeta y rolo 'e ñángara. Desde muy chamo milita en la actividad revolucionaria en el barrio La Vega, de la mano del padre Francisco Wuytack. A los 17 años abandona sus estudios de Medicina en la UCV y un año después (1969) se incorpora a la lucha guerrillera con las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN). En 1978 se va Nicaragua y forma parte del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Cae el 8 de mayo de 1985 en cumplimiento de su deber.

Nuestra casa editorial presenta esta tercera edición de *Falsas, maliciosas y escandalosas reflexiones de un ñángara*; también del autor hemos publicado *Las historias del Mugre* (colección Caminos del Sur, 2014). Próximamente ofreceremos al público lector *Francisco de Miranda, peregrino de la libertad*.




9 789801 440444



